

ANDREA LONGARELA

*flores
para
Julia*

· NEÏRA ·



Flores para Julia

Escrita por Andrea Longarela

-Neira-

Título original: Flores para Julia

Neira, 2018

© Andrea Longarela Gómez

1ª edición: septiembre 2018

Aviso legal:

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Todos los escenarios y personajes han sido inventados, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Índice

[Dedicatorias](#)

[*En una habitación blanca, un puñado de flores*](#)

[La semilla](#)

[En capullo](#)

[En flor](#)

[Solamente... Julia](#)

[*En una vieja caravana, la raíz de algo nuevo*](#)

[Próximamente...](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota de la autora](#)

[Sobre la autora](#)

Dedicatorias

A todas aquellas que, como Julia, saben lo que es perder una parte de sí mismas.

A nadie te pareces desde que yo te amo.

Déjame tenderte entre guirnaldas amarillas.

¿Quién escribe tu nombre con letras de humo entre las estrellas del sur?

Ah déjame recordarte cómo eras entonces, cuando aún no existías.

Poema 14, Pablo Neruda

En una habitación blanca, un puñado de flores

Siempre me ha gustado el blanco. Supongo que nadie lo diría teniendo en cuenta el color que irradia mi vida, pero, en el fondo, es mi favorito, porque es la suma de todos. Como un centro en el que los demás colapsan y el resultado es la pureza. Uno en el que nunca puede pasar nada malo.

Por eso, cuando abrí los ojos y vi la blancura que me rodeaba, sonreí.

«Estoy bien...».

«Todo está bien...».

Dos segundos después, parpadeé. Y los cerré, porque me pesaban, porque la luz me hacía daño en los ojos y los recuerdos en el corazón, porque asimilé de repente que no lo estaba, que nada lo estaba.

Me dormí...

Me despertó un aroma conocido. Era amarillo.

No tardé en verla, tras enfocar la vista, sobre mi almohada.

Intenté sonreír, pero solo me salieron lágrimas que se deslizaron hasta empaparla y destrozar sus pétalos.

Al día siguiente, no era amarilla, sino azul. Con diminutas manchas de color rosa en sus puntas. Pequeña, vulnerable.

Suspiré contra la sábana y sus pétalos se movieron.

No sé el tiempo que pasé mirándola, sin atreverme a tocarla, solo sé que estaba despierta cuando oí su voz en el pasillo.

Me dolía. Su cadencia ronca, envuelta en una tristeza que entendía, pero que no deseaba que sintiera. Cada palabra era como si me pasara una cuchilla por la piel.

Quiso entrar, pero yo ya había echado el cierre de todas mis puertas posibles.

Me hice un ovillo de cara a la ventana como pude y me abracé el estómago. Recé para que se marchara, para no volver a verlo, para no sentirlo cerca y que esa sensación me recordara la realidad de lo lejos que estaba de mí.

Doscientos treinta y siete segundos más tarde lo hizo.

Yo caí en un sueño molesto.

Al despertar en un nuevo día, la almohada estaba teñida de rojo amapola y a mí me olía a tortitas, aunque ya hacía semanas que aquellos desayunos habían terminado, que todo lo había hecho.

Cinco amaneceres con sus flores pasaron antes de que me permitieran marcharme.

Dejé el blanco de esa habitación formando parte de un episodio pasado que quería olvidar y regresé al color que consideraba mi hogar.

Cómodo. Apacible. Seguro.

Sin embargo, al entrar en casa, todo había cambiado.

Todo.

Excepto yo.

Yo seguía rota.

Más que antes.

Más que nunca.

La semilla

Causa u origen de algo, especialmente de un sentimiento o de algo inmaterial.

Oliver

—¿Qué estás haciendo aquí?

Jimena, mi mejor amiga, abrió la puerta y observó mi maleta con expresión de asombro. Detrás de ella, su reciente marido simbólico, como ellos lo llaman, se asomó con su característica sonrisa y su pelo enmarañado, como si se acabara de levantar de la cama; aunque tratándose de Bruno siempre parece que acabe de hacerlo.

Se habían casado pocos meses antes en una playa del Caribe sin necesitar más que a la hija de él con su cámara como testigo y unos anillos. Ni papeles, ni planes, ni nada que no fuera una promesa de compartir el presente y una luna de miel en el Ártico.

Dios... cómo los envidiaba a veces, por mucho que su vida me pareciese un tanto extravagante.

—Necesito tu habitación de invitados.

—Oliver, no tengo habitación de invitados —me dijo, con una mano en la cadera y su mejor cara de suficiencia.

—¿Me estás diciendo que no tienes un sofá para mí? —titubeé y me encogí, como si la vida me pesara mucho más solo por su respuesta.

Para mí. Su mejor amigo desde hacía ya años. La única persona que la entendía la mitad del tiempo. La persona con más paciencia del planeta, porque soportar a Jimena no siempre es fácil.

—Tengo un sofá decente. Y también tengo el cuarto de Luna vacío, pero no un cuarto de invitados.

Entré sin esperar a que me diese permiso y maldije en silencio.

Normalmente adoro su extraña forma de razonar, pero aquel día no. Aquel día necesitaba el apoyo de mis amigos, el cariño incondicional que aparece sin hacer preguntas; aquella tarde de finales de verano necesitaba sentirme en casa, como si perteneciese a algún lugar.

—Deja tu impertinencia para otro momento, ¿quieres?

—Perdona.

Me sonrió con una disculpa en sus ojos y me agarró del codo para acompañarme hasta el cuarto de Luna, la hija de Bruno, que desde que había cumplido los dieciocho años vivía con ellos, aunque se pasaba más tiempo conociendo mundo con una mochila al hombro que bajo ese techo.

Era una habitación pequeña, con las paredes repletas de fotografías, con pañuelos oscuros colgados en ganchos metálicos con forma de flor y pósteres de grupos de rock que no conocía. Olía a incienso, a un perfume de fresas y a tabaco fumado a escondidas. A juventud; una juventud que yo no recordaba.

—¿Dónde está?

—¿Luna? Está en un viaje de autoconocimiento de esos. Creo que anda por Praga, aunque no lo sabemos con exactitud.

—¿Autoconocimiento? —pregunté extrañado, aunque no sé de qué me sorprendía. Luna era así, un alma libre, muy parecida a su padre, que no podía estar más de dos días en el mismo lugar sin sentirse atada por una cuerda invisible. A su corta edad, con apenas diecinueve años, ya había viajado más que yo en toda mi vida.

—Más bien debería llamarse «conocimiento de la especie», porque ha conocido tres veces al amor de su vida en lo que llevamos de año.

Nos reímos. Era la primera vez que lo hacía en todo el día; si lo pensaba bien, quizá en toda la semana, a excepción de ese martes, cuando a Edgar, el único compañero en la empresa que había saltado la frontera de la amistad, se le cayó el café encima de los pantalones. Cerré los ojos al ser consciente de que, si eso era lo mejor de mis últimos días, mi vida iba mal, pero que muy mal.

Bruno entró en el salón con tres cervezas en una mano y un cuenco con frutos secos en la otra. Iba descalzo, con el pelo demasiado largo mal recogido en una coleta y con un chándal viejo al que le vi de pasada dos agujeros. Así era él, un fotógrafo con apariencia a ratos de *surfer*, a ratos de *hippy*, y que a otros parecía un adolescente atrapado en el cuerpo de un tío de treinta y pico años.

Noté que me ahogaba la camisa de mi traje al verlo tan cómodo, como si fuera normal ir con esas pintas por el mundo cuando era padre de familia y un

tío supuestamente responsable y comprometido. Eché la vista atrás, mientras meditaba sobre si yo en algún momento había dado una imagen parecida, pero me fue imposible. Me sentía viejo, exhausto y lo bastante amargado para no verle sentido a nada.

—Quedamos en que no ibas a contármelo —refunfuñó Bruno al imaginarse a su hija haciendo cosas de adultos.

—Es igual que tú. No sé cómo tienes la cara de escandalizarte por eso —contestó Jimena.

—Es verdad —asumió para sí, y lo dijo con una expresión de orgullo que entendía bien, porque le encantaba demostrar que el que no hubiera lazos sanguíneos entre ellos no era un impedimento para que fuesen familia; después me miró y me sonrió, ofreciéndome un botellín. Su naturalidad me encantaba, pero aquel día no; en aquel momento me incomodaba, porque me hacía sentir un anciano profundamente agotado—. ¿Una cerveza?

—Por favor.

Nos quedamos los tres allí sentados unos segundos, disfrutando de la sensación plácida que siempre te regala el primer trago después de una jornada de mierda, hasta que Jimena no lo soportó más y me lo preguntó directamente.

—¿Qué ha pasado?

«Nada y todo», quise decirle, pero fui incapaz de pronunciar una sola palabra.

Pensé en Patricia, el amor de mi vida. O, al menos, eso había creído durante los últimos años. En su sonrisa, en su manera calmada de estar a mi lado siempre, como un puerto seguro al que regresar. En lo felices que fuimos un día, en todo lo que nos prometimos frente al altar de una iglesia, en lo que esperábamos vivir juntos. En cómo su expresión de gozo al verme llegar a casa se fue apagando, hasta desaparecer. En cómo fuimos posponiendo los planes por nuestros respectivos trabajos y acabó por costarnos nuestra relación. Los viajes que no realizamos. Los polvos que no echamos porque estábamos cansados. Los hijos que tanto quisimos y que no llegamos a tener.

Todo y nada. Nada y todo. Qué más daba.

—Se ha terminado. No puedo más.

Jimena torció los labios; solo lo hizo durante un segundo, pero fue suficiente para saber que lo había entendido sin necesidad de explicar más. Eso es lo que pasa cuando encuentras a alguien tan afín a ti en muchos aspectos, que lo comprendes casi como si fueras tú el que lo está viviendo y sintiendo. Esa conexión de conocer los pensamientos del otro con una sola mirada. Jimena y yo éramos eso. Amigos hasta un punto en el que solapábamos sentimientos.

—Todo el mundo pasa por altibajos, quizá tenga arreglo —la voz de Bruno nos interrumpió; Jimena sonrió. Ambos sabíamos que su parte soñadora iba a salir en defensa de mi matrimonio, pero ella también sabía que no me valía, porque nos parecíamos más de lo que nos gustaría y había tocado fondo, un fondo en el que ya no quedaba nada por escarbar—. En caliente las cosas no son definitivas. Tú la quieres y ella te quiere. A veces la vida se tuerce, pero tienes que pensar que el amor funciona como un...

Entonces Jimena se levantó y lo hizo callar dándole un beso en la boca. Funcionó en el acto; siempre lo hacía.

Le agradecí el gesto en silencio, porque lo que menos necesitaba en aquel instante era alimentar una esperanza que ya no existía, porque la habíamos quemado hasta desaparecer. Lo que menos necesitaba era un discurso sobre un amor que ni siquiera pensaba que hubiera existido alguna vez; al menos no lo había hecho del modo en que Bruno lo veía. Un amor que comenzaba a creer que no era una realidad, sino solo la fantasía de un puñado de idealistas.

—Prepararé el cuarto de Luna. Puedes quedarte el tiempo que necesites. Estás en tu casa, Oliver.

—Gracias.

Jimena desapareció en busca de sábanas limpias; Bruno y yo brindamos, y los tres pasamos el resto de la noche cenando, charlando y viendo la televisión, como si estuviéramos en una burbuja aislada donde todo era normal, fácil y apacible.

Sin embargo, al día siguiente amanecí en la habitación de una adolescente trotamundos, me aseeé, me puse un traje que cada día me ahogaba más y me fui a trabajar, siendo consciente de que todo seguía igual y de que yo estaba a muy poco de reventar.

Julia

—¿Cuál es tu flor favorita?

La pequeña Nora miró a su alrededor con sus enormes ojos negros abiertos y señaló hacia el tejado de la casa.

—¡Esa! La morada.

—Buena elección —asentí—. Es una buganvilla. Son aventureras, ¿no ves como quiere escapar?

Ambas contemplamos el modo en que la buganvilla se enredaba por el borde de madera y dirigía sus esfuerzos hacia arriba, invadiendo cada vez más la entrada de mi casa con su color.

—¿Como yo? —preguntó Nora, con su sonrisa de paletos torcidos.

—Sí, como tú. Coge un par de ellas y se las llevamos a mamá, ¿quieres?

—Vale. Le encantarán.

—Y, lo que es mejor, así no te castigaré por escaparte otra vez.

Se había convertido en una rutina. Desde que Nora y Abigail se habían mudado a la masía más cercana a mi casa, la pequeña solía coger su bicicleta y pedalear hasta aparecer en mi jardín. Me gustaba su compañía, pero entendía que su madre enloqueciera cada vez que no la encontraba, teniendo en cuenta que vivíamos en una zona muy solitaria en mitad de la nada y que Nora solo tenía ocho años.

Cogí la bicicleta de la niña y metí un par de botes de la mermelada de ciruelas que había hecho esa semana en su cesta. Nora seleccionó con gran precisión dos flores de todas las que adornaban el suelo y me siguió dando saltitos por el sendero. El perro Dorian y la gata Wendy decidieron acompañarnos en nuestro paseo, para regocijo de Nora, que los adoraba de un modo que rozaba la obsesión.

Estábamos a finales de agosto y el último coletazo del verano se cernía sobre nosotras como un manto cálido.

—¿Por qué vives tan lejos? —me preguntó la pequeña, mientras caminaba casi bailando.

—¿Lejos de qué?

—De todo.

—De ti no vivo lejos. Ni de este bosque. Ni de la casa del señor Leandro. Tendrás que especificar más.

Le sonreí y puso los ojos en blanco de un modo tan exagerado que me resultó cómico, como si me estuviese quedando con ella al responderle dando un rodeo a su pregunta; era demasiado lista para su corta edad.

—Lejos de la ciudad. De las demás personas. Del mundo. Y sola. ¿Siempre has vivido aquí?

Giré la cabeza para observar mi casa, mi lugar favorito del mundo entero, mi refugio, y suspiré al recordar otra vida en la que yo no era la Julia que cultivaba su propio huerto, hacía yoga al amanecer y prestaba su escondite a otras personas que necesitaban escapar y reencontrarse con ellas mismas.

—No. Antes mi hogar estaba en la ciudad, trabajaba decorando casas y vivía rodeada de gente. Pero me cansé, ¿sabes? Esto me gusta.

—¿Y no te da miedo estar sola?

—¿Bromeas? Tengo gente en casa continuamente. Y a Dorian y a Wendy.

—Ya, pero gente que no te conoce. No es lo mismo.

Y no, no lo era. Pero sí era lo que yo había escogido. Lo que necesitaba después de tanto.

—Vamos, parlanchina, aligera el paso. Antes de que se meta el sol y a tu madre le dé un infarto.

Seguimos andando, cantando canciones infantiles que me inventaba y que a Nora la hacían reír a carcajadas, hasta que divisamos el sendero de su casa, una masía enorme de piedra oscura con dos chimeneas y un portón inmenso como entrada.

Vimos a Abi a lo lejos, que nos saludaba levantando su mano y con expresión de alivio. Le devolví el saludo, Nora se montó en la bicicleta y pedaleó en su dirección lo más rápido que sus cortas piernas le permitían.

—¡Hasta mañana, Julia!

—¡Hasta mañana, buganvilla!

Oliver

—El presupuesto es el que es. No tenemos más opciones.

Carballo me miró con cara de circunstancias y yo negué con la cabeza, porque no era posible que hubiéramos perdido un cliente tan importante.

—No puede ser. No podemos perder el apoyo de esa compañía. Es una de las tres que mayores ingresos anuales en publicidad nos aportan.

—Lo siento, Oliver. —Suspiró con pesar y sus ojeras me dijeron que sí, que la cosa estaba jodida de verdad; llevábamos meses cuesta abajo y lo peor es que me sentía responsable de todo—. Su contrato terminó y se han ido a la competencia con una oferta mejor.

—Joder. ¡Mierda!

Di un golpe a la mesa de cristal y me levanté crispado. Me pasé la mano por la cara y me asomé al gran ventanal de su despacho. Estábamos en un sexto. Las personas se veían muy pequeñas desde allí, como hormigas. Pensé en que ojalá yo fuera una de esas que caminaban sin preocupaciones. Pero no. Era el maldito responsable de publicidad de un grupo editorial cuyas ventas generales habían descendido un veinte por ciento en dos años y no comprendíamos el porqué.

—Tendremos que darlo todo en la reunión del viernes, pero su decisión está tomada.

Sentí su mano palmeando mi espalda y me tensé. Después lo oí marchar, pese a que lo normal hubiera sido que me largase yo, porque aquel era su despacho y no el mío.

Sin embargo, mi jefe sabía que estaba rendido, agotado, pasando por un momento delicado. Contaba con la suerte de tener como superior a un buen hombre que comprendía que las cosas en mi casa no funcionaban como deberían, pero eso, en vez de consolarme, me hacía cabrearme más todavía conmigo mismo. Porque no era profesional y yo, si algo había sido toda mi vida, era la hostia de bueno en mi trabajo, y hasta eso sentía que peligraba.

Al salir de la oficina, mandé un mensaje a Patricia para decirle que tenía que pasar por casa, porque solo me había llevado una maleta y un par de trajes para el trabajo, y aún tenía todo lo demás allí. Recibí un «ok», simple y directo, como una bofetada.

¿Qué esperaba? De un tiempo a esa parte nos habíamos acostumbrado a contestar de forma precisa. Nosotros éramos así, prácticos, pero por una vez me dolía, porque en algún momento de mi vida yo no había sido de ese modo. O, al menos, no había deseado serlo. ¿Cuándo? No lo recordaba muy bien, pero, en algún punto entre mis años un tanto locos y esa estabilidad que había encontrado en ella, yo había sido de los que creían en los sentimientos y en los gestos románticos. Quizá de una forma más clásica que, por ejemplo, la naturalidad con la que vivía el amor alguien como Bruno, pero lo había deseado, lo había buscado y había creído encontrarlo.

Abrí la puerta con la llave, planteándome si debía empezar a llamar al timbre en vez de tomarme esas libertades mientras ella siguiera bajo ese techo.

—Hola.

Su rostro apareció por el pasillo y los dos nos quedamos quietos, mirándonos a unos metros de distancia. Lo curioso es que pensé que llevábamos demasiado tiempo sintiéndonos así, lejos el uno del otro, como dos bloques de hielo separados por el océano.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Bien —mentí.

—Vale.

—¿Y tú?

—Bien. —Ella también lo hizo.

Fui consciente de lo fácil que nos resultaba mentirnos, como si nos hubiéramos acostumbrado a hacerlo y no estuviese mal, pese a que lo estaba.

Di dos pasos más y se giró, dirigiéndose a la amplia cocina que tardamos

casi un mes en escoger, porque nunca llegó a parecernos perfecta del todo. De pronto, me parecía algo tan insignificante como todo lo demás.

Cómo son las cosas, ¿verdad? Puedes tardar más en elegir unos muebles de cocina que en decir adiós al que un día juraste que era el amor de tu vida. Es de locos.

Al entrar, vi que había una ensalada preparada y dos pares de cubiertos sobre la barra de color marfil. Quise darle las gracias por el detalle, pero no me salió nada. Estaba tan apático que no era capaz ni de demostrarle gratitud.

—¿Quieres cenar algo? Antes de irte.

—No tengo hambre.

—Ya. Yo tampoco. —Aun así, se sentó en el taburete y picó una hoja de lechuga con desgana. Yo me dejé caer en el otro, llené las copas de agua y bebí de la mía con lentitud—. Tienes mal aspecto.

—He perdido un cliente importante.

—Lo siento. —Entonces torció el gesto y se tensó.

Lo noté enseguida, en ella, en la casa entera, hasta en mí sin saber por qué. Esa sensación constante de infelicidad que nos fue llenando sin comprender cómo, hasta que se nos vino encima y ya era demasiado tarde.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Por qué pones esa cara? ¿Qué he dicho?

—Ya no importa —contestó con desdén.

—Patri... —supliqué.

Ella entonces se encogió, como si mi tono de voz le doliese o le recordase momentos en los que le había gustado oírlo. Supongo que era así, que nos reconocíamos al vernos como la persona que un día quisimos y, a la vez, como la que había perdido la capacidad de hacernos felices. Y eso es duro. Es jodidamente difícil. Cuesta imaginar cuánto.

—Pensé que quizá me dirías que estás pasándolo tan mal como yo, pero no. Tu mal aspecto se debe al puñetero trabajo.

—No he dicho eso.

Se levantó y guardó la comida en la nevera, sin ni siquiera haber probado más que un par de bocados cada uno. Su coleta castaña se movía, tensa y tirante, con cada gesto que hacía.

—Sí que lo has hecho. Llevamos así más de un año, no me vengas ahora con que tu trabajo no ha sido siempre el centro de todo.

—¿Y el tuyo no?

—Es diferente.

Solté una risa llena de sarcasmo y todo regresó con fuerza, como una bola de nieve que seguía paseándose entre nosotros y que arrastraba cada vez más a su paso; la incomprensión, los reproches, todo de lo que ambos habíamos decidido huir antes de que nos destrozase.

Yo, obsesionado con mi trabajo, con ascender y conseguir cada vez más; ella, con terminar su residencia médica y conseguir una plaza fija en algún hospital, con turnos imposibles que hacían que nos diéramos los buenos días por las noches y nos folláramos por las mañanas como una rutina más, sin ni siquiera a veces desearlo. Observándonos más dormidos que despiertos por incompatibilidad de horarios y casi de vida.

—No lo es. No me hagas cargar con más culpa de la que ya considero que tengo.

Se giró y entonces su mirada me ablandó. Sus ojos acuosos. Sus ojeras tan marcadas. Estaba tan agotada como yo y no pude culparla por nada. Era tan bonita... y toda aquella belleza se había apagado.

—Oliver... Es que... Me cuesta comprender cómo hemos llegado a esto. A perdernos en tan poco tiempo.

Yo tampoco lo entendía, pero no se lo dije, solo le dejé claro que podía contar conmigo para lo que fuera, porque aquello no era un divorcio de odio, solo era una separación de dos personas que dejaron de quererse del modo que merecían, pero que, pese a ello, jamás dejarían de hacerlo. Nunca he comprendido cómo la gente puede pasar tan rápido del amor al odio o incluso a la más cruda indiferencia; cuando has querido a alguien y por el motivo que sea se acaba, siempre queda el recuerdo de que un día lo hiciste por algo. Y hay que agarrarse a ese *algo*. Yo no he dejado de quererla ni un segundo de

mi vida.

—Estoy aquí. Nunca dejaré de estarlo para ti.

—Pero... ni siquiera hemos tenido la oportunidad de cansarnos el uno del otro. Simplemente...

—Ya.

—Dijimos que para siempre. —Torció los labios y supe que estaba pensando en aquellos votos que nos hicimos y en los que creímos fervientemente.

Patricia siempre solía hacerlo, agarrarse a las palabras, a ese ideal de relación que nos prometimos y que ninguno de los dos cumplimos.

—Lo sé. Supongo que creímos en algo que no existe.

—¿Qué hicimos mal? —me preguntó.

—Quién sabe. Los dos estamos muy centrados en nuestras carreras. Nos acomodamos y nos acostumbramos a no estar. —Me estremecí antes de pronunciar las siguientes palabras, unas que me dolían demasiado, pero que eran tan verdad que ya no tenía sentido esconderlas—. Nunca fuimos la prioridad del otro.

—Pero yo te quiero —escupió, como si eso lo explicara todo, como si fuera suficiente.

—Yo también te quiero.

—O te quise. Ya no lo sé.

Una lágrima se deslizó por su mejilla y yo sonreí, porque sabía lo que le había costado decirme que, en el fondo, también era consciente de que ya no me quería, aunque no desease dejar de hacerlo.

Qué duro es desear amar a alguien que sabes que lo merece y ser incapaz de sentirlo.

—Ven aquí. —Se acercó y la acogí en el hueco que quedaba entre mis piernas; Patricia apoyó la cabeza en mi pecho y se dejó abrazar—. ¿Te cuento un secreto? —Sentí su sonrisa contra mi cuerpo.

—Me encantan tus secretos.

Acerqué la boca a su oreja, mientras le acariciaba la espalda. Era un gesto tan familiar entre nosotros que nos lo regalamos por última vez.

—Con saber que nos quisimos en algún momento, ya todo ha merecido la pena. —Asintió y le dejé un beso en el pelo.

—Es un buen secreto. ¿Te cuento yo uno?

—Claro.

Tardó un poco en hacerlo; después suspiró y yo me rompí un poco más.

—Creo que nunca quise esto. El casarme antes de haber conseguido mi plaza en el hospital, el centrarme en algo más que en mí, el tener hijos. Era cómodo y sencillo compartir el resto de la vida contigo, pero ahora sé que no lo buscaba por los motivos apropiados. Por eso no lo hemos conseguido.

Ahí estaba, el secreto de Patricia que llevaba tiempo pensando y que nunca quise creer del todo que fuera cierto. Porque existía una diferencia enorme entre ella y yo, y era que yo sí que lo deseaba. Formar una familia, tener mi propio hogar. Siempre lo había deseado, era ese objetivo de mi lista que tanto se me resistía y que, de pronto, se mostraba quizá imposible para mí; inalcanzable.

—Yo sí que lo quería.

Alzó la cabeza y sus ojos llorosos se disculparon antes que ella.

—Por eso necesito pedirte perdón. Por no haber estado dispuesta a darte todo lo que te prometí que te daría.

—¿Puedo pasar?

La cabeza de Jimena se asomó y, cuando me vio, frunció el ceño. Estaba hecho un asco. Creo que hasta debía de oler mal, y yo no era una persona dispuesta a demostrar esa clase de descuido delante de otra, por mucho que fuera una de las que más me conocían en el mundo. Yo era Oliver, el *gentleman*, como Bruno me llamaba, y no ese trozo de carne tirado sobre la cama que hacía tres días que no se afeitaba.

Llevaba tumbado observando las paredes llenas de color de Luna desde que había llegado después de despedirme de Patricia. En ellas había un

mundo de postales, fotografías, un mapamundi con banderitas de colores marcando los sitios que Luna había visitado aun siendo tan joven, ilustraciones, recuerdos de instantes que no comprendía porque no me pertenecían, pero su caos juvenil me calmaba.

Estaba hecho polvo. Seguía con el traje puesto; solo los zapatos descansaban en el suelo.

—Debes pasar. Es tu deber como amiga. Ven, siéntate —le pedí, dando dos golpes al colchón.

—Te he comprado nachos para cenar.

Sonreí; era su manera de decirme que estaba conmigo, pasara lo que pasara, que me apoyaba comprándome mi comida favorita. Así es Jimena.

—Gracias. —Me obedeció y se sentó a mi lado sobre la cama, algo rígida—. ¿Sabes lo que me da más rabia?

—Cuéntamelo.

—Que ni siquiera nos gritemos. Que sea una ruptura tan limpia, porque eso significa que se ha acabado de verdad. Que ya no hay nada. Quizá no lo hubo nunca del todo.

—Es mejor, ¿no? —me preguntó, confundida.

Jimena siempre había huido de los conflictos, al menos lo había hecho hasta que se cruzó en su camino con uno llamado Bruno.

—De entrada, sí, pero me hace pensar que lo hicimos mal desde el principio.

—¿A qué te refieres?

Tragué saliva antes de decirlo, porque hacerlo real me asustaba.

—A que no siento nada, Jimena.

—Eso no es cierto. Yo lo noto, no dejas de sentir. No estás bien, Oliver.

Asentí y le cogí la mano. No le gustaba que la tocasen, pero me dejó hacerlo. Porque en el fondo tenía razón, yo no estaba bien. Creo que nunca había estado peor. Y no me refiero al divorcio, ni a los problemas en el trabajo ni a lo poco que dormía, no. Hablo de mí. Por dentro. Algo no encajaba. Algo se estaba rompiendo y ni siquiera sabía qué era para intentar

arreglarlo.

—Siento tristeza. Y enfado. Y decepción. Pero no con ella, sino conmigo.

—Sé lo que es eso —susurró y apretó mi mano entre la suya, pequeña y fría, porque Jimena estuvo enfadada con ella misma durante mucho tiempo.

—Me siento lleno de cosas malas, y cansado. Estoy agotado de mi vida y no entiendo por qué.

—Deberías concederte un descanso, Oliver. Unas vacaciones. Llevas un ritmo de trabajo que va a acabar contigo. Y ahora lo de Patricia. La venta del piso. Todo.

—Necesito centrarme en lo único en lo que soy bueno, Jimena. No puedo pedirme unos días en la empresa ahora.

—Yo solo digo que, de vez en cuando, es bueno desconectar de nosotros mismos para regresar con el cargador a tope. Antes de que revientes, al menos.

—No voy a reventar, estoy bien. De verdad.

Pero era mentira. Yo lo sabía. Y ella también.

—Yo solo te digo que, si lo haces, estoy aquí, ¿vale? Si tu mundo revienta, puedes venirte al mío.

Dejé escapar una bocanada de aire.

Nunca me habían dicho «te quiero» de un modo tan bonito.

Julia

Abi sacó la tarta al jardín y Nora aplaudió como una loca. Era de noche, lo que hacía que las llamas de las tres velas que la coronaban parecieran pequeñas estrellas titilando sobre nosotros.

—¿De qué es?

—De hojaldre y frambuesas.

—¿Son las que recogimos el otro día?

—Las mismas.

El señor Leandro asintió al verla, dándome su beneplácito. Era un chef retirado de sesenta y ocho años que, al jubilarse, se había mudado definitivamente a su casa de campo, a un kilómetro de la mía. Los cuatro éramos los únicos habitantes en treinta kilómetros a la redonda.

—¿Vamos a pedir tu deseo nosotros? —preguntó la niña, alucinada por la celebración, teniendo en cuenta que mi cumpleaños es a finales de octubre y aún estábamos en septiembre.

—Sí. Como te explicamos ayer, Nora, esta es una celebración de cumpleaños diferente. Así que, como es uno especial, Julia elige.

—Y yo elijo compartir el deseo de mi vela con vosotros —exclamé, sonriente.

—Habrás que ponerse de acuerdo. ¿Pedimos algo para todos? —aportó Abi, animada por la emoción de su hija.

—¡Un pony! —gritó la pequeña dando palmadas—. Podríamos compartirlo. Cada semana que duerma en una casa.

—En mi casa, si entra, se le hace filetes —bromeó el chef.

—¡Leandro! No hable así delante de Nora —lo riñó mi amiga.

—Tío Leandro, no lo harás, porque sabes que Julia no come animales.

—Cachis, se me había pasado por alto. Otra cosa tendrá que ser.

Nos quedamos callados, observando las velas que comenzaban a deshacerse encima de la capa de frambuesas. Yo los miraba a ellos, orgullosa de tener una familia de acogida tan bonita como la que me había aceptado con los brazos abiertos. A mis pies, Dorian se acurrucaba con mimo, mientras Wendy no nos quitaba de encima sus ojos felinos sobre la rama del olivo.

—¡Que para tu cumpleaños de verdad seamos más alrededor de esta mesa! —la voz infantil de Nora rompió el silencio.

—No está mal, comienza a ser cargante ver siempre las mismas caras —confesó Leandro, que solía fingir que le aburríamos sobremanera, pero que en realidad nos adoraba como si fuéramos familia de verdad.

—Tiene que caernos bien a todos.

—Incluso a Dorian y a Wendy.

—Y que se encargue de la tarta. No pienso volver a cocinar.

—¡Pero si la tarta la he hecho yo! —dije entre risas, mientras ellos seguían discutiendo sobre mi deseo.

—Pero es tu fiesta —replicó Leandro—. Debería hacerla Abi, pero esta mujer prendería fuego a la casa antes de hacer algo decente, y yo estoy jubilado.

—¿Y yo? —le preguntó Nora con la ilusión en sus ojos.

—Tú no estás en la edad de cocinar, sino de disfrutar comiéndote todos los trozos que te entren en el estómago. Pero no vale vomitar.

—Vale, pues tendrá que encargarse de la tarta para poder ser aceptado o aceptada por nuestra noble comunidad de vecinos —dijo Abi con solemnidad.

—Y hará que Julia no se sienta tan sola en esta casa.

—No me siento sola, cariño.

—Pero lo estás.

Tragué saliva ante las palabras sin maldad de Nora, mientras mis otros amigos más adultos asentían.

—¿Y por qué dais por hecho que se alojará aquí? Igual tu madre se echa novio. O Leandro.

—¿Novio? —preguntó el aludido—. Ya estoy mayor para andar experimentando.

Abi y yo estallamos en carcajadas que Nora disfrutaba, aunque no entendiera muy bien de qué nos reíamos.

—Sigue siendo un deseo por tu fiesta especial, Julia. Así que tiene que ser para ti.

—Vale —acepté; después me acerqué a la tarta y me preparé para soplar las velas—. Pero que sepáis que, con vosotros, ya lo tengo todo.

Dejé salir el aire y sonreí, feliz de tener por fin una familia perfecta en el tercer aniversario de mi nueva vida.

Oliver

—Hola, perdona por venir a estas horas. Me dejé una carpeta en el despacho.

—Tranquilo, sigue siendo tu casa.

Patricia me dejó pasar con ojos adormilados. Seguramente acababa o de terminar un turno agotador en el servicio de urgencias o yo le había roto el sueño antes de tener que levantarse para comenzarlo. Aun así, nunca se quejaba. Amaba lo que hacía, incluso las partes malas de aquel trabajo vocacional que tanta vida le restaba.

Caminé por el pasillo y me dirigí al cuarto de baño. Eran las nueve de la noche y puede que estuviera aún más cansado que ella. Llevaba dos días sin apenas dormir, dándole vueltas a cómo podía arreglar las cosas en el trabajo y sin encontrar una salida. Nada me salía bien. Nada. Tenía esa sensación de vacío que había escuchado miles de veces a otras personas y que nunca había llegado a comprender del todo. El trabajo. Mi matrimonio. Objetivos sin cumplir. No pensar en nada bueno al levantarme por las mañanas.

—Gracias. Voy al lavabo. Me escuecen los ojos.

Entré en el baño y me lavé la cara, mirándome en el espejo sin reconocermelo. El pelo perfectamente ordenado gracias al poder petrificante de la gomina, pese a llevar en pie quince horas. El traje, impecable, aunque ya se notaba algo sobado por el sudor y el transcurso del día. Los ojos azules enrojecidos, como siempre me pasaba cuando ya no podía más. Me vi dos arrugas marcadas en los laterales, que juraría que antes no estaban, y fruncí el ceño. No me reconocía y a la vez ese era yo; sin duda.

Suspiré y me dije que tenía que dormir, que eso era todo, que pasaría. Y, entonces, las vi. Un blíster que se asomaba de la papelera del baño. Pequeño. Con todas las casillas vacías y un puñado de recetas fechadas y usadas.

—Patricia.

—¿Qué pasa?

—¿Puedes explicarme esto?

Le mostré el cajetín de esas pastillas anticonceptivas que supuestamente había dejado tiempo atrás y que supe en el acto que no había comenzado a tomar al separarnos, sino que destapaban otra grieta enorme y dolorosa entre nosotros. Otra mentira más que añadir a nuestra historia. Todo empezaba a parecerme una gran mentira.

Se asomó y, al ver lo que le tendía, su rostro se tornó pálido.

—Yo... Oliver... No...

No hizo falta que dijese más, ni siquiera que intentase engañarme, porque ahí estaba. La gota que colmaba un vaso a rebosar que acabaría por hundirme en mi propia vida.

—Olvídalo. Tengo que irme.

Y lo hice, cogí cuatro cosas que necesitaba para el día a día y dejé todo lo demás allí. Ropa. Fotos de ambos. Regalos familiares. Restos de un amor que quizá nunca había existido del todo. A Patricia. Y también a mí. A una parte de mí que nunca más volvería a ser.

Al día siguiente, la cabeza me martilleaba. Cogí el vaso de agua que descansaba en la mesa y le di un trago largo después de meterme en la lengua un analgésico que Jimena me había guardado en el bolsillo de la americana antes de salir de casa rumbo a la oficina.

Para ser una persona con un instinto maternal inexistente, era única cuidando de su manada.

Tras descubrir que mi mujer me engañaba tomando pastillas para no quedarse embarazada cuando, supuestamente, ambos lo deseábamos y veíamos el no lograrlo como otro fracaso más, Jimena me obligó a darme una ducha y me atiborró de comida basura, mientras Bruno me emborrachaba. Quizá no era la mejor solución, pero había ayudado por unas horas. Hasta me había divertido con las tonterías que contaba Bruno y que hacían a Jimena reírse a carcajadas que me llenaban un poco por dentro, diciéndome que sí, que no todo era malo, que aún tenía una familia que me quería y que estaba ahí para mí.

Sin embargo, al despertarme solo cuatro horas después, la resaca había provocado el efecto *boomerang*, trayendo consigo toda la mierda acumulada en mi interior multiplicada por mil.

Carballo intentaba exponer la nueva oferta en la que habíamos estado trabajando con la intención de no perder al cliente, pero las diez personas que lo escuchábamos rodeando esa mesa sabíamos que era una basura y que todo estaba perdido. Todo. No había nada que salvar. Me estaba hundiendo de todas las formas posibles. Quizá no era más que otro fracaso empresarial que ni siquiera me culpaba a mí de los resultados, pero yo no podía evitar sentirlo como tal en la piel. La culpa me comía por dentro, la frustración, el no verme capaz de salvar nada de lo que me rodeaba.

Nada.

Entonces la habitación comenzó a dar vueltas. No fue un cambio lento, sino brusco e inesperado. El cuello de la camisa me apretaba cada vez más; notaba el borde clavándose en mi garganta y el sudor de mi cuerpo emergiendo sin control, por mi espalda, mi frente, mis manos.

No podía respirar.

—Méndez, ¿se encuentra bien?

—Sí, solo tengo un poco de calor. —Me levanté y me coloqué al lado de Carballo, decidiendo coger el relevo con la intención de concentrarme en algo que no fuesen esos síntomas que amenazaban con acabar conmigo—. Sigamos. Las gráficas muestran cómo nuestra publicación ha supuesto una...

Parpadeé, confuso. Pequeñas manchas negras bailaban sobre mis ojos, haciendo que no pudiese ver con claridad los informes que intentaba explicar a las diez personas que se encontraban en esa sala conmigo. Rodeándome. Observándome. Escuchándome con tanta atención que debían de ser capaces de percibir hasta mis frenéticos latidos.

Tenía que salir de allí.

—Eh, Oliver... —dijo mi jefe, levantándose y agarrándome del brazo con una evidente preocupación.

—Estoy bien. Solo necesito un poco de aire.

Me dejé caer en la silla y cerré los ojos, intentando hacer que todo

desapareciera, que aquella sensación de que iba a morir de forma inminente se acabase, inhalando con fuerza para conseguir que el aliento llenase mis pulmones, que parecían estar siendo agarrados por una mano, encogidos, inertes.

—Creo que... creo que...

Creí que acabaría desmayándome, muriéndome, desapareciendo. Pensaba que ojalá lo hiciera, porque sentirse así era espantoso. El miedo se agarraba a mi columna vertebral y me retorció, haciendo daño y produciéndome temblores.

Necesitaba que no me mirasen.

Necesitaba que me dejaran solo.

Necesitaba salir de allí.

—Un ataque de pánico —repitió mi padre.

Estaba en el salón de su casa, con sus ojos, los de mi madre y los de mi hermana Berta, que había tenido que ir a buscarme al hospital, observándome cautos, preocupados y temerosos.

—Papá... estoy bien.

—¡No estás bien! —exclamó mi hermana—. Te ha dado un ataque de pánico, estás sometido a mucho estrés y...

—Berta, ha sido un susto, ¿vale? Un mareo tonto. Ayer tomé unas copas, no había desayunado y estoy durmiendo poco.

Sin embargo, ni siquiera yo me creí esas palabras, pero me daba igual, únicamente quería quedarme solo y dormir. Sí, dormir hasta Navidad era una opción más que perfecta.

Me levanté, cogí mi chaqueta y me dirigí a la puerta.

—Lo que tú digas. ¿Dónde vas ahora?

—Me voy a casa.

—¿A qué casa? —preguntó Berta con sarcasmo, porque todos pensaban que debía mudarme allí, al dormitorio de mi infancia, al menos hasta que

todo se tranquilizase, pero me negaba.

Amaba a mi familia más que a nada, pero lo que menos necesitaba era tener a mis padres encima de mí continuamente como si tuviese una enfermedad terminal.

—Tengo todas mis cosas en casa de Jimena. Allí estaré bien, ¿vale?

—Necesitas unas vacaciones, cariño. Hazme caso —aportó mi madre, dándome un sonoro beso en la mejilla. Yo negué.

—Lo que necesito es dormir un poco. Os llamaré.

Y los dejé allí, hablando de mí y de mi vida, mientras yo reflexionaba sobre lo poco que me apetecía estar tanto en esa casa con ellos como volver a la de mis amigos, pensando en que no me apetecía estar en ningún sitio y eso era un síntoma de algo tan grande que ni siquiera alcanzaba a comprenderlo.

—Méndez, a mi despacho. —Entré en el despacho de Luis Carballo, mi jefe desde hacía años, y me senté en la butaca de cuero esperando ansioso a lo que tuviera que decirme; tenía un presentimiento extraño; era desagradable —. ¿Cómo te encuentras?

—Perfectamente.

—Nos diste un buen susto, hijo.

Siempre me llamaba así; me tenía un cariño que me recordaba a mi propio padre y eso me agradaba, aunque no en aquel momento, en el que me parecía estar a punto de recibir un sermón que no estaba dispuesto a escuchar.

—Lo sé. Y lo lamento. No estoy pasando un buen momento personal y el cansancio pudo conmigo. No es excusa y prometo que no volverá a ocurrir.

—Y tanto que no va a ocurrir, al menos a corto plazo.

—¿A qué se refiere?

—¡Me han obligado a cogerme vacaciones!

Edgar me miró como si me hubiera vuelto completamente loco. Yo le di un trago a mi cerveza y pedí otra ronda incluso antes de terminarla. Ya

llevábamos tres y solo era miércoles, pero ¿qué más daba? No tenía que madrugar ni hacer nada al día siguiente más que lamentarme. Podía beberme una docena sin remordimientos.

—Lo que debería sorprenderte es que tengan que obligarte a algo así. Oliver, tío, la gente se muere por descansar, por desconectar, salir, dormir, tener tiempo para los suyos. ¿Te suena de algo?

Chasqué la lengua y evité la mirada de la camarera rubia que no dejaba de lanzarme guiños que me resbalaban.

—Yo no quiero tiempo. Yo quiero conseguir la cuenta que perdí la semana pasada y brindar después contigo. Eso quiero, joder. Lo que menos necesito son horas en las que pensar en toda la mierda de este último año.

Me revolví el pelo con las manos y mi amigo me palmeó la espalda.

—¿Y Patricia?

Me tensé.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Vas a tirar la toalla tan pronto?

—Es que no hay toalla que tirar. Se ha terminado. No nos queda nada. Me equivoqué, Edgar. Ni siquiera recuerdo cómo era querernos. No recuerdo... nada más que la comodidad.

Fui tan sincero que me sentí hasta mal, como si llevase mucho tiempo escondiendo eso de mi relación y soltarlo con tanta facilidad fuese una traición para Patricia, para ambos. Como si le quitara valor a todo lo compartido.

—Estás agobiado. Es normal. Deberías pillarte un billete de avión a alguna isla del Caribe, beber mucho ron y conocer a alguna chica guapa que te deje mojar el churro.

Sonrió como un chiquillo, deseando ser él quien pudiera llevar a cabo ese plan.

—No hables así. Ya no tenemos veinte años.

—No, pero tampoco ochenta. Tienes treinta y cuatro años, Oliver. Dime que no es apetecible. —Yo me encogí de hombros con indiferencia; la rubia

se dobló sobre la cámara refrigeradora, dejándome una visión perfecta de su escote, un escote que en otros tiempos me hubiera gustado mirar, pero que solo me producía rechazo; estaba hecho mierda. Edgar siguió mi mirada hasta el pecho de aquella chica y abrió mucho los ojos, más asustado que sorprendido por mi reacción ante ese estímulo que el Oliver de hace años, de haber querido, hubiera llegado a acariciar esa noche—. ¿Ni siquiera eso te apetece? Sí que estás jodido...

Y quizá tuviese razón.

Quizá todos supieron mucho antes que yo el cambio radical que necesitaba en mi vida.

Al día siguiente, me levanté tarde, con resaca de nuevo y no me duché.

Jimena no dijo nada al respecto.

Ni tampoco el día después, cuando amanecí a la hora de comer, di dos bocados al plato que habían preparado para mí y volví a encerrarme en el cuarto de Luna.

Al tercero, Bruno me pilló bebiendo a morro de una botella de *whisky* tumbado en la cama de su hija. No fue muy bonito que digamos, aunque tampoco me echó nada en cara, solo asintió para sí y me dejó seguir regodeándome en soledad. Como si me comprendiese y supiera que era cuestión de tiempo que yo solito llegara a alguna conclusión sensata.

Los tres siguientes la rutina fue muy similar.

Cuando cumplía una semana, sucedió. Supongo que bastante paciencia tuvieron conmigo.

—¿Qué coño es esto? —gruñí, apretando con fuerza un folleto colorido que me habían ofrecido.

Me habían obligado a salir de mi habitación improvisada, ducharme, afeitarme y sentarme a cenar con ellos de un modo medianamente presentable. Jimena me había gritado tanto que no había tenido otra opción. Después se había encerrado en el dormitorio con un cubo lleno de productos de limpieza; creo que hubiera fumigado el cuarto de haber podido hacerlo.

Cuando terminamos con el postre, nos habíamos sentado los tres en el

sofá con un café y había comenzado la intervención. Porque eso era, una intervención grupal en toda regla.

—Tus vacaciones.

—Estáis de broma.

—En absoluto.

Leí de nuevo lo que ponía en el papel que sujetaba con las manos y suspiré. No podía creérmelo. ¿Tan mal creían que estaba? ¿Tan poco me querían? No estaba siendo justo, pero es que no sabía ni qué pensar al respecto.

El jardín de Julia

Retiro personal

Lo lancé sobre la mesa de muy malos modos. Después solté una carcajada que asustó a Jimena; Bruno se echó a reír conmigo, aunque creo que más por miedo a que se me hubiese ido la olla del todo que porque le pareciese graciosa la situación.

Todos estábamos un poco perdidos.

—Me iré de aquí, pero no hacía falta que me tomarais el pelo.

—No te estamos echando —dijo Jimena, enfadada por mi conclusión—. Estamos preocupados por ti. Eso es todo.

—Es de una clienta mía. Montó esto hará tres años y yo le hice las fotos para la publicidad. Se trata de un escape en toda regla —me explicó Bruno, con una sonrisa inmensa.

Un escape. Un puto escondite perdido entre montañas. «Un lugar donde perderse para encontrarse», como decía su mensaje principal. Se trataba de un buen gancho; como experto en marketing que era, eso tenía que reconocerlo. Las fotos también eran buenas.

Sin embargo... no me podía creer que fueran en serio, que mis amigos, esos que me conocían mejor que mi propia familia, me vieran tan mal como para mandarme a un lugar así, cuando yo era el prototipo absoluto de chico

de ciudad.

—Bruno, dime que no crees en estas terapias alternativas.

Él negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

—No es una terapia, Oliver. Se trata de un descanso. Muchos grandes empresarios pasan el verano allí para desconectar de todo el estrés de sus vidas. Cero tecnología y en plena naturaleza. Soledad. Aislamiento. Comida sana. Yoga al amanecer, si te apetece. Un buen libro al caer la tarde. Sin reloj. Sin responsabilidades. Y el silencio.

Era demasiado surrealista. ¿De verdad me estaban ofreciendo unas semanas en una especie de comuna *hippy*? Porque no podía verlo más que de ese modo, más aun cuando aquella idea había surgido de la mente dispersa y un tanto loca de Bruno. Lo que me sorprendía de verdad era que Jimena estuviera de acuerdo con él.

—Pequeña... dime que tú no estás con él en esto.

Ella suspiró y yo quise morirme, porque si aquello era verdad mi vida estaba mucho peor de lo que nunca hubiera imaginado.

—Oliver, deberías intentarlo. Si no te gusta, iremos a buscarte. Te lo prometo.

—Te gustará. Confía en mí. La he llamado y, al ser ya temporada baja, no tiene a nadie más en todo octubre —aportó Bruno, frotándose las manos con nerviosismo al intuir que mis fuerzas flaqueaban.

—No pienso ir a ningún sitio. Olvidadlo.

Y... qué equivocado estaba.

Julia

Me gusta pensar que la vida es como la casa de espejos de un parque de atracciones. A veces entras y te ves desde un prisma, otras lo haces desde otro distinto y, en ocasiones, incluso ves una multitud de versiones de ti diferentes que acaban convergiendo en una: en tu yo real. Ese que muestras al mundo y con el que te mueves por él.

Yo un día fui una de esas mujeres que me devolvía el espejo; una que llevaba una vida que ansiaba, con una pareja que la quería y con la que compartía planes que deseaba cumplir, una familia que la respetaba por lo conseguido y un trabajo que la motivaba a seguir ascendiendo hasta que fuese posible. Con sus virtudes y sus defectos, pero envuelta en una sensación de perfección, de que todo era como debía ser. Como me habían enseñado que sería. Hasta que mi vida me dio un golpe, el salón de la casa giró y me vi enfrente de otra Julia, una distinta a la que tuve que adaptarme, porque de repente esa era yo y no podía hacer nada para obviarlo.

No había elección posible.

La vida había elegido por mí.

Me miré al espejo del baño y vi a la versión resultante de aquellos años, de aquellas decisiones. Una Julia que se arreglaba las rastas del pelo con una aguja de ganchillo antes de que llamase a la puerta una persona a la que hacía meses que no veía, pero por la que aún sentía el corazón latir más fuerte cuando aparecía su nombre en la pantalla del teléfono móvil; el mismo que solo usaba para posibles reservas y emergencias. Supongo que su repentina presencia podía considerarse una. Una Julia que había decidido vivir del modo que de verdad deseaba, sin importarle lo que los demás pudieran pensar y pese a todo lo que había perdido por el camino.

Me recogí el pelo rubio, casi blanco, en un moño con un pañuelo y me eché un poco del perfume que hacía yo misma con las flores del jardín. Cogí aire y lo solté, nerviosa, porque llevábamos meses sin vernos y que precisamente me hubiera llamado cuando se cumplía el tercer aniversario no podía ser una casualidad.

Seguro que se había acordado y se arrepentía de no haberlo celebrado

conmigo.

Seguro que aún recordaba lo que fuimos y lo echaba de menos tanto como yo.

Seguro que por fin estaba preparado para pedirme perdón.

Me estiré la falda del vestido una última vez frente a mi reflejo, diciéndome que estaba guapa, que me sentía bien y que todas mis dudas no tenían sentido, porque aún quedaba algo de todo aquel amor que compartimos y seguro que venía a buscarlo.

Bajé las escaleras, me senté en el banco del porche a esperar y lo hice.

Esperé.

Aguardé durante dos horas, hasta que me eché a llorar, con mi precioso jardín como único testigo de esa nueva decepción y me encerré otra vez en casa, prometiéndome que nunca más le permitiría que me tratase como si no importara.

Como si no valiese la pena.

Oliver

El jardín de Julia

¿Qué debes meter en tu maleta?

La ropa con la que más cómodo te sientas y un cepillo de dientes.

Nada más.

Quedan absolutamente prohibidos los dispositivos electrónicos. Ni teléfonos, ni ordenadores, ni nada. Si se te ocurre esconder uno en tu maleta, tranquilo, no voy a revisártela, esto no es un campamento, pero no podrás usarlo, porque solo hay cobertura en un punto exacto del bosque y no te lo confesaría ni bajo pena de muerte.

En mi jardín no hay horarios, pero si quieres que cocine para ti te conviene adaptarte a los míos.

Está prohibido fumar, las bebidas alcohólicas y cualquier alimento que no salga de mi despensa.

Durante tu retiro, no se aceptan visitas. Para cualquier emergencia podrán contactar contigo a través de mí.

Esto no es un hotel, es un respiro, así que no soy tu asistenta. Si quieres tener la cama hecha y la habitación limpia, deberás hacerlo tú. Tendrás a tu disposición los juegos de cama y toallas disponibles en la casa siempre que los necesites, así como productos de limpieza e higiene.

Kilómetros de bosque por los que pasear, una biblioteca con más de trescientos libros y nada más.

La naturaleza, el silencio y tú.

Quizá acabes encontrando aquello que has venido a buscar. O quizá no.

Solo depende de ti.

Te esperamos con los brazos (y patas) abiertos.

—No tengo ni idea de dónde me lleváis, pero os juro que, como me metáis en la casa de una loca sin un puto teléfono, conseguiré escapar y os mataré.

Que Jimena se partiera de risa no ayudó a que mi enfado menguara en absoluto.

Bruno conducía y ella iba a su lado con los ojos brillantes por una emoción que no comprendía; era como si estuviese disfrutando de toda aquella situación.

¿Y yo qué hacía? Ni puta idea. Pero allí iba, maldiciendo a ratos en el asiento de atrás con mi maleta llena de ropa para un jodido mes, sin dormir y con ganas de tirarme del coche en marcha y echar a correr. El problema era que no tenía hacia donde dirigirme y esa sensación era espantosa.

—No tengas miedo, pareces un crío el primer día de colegio —me recriminó él.

—Yo no soy como tú, Bruno. Tú acabarías en cinco minutos haciéndote un taparrabos con una hoja de soltarte en una tribu del Amazonas. Te nombrarían hijo predilecto a la hora. —Vi su sonrisa satisfecha por el espejo retrovisor—. Pero yo no soy así.

—Vienes a descansar. Así que hazlo. Pórtate bien y pediremos tu libertad condicional en cuanto te relajes un poco —dijo Jimena. Los dos se echaron a reír sin control.

—Me estáis tocando las pelotas.

—¡Es que es demasiado divertido!

—Deberías quedarte allí conmigo. Ojalá hubiera conocido esto antes, te hubiese dejado en cuanto te conocí. Hubieras muerto, Jimena. Y yo hubiera disfrutado con ello.

—Pero ya no lo necesita, la tengo permanentemente relajada. —La mano de él se colocó sobre su pierna, acariciándola con cariño. Ella se giró y le lanzó una mirada que dijo tanto que casi pude ver todas esas cosas guarras que pensaban hacer en cuanto desapareciese de su vista.

—Dios. Esto cada vez se parece más al infierno. ¿Por qué habré aceptado que me trajerais?

—No era una opción. —Jimena levantó el maldito folleto y leyó en alto las instrucciones por enésima vez—. Aquí pone que te dejemos solo en el comienzo del camino. Tengo que reconocer que es genial.

—Perfecto. Esto es perfecto. Joder... nunca os lo voy a perdonar. Os lo juro. Me vengaré por esto.

Después de media hora más de quejas e insultos por mi parte, y de risas y bromas por la suya, nos despedimos y de pronto me quedé solo, dándome cuenta de una vez por todas de que lo estaba haciendo. De que ni siquiera tenía muy claro dónde estaba, pero que había tocado fondo.

Cogí la maleta y la arrastré por el sendero que comenzaba a mi izquierda y que se perdía entre la frondosidad de un pequeño bosque. Al minuto, me di cuenta de que hubiera sido mejor idea llevar una mochila, porque las ruedas se me atascaron entre las piedras y había trozos embarrados por la tormenta que había caído la noche anterior.

La cosa mejoraba por momentos.

Al llegar al final, el camino se bifurcaba en dos. Fruncí el ceño al ver el cartel pintado a mano que se elevaba en el medio. A la izquierda, dos tablas de madera marcaban dos direcciones escritas, ambas en color negro, pero diferentes en caligrafía. Una clásica y seria que señalaba *Finca Olivares*. La otra, con una letra infantil algo irregular y corazones adornando las letras íes, *Masía familia Herrero*. Bajo estas, había otra tabla que señalaba a la derecha, una con letras blancas adornada con flores de mil colores alrededor. Mi destino. *El jardín de Julia*.

Tragué saliva y suspiré, antes de girar y emprender los pasos hacia lo que fuese que fuera a encontrarme al final. Según fui acortando la distancia, el olor a naturaleza y el aire puro llenaron mis pulmones. Comencé a ver los colores, a olerlos, a sentirlos. La mezcla resultante del jardín más colorido que había visto en mi vida.

Era alucinante.

Había plantas por todas partes. Flores. Árboles frutales. Observé un buzón tan rodeado por una enredadera con diminutas flores blancas que

apenas se veía a un lado del camino. Este estaba delimitado por pequeñas piedras planas colocadas a los lados. Había una bicicleta azul tirada en un rincón. Y unas zapatillas de esparto al lado de una pala y una regadera.

Al frente, la casa. Una edificación de piedra blanca y ventanas de madera, de dos plantas y con un porche inmenso del que colgaba un columpio lleno de cojines de colores. Botellas de vidrio con flores en su interior adornaban el suelo, y móviles de piedras y cristales colgaban de la pared. Unos metros a la derecha de la construcción y un poco escondida entre dos árboles, atisé una vieja caravana transformada en casa.

Era como si hubiera entrado en una puerta secreta a otro mundo; quizá a una escena de un cuento o a un cueltito muy bueno producido por un potente psicotrópico. No lo tenía demasiado claro.

¿Qué diablos estaba haciendo allí?

—¡Hola, forastero!

Una voz dulce me devolvió a la realidad y giré la mirada, hasta encontrarme con una chica con los ojos azules más cálidos que había visto en mi vida. Llevaba el pelo rubio recogido en un moño despeinado y una sonrisa pintada en la cara. Vestía unos vaqueros cortos y un trozo de tela atado alrededor del pecho; creo que se trataba de un pañuelo reconvertido en top. Estaba descalza y tenía harina en una mejilla.

—Eh...

Solté la maleta y observé mis zapatos de trescientos euros manchados de tierra.

La miré y ella hizo lo mismo, analizándonos mutuamente, con sus brazos en jarras y sin borrar la sonrisa de su rostro.

No sé si me sorprendieron más los tatuajes dibujados en una gran parte de su cuerpo o las rastas de su pelo. No, creo que fue el aro de su labio el que se llevó el premio. O el conjunto de todo, de la casa, del ambiente, de ella.

—Bienvenido. Tú debes de ser Oliver. Soy Julia.

Se acercó y me tendió la mano después de limpiársela en la tela de sus minúsculos pantalones. Yo la acogí entre mis dedos sin pestañear. Ella la movió con firmeza. Estaba un poco áspera.

—Sí... Hola.

Después se apartó del camino y, agarrando mi maleta como si no pesase nada, la cogió en el aire y subió las tres escaleras del porche.

—Pasa, no te quedes ahí. Estás en tu casa.

Yo obedecí un poco por inercia y casi tuve que controlar una carcajada, porque aquello no se parecía a lo que sería estar en casa para mí en absoluto. Acababa de ver una lagartija sobre uno de los escalones y un cartel colgado a un lateral de la puerta que decía:

En esta casa...

Reímos a carcajadas

Soñamos despiertos

Bailamos bajo la lluvia

No decimos mentiras

Gritamos solo para decir te quiero

Damos segundas oportunidades

Nos levantamos después de caernos

Lloramos sin miedo

Pedimos perdón

Damos besos cuando nos apetece

Amamos la naturaleza

Está permitido ser niño siempre

Somos felices

Era como tragarse un kilo de caramelos. Necesitaba largarme de allí.

Julia entró y dejó mi maleta en un lateral de la entrada.

Enseguida un galgo blanco se acercó a mí moviendo el rabo, pero con un leve temor en sus ojos, y me olisqueó con tiento. Yo alcé la vista y me encontré con unas escaleras que subían al piso superior y que me hicieron abrir los ojos como platos, porque entre peldaño y peldaño había frases pintadas parecidas a las de la entrada. De nuevo consejos motivacionales que me resultaban más propios del muro en las redes sociales de una adolescente que de un lugar con algún sentido, como debería ser ese. Un lugar al que, supuestamente, acudían empresarios de prestigio a desconectar.

Por Dios Santo. Tenía que tratarse de una broma.

Cada día es una oportunidad

Lo imposible es lo que no se intenta

La suerte es una actitud

—El que te está meando los zapatos es Dorian. —Sus palabras provocaron que yo diese un salto hacia atrás. Al mirar hacia abajo, vi unas gotas salpicando mi calzado y la cara del perro entre esperanzada y asustada —. Y la que intenta lanzarse a tu cuello desde la parte de arriba del armario es Wendy. Lo siento, pero le cuesta confiar.

Giré la cabeza y me encontré con dos ojos verdes intensos que me estudiaban con lentitud y que pertenecían a un gato de color gris que lo observaba todo desde una posición privilegiada.

Creo que es buen momento para decir que nunca me habían gustado los animales. Los respetaba, sí, pero creía que cada uno estábamos mejor en nuestro propio espacio, sin necesidad de saltarnos los límites.

—Oh, joder... —susurré, sintiendo el escalofrío que me provocó su mirada felina, estudiándome con deliberación.

—Se siente intimidada ante las situaciones tensas y tú, claramente, lo estás. Cuando te relajes un poco, se olvidará de tu existencia. Puede que

incluso le caigas bien. A veces pasa.

—Oye, Julia...

Iba a decirle que me había equivocado del todo y que aquel no era mi lugar, que había sido un error provocado por las ideas locas de mis amigos y que lo que yo necesitaba eran unas vacaciones normales y corrientes en alguna playa de algún sitio tropical, como bien me aconsejó Edgar, y no perderme en un bosque donde no sabía qué cojones iba a hacer para no sentir que estaba perdiendo el tiempo, pero ella comenzó a subir las escaleras, ignorándome.

—Dorian, en cambio, se hace pipí porque le gustas. Es un facilón. Ven, deja eso ahí —dijo, refiriéndose a mi equipaje y aún dándome la espalda—, te enseñaré el refugio.

—¿Refugio?

—Sí, Oliver. Tu refugio.

Sentí su sonrisa, sin mirarme. No sé por qué, pero fue una intuición y aquello me molestó, como si aquella chica extraña que respondía al nombre de Julia supiera más de mí que yo mismo. Y la seguí, porque mi vida tenía tan poco sentido en ese momento que creí que nada más podría ir a peor que el hecho de que un perro me mease los zapatos, una gata quisiera matarme y una *hippy* con pinta de manifestarse día sí, día también y de sazonar la comida con marihuana, fuese a compartir casa conmigo durante un maldito mes.

Julia

Tuve que intentar controlarme para no echarme a reír. Era un caso tan típico que me hacía gracia.

En cuanto lo había visto ahí plantado en mitad del camino con sus pantalones de vestir, su camisa impoluta y almidonada y sus zapatos de firma, lo había sabido. Llevaba demasiado tiempo viendo pasar a personas como él como para no hacerlo. Y Oliver era el ejemplo claro de hombre joven estresado por un trabajo que lo consumía, por una relación que quizá no estaba pasando por su mejor momento o sin ni siquiera tiempo para tener una; quizá con un par de hijos a los que no veía, porque cuando terminaba la jornada ellos ya estaban soñando cosas bonitas, o puede que uno que no tuvo tiempo de plantearse tenerlos. Quizá uno que vivía para trabajar en exclusiva, para tener más, sin darse cuenta de que estaba solo y que cada vez tenía menos de lo que importaba.

Abrí la puerta de su dormitorio, mi favorito de los tres que había en la casa, y observé su reacción al verlo por encima de mi hombro. Me vi obligada a inhalar con fuerza al enfrentarme de nuevo a su belleza. Tenía el pelo oscuro engominado y unos ojos azules algo achinados que te dejaban sin aire. Las facciones marcadas, la nariz afilada, los labios mullidos. Era guapo de un modo espectacular y cuando lo había visto por primera vez me había costado mantener la voz firme, porque de verdad que abrumaba.

Pese a ello, su belleza era de ese tipo superficial y efímera, como un vestido bonito que solo es eso, un trozo de tela. Y es que todo lo demás que cargaba, y que se veía como si de tanto peso no pudiera ser invisible, me decía que Oliver no era una persona con esa luz que hace que tu vida sea más bonita; al menos no en aquel momento en el que se encontraba; quizá en algún otro lo fue.

Noté el tic de su mandíbula; clavé los ojos de nuevo en su pelo perfectamente peinado, en su barba bien afeitada, lo estudié y percibí que nos envolvía su olor a perfume caro. Iba acompañado por esa tensión que irradiaba, por la incomodidad que sentía y por esos pensamientos que flotaban libres alrededor de nosotros sin que él fuese consciente.

«Esto es un error».

«Esto no es para mí».

«Esto es una auténtica locura».

Me miró de reojo y carraspeó antes de hablar. Yo no evité cruzar mis ojos con los suyos, por mucho que hacerlo me incomodase un poco.

—Me gustaría hacer una llamada antes de asentarme. Si no te importa.

Yo negué con la cabeza.

—Sabes que esto no funciona así. Tómate unos minutos, si quieres, pero accediste. Sabes que, de echarte atrás, no se devuelve el dinero.

—No me importa el dinero —contestó, educado pero a la defensiva.

—A mí tampoco, aunque no te lo creas, pero es la única forma de que las personas como tú se queden y lo intenten.

—¿Las personas como yo? —preguntó, alzando una ceja.

—Sí. Incrédulos. Terrenales. De los que buscan obtener algo de todo lo que hacen. De los que tienen que ver para creer.

—No creo que sea algo malo.

Y no lo era. Yo había sido como él hacía un tiempo, pero la vida me había enseñado que no era el camino. No era el mío, al menos, y yo intuía que Oliver había perdido un poco el suyo, pero que aún no lo sabía.

—No tiene por qué serlo, pero dime, Oliver, ¿por qué has llegado hasta aquí, si no?

—No estoy pasando una buena época. Eso es todo.

—Entonces quizá no lo estés haciendo bien. Piénsalo. —No dijo nada, pero tampoco insistió, solo se quedó con la mirada fija en la ventana y asintió para sí, diciéndome que, al menos por el momento, se quedaba, dándole una oportunidad a aquella decisión—. Estaré abajo. La cena estará lista en una hora. Si para entonces aún quieres huir, podrás realizar esa llamada.

Me fui y lo dejé solo en el dormitorio principal. Me lo imaginé asomado a la ventana, mirando los árboles verdes y frondosos que lo rodeaban todo, el sol metiéndose a lo lejos, dejando una estela de ese color naranja que yo únicamente había visto allí. Pensando en modos de escapar, quizá. Contando los días que le quedaban para marcharse. Puede que recordando lo que dejaba

atrás. O deseando que alguien lo estuviese esperando al volver. ¿Quién podía saber lo que pasaría por su cabeza?

Después me dirigí a la cocina y preparé la cena, sin saber que aquel primer pastel sería el inicio de lo más grande de mi vida.

Oliver

Salí al pasillo cuando el olor a comida recién hecha comenzó a inundarlo todo.

Me había dado una ducha y cambiado de ropa, aunque mi maleta seguía sin deshacerse en un rincón del dormitorio.

Cuando Julia me dejó solo, medité unos minutos sobre qué hacer, pero mi mente estaba tan en blanco que no fui capaz de llegar a ninguna conclusión. Así que supuse que podía esperar al día siguiente para largarme, teniendo en cuenta que ya eran las ocho de la tarde y que no iba a hacerle la putada a Jimena de obligarla a venir a buscarme a esas horas.

Ni siquiera tenía un modo de salir de allí; era de locos.

Bajé las escaleras y el perro me saludó; lo hizo con una euforia que cualquiera diría que éramos viejos amigos de la infancia; era algo que nunca había comprendido de los perros.

Entré en la cocina siguiendo el olor de la comida, que provocó que mis tripas rugieran, y me encontré con Julia. Estaba de espaldas y sacaba un recipiente del horno con dos manoplas. Tuve que admitir que olía de forma deliciosa y que estaba realmente hambriento.

El dichoso perro se acercó a mí de nuevo moviendo el rabo y me chupo un zapato.

—Ei, ya estás aquí. Siéntate. Enseguida saco los platos.

Me acerqué a la gran mesa de madera que ocupaba el centro y la obedecí. Ella siguió dando pasos descalzos por la cocina, poniendo la mesa bajo mi atenta mirada y sin dejar de sonreír. Me tendió una jarra de cristal.

—Agua con limón y semillas de chía. —Yo fruncí el ceño; me moría de sed, pero no podía creerme que hasta beber fuese a convertirse en esa casa en una experiencia fuera de lo habitual—. No me mires así. Está bueno. Al menos, Pruébalo. Si no te gusta, ahí tienes el grifo.

Lo dijo con tanta soltura que no pude más que obedecerla y servir en ambos vasos.

—Gracias.

Me di cuenta de repente de que aquella experiencia también suponía el compartir tiempo con Julia, aunque solo fuese el mínimo para alimentarme. En las instrucciones más detalladas del folleto sí que venía explicada la posibilidad de comer en soledad si así se deseaba, pero me parecía de muy mala educación decirle que prefería librarme de su compañía, más aún después de haber cocinado para mí, aunque le pagase por ello. Una pequeña fortuna, por cierto.

—¿Qué tal tu primera ducha de agua fría?

Su pregunta me pilló desprevenido. Ella sonrió, mientras servía la comida en ambos platos. Era una especie de pastel de hojaldre relleno de pisto.

—Bien. Supongo.

—Tengo un calentador, pero no lo enciendo hasta que empieza el frío de verdad. Aunque si ves que lo llevas muy mal, podríamos hacer una excepción.

—No me importa —dije, pensando para mis adentros que no iba a tener más oportunidades de ducharme en aquella casa—. Me gusta el agua fría. Ayuda a que la sangre circule mejor.

Su sonrisa volvió y no pude más que contener una, porque no había querido decir nada con aquella explicación, pero supe en el acto que por su cabeza había pasado un pensamiento un poco sucio. Por el mío también, lo que me decía que quizá no estaba tan jodido como todos creían, después de todo.

—Cierto.

—Está bueno —afirmé, después de tragar un trozo que me supo a gloria.

—Gracias. Buen provecho.

Después Julia hizo algo que no esperaba. Cogió su plato y su vaso y se marchó de allí, dejándome solo en aquella cocina desconocida para mí. Cenando frente a una ventana desde la que veía el frondoso jardín. Con el único sonido de mis dientes al masticar, del aire que se colaba por la rendijas de aquella casa y la soledad. Un sonido que odié en el acto, porque me hacía volver a centrarme en pensamientos que no me hacían bien; en la situación

que me había llevado hasta allí.

Supongo que en eso consistía aquel refugio, en de repente darse cuenta de lo solo que estaba uno, de que únicamente estaba yo y de que tenía que enfrentarme a ese *yo* en el que me había convertido y valorar si me gustaba o no lo que veía. Si lo estaba haciendo bien o no en mi vida, como me había preguntado Julia.

¿Dónde se habría metido? No me importaba lo más mínimo, pero la situación me incomodaba, porque aquella no dejaba de ser su casa y yo tenía un sentido de la educación demasiado arraigado.

Un ruido a mi derecha me hizo girarme bruscamente y me encontré con unos ojos verdes mirándome desde la oscuridad de la parte baja de un mueble. Sentí un escalofrío.

Si no me gustaban los animales, lo de los gatos era un caso aparte. Me generaban una desconfianza instintiva. Al fin y al cabo, los perros me parecían fáciles de manipular, pero los gatos... los gatos me hacían sentir inferior y esa sensación no me gustaba nada.

Suspiré, me terminé el mejunje ese que Julia me había hecho beber y que debía reconocer que no estaba nada mal, y recogí los platos, lavándolos con premura, porque solo podía pensar en meterme en la cama y que el día siguiente llegara con la intención de marcharme y regresar a la seguridad de mi vida.

Julia

Aquella primera noche con Oliver bajo mi techo, dormí francamente mal. Lo hice con la sensación en el estómago de que a la mañana siguiente él querría huir y que yo no sabría cómo detenerlo. No sería la primera vez que ocurría; desde que abrí el retiro había tenido que enfrentarme a dos situaciones parecidas, pero aquella vez tenía el presentimiento de que tenía que frenarlo como fuera. Porque Oliver necesitaba aquello de verdad. Porque había sentido una de esas intuiciones que en ocasiones me nacían al cruzarme con la gente. Y porque nunca había tenido un huésped tan guapo, aunque ese pequeño detalle era mejor obviarlo.

Me asomé a la ventana de la vieja caravana y miré hacia arriba, hacia su habitación. La ausencia de luz en la ventana me dijo que estaba apagada. Supuse que estaría dormido. Era lo lógico, teniendo en cuenta que el reloj de mi pared marcaba las tres de la madrugada.

Me puse una chaqueta encima del camisón y salí descalza. Dorian levantó su cabecita y después me siguió. Era incapaz de estar solo.

En cuanto pusimos los pies fuera, sentí la brisa nocturna que ya traía el frescor del otoño y, al instante, también una presencia. Unos ojos azules me miraban desde la entrada de la casa y el ruido de la colita de Dorian moviéndose de alegría me confirmó que él también estaba allí por el motivo que fuese.

—Hola...

—Hola, solo estaba... —se disculpó, pero se calló, como si ni siquiera fuese consciente de lo que estaba haciendo allí a las tres de la madrugada.

Oliver estaba sentado en uno de los escalones del porche. Seguía con la misma ropa con la que había bajado a cenar, unos pantalones de vestir y una camisa que no tenían que ser muy cómodos para estar en mitad del campo. Se notaba que era un hombre de traje, correcto y elegante. Eso sí, se había quitado los zapatos y los calcetines, y no pude evitar fijarme en sus pies descalzos, como si fueran un ligero atisbo de otro hombre escondido en el interior del que acababa de saludarme.

—No te preocupes —le dije—. ¿No puedes dormir?

—Ni siquiera lo he intentado. ¿Tú?

—Yo sí que lo he intentado, pero los primeros días siempre me ponen nerviosa.

—¿Los primeros días?

—Sí, cuando viene alguien. Aunque no lo creas, me preocupa que estés cómodo.

Su voz era bonita pero contenida. Me lo imaginé guiando una reunión de esas importantes para una gran empresa, liderando un equipo de trabajo, dando órdenes. No sabía nada de Oliver, pero todo él gritaba la clase de persona que era y de la que, sin saberlo, había huido.

Me acerqué y me senté a su lado. Su perfume me recibió rápido, colándose por mi nariz. Era uno de esos caros que seguramente anunciaría por la televisión un modelo famoso o quizá un futbolista.

Me tapé las piernas un poco con la chaqueta de punto y disfruté de ese silencio que solo se podía encontrar en plena noche en un sitio tan perdido como en el que vivía. Porque el silencio no es solo vacío, es diferente según dónde y con quién lo compartas, y allí me parecía único.

Él siguió mirando al frente, a algún punto indeterminado pensando en a saber qué, pero transmitiendo tensión y un profundo cansancio. Hasta que rompió esa quietud, girando la cabeza y señalando con su mirada mi vieja caravana.

—Pensé que dormías en la casa.

—¡No! —Me reí—. La casa es para los huéspedes; hay espacio para tres personas, aunque tienes la suerte de que este mes no espero a nadie más. Yo solo uso la cocina y el baño de abajo.

Tenía acceso a ambas estancias por una puerta en el lateral, lo que hacía que ni siquiera molestara demasiado a quien estuviera alojado en la casa.

—¿Vives ahí?

—Sí. ¿No es genial? —pregunté, sonriéndole con ganas.

Llevaba media vida soñando con vivir en una caravana y por fin lo había conseguido.

—Si tú lo dices... —Fruncí el ceño y él se disculpó al momento—. Perdoná.

—No hay nada que perdonar. Tiene que gustarme a mí, no a ti.

Amaba mi vieja caravana. Se la había comprado por dos duros a un alemán afincado en la ciudad y había tenido que invertir un poquito más en arreglarla por dentro y en pintarla de un verde pálido. No andaba, solo era un caparazón vacío que no servía para nada más que para ocupar sitio, según él, pero, en cuanto la vi, a mí me pareció perfecta para construir en ella un refugio propio. Al fin y al cabo, había comprado la casa como una inversión. Tenía la suerte de tener una estabilidad económica y unos ahorros suficientes como para poder permitirme ciertas locuras como las que había hecho, pero no iban a ser eternos, y aquella casa había sido la inversión más grande de mi vida y aún la compartía con el banco. Así que me había buscado la vida para sacarle todo el provecho que podía.

No solo la alquilaba como escape, sino también aprovechaba los recursos que me daba, como el huerto, que no solo me alimentaba a mí, sino que colaboraba con varios restaurantes de la zona vendiéndoles mis productos y mis mermeladas. Un par de floristerías trabajaban a menudo conmigo. E incluso el jardín me había proporcionado alguna ayuda extra sirviendo como fondo para algunas sesiones fotográficas gracias al contacto de Bruno, el chico al que yo había contratado para ayudarme con la publicidad cuando todo comenzó y que había hecho que Oliver acabara bajo mi techo.

Observé su perfil, cuya mirada había vuelto a perderse un poco en el bosque y otro poco en sus pensamientos. Su nariz era recta, sus pómulos se marcaban ligeramente, sus labios eran mullidos. Una sombra de barba comenzaba a marcársele y me pregunté cómo sería acariciar y sentir su piel de lija en las yemas de mis dedos.

Suspiré, asombrada por ese pensamiento casi instintivo.

Y es que Oliver tenía una belleza de esas que hacen que te gires al verlo pasar. Era inevitable. Con sus ojos como dos pozos de agua azulada, profundos. Su pelo oscuro, casi negro. Su porte de caballero. En apariencia, no tenía nada que ver conmigo, pero cuando la belleza existe de forma natural, lo demás no importa; solo se admite, punto.

Mi escrutinio lo hizo tensarse y abrió la boca. Yo ya sabía lo que iba a

decir. Era demasiado obvio que no quería estar allí, sentado a mi lado en un rincón perdido del mundo.

—Julia, yo...

—Lo sé.

—Mañana...

—Todavía es hoy.

—En realidad, no —me corrigió, ladeando un poco la boca en un amago de sonrisa que pareció más una mueca.

Tenía razón, eran las tres de la mañana y, en apenas horas, si él quería, todo acabaría y yo me llevaría un buen pellizco sin hacer nada. Pero yo había sido sincera, el dinero no me importaba en estos casos. Solo deseaba que lo que fuera que le ocurriese se disipara. Yo sabía bien lo que suponía estar en su piel y era algo horrible.

—Bueno, pero aún no ha salido el sol. Cuando lo haga y pruebes uno de mis desayunos, lo hablamos. ¿Te parece? —Él sonrió otro poco, solo alzando una de sus comisuras, y a mí ya me pareció suficiente para intentarlo. Me levanté, le di un leve apretón en el hombro y me fui; Dorian le lamió un pie antes de salir corriendo detrás de mí—. Buenas noches, Oliver.

—Buenas noches, Julia.

Y lo dejé ahí, pensativo.

Estuvo otra hora más; miraba al cielo de vez en cuando y seguía dándole vueltas a todo eso que lo nublabá y que no le permitía avanzar. Lo sé porque yo fui incapaz de dormir hasta que no lo vi entrar en la casa. Estuve acompañándolo en silencio, observándolo por el ventanuco de mi caravana, deseando que se sintiera un poco mejor, porque odiaba ver sufrir a las personas y no poder remediarlo. Era empática por naturaleza de un modo que casi dolía.

En cuanto desapareció en el interior, caí rendida, con el bueno de Dorian enredado sobre mis pies.

Oliver

Me desperté sin ser muy consciente de dónde me encontraba. Lo primero que pensé fue en tener a Patricia al otro lado de la cama, pero, al girarme y sentir la sábana fría, la sensación de vacío me oprimió el pecho. Al instante creí que Jimena estaría al otro lado de la puerta gritando a Bruno por cualquier cosa, como por salir desnudo de la ducha empapando todo el pasillo (solo había necesitado compartir casa con ellos unos días para comprobar que era una rutina muy arraigada para él) o por fumar a escondidas sacando medio cuerpo por la ventana. Pero no. En ese dormitorio no había ningún mapamundi lleno de recuerdos, ni fotos de cantantes famosos en sus paredes, ni olía a la pequeña Luna, a la que también eché de menos en aquel momento de un modo fuerte.

Aquel cuarto era todo blanco. Las sábanas. Las paredes. El techo. Todo destilaba pureza, excepto un estor de bambú o de algún material similar, en color crudo, las mesillas de noche y un pequeño banco a los pies de la cama, ambos hechos de madera natural sin tratar, como si hubieran cogido dos troncos y puesto unas ramas como patas.

Recordé mi casa minimalista, en tonos grises y negros y de superficies rectas y brillantes, y suspiré hondo. No se parecía en nada a aquello, pero tampoco la echaba de menos.

Me incorporé y abrí la ventana. El sol brillaba con fuerza, en el cielo no había ni una sola nube y no parecía que corriese el aire. Daba la impresión de que el jardín estaba congelado en el tiempo; estancado en algún lugar perdido.

Entonces la vi. Se encontraba en la parte delantera de la casa e iba de un lado a otro inquieta. Su pelo rubio parecía incluso más blanco por la luz que le daba de pleno. Sus rastas saltaban con cada paso que daba. Llevaba un vestido azul, corto y de esas telas finas que hacen que sea fácil intuir lo que hay debajo, y revisaba una y otra vez una mesa servida bajo uno de los árboles. El olor a café me llegó rápido y se me coló por la nariz. También me llegaron otros aromas que no identifiqué. Era demasiado intensa la mezcla, de las flores, las frutas, la comida.

Me giré, observé mi maleta en un rincón aún sin sacar y me pasé las

manos por el pelo, sintiendo de nuevo todo ese peso que el día anterior cargaba y que ni el sueño reparador había hecho desaparecer. Después cogí una toalla, ropa de cambio y salí al pasillo, en dirección al baño.

«Solo es un desayuno», me dije. «Solo un desayuno».

Pero no lo fue.

—Buenos días.

—¡Buenos días! ¿Qué tal? ¿Has dormido algo? Dime que sí. Yo podría hibernar en esa cama.

—Sí, la verdad es que he dormido mucho mejor que en semanas — reconocí, porque era cierto y Julia llevaba razón, aquella cama resultaba increíblemente cómoda; casi parecía que te atrapaba.

—Me alegro. ¡Pues a desayunar! —Dio una palmada al aire y me mostró orgullosa la mesa de madera plagada de comida—. Hay un poco de todo, es posible que pudiera alimentar con esto a un equipo de fútbol americano, pero quería que lo encontraras todo a tu gusto. Si necesitas algo más, grita y vendré volando.

—Vale... gracias.

Se marchó enseguida, corriendo como si temiese molestarme, y yo me quedé allí, solo de nuevo, rodeado de comida para un regimiento y acompañado por el verde del lugar.

Había de todo, aunque rápido me di cuenta de que el café era descafeinado y la leche vegetal, pero ni siquiera eso me importó, porque el zumo natural de frutas, el pan recién tostado, las mermeladas y el pastel casero lo compensaban con creces. Aquello era una auténtica delicia y me alegré de haberme esperado al menos a probar aquel desayuno antes de marcharme.

No pensé demasiado, solo disfruté de los sabores; hacía años que no me deleitaba de ese modo. Me gustaba comer, pero a diario solía tirar demasiado de comida rápida en las inmediaciones de la oficina que después compensaba con platos sosos y ligeros en casa para no sentirme tan mal. Me di cuenta de que se me había olvidado el placer que puede suponer algo tan simple como

un desayuno en soledad sin la necesidad de mirar el reloj, aunque no dejase de hacerlo constantemente en una especie de compulsión que me hacía ser consciente de lo atado que estaba a determinadas cosas como esa. Pensar en ello me hizo asumir que vivía a contrarreloj, siempre deprisa, siempre persiguiendo algo, sin pararme a saborear los minutos y a disfrutarlos si no aportaban nada de lo que fuera que estuviera esperando lograr. Me asustó caer en la cuenta de que ni siquiera me agradaba del todo mi vida, pero que estaba enganchado a ella a unos niveles que no comprendía.

—Hola, ¿quién eres?

Giré la cabeza sorprendido y me encontré con una niña de pelo y ojos negros que me observaba curiosa. Llevaba un peto corto vaquero y el pelo trenzado. Sus rodillas estaban llenas de rasguños y sus zapatillas desgastadas.

—¿Quién eres tú? —le devolví la pregunta.

—Mi madre me dice que no hable con desconocidos. —Sonreí.

—Pero me has hablado tú a mí primero.

—Mierda —susurró, frunciendo el ceño y dándose cuenta de su metedura de pata.

—¿También te dice que no digas palabrotas?

—Sí. No se lo cuentes, por favor.

—¿Tu madre es Julia?

—¡No! —Soltó una carcajada—. Mi madre es Abigail. Vivimos cerca de aquí.

Entonces recordé los dos carteles que indicaban la dirección de otros hogares cercanos.

—¿Cómo era? ¿Finca Olivares?

—Esa es la casa del señor Leandro.

—Masía familia Herrero, entonces.

—Sí. —Señaló la mermelada y metió el dedo dentro, antes de llevárselo a la boca—. ¿Has probado la de frambuesa? La he hecho yo. Bueno, Julia me ayudó.

—Está buenísima. Soy Oliver, por cierto.

Al instante me regaló una sonrisa, protagonizada por dos paletos enormes y ligeramente separados, y me tendió su pequeña mano. Se la estreché sin dudar.

—Yo, Nora. ¿Puedo pedirte un favor, Oliver?

Tenía que haber dicho que no. Era lo más sensato. Pero dije que sí, porque aquella niña me lo estaba suplicando con los ojos y... bueno, siempre he sido de los que se guían más por lo correcto que por sus deseos. Así que asentí con la cabeza y lo que vino después... lo que vino después me da hasta vergüenza recordarlo.

Julia

—¿Oliver? ¿Estás ahí? ¿Oliver?

Había salido poco después y me había encontrado la mesa vacía; inspeccioné los restos y comprobé que sí que había desayunado, aunque el café y una tostada estaban a medias, como si algo lo hubiera interrumpido de repente. Pensé que quizá estuviera en su cuarto, pero al no responder nadie al otro lado de la puerta, ni en las otras salas de la casa, me asusté. No confiaba en que Oliver fuera a quedarse, así que hice algo que no debía y abrí la puerta del dormitorio una rendija para comprobar si su equipaje seguía allí.

Nunca entraba en las habitaciones ocupadas, era una de las normas que había establecido desde el primer día.

Suspiré al ver su maleta en el suelo y ropa sobre la cama; después sonreí al ver que estaba perfectamente hecha, con las sábanas estiradas y un pijama oscuro sobre la almohada.

Salí al jardín de nuevo y di la vuelta a la casa. El bosque era lo bastante grande y frondoso como para no deber adentrarse demasiado sin compañía. Empalidecí al pensar en la posibilidad de que se perdiese allí dentro el primer día; aquello le daría más razones aún para huir de las que ya creía tener.

Al caminar unos minutos por la parte de atrás, oí un ruido.

—¿Oliver?

—¡Julia! ¡Estamos aquí! —. La voz de Nora me sorprendió y corrí en su busca.

—¿Estamos? ¿Pero qué...?

Según me acercaba, mi expresión se convertía en una de auténtica incredulidad.

Oliver estaba subido a una de las encinas que nos rodeaban. Se sujetaba como podía a las ramas, pero una de ellas se le había clavado en la parte de atrás de la camisa y estaba enganchada, lo que lo había obligado a parar en su descenso en una posición ridícula, con el cuerpo doblado hacia adelante, dándonos una imagen espectacular de su trasero. La rama hacía que parte de su espalda quedara al descubierto y también el comienzo de su culo.

Y tenía un gran culo, Oliver, y no estoy hablando de su tamaño...

—¿Qué diablos ha pasado aquí? ¡Nora!

—Julia, no te enfades. No ha sido culpa de Oli.

—¿De *Oli*? ¿Pero qué...? —Aquello se escapaba a mi entendimiento—. Espera. No te muevas.

Me acerqué al árbol y subí a la primera rama.

—Por favor, Julia, esto no... —intentó explicarse él, sin saber muy bien cómo hacerlo.

—No digas nada.

Me mordí los labios para ocultar la risa que comenzaba a brotar de ellos de forma incontrolable, mientras agarraba la camisa de Oliver y le soltaba la ramita que lo había dejado atrapado. Comprobé que tenía un pequeño arañazo en la espalda y le acaricié la herida con los dedos. Me di cuenta enseguida de que era tan grande para ese pequeño espacio que seguía sin poder salir de allí si no cortábamos alguna de las ramas.

No pude ocultarlo más. Fue superior a mí y la carcajada salió a borbotones.

Bajo nuestros cuerpos, Nora daba saltitos nerviosa.

—¿Te estás riendo? —susurró Oliver, girándose para mirarme a la cara.

—Teniendo en cuenta que te estoy viendo un trozo de culo, sí, estoy intentando no reírme, Oliver.

—Dios Santo...

Exhaló con fuerza y maldijo en voz baja. No pude culparlo. La situación era entre cómica y surrealista, más cuando se trataba de un tío que no tenía pinta de haberse subido a un árbol en su vida. Además, seguía sin comprender cómo había llegado a estar allí y acompañado por Nora.

—¡Oli, tú no lo sueltes! —suplicó la pequeña, con una confianza que no entendía cuándo habría nacido entre ellos.

—¿Que no suelte qué? —pregunté, totalmente perdida.

—¡El nido, Julia! Su mamá no ha vuelto. Hemos rescatado a los pollitos.

Dijiste que, si tardaba más en regresar, morirían.

Me asomé y vi que ese era el motivo por el que Oliver no podía liberarse solo. Hasta entonces había apostado a que era torpe, simplemente, pero me sorprendió descubrir que si no se había quitado la camisa era porque para hacerlo tenía que soltar el nido que sujetaba en sus manos, y ya estaba lo suficientemente deshecho como para que los pajaritos pudieran caerse al hacerlo.

—¿Por qué no me has esperado para cogerlo? —le reñí.

—Porque no estabas. Y Oli ya había desayunado mucho como para estar fuerte y subir al árbol.

—Oliver. Me llamo Oliver —la corrigió él, molesto.

—Además, es más grande que tú.

—Por eso se ha quedado atrapado entre las ramas.

Solté una nueva risita entre dientes y él se tensó.

—Por favor, Julia, deja de reírte.

—Lo siento. —Pero era superior a mí y la risa se me escapaba con cada palabra—. Nora, cielo, hazme un favor. Vete a casa y coge las tijeras de podar que hay en el cobertizo. Por la parte del mango, ya lo sabes.

—¡Voy volando! ¡Oli, tranquilo, vamos a salvarte! —gritó ella.

Acto seguido, Oliver me miró y me tapé el rostro con los dedos unos segundos para serenarme. Cuando fui capaz, le pedí permiso con los ojos para desabrochar un par de botones de su camisa, con la intención de que se le destensara un poco y estuviera más cómodo. Me temblaron los dedos ligeramente al hacerlo. Estábamos tan cerca que notaba su aliento sobre mi rostro y la dureza de sus ojos sobre mi cuerpo. La mezcla de su perfume con el olor del bosque era agradable.

—Nunca pensé que desnudaría a nadie sobre un árbol —bromeé.

Él bufó y lo siguiente que vi fue su pecho al soltarse el último botón. Liso, delgado, con la forma de sus músculos bajo el ombligo perdiéndose dentro de su pantalón. Daban ganas de acariciarlo con los dedos.

Ninguno de los dos habló, sino que nos quedamos allí quietos y callados,

él pensando en a saber qué y yo en lo fuera de lugar que estaba todo, hasta que me reí de nuevo, aunque aquella vez no por la situación en sí, sino por lo nerviosa que me ponía estar tan cerca de él de esa forma.

—¿Sigues riéndote?

—¡Lo siento, de verdad! Pero es que...

—En cuanto consiga bajar de aquí, me largo.

Su tono fue tan cortante que me tensé un poco. Me molestó. En el fondo, no se trataba más que de una chiquillada a la que, para colmo, él había accedido. Yo no era culpable de la situación en la que se encontraba, pero parecía que Oliver prefería culpar al mundo de todo lo que le ocurría que afrontar las consecuencias de sus actos.

—No es para tanto... considéralo una aventura extra. Además, has salvado tres vidas —le señalé los pollitos, que habían comenzado a piar desesperados por el hambre y que alzaban el cuello hacia él, como si fuera su papá. De no haber estado tan enfadado, hasta me habría resultado tierno.

—No tiene gracia. Me darás un jodido teléfono y me largaré. Y, si no lo haces, me marcharé caminando o haciendo puto autostop. ¿Me has oído?

—Alto y claro. ¿Qué tal el desayuno? —cambié de tema; lo hice para que esa tensión menguase, pero conseguí el efecto contrario.

—¿Tú me escuchas cuando hablo? ¿O es que te has fumado algo de lo que plantas?

—Aquí no se fuma —solté, cada vez más molesta por su actitud y sus comentarios despectivos.

De repente, esa tensión incómoda se había multiplicado por cien.

Me separé todo lo que pude y deseé que Nora no tardara mucho más.

—Me estás hinchando las pelotas.

—Pues ten cuidado, porque no tienes demasiado espacio, no vayan a explotarte.

Lo provoqué, porque a mí sí que me estaba enfadando, y mi intención surtió efecto cuando comenzó a pelear con las ramas, aunque muy malamente, porque necesitaba las dos manos para agarrar el nido. Sonreí.

—Me cago en... ¿Por qué sonríes? Esto es de locos. ¡Todo! Esta casa. Esta idea de refugio. Yo por aceptar ayudar a una niña que no conozco a salvar unos pájaros que mañana estarán muertos. Y tú, que no sé de qué clase de fantasía estúpida habrás salido, pero...

—Oliver.

—Déjame terminar.

—No.

Lo fulminé con la mirada, pero ya era tarde. Entonces deslizó la suya hacia abajo y lo comprendió. Nora nos observaba boquiabierta, con las tijeras de podar de la mano y los ojos llenos de tristeza.

—¿Se van a morir? —preguntó.

—No. Yo no he dicho eso.

—Sí que lo has dicho.

Oliver fue a repetir sus palabras, pero me adelanté:

—No le mientas. En esta casa no se miente.

—Nora, no. Espera, ahora te lo explico.

—¡No! ¡Lárgate!

Me dio las tijeras y salió corriendo. Supe que se dirigiría a casa de Leandro. Siempre que algo la superaba lo hacía. También supe que ya habría dejado saltar las lágrimas y que haría todo el camino hasta allí llorando. Nora era demasiado sensible; sobre todo con lo referido a los animales. Tenía una conciencia especial sobre el tema con la que debía aprender a vivir en armonía; si no, acabaría por sufrir demasiado.

En ese instante odié a Oliver. Quise que se marchara. Deseé que nunca hubiera venido, porque nuestro mundo era mucho más bonito sin personas que rompieran las ilusiones, menos aun cuando solo se tienen ocho años.

Corté un par de ramas de dos golpes secos y después me bajé rápido, sin mirarlo siquiera.

—Acepto. Harás tu llamada en cuanto bajas. Tienes razón, esto no es para ti.

Él comenzó a bajar tras de mí y se dio cuenta de que también se le habían roto los pantalones en una zona del muslo.

—Putos pantalones... ¡Joder!

Dio un salto y nos quedamos uno frente al otro. Oliver con la camisa abierta, con su pecho subiendo y bajando con cada bocanada y con los pequeños pajaritos piando como locos en sus manos. Yo enfadada, decepcionada.

Me ofreció el nido y negué con la cabeza. Si quería que Nora salvara a los pollitos, sería él quien se los entregase. Era su responsabilidad y su compromiso, no el mío.

—Y, si no, te llevaré yo misma, pero no te quiero aquí.

—Yo no...

—Te devolveré el dinero, no te preocupes por eso.

Le di la espalda y me marché.

Unos metros después, lo oí maldecir.

—¡Mierda! ¡Hostias! ¡Joder!

Oliver

Me encerré en la habitación sintiéndome una especie de monstruo.

No tenía suficiente con las culpas que arrastraba que, además, tenía que sumarle el hecho de haber decepcionado a una niña a la que acababa de conocer.

Seguro que la había hecho llorar.

Me quité la ropa, tirándola al suelo sin molestarme en colocarla, ya que acabaría en la basura como consecuencia de la tontería de subirme a aquel árbol, y me puse unos vaqueros y una camiseta cualquiera, antes de comenzar a preparar mi equipaje.

Ni siquiera sabía por qué había sucedido. Bueno, sí que lo sabía. Nora me había mirado con sus ojos esperanzados y no había podido negarme. Después me había hablado como si yo fuese un héroe *salvapajaritos* y mi ego había hecho el resto. Era ridículo asumir que una niña había sido capaz de hacerme sentir útil por unos minutos con algo tan simple, pero así había sido. Debía aceptar que hacía demasiado tiempo que no sucedía; aunque teniendo en cuenta el resultado final, tampoco se podía decir que lo hubiese hecho muy bien.

Cerré la maleta y, cuando ya iba a abrir la puerta con la intención de robar un teléfono en la casa más cercana si hacía falta para que alguien viniera a recogerme, los oí.

«Mierda».

Cerré los ojos, tragué saliva y dejé el equipaje en el suelo.

Julia llamó a la puerta cerca de las seis. No la había visto en todo el día. Tampoco es que la hubiera buscado, pero al salir de nuevo al bosque sobre las tres de la tarde, vi que ella sí que había pensado en mí y un plato con un par de sándwiches me esperaba en la cocina.

Era una buena persona, al fin y al cabo.

Lo cogí, y también una manzana, y me lo subí al dormitorio.

No volví a oírla hasta que sus nudillos golpearon la madera.

—Pasa.

Abrió la puerta y me encontró leyendo tumbado en la cama.

Había bajado a la sala de estar un rato antes y me había topado con una biblioteca increíble. La verdad es que no me había fijado mucho en la casa hasta aquel momento; supongo que el hecho de haber decidido desde el primer minuto que mi estancia iba a ser corta hizo que no me importara demasiado. Pero aquella tarde lo hice. Me fijé en los detalles, en los muebles, en los rincones con encanto. La planta baja se dividía en tres partes; la cocina, con una puerta lateral que comunicaba con el exterior, un pequeño baño y una sala de estar que era la que ubicaba la biblioteca en una de sus paredes. Había libros por todas partes.

Me había costado mucho elegir un título; entre otras cosas, porque llevaba años sin leer por placer, solo por trabajo, y ni siquiera tenía muy claro qué tipo de novelas me gustaban.

Mi vida estaba en ese punto.

Al final me había decidido por un clásico: *Los tres mosqueteros*, de Alejandro Dumas.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —me increpó, con los brazos en jarras y claramente molesta.

No pude evitar alzar una ceja y responderle con otra pregunta envuelta en sarcasmo. Sabía que aquello la enfadaría, pero me salió solo. Además, no sabía muy bien cómo manejar la situación y eso era nuevo para mí.

—¿Leer?

Ella resopló entre dientes y entró en la habitación haciendo aspavientos, señalando mis pertenencias y frunciendo el ceño. Tenía un teléfono móvil en las manos, un modelo tan antiguo que dudaba mucho que ni siquiera se comercializara.

—Deberías hacer tu equipaje. Si no quieres llamar a nadie, yo me encargaré de que alguien te lleve a la ciudad. O le pediré el coche a Abi y te llevaré yo misma, pero tú hoy no duermes aquí.

—Julia, voy a quedarme.

Mi tono calmado la sorprendió. Me miró como si me hubiera vuelto loco y se tensó aún más. Me hacía gracia lo expresiva que era y que aquella actitud desafiante y un poco violenta chocaba con su forma relajada y dulce de mostrarse el resto del tiempo que habíamos compartido. La había hecho enfadar pero bien, de eso no había ninguna duda.

—No. Te vas. Esta es mi casa y la decisión, mía.

Debí haberle pedido perdón en aquel momento, pero estaba demasiado enfadado con el mundo como para ocultarlo y lo que me salió fue una provocación en toda regla.

Puse mi mejor expresión de suficiencia, esa que solía usar solo en el trabajo, y hablé con chulería.

—Te he pagado para algo.

—Te dije que te devolvería el dinero.

—He pagado por un servicio y lo quiero. Me quedo.

El rostro de Julia cambió. De repente parecía descolocada por la situación y no sabía cómo retomar el control. Supongo que nunca se esperó aquella reacción por mi parte; ni siquiera yo la hubiera esperado unas horas antes.

Percibí que sus hombros se desinflaban y que su mirada se perdía en el dormitorio, quizá buscando en sus pensamientos una salida que no encontraba.

—¿A qué estás jugando, Oliver? —susurró.

—A nada.

Volvió a clavar sus ojos en los míos y ninguno de los dos los apartó durante unos largos segundos. Siempre he sido una persona exigente y competitiva, así que sabía de antemano, y más aún al ver el modo en que los suyos se movían rápidos y nerviosos, que había ganado. Que Julia no era lo suficientemente fuerte para esa clase de juegos que implicaban firmeza y seguridad. Que aquella chica era demasiado emocional. Hasta que un sonido rompió el silencio.

Abrió la boca asombrada y yo me removí repentinamente inquieto sobre la cama, incorporándome un poco. Quizá no había ganado del todo...

—¿Qué ha sido eso?

—Nada.

Comenzó a buscar ansiosa por el cuarto. Yo me levanté y le indiqué con la mirada que se fuera, que estaba abusando de mi confianza estudiando mis pertenencias desperdigadas por los rincones, pero me ignoró. Parecía que éramos incapaces de hacer de aquella extraña situación algo normal, porque nada lo había sido desde que había pisado ese camino de piedras que me llevaba hasta su jardín.

Cuando encontró el origen de aquel sonido, se llevó las manos a la boca y lanzó un gritito.

—Oh. Dios mío... ¿es tu maleta?

Se agachó, sin esperar una respuesta por mi parte, hasta quedar de rodillas frente a mi maleta abierta, convertida en un nido improvisado. Una maleta de firma que costaba un pastizal y que después de aquello no creí que volviera a poder usar. En mi cabeza, me vi saliendo de allí con todo mi equipaje metido en bolsas de basura.

Tragué saliva hasta hacerme daño.

—Sí.

—Oh, Oliver... ¿han comido?

—Salí a cazar.

—¿A cazar? —alzó las cejas y me miró con una sonrisilla de diversión.

Yo aparté la mirada, algo avergonzado, recordando mi escapada de nuevo al bosque en busca de algo con lo que alimentarlos. No había sido tarea fácil.

—No preguntes.

—Podrías haberme pedido una caja. Ya lo han ensuciado todo.

Quitó varias pajas con sus dedos y torció la nariz al observar la cantidad de cagaditas que adornaban el fondo de raso de mi maleta de firma.

—Hace un minuto querías echarme, no podía jugármela.

—¡Pero porque no sabía que podías ser tan adorable!

—Madre mía, Julia. No digas esas cosas.

Les hizo arrumacos a los pajaritos, acariciándoles la cabeza y diciéndoles tonterías con voz aguda e infantil; ellos se pusieron a piar como locos; pensé que lo harían porque tendrían miedo de morir al ver a dos gigantes a su alrededor mirándolos y no por las atenciones de Julia, pero evité decírselo, porque parecía encantada.

Se giró y me dedicó una sonrisa radiante antes de apretar mi brazo con la mano en un gesto de agradecimiento. Me di cuenta de que toda esa ira que cargaba cuando había entrado ya había desaparecido y solo quedaba allí un sentimiento raro: la sorpresa por no haberla decepcionado. Me agradó saber que aún era capaz de no decepcionar a alguien.

—En serio. Gracias.

—Entonces, ¿puedo quedarme?

—Por supuesto. Ahora eres padre. ¿Cómo iba a dejarte marchar tan tarde con estas tres criaturitas?

—No tiene gracia.

Me levanté y me puse a recoger mi ropa con la intención de por fin ocupar aquel armario, que consistía en unas baldas sin puertas cubiertas por unas cortinas blancas.

Ella siguió mimando a esos animales diminutos que se habían convertido en mis compañeros de piso.

—En realidad, sí.

Suspiré y sacudí la cabeza, porque sí, la verdad es que gracia tenía... había pasado de ser el responsable del departamento de publicidad de una multinacional al padre adoptivo de tres pajaritos desplumados.

Suspiré con resignación.

—¿Podrías ayudarme con un par de cosas?

Julia me consiguió una jeringuilla, unos trapos viejos y sustituimos la maleta por una caja de madera. Ella se ofreció solícita a limpiarla y dejarla como nueva, aunque, siendo honesto, me di cuenta enseguida de que no me importaba demasiado.

Colocamos después un flexo viejo sobre la apertura de arriba de la caja, dándoles calor con su luz, y así fue como mis nuevos amigos tuvieron una casa decente.

Julia me informó de que se trataba de crías de mirlo, muy habituales en la zona, pero que su madre llevaba días sin aparecer, seguramente, porque habría muerto. También me contó que eran aves omnívoras, por lo que comían un poco de todo, tanto insectos como pequeñas frutas o semillas, y evité decirle que yo les había dado trocitos de hojas y el borde del pan de mi sándwich. Me sentía ridículo por no saber qué podía comer un pájaro sin mi móvil al lado para buscarlo en internet.

Decidimos entre los dos que evitaríamos decirle a Nora dónde se encontraban hasta que tuviéramos la seguridad de que los tres vivirían, porque uno de ellos parecía más pequeño y débil que los otros, y temíamos que no consiguiese salir adelante.

No sé qué tenían que no podíamos dejar de mirarlos, los dos arrodillados, como dos niños que han encontrado un tesoro. Su piel aún se veía rosada, aunque estaba cubierta en algunas partes por una pelusilla negra y aún tenían los ojos cerrados. Y eran bastante monos, pese a ese aspecto, tenía que reconocerlo.

—¿Cómo se llaman?

Solté una risa de incredulidad, aunque pareció más un bufido.

—No pienso ponerles nombre, Julia.

—¿Por qué no? Todos necesitamos uno.

Medité sus palabras unos segundos y después los señalé según los nombraba.

—Uno, Dos y Tres.

—Ni de coña.

—Pluma, Pico y Patas. ¿Te vale?

—No.

Suspiré con incomodidad. No entendía por qué debía hacer aquello. Nunca había tenido una mascota, ni siquiera de pequeño, y aquello tampoco

consistía en eso, solo era algo pasajero, pero me sentía raro. Había algo en la forma que tenía Julia de observarlos que no comprendía; como un lazo invisible que las personas que aman los animales tienen y que en mi mundo no existía. Ella ni siquiera se los comía y yo había usado una maleta de piel para crearles un hogar a unos.

—Elige tú.

—Son tus niños, Oliver. Tienes que ponérselo tú.

Sí, dijo «mis niños», y yo sentí un escalofrío. También me azotó con fuerza el peso de los recuerdos y de las decepciones.

—Estás de broma.

—Por supuesto que no.

Y no. No lo estaba.

Volví a cenar en soledad. Una crema de calabacines del huerto y una empanada de soja que nunca había probado y que estaba de muerte. Vi a Julia desaparecer mordisqueando un trozo dentro de su caravana y suspiré. Llevaba dos días alimentándome con su dieta estrictamente vegetariana y creía que en breve comenzaría a soñar con succulentos filetes. O con langostinos. O con lo que fuera que en algún momento hubiera tenido ojos.

Cuando terminé, fregué los platos y subí con rapidez.

Al entrar en mi cuarto, lo hice sin pensar; me asomé lo primero al apartamento de aquellos tres pequeños negros y respiré mejor cuando comprobé que estaban bien.

Quizá ella estaba más en lo cierto de lo que creía y me había convertido en padre sin proponérmelo.

Julia

Cuando me metí en la cama, sonreí y asumí que un día que había comenzado siendo un desastre al final se había arreglado. Pensaba en Oliver durmiendo con los pajaritos a su lado y no podía evitar mordirme el labio y contener una sonrisa que mi boca acababa dibujando. La situación era, cuanto menos, divertida. Algo tierna, también, debía reconocerlo, y es que creo que hay algo en el instinto de las mujeres que nos hace derretirnos sin remedio ante un hombre cuidando a un bebé. Y Oliver tenía trillizos de repente, aunque tuvieran plumas y comieran orugas.

Ni siquiera podía creerme el giro que habían dado los acontecimientos.

Se le veía a la legua que no era una persona acostumbrada a tratar con animales; lo había intuido nada más ver su rostro desencajado y tenso al conocer a Dorian y a Wendy, pero comprobar que, en el fondo, era buena persona me había ablandado. Porque no era solo que les hubiera salvado la vida y los estuviese cuidando, sino que se percibía que le comía el arrepentimiento por haber decepcionado a Nora y necesitaba enmendarlo. Era una persona que cargaba sentimientos negativos, remordimientos y frustración, pero debajo de todo ello escondía también otras cosas buenas y yo necesitaba ayudarlo a sacarlas de nuevo a la luz.

Me dormí, con su imagen arrodillado sobre aquella maleta tan cara que iba a limpiar hasta dejarla como nueva, hasta que un par de golpes me sorprendieron y me desvelaron de un sueño profundo y calmado.

—¿Sí?

Me incorporé asustada; Oliver abrió la puerta de la caravana y apareció con una sonrisa dibujada en sus labios que me tranquilizó. La primera. Hasta ese momento no había sonreído. Yo me quedé ahí quieta, con los ojos aún entrecerrados, intentando discernir si aquello se trataba de un sueño en el que a continuación él se quitaba la camiseta o de un momento real que no comprendía.

—¡Lo tengo!

—¿Qué?

—Los nombres. Los tengo. —Sonrió de nuevo y yo parpadeé,

confundida.

Si se trataba de un sueño, era demasiado raro.

Oliver pareció reaccionar y darse cuenta de lo que estaba haciendo; supongo que el que se fijara en mi pelo revuelto, mis ojos somnolientos y mi camiseta de pijama a medio caer por el hombro le dio la información suficiente como para saber que su repentina aparición estaba un poco fuera de lugar. Y nada menos que en mi espacio personal.

Miré el reloj que colgaba de una pared y fruncí el ceño.

—Pero ¿tú sabes la hora que es?

Las dos de la mañana eran; al verlo, su expresión cambió a otra avergonzada que no pudo ocultar y su rectitud de siempre regresó.

—Lo siento. No podía dormir y pensé... No sé qué diablos pensé. Perdóname. Hasta mañana.

—Oliver...

—Que descanses, Julia.

Salió pero, antes de que cerrase la puerta, me incorporé más aún y grité para que me oyera.

—¡Espera! —Su cabeza se asomó de nuevo y sonreí—. Dímelo.

Entonces lo repitió y me sonrió de nuevo, demostrándome que tenía una sonrisa preciosa cuando era sincera.

—Athos, Porthos y Aramis.

Recordé que era su actual lectura y solté una risita. Eran perfectos.

—Los tres mosqueteros. Me gusta.

Los siguientes días pasaron tranquilos.

Oliver apenas salía de su habitación, solo lo hacía para comer a las horas que correspondía, siempre puntual como un reloj, y para cambiar un libro por otro en la biblioteca, pero parecía estar cómodo. O todo lo cómodo que puede estar alguien cuando no encuentra su sitio. Era como estar sola, excepto por esos indicios que me decían que había alguien más bajo ese techo, como los

platos secándose sobre el fregadero, una manta en el porche o el sonido de la ducha que rompía el silencio casi siempre presente en la casa.

Y porque a ratos me gustaba observarlo.

Yo dedicaba las mañanas a mis rutinas y por las tardes me acercaba hasta la casa de Abi para pasar un rato con ella y con su hija, ya que cuando había huéspedes alojados Nora tenía prohibido acercarse a mi casa para no molestar, pese a que las normas que le ponía su madre no tenían demasiada importancia para ella, visto lo visto.

Hacía una pequeña papilla diaria de frutas y semillas y se la dejaba a Oliver junto a su propia comida en la mesa de la cocina para alimentar a *Los Mosqueteros*, como los llamaba en mi cabeza, y después me lo imaginaba luchando con la jeringuilla y limpiando su casita improvisada. Al hacerlo, sentía un cosquilleo en la tripa, porque la imagen me parecía de una dulzura que no cuadraba muy bien con lo que había visto en él.

Cruzaba los dedos cada día para que Aramis, el más pequeño, sobreviviera.

Por las noches, siempre lo veía sentado en el porche. Salía, a veces con una taza de café y otras veces con las manos vacías, y se sentaba a mirar el jardín. Pensativo y meditabundo.

A mí me gustaba verlo a través del ventanuco.

Me sentía un poco mal al pensar que estaba invadiendo su intimidad, pero no podía evitarlo. Me producía curiosidad, me volvía loca al reflexionar sobre todas las cosas que le podían haber ocurrido para estar en ese estado tan gris, tan a medias, tan perdido. Deseaba conocer un poco sobre su vida, pero, por otra parte, prefería que siguiera siendo un enigma, un acertijo que me daba a mí alas para soñar despierta e inventarme un montón de tonterías.

Siempre que llegaba algún huésped me ocurría, pero con Oliver fue distinto desde el primer momento, porque él me resultaba interesante de una forma instantánea. Era inteligente, atractivo, elegante y sabía que tenía amigos que lo querían de verdad y que lo apoyaban, ya que conocía lo suficiente a Bruno como para saber que Oliver era alguien especial. Quizá por eso mi interés era diferente, porque lo tenía todo para triunfar y le costaba sonreír. O quizá porque me recordaba demasiado a la chica que un día fui.

Dorian lo perseguía, pese a que él lo ignoraba, y Wendy lo vigilaba con desconfianza.

Aun así, no se quejaba por nada; era como que, al aceptar que iba a quedarse un tiempo, hacerlo no tuviera sentido; se resignaba.

Un día, después de cenar, me senté en el columpio de la entrada, aprovechando que aún hacía bueno, pese a que el refrescar del otoño estuviera al acecho. Me tapé las piernas con un fular y disfruté del cielo estrellado que me regalaba la noche.

Cuando abrí los ojos un par de horas después, lo vi. Me había quedado dormida y no me había desvelado ni siquiera al salir él y sentarse en esos escalones que ya formaban parte de esas nuevas rutinas aprendidas en apenas días.

Levanté la cabeza y, al bostezar, Oliver se giró y me saludó con los ojos.

—¿Qué hora es?

—Casi la una. Buenos días, por cierto.

—Dios... ahora sí que voy a ser incapaz de dormir.

Generalmente, dormía poco. Menos aún si me desvelaba y cambiaba horarios. Así que supe que aquella noche, si conseguía volver a conciliar el sueño, lo haría rozando el amanecer.

—Yo aquí duermo mejor, aunque sigue costándome dejar la mente en blanco.

—Irás vaciándola. De verdad.

Oliver asintió, aunque no parecía muy convencido. Seguía sin creer en que pasar unas semanas bajo mi techo pudiera dar algún resultado. Yo confiaba en que, según los días fueran pasando, él comenzara a quitarse esas capas y a encontrarse.

Me levanté y estiré el cuello, porque me había quedado dormida en una postura un poco incómoda y estaba ligeramente agarrotada. Después fui a despedirme de él, a desearle buenas noches y a perderme en mi caravana, pero, según bajaba las escaleras para dirigirme a ella, me lanzó una pregunta y frené mis pasos.

—¿Desde hace cuánto tienes esto?

—Tres años. Antes vivía en Barcelona.

—¿Y qué hizo que cambiaras aquello por este lugar?

Sentí aquel momento como una invitación para sentarme y acompañarlo, así que lo hice, me senté a su lado. No solía entablar relación con los huéspedes, solo a veces, cuando parecían necesitar compañía o conversación, o cuando, simplemente, esta surgía de forma natural. Así había hecho tanto grandes amigos que habían vuelto a visitarme tiempo después, pero sin negocio de por medio, como grandes clientes con los que no intercambiaba más que un par de palabras y que repetían la experiencia cada cierto tiempo.

—¿No te parece una pregunta muy personal?

—Lo siento, no pretendía incomodarte —contestó, correcto.

Ya me había dado cuenta de que siempre hacía eso, de que Oliver era la clase de persona educada, pulcra y un poco estirada fruto de una educación excelente y un entorno similar. No era algo malo, ni mucho menos, pero sí que sentía que le hacía perder naturalidad, parte de esa esencia que todos tenemos y que se diluye en ocasiones bajo las apariencias que adoptamos.

—No me incomoda. Simplemente... me cansé de aquello. —Me encogí de hombros, recordando parte de mi vida; esa vida en la que era una Julia que había pasado a resultarme una desconocida—. Tenía dinero, pero no tiempo para gastarlo ni otras cosas que para mí eran más importantes. Un día me di cuenta de que no estaba viviendo como de verdad deseaba. Mis prioridades cambiaron. Y, Oliver, cuando tus prioridades están claras, las decisiones son fáciles, aunque no lo parezcan. Así que lo dejé todo, me compré esta casa, la restauré y aquí estamos, mirando las estrellas.

Le di un golpecito en su hombro con el mío. Contarlo en alto resultaba sencillo, aunque debía reconocer que, en su momento, no lo había sido en absoluto. Mucho menos teniendo en cuenta lo que había perdido por el camino, los costes que nunca me hubiera imaginado que aquel cambio de rumbo tendría. Como que mis padres considerasen ese cambio de vida una humillación social, por ejemplo, y llevara años sin verlos.

—¿A qué te dedicabas?

—Era decoradora. Trabajaba para una empresa de edificaciones de lujo.

Hoteles, urbanizaciones y cosas por el estilo. Digamos que para personas de alto poder adquisitivo. Muy alto, siendo honesta.

Me observó de arriba abajo incrédulo, desde mis rastas, pasando por mis tatuajes hasta el anillo de plata que decoraba un dedo de mi pie derecho, y negó con la cabeza. Yo sonreí. Era normal que le costara imaginarme decorando una suite de un hotel en el que hasta respirar costaba dinero, rodeada de personas que veraneaban en playas privadas y almorzaban caviar y champán. Pero lo había sido. Había disfrutado un tiempo de una vida que podía haber sido perfecta, pero que no era para mí, porque, en el fondo, no me hacía feliz. Y yo ya no era esa Julia; en realidad, nunca lo había sido, solo me había amoldado a lo que mi familia esperaba de mí.

—No me lo creo.

—Pues créetelo. Llevaba vestidos de firma y tacones. El pelo ondulado con tenacillas y pintalabios de color rojo.

—¿Y por qué...?

Y ahí estaba, la pregunta. Por qué. Por qué una niña de familia bien con la vida solucionada, con una cara y un cuerpo bonito, con dinero, con una persona a su lado que la amaba, con un círculo de amigos que besaba el suelo que pisaba había sido capaz de dejarlo todo. ¿Por qué? Porque, en el fondo, esa nunca había sido yo y, un día, me di cuenta de que la vida que deseamos no está para soñarla, sino que está para vivirla.

—Porque solo era una fachada. Yo no quería nada de eso. Solo era lo que mi entorno me había dicho que tenía que ser, pero no me hacía feliz. Yo quería vivir en una caravana, Oliver. No peinarme por las mañanas y caminar descalza y, aun así, verme bonita al mirarme en un espejo con nudos en el pelo y los pies negros. Así que... un día decidí ser yo.

—Ya eras tú.

—Sí, pero a medias.

Él asintió. De algún modo, aunque Oliver y yo no parecíamos tener demasiado en común, en aquel momento supe que me comprendía, que sabía a qué me refería.

Quizá era algo que él también había vivido en su piel.

—Yo sigo sin saber qué estoy haciendo en tu casa. —Señaló mi jardín y confesó—. Siento decirte que esto no es para mí.

—¿Y qué es lo tuyo? Si no es esto.

—No lo sé.

—Pues quizá puedas perder un poco el tiempo aquí. Hasta que lo descubras.

Y funcionó; Oliver se quedó.

Y yo me enamoré.

Oliver

Aquella noche de sábado, tan diferente a las que yo estaba habituado, hablamos mucho. No recuerdo muy bien algunas cosas; debería hacerlo, pero no puedo, porque yo me encontraba como dormido, como anestesiado. No sé explicarlo mejor.

Cuando acepté que iba a intentarlo, que iba a tomarme aquellas semanas como esa desconexión que supuestamente tanto necesitaba, mi cuerpo actuó por su cuenta y lo hizo; pasé a vagar por aquella casa como un fantasma, como si hubieran pulsado el botón de pausa en mi espalda y solo viviera por inercia.

Por las mañanas desayunaba solo en el jardín, excepto si hacía mal día, que entonces Julia lo preparaba todo en la mesa central de la cocina con el mismo mimo que en la mesa de fuera. Después limpiaba la casa improvisada de los pájaros, que iban creciendo y solía encontrármelos fuera de la caja regalándome cagadas que pisaba al salir de la ducha y regresar a la habitación. Eran un tanto rebeldes. Aún no volaban, y ni siquiera sabía si llegarían a hacerlo un día al no tener las enseñanzas de su madre, pero había conseguido que Aramis, el más débil, piase con tanta fuerza que podría dejarme sordo. Estaba lleno de vida y a mí eso me enorgullecía, resultándome una experiencia nueva.

Me moría de ganas de que pasaran unos días más para poder presentarles a Nora de una vez por todas. Y sí, ansiaba el perdón en los ojos grandes y oscuros de esa niña que no conocía, pero que había influido en mi vida de una forma que meses después agradecería.

Por las tardes leía. Y, a veces, paseaba. Poco más. Estaba acostumbrado a tener tan poco tiempo libre en mi vida que, al disponer de pronto de cada hora para mí, no sabía muy bien qué hacer con él ni cómo gestionarlo. Aun así, comencé a entender el placer de la libertad de no hacer nada, de sentarte en un porche y mirar al cielo, a un jardín, al hocico de un galgo que buscaba mi compañía con insistencia, aunque no se podía decir que fuese la mejor de ese lugar. Hasta la gata arisca y desconfiada era más simpática que yo.

A veces, observaba a Julia.

Cuando me asomaba por las mañanas por la ventana, podía verla

recogiendo verduras en su huerto, preparando el desayuno o simplemente mirando al sol con la cabeza hacia arriba y los ojos cerrados sentada en la hierba. Parecía parte de aquel ambiente, como si lo completase de una forma que no comprendía. Intentaba imaginármela como ella me había contado, con un vestido de cóctel ajustado, pasando por la peluquería y con maquillaje en los ojos, como tantas otras chicas con las que me cruzaba cada día en mi antigua vida, pero me resultaba imposible.

¿Tacones? ¿Labios rojos? ¿Un entorno elegante y sofisticado?

Sonreía ante la simple imagen que mi cerebro inventaba. Era algo tan antinatural que parecía demasiado artificial como para poder ser real.

Pese a ello, admitía que me podía la curiosidad, porque era una mujer muy guapa. Bajo esa ropa de colores, con flecos y estampados imposibles, bajo la tinta que cubría su piel, bajo la aspereza de ese pelo y los adornos que lo llenaban, bajo todos esos accesorios estéticos que no comprendía y que a mí nunca me habían parecido atractivos ni por asomo, se encontraba una chica realmente guapa. Era innegable.

Sus ojos azules, grandes, redondos y expresivos. Su piel clara, aunque algo bronceada por el paso del verano. Su pelo largo, tan rubio que parecía irreal. Sus labios gruesos, que parecían dibujados.

Su cuerpo.

Esto último lo llevaba algo peor, porque solía vestir con prendas livianas y un tanto transparentes. Y rara vez llevaba sujetador. Lo peor era que no lo hacía por nada más que por comodidad, porque ella tenía sus propias normas, y no por provocar ni nada parecido.

Julia se levantaba en pijama y salía de la caravana con una camiseta ajustada sin nada debajo y unos culotes cortos. Y se estiraba. No es que lo hiciera a menudo ni que esa fuese la razón de su éxito empresarial con sus huéspedes, sino que había entrado al baño por la puerta lateral dos veces de madrugada, en alguna de esas noches en las que yo no podía dormir y me tumbaba en el sofá del salón de abajo o paseaba por la casa a oscuras y en silencio. Ella no lo sabía, pero la había visto. Y tenía un cuerpo lleno de curvas, de pechos y caderas generosos. Había intuido sus pezones a través de la tela y la curva de su trasero al entrar en el lavabo. Sus muslos estaban bien formados y su tripa era redondeada. Me había gustado mirarla, no solo

porque de repente había sentido que despertaba un poco de ese mutismo en el que me mantenía, sino porque mi cuerpo también lo había notado, abultándose mi entrepierna un instante.

Era bonita y yo llevaba mucho tiempo sin sexo, además de que pasaba demasiadas horas solo, así que masturbarme en la ducha pasó a convertirse en una rutina más que acepté de buen grado. No sé si fue porque verla de ese modo hizo que me acordara de lo que un día me gustaron las mujeres y que parecía haber olvidado entre tanta mierda, pero fue el pistoletazo de salida para una primera paja en aquella casa.

No pensé en Julia, ni en Patricia. Pensé en mi primer polvo, con una chica mayor que yo que sabía latín y que me hizo ver las estrellas una tarde de verano hacía lo que me parecían mil años. Lo hice, me corrí como un salvaje y me dormí con una sonrisa en la cara.

Me di cuenta de que llevaba años sin hacerlo, sin tocarme en soledad. No por nada, sino porque con Patricia, pese a que las cosas no fueran bien, éramos tan correctos que sabíamos que dejar de follar era otro síntoma de problemas en nuestra relación, así que mantuvimos la rutina de un polvo a la semana, aunque fuera mecánico y absurdo. Y todo por no abrir los ojos ante una realidad que, al final, nos había explotado en la cara.

El sexo obligado nunca tiene ningún sentido.

No obstante, daba igual; nos corríamos. Yo porque seguía excitándome con Patricia, aunque solo fuese como un estímulo físico, pese a que lo demás estuviera vacío, y ella porque acababa deslizando su mano entre las piernas y se acariciaba, a veces con los ojos abiertos y otras cerrados, pero ni eso lo cuestionábamos. Nos bastaba. Lo que ya significaba que no lo hacía en absoluto.

Por las noches, seguía saliendo al porche y me sentaba allí.

Normalmente lo hacía solo, pero si Julia pasaba por las escaleras camino a su caravana o a sacar a Wendy si la oía maullar, porque se había quedado encerrada en alguna parte de la casa, acababa a mi lado, sentada en esos escalones y charlando.

Yo no se lo pedía ni ella parecía de entrada deseosa de hacerlo, pero surgía, sin más.

Y a ambos parecían agradarnos esos minutos de compañía.

Aquellas primeras noches de encuentros espontáneos, hablamos de aquella niña, Nora, de su madre, Abigail, y de un tal Leandro, que se habían convertido en parte de su familia. También de cómo Dorian y Wendy aparecieron en su vida. Yo le hablé de mis propias personas importantes; de mis padres y de mi hermana; de mis amigos; de Jimena. Le conté cómo nos habíamos conocido, cuando tuvimos un rollo como otro cualquiera que se convirtió en algo grande; de cómo la vida hace que un polvo con una chica que te excita, pero nada más, se convierta en una de las mejores cosas tu vida. Descubrí que ella prefería escucharme a mí antes que relatar algo que fuera demasiado personal. Pese a ello, nos conocimos un poco; qué nos gustaba y qué no; cómo de distinta había sido nuestra madurez en comparación con lo que soñamos de niños; y todas esas revelaciones, en realidad, resultaron mucho más importantes para mí que el simple hecho de compartirlas con ella.

—Creo que ha llegado el momento.

—¿De verdad? ¿Estás seguro?

—Sí. —Julia sonrió y aplaudió, emocionada.

Llevaba una semana allí y los pájaros habían crecido de lo lindo. Ya habían empezado a comer sólido y habían abierto los ojos, lo que me parecía una señal para darle una sorpresa a Nora. Incluso sus plumas comenzaban a parecer plumas y no pelusas pegadas a su piel. Estaban muy guapos, y juro que no es el juicio subjetivo de un padre orgulloso.

—Mañana iremos a verla. Le encantará.

—Eso espero.

—Sabes que si no hubiera sido por esos pájaros te habría echado, ¿verdad?

Sonreí a medias; lo sabía. Y, siendo honesto, era lo que había deseado antes de que esa niña irrumpiera en mi vida, pero ya no me parecía tan mala idea estar allí, en aquella casa en la que el tiempo no se medía. Hasta me había quitado el reloj y lo había guardado entre mis pertenencias. Y aquello me sentaba bien.

—Lo sé. Y me lo merecía.

Julia me devolvió la sonrisa y después se levantó de mi lado y me dio un apretón en la mano antes de desaparecer en su vieja caravana.

—Me alegro de no haberlo hecho.

Yo también me alegraba; no se lo dije, pero creo que lo supo por cómo la miré.

Al día siguiente, lo hicimos. A media tarde cogimos la caja con sus tres inquilinos, los cubrimos con una vieja manta y echamos a andar por el camino que el primer día me llevó hasta allí. No pararon de piar con brío durante todo el trayecto.

Al llegar al desvío, giramos al otro lado, hasta que vi una masía enorme al fondo, de piedra oscura y tejados grises. Era preciosa, y más propia de un alojamiento rural de los que estaban tan de moda que para albergar entre sus paredes solo a una madre y a su hija.

Al llegar a la puerta, esta se abrió sin necesidad de llamar y al otro lado nos encontramos el rostro sonriente de una mujer joven con el pelo negro corto y los ojos igual de grandes que su hija. Eran dos gotas de agua.

—Oliver, ella es Abigail, la madre de Nora. Abi, él es Oliver.

Julia me quitó la caja de las manos e hizo las presentaciones sin perder la sonrisa; yo le di dos besos.

—Encantada de conocerte, Oliver.

Yo asentí y entré en aquella casona. Era imponente, con grandes muebles de madera y techos altísimos, aunque había juguetes y detalles en cada rincón que le daban la impresión de hogar al instante. Me gustó. Me imaginé viviendo allí con Patricia, una de esas imágenes que a veces me venían a la mente, porque eran deseos que un día habíamos tenido o creído tener, y que se habían evaporado como todo lo demás.

—Buganvilla, ¿dónde estás? —gritó Julia por el hueco de la escalera.

—Está en el jardín de atrás. Vamos, sacaré algo de beber.

La tarde era cálida, así que salimos al exterior por una puerta desde la

cocina y me encontré con una explanada enorme. No era tan bonito como el jardín de Julia, creo que eso sería imposible, pero estaba cuidado y tenía encanto.

Al fondo, Nora jugaba sentada en el suelo con unas piezas de madera. Al ver a su vecina, se levantó de un salto y sonrió mostrando todos los dientes.

—¡Hola, Julia!

La abrazó y a mí ni me miró. Lo intenté, saludándola con la voz más suave que me salió.

—Hola, Nora.

No me contestó. Solo se cruzó de brazos y frunció sus labios, mostrando su enfado, por si no era ya lo bastante evidente. Adoraba a los críos, pero la situación me incomodaba un poco, porque nunca me había enfrentado a la decepción de una niña de ocho años, y aquello me resultaba más complicado que cualquiera de las negociaciones que había tenido que afrontar durante mis diez años de carrera.

—Nora, Oliver tiene una sorpresa para ti, pero para verla tienes que tratarlo bien. Hazme caso, creo que se lo merece —le confesó, guiñándole un ojo.

Nora asomó su cabecita por detrás de nosotros y vio la caja que Julia había dejado encima de la mesa al salir. Me alegré profundamente por que esos tres condenados se hubieran quedado callados unos minutos y no nos estropeasen la sorpresa.

La niña dudó durante unos segundos que se me hicieron interminables, hasta que me miró con seriedad, pero también con esa ilusión infantil que se ve rápido y con facilidad, y por fin me preguntó:

—¿Qué es?

Le tendí la mano y ella la aceptó, acercándonos a la caja.

—Míralo tú misma. —Quitó la manta de un tirón con cierto dramatismo, como si fuese un truco de magia, y entonces los tres mosqueteros se pusieron a piar como locos—. Te presento a Athos, Portos y Aramis.

—Oh, madre mía... ¡son los polluelos! ¿Los salvaste?

Juntó sus manitas sobre su pecho, emocionada, y me miró de nuevo de esa forma que días atrás había sido la causante de que yo acabara subido a un árbol, como si fuera un jodido héroe. Me gustaba, no voy a negarlo. Provocaba algo positivo en mí que echaba mucho de menos.

—Solo he compartido habitación con ellos. Te aviso de que son un poco guarros.

Abigail y Julia se rieron ante mi explicación.

—Oliver ha hecho algo más que eso, Nora. Los ha cuidado y alimentado. ¿No es genial?

—Sí. ¡Gracias, Oli!

—Oliver —la corregí, aunque ya empezaba a asumir que había sido rebautizado y que poco podía hacer para remediarlo.

—¿Puedo ir a visitarlos cada día?

—Algo mejor. Puedes adoptarlos.

—¿De verdad? —Al instante miró a su madre, esperanzada; obviamente, Julia había hablado con ella antes de hacer aquella visita para que aceptara—. Mamá, ¿puedo?

—Puedes, pero tienes que aprender a cuidarlos.

—Vamos a mi cuarto, Oli. Necesito saberlo todo. ¿Llevan pañales?

Me cogió de la mano y tiró de mí al interior de la casa.

Julia

«OH. DIOS. MÍO».

Pude leer perfectamente esas palabras de sus labios en cuanto Oliver se giró y desapareció con la caja bajo el brazo y con Nora colgada de su otra mano. Abi estaba impresionada y no podía culparla.

—Julia Samaniego... ¿cuándo pensabas decirme que tu nuevo inquilino es el hermano gemelo de Ian Somerhalder?

—¿Y ese quién es? —le pregunté, porque no me sonaba de nada aquel nombre.

Ella puso los ojos en blanco y esa expresión que venía a decirme que era un imposible.

—No pienso ni siquiera contestarte a eso. ¡Está tremendo!

—Lo sé —afirmé sin más, dejando escapar el aire de mis pulmones en un suspiro profundo.

—¿Lo sabes?

—Sí. No voy a disimular, es innegable.

No tenía sentido. Oliver atraía miradas, incluidas las mías. Era un tío guapísimo, además de inteligente y con esa aura un tanto misteriosa que me hacía querer investigar todo lo que fuera sobre la vida que dejaba atrás. Llevaba días haciéndolo.

Además, olía muy bien.

—Y... ¿cómo lo soportas?

—¿Y eso a qué viene?

—Julia...

—Abi...

—Yo lo ataría dentro de tu caravana. Nadie tendría por qué enterarse.

Solté una carcajada, porque lo peor era que no fue una broma, solo un pensamiento real soltado en voz alta.

—¿Hace cuánto que no tienes una cita?

Abi suspiró con dramatismo. Yo sonreí, porque era una de nuestras conversaciones habituales; se pasaba la vida quejándose de su escasa vida amorosa. Y no solo de la suya, sino también de la mía, como si le afectara el doble que yo tampoco echara un polvo desde hacía meses.

Recordé la última vez que me acosté con alguien y se me borró la sonrisa en el acto. Aún dolía.

—Mucho. Creo que a Nora le acababa de salir el primer diente. Mi vida apesta.

—Tu vida es genial.

Lo era. Abi había sufrido mucho a manos de su expareja y padre de Nora, que no era precisamente un buen hombre, y en esa casa, por fin, habían conseguido tener la vida tranquila y feliz que ambas merecían.

—Lo sé, pero la tuya es mejor. —Alcé una ceja, esperando una explicación por su parte para esa afirmación, porque mi vida no había sido precisamente un camino de rosas y ella lo sabía—. ¡Se ducha en tu baño, por el amor de Dios!

—Necesitas un polvo. O un nuevo amiguito a pilas.

—No, lo que necesito es dejarme de pajaritos y adoptarlo yo a él. ¿Sabes si sale con alguien? Alianza no lleva.

—Lo has visto apenas segundos, Abi. ¿Cómo te has dado cuenta?

Yo ni siquiera me había fijado en una semana que llevaba en casa. No era algo a lo que estuviera habituada.

—Julia, cuando cumples los cuarenta y llegas a mi situación, hacer un escáner completo en cinco segundos es pan comido.

—¿Y a qué conclusión has llegado con Oliver? —pregunté, muerta de curiosidad.

—No está casado, tiene dinero y está bien dotado. No es que el dinero importe.

—¿Y lo otro sí? —le pregunté, con una sonrisilla pícaro.

—Supongo que te refieres a sus dotes. Y sí, nena, digan lo que digan,

importa.

Cuando Oliver y Nora regresaron, la niña estaba exultante y no se separaba de él; después de lo que había conseguido, lo acababa de nombrar su nuevo mejor amigo. Era extraño verlos, pero él pareció aceptarlo con naturalidad.

Abi sacó algo de merendar y charlamos de cosas sin importancia, mientras Nora nos relataba todos los planes que tenía para sus nuevos amigos. Yo, mientras tanto, observaba a Oliver y pensaba en las palabras de Abi. Era verdad que no llevaba anillo, aunque eso tampoco significaba que no tuviera a nadie esperándolo en su casa, pese a que él nunca me hubiese contado nada al respecto en una de esas conversaciones nocturnas cada vez más habituales. Lo del dinero solo había sido un dato que yo ya sabía, a juzgar por su guardarropa, que costaba más que todas mis pertenencias juntas, y que poco me importaba. Y lo otro... lo otro me había hecho desviar más veces de las que había podido controlar mis ojos por su cuerpo, hasta posarlos en su entrepierna. En una de esas ocasiones, Abi me había pillado y se le había salido el zumo por la nariz, aunque después me había mirado con esa expresión propia del «te lo dije» que tan bien se le daba.

No sabía si tenía razón o no, pero solo el hecho de meditar sobre aquello había provocado que no pudiera dejar de pensar en él en unos términos que no convenían. Nunca me había sentido atraída en ese aspecto por alguien que se hubiera alojado en mi casa y debía descartar cualquier posibilidad al respecto.

Volvimos caminando despacio. Oliver parecía satisfecho. Yo también lo estaba.

No era algo habitual que un huésped acabara merendando en casa de mis amigas, pero es que con él desde el principio todo fue un poco caótico y diferente. Y no importó, porque lo aceptó, como parecía que sucedía siempre con Oliver.

Las palabras de Abi me acompañaron todo el trayecto. Desde el primer segundo había aceptado el atractivo de Oliver, pero verlo desde los ojos de mi amiga, y no solo eso, sino también desde los de Nora, había hecho que me

resultara aún más obvio.

Llevaba puesto uno de esos pantalones de vestir que siempre lo cubrían como una segunda piel, como si fuesen tan parte de él que no pudiera llevar otra cosa; eran de color crema. Su camisa, de manga larga y azul marino, hacía el mismo efecto sobre su torso. Las manos en los bolsillos y sus andares elegantes y seguros. Era evidente que ese tipo de ropa le pegaba, pero me preguntaba si en realidad estaría cómodo o simplemente se habría acostumbrado a ella como parte de esa imagen perfecta y pulcra que deseaba transmitir.

Miré mi falda de flores por la rodilla y mi jersey de punto beige que me dejaba un hombro al aire y sonreí.

—¿En qué piensas? —Su pregunta me sorprendió, pero me gustó, porque eso significaba que yo también lo intrigaba.

Me mordí el labio, aguantando la risa. Había algo en él que me la provocaba enseguida, no podía evitarlo.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, aunque ¿debería tener miedo?

Me encogí de hombros.

—Pensaba en tu ropa.

Él se observó de arriba abajo con interés y un poco ofendido, como si le doliera que me metiera con su impecable estilo; así que eso me bastó para descubrir que, además, Oliver era un presumido.

—¿Qué le pasa a mi ropa?

—No parece muy cómoda para dar paseos por el bosque ni subirte a los árboles, Oliver.

—No tengo intención de subirme a ninguno más, créeme.

Me reí, porque el recuerdo de su cuerpo atrapado allí arriba siempre me generaba esa reacción, era inevitable. Después fue su trasero el que se fijó en mi cabeza y tragué saliva con fuerza. No sabía qué me pasaba, pero no podía parar. Era como si de repente hubiera sido más consciente de su presencia gracias a Abi; de eso y de todo el tiempo que había transcurrido desde que yo

había sentido deseo por otra persona.

—¿Sabes? Estoy segura de que, si Nora te lo pidiera, volverías a hacerlo.

Él no lo negó. Solo meditó mis palabras y torció los labios en una mueca que me decía que tenía razón. Que era un blando; al menos lo era cuando se trataba de una niña de ocho años que lo creía una especie de Superman.

—¿Puedo hacerte una pregunta? Si no quieres, no contestes.

—Escupe.

—¿Cómo es que viven solas en una casa tan grande? Nora me ha dicho que su mamá no trabaja. Lo siento, pero esa niña lo larga todo.

Pensé en la historia de Abi y suspiré. No me gustaba recordarlo, pero también era parte de ellas y eso siempre estaría ahí, formando los engranajes de su pasado.

Somos lo malo y lo bueno que vivimos, por mucho que nos pese.

—No han tenido una vida fácil. El padre de Nora era un hombre perfecto, hasta que dejó de serlo. Le era infiel, aunque eso no fue lo peor. Bebía y, cuando lo hacía, se transformaba. No creo que deba explicarte mucho más.

Oliver se tensó, lo percibí enseguida al observar la forma en que cerraba los puños con fuerza y su mandíbula se marcaba. Pensé en cómo sería pasar un dedo por ese músculo para relajarlo y me reprendí al momento.

—¿Dónde está ahora?

—Lejos. En algún lugar tropical, apostaría. Abi consiguió una orden permanente de alejamiento y mucho dinero a cambio de su silencio. Porque era jodidamente rico y, ya sabes, las apariencias hay que conservarlas. A la familia de él le pareció un trato perfecto, así que ahora están solas, porque Abi no cuenta con más parientes que unos tíos que viven en otra ciudad.

—¿Sabe él que ellas están aquí?

—No. Renunció a Nora. Y Abi se enamoró de esta casa y la compró. Es un tanto ostentosa para las dos, pero nadie merece más que ellas conseguir todo lo que deseen. Aquí son felices.

Entonces me miró a mí y me estremecí. Como si me estudiara. Como si hubiese descubierto algo.

—¿Por qué me da la sensación de que todo el mundo viene a este rincón a desaparecer? ¿Qué es lo que tiene?

Dejé escapar el aire contenido y sonreí. Era una buena manera de resumirlo.

—Pues espera a conocer a Leandro...

—¿Cuál es la historia de Leandro?

—Quizá la averigües pronto. Si quieres.

Saludamos a Dorian, que nos recibió como si lleváramos meses fuera, y después Oliver se excusó para darse una ducha y cambiarse. Yo dejé las zapatillas en la entrada y me metí en la cocina a preparar la cena. Adoraba la sensación de la madera bajo mis pies.

Me decidí por una ensalada de frutos secos y unas berenjenas rellenas.

Puse música en el tocadiscos de la sala de estar y la voz de Carla Bruni me llegó enseguida, dulce, haciéndome mover ligeramente mis caderas al ritmo de la melodía mientras cocinaba. Sentía predilección por la música francesa.

Escuché el agua del piso de arriba. Oliver se estaba duchando.

Suspiré y seguí cortando las verduras, intentando desviar de mi mente la imagen de su cuerpo quitándose sus prendas de niño bien. Esas prendas que tan poco me habían gustado en otros y que en él me hacían querer acariciarlas lentamente.

Por poco me rebano un dedo.

Oliver

Cuando salí de la ducha y volví a mi dormitorio, miré las prendas tendidas sobre la cama y fruncí el ceño. ¿Qué coño le pasaba a mi ropa?

Siempre me había gustado la moda, no entendía demasiado, pero me gustaba ir de compras y verme con un buen traje frente al espejo. Jimena a veces me acompañaba e intentaba convencerme para modernizar un poco mi estilo, pero siempre me negaba. Para eso ya tenía a Bruno, que era capaz de ponerse una falda larga como si nada y salir a la calle tan contento.

Revisé el interior del armario y negué con la cabeza. Menuda gilipollez. ¿Cómo podía dejarme influir por una chica que llevaba vestidos hechos con retales?

Escogí un pantalón negro y una camisa blanca y no pensé más. Al menos, no en eso. Sí que lo hice en el hecho de que me sentía bien por primera vez en meses. Tranquilo. Satisfecho. Casi contento.

La sorpresa de Nora había resultado un éxito y la tarde había sido divertida. Abigail era encantadora y Julia había estado tan cómoda como para comprobar que las quería con locura. Yo no había hablado mucho, pero sí que había sido testigo de cómo ella me miraba diferente cuando creía que no me daba cuenta, como si me estudiara. Como si se hubiese dado cuenta de algo que hasta ese momento se le había escapado.

Tenía una mirada limpia, con sus ojos azules redondos y grandes. Y no me había sentido incómodo bajo su escrutinio, sino todo lo contrario. Lo que sí me provocaba era una curiosidad por saber qué estaría pensando. Recordé la curva de sus labios cada vez que se reía de mí; era como que si no pudiera evitarlo cuando yo hacía algo que la sorprendía. Al hacerlo, su labio superior se le curvaba en una forma parecida a la de un corazón.

Me quité esa imagen de la cabeza y me vestí.

Cuando bajé, sonaba música desde el tocadiscos del salón. Una balada en francés que no conocía, pero que me agradó. En aquel lugar todo se me antojaba diferente, hasta la música.

Entré en la cocina y la vi allí, como cada noche. Estaba de espaldas e intentaba coger una bandeja de la balda más alta. Sus pies descalzos estaban

de puntillas y los brazos alzados provocaban que su falda se subiese un palmo, dejando parte de sus muslos desnudos.

Era una de las pocas zonas de su cuerpo que no estaba decorada con dibujos que no comprendía. Para tener la piel tan blanca, estaba bastante bronceada, aunque no me sorprendía, ya que su ropa solía ser bastante escueta cuando hacía buen tiempo. No era precisamente un *look* que yo hubiera escogido para nadie, pero debía de reconocer que, en Julia, aquella faldita era una delicia.

Me quedé unos segundos observándola; la curvatura de su empeine, la redondez de sus piernas. ¿Qué clase de braguitas usaría Julia? Podría descubrirlo solo agachando un poco la cabeza... claro que no lo hice. Lo que sí que pensé fue que bien podía protagonizarme alguna nueva fantasía y ese pensamiento me hizo sacudir la cabeza y carraspear, incómodo, porque estaba fuera de lugar.

—¿Necesitas ayuda?

—Sí, por favor.

Me acerqué a ella por detrás y mi brazo rozó su espalda. Se tensó. Fue un movimiento casi imperceptible, pero lo sentí. De repente, algo había cambiado; siempre había sido muy intuitivo con esas cosas, y con ella lo percibí por vez primera. Y después no se apartó. Podía haberlo hecho, pero Julia no lo hizo, sino que se agarró a la encimera y esperó, obligándome a alzar el brazo por encima de su cuerpo para coger aquella bandeja.

Noté el vuelo de su faldita rozando mi pierna.

Olía a comida dorándose al horno, pero también recibí un aroma a flores que en un primer instante pensé que se colaba por la ventana abierta, ese olor tan característico que inundaba cada rincón de aquel escondite. Pero no. Estaba cerrada. Era ella la que olía a su jardín. A flores.

—Toma.

—Gracias.

—De nada.

Habíamos bajado la voz, convirtiéndola en susurros. Suspiré y vi que los pelitos de su nuca se erizaban. Nunca habíamos estado tan cerca y no

comprendía el motivo, ya que aquello era... era algo que me hacía sentir más despierto que en semanas; como si de pronto hubiera abierto los ojos y la hubiese encontrado a ella a mi lado intentando coger una bandeja. Me fijé en el tatuaje de su hombro, unas flores de mil colores enredadas, como si se agarraran con fuertes raíces a Julia, y quise tocarla. No sé por qué. No me gustaban los tatuajes. Pero aquel trozo de piel me resultaba atrayente; y su olor; y la sensación de tenerla cerca.

Dejé escapar el aliento con fuerza.

Ella lo contuvo.

Y me giré con demasiada rapidez como para que no se notara, sentándome en la mesa y rompiendo esa tensión tan desconcertante que se había instaurado entre nosotros. Quizá sustituyéndola por otra.

Julia permaneció quieta unos segundos, puede que también intentando recobrar la compostura o entender qué era lo que acababa de ocurrir, y después reaccionó, volviendo a moverse rápida y eficaz.

—¿Te gustan las berenjenas? Dime que sí, anda. Es una de mis recetas estrella.

—Me gustan.

—No habrás probado unas como estas en tu vida. De verdad. No suelo fardar yo de nada, pero de mi huerto no puedo evitarlo. Tengo las mejores hortalizas de la comarca, digan lo que digan los demás.

—¿*Fardar*? —pregunté, con la sorpresa tiñendo mi voz por la palabra escogida; yo no recordaba haberla utilizado desde los quince años—. Eso suena demasiado adolescente.

—Sí, Nora ha aprendido la palabra hace poco y la usamos a menudo. De todas formas... ¿cuántos años tienes? ¿Sesenta?

—*Touché*.

No pude evitar sonreír, porque no era la primera vez que me preguntaban eso.

Tenía treinta y cuatro años y estaba cansado, triste y algo enfadado con mi vida en general, por no decir mucho. Pero me iba dando cuenta en pequeños detalles de que no siempre había sido así. De que hacía pocos años

yo salía con mis amigos y me gustaba coquetear con las chicas que se nos cruzaban, ver la vida con otros ojos y buscar retos y nuevos proyectos. Siempre estaba buscando algo. Como cuando entré en la empresa con unas ganas inmensas de comerme el mundo. O como cuando conocí a Jimena. O a Patricia. ¿Dónde estaba ese Oliver? ¿Por qué ya no hacía todas esas cosas? Me había estancado en un punto del camino en el que ni siquiera parecía yo.

Alcé la mirada y observé a Julia, que servía la comida en los dos platos, antes de hacer lo de cada día, marcharse a comerlo en su caravana, y me dije que aquello no tenía sentido, que si de verdad iba a estar allí metido otras tres semanas, quizá podía empezar a ver el lado positivo y reencontrarme a ratos con el tío que había sido, que era o que quería llegar a ser.

Un tío que no podía dejar de pensar en qué clase de ropa interior usaba la chica que tenía enfrente, por mucho que intentase apartar ese deseo de mi cabeza.

Así que no pensé. Lo hice.

Julia me lanzó un «que aproveche» e hizo el amago de coger su plato, pero, antes de que lo levantase, la agarré por la muñeca. Ella frenó sus movimientos y me miró extrañada.

—No.

—¿Qué pasa? ¿No te gustan? Están muy buenas, te lo juro. ¿Por qué me has mentado?

Parecía repentinamente nerviosa. La inquietaba que la tocase y saber aquello también me hizo sentir bien; como si provocar algo en ella despertase todavía más a ese hombre que aún vivía escondido dentro de mí.

Sonreí y le rocé la piel de la muñeca un segundo antes de soltarla. Era muy suave. Tenía un amanecer dibujado en ella.

—No es eso.

—¿Qué ocurre, entonces?

Cogí aire y lo solté, torciendo los labios en una sonrisa que me salió un poco a medias, pero que esperé que sintiera como sincera, porque lo era.

—No hace falta que te vayas... si no quieres.

Su expresión cambió al instante. Al principio pareció sorprendida, pero después sonrió con diversión y se sentó, sin más.

—Oh. ¿Me estás invitando a cenar, Oliver? —bromeó y alzó las cejas, señalando mi camisa de lino—. Huy, perdón. Se me ha olvidado que esta cena exigía media etiqueta.

Y subió su pie descalzo, para que viera lo inapropiado de su atuendo. La planta estaba algo sucia. Yo negué con la cabeza. Era divertida. Y me calmaba su compañía. Y también tenía una sonrisa preciosa.

—Ya me estoy arrepintiendo.

Se rio, y aquel simple sonido ya provocó que la sensación de vacío y soledad desapareciera. Fue fácil. Y no hablamos mucho, solo nos acompañamos. Y me di cuenta de que hacía meses que no me sentía acompañado de verdad, sin necesidad de fingir, como me ocurría con Patricia cada vez que compartíamos algo. Y me gustó.

Recordé a Jimena relatándome las primeras veces que había cenado con Bruno en aquel piso que compartieron de forma un poco obligada y los paralelismos me hicieron reír.

Después cenamos, más en silencio que otra cosa, o rompiéndolo con comentarios triviales, pero estuvo bien. Yo lo estuve; y eso ya me parecía suficiente motivo para desear repetirlo.

—Gracias —me dijo ella al terminar, antes de desaparecer y dejarme solo en el porche con una taza de café.

Yo solo asentí, aunque tiempo después pensé que debería haberle dado las gracias a ella, por regalarme eso que rara vez valoramos que solo te aportan unas pocas personas, y es la sensación de no sentirse solo en un mundo demasiado grande como para soportarlo.

Esa fue la primera cena.

Al día siguiente, lo repetimos. Y me resultó igual de sencillo, igual de reconfortante, sin que Julia tuviera necesidad de hacer nada, solo sentarse a mi lado. Aquel día yo me ocupé de servirle a ella.

Y, como si hubiéramos firmado un pacto tácito, después vinieron otras y unos cuantos desayunos. A veces yo lo preparaba todo bajo su atenta mirada,

con la barbilla apoyada en sus manos y las piernas colgando del taburete, como si fuera una niña, y otras lo hacía ella. La observaba servir los platos con soltura y mecerse descalza por la cocina. Era como si fuera ligera, como si se transportara por el espacio sin hacer ruido, casi flotando por la estancia. Eso me proporcionaba, esa sensación de ligereza, de delicadeza.

Comer sí que lo hacía solo. ¿Por qué? No sabría decirlo; porque lo decidimos así sin darnos cuenta. Quizá porque era la manera de que ambos estuviéramos deseando que llegase la noche para vernos de nuevo y pasar un rato juntos que solía alargarse en el porche hasta altas horas de la madrugada.

No lo sé, pero surgió.

Y también lo hicieron las conversaciones que al principio eran escuetas y que con los días se fueron alargando, hasta parecer no tener fin.

Y los guiños al cruzarnos o al asomarme a la ventana y verla allí abajo.

Y las ganas de no estar tanto tiempo solo.

Las malditas ganas.

Y algo más, el comenzar a mirarla con otros ojos, unos que pensé que habían desaparecido, pero que me recordaban al caballero desvergonzado que había sido no hacía tanto tiempo.

Uno que seguía pensando continuamente en cómo sería el tacto de sus bragas.

Julia

Al día siguiente de aquella primera cena a la que Oliver me invitó a acompañarlo, volvimos a vernos al caer la tarde. Él estaba en la biblioteca buscando una nueva lectura cuando yo aparecí por ahí con Dorian a mis pies. Vi que ya no se apartaba al verlo llegar por miedo a acabar con pipí en los zapatos y sonreí.

—¿Alguna sugerencia?

—No me gusta recomendar libros. Al menos, no sin saber los gustos de la otra persona.

—No tengo muy claro qué es lo que me gusta. Llevaba diez años sin leer una novela.

—¿Estás de broma? —exclamé alucinada, porque lo había visto leer cada día desde que había llegado.

Me costaba creer que una persona capaz de pasar tantas horas entre novelas llevase años sin hacerlo. Los lectores somos verdaderos adictos y no soportamos demasiado tiempo sin nuestra dosis.

—No. Solo leía publicaciones de marketing y cosas relacionadas con el trabajo. A veces, la prensa deportiva. —Frunció el ceño al decir eso último y yo me reí.

—¿Qué has leído hasta ahora?

—*Los tres mosqueteros*, *Drácula*, aunque el terror no es lo mío, y *El guardián entre el centeno*.

—Mmm. —Revisé en las estanterías, pasando los dedos por las tapas de los libros, y elegí una distopía para que se lanzara con un género nuevo—. Prueba con este. Si no te gusta, descartamos la ciencia ficción.

—*Un mundo feliz*. Gracias. ¿Los has leído todos?

—Sí. Y, algunos, dos veces.

—Impresionante. ¿Cuál es tu favorito?

Negué con la cabeza y me reí. ¿Qué clase de pregunta era esa? Era como preguntarme que a quién quería más, si a Dorian o a Wendy. No había

respuesta posible.

—No podría elegir uno.

—Hazlo. Dime cuál te ha venido a la cabeza en este instante. El primero.

Me gustó que Oliver me dijera eso, que usara ese razonamiento, porque a veces no nos damos cuenta de que el subconsciente habla por nosotros. Como cuando te preguntan en quién piensas justo antes de dormir o nada más despertar. Pues esa persona es «La Persona». Con mayúsculas. No hay más. Da igual lo que quieras fingir o esconderlo, ya estás perdido.

Me mordí el labio. Ahí me había pillado. Al ver que yo apartaba la mirada, me sonrió.

Era consciente de que cada día lo hacía un poquito más, sonreír. Ya había tenido oportunidades de analizar su expresión cuando lo hacía y me encantaba. Hacía que quisiera pasar los dedos por los surcos que se formaban en su piel y después me reprendía a mí misma por esos deseos estúpidos y fuera de lugar. Y es que... su sonrisa se marcaba mucho; le salían unas arrugas enmarcando los labios muy definidas, pero no era algo feo, sino todo lo contrario; le aportaba un rasgo personal terriblemente atractivo.

—De acuerdo.

Cogí el ejemplar manoseado de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* y se lo ofrecí. Él lo cogió y leyó el título en voz baja. Estaba bastante viejo por el uso.

—Neruda. Vaya.

—¿Qué?

—Nada. También me lo llevo.

Sonrió de medio lado y guardó el libro bajo su brazo, por miedo a que se lo prohibiese.

No tenía motivos para hacerlo, pero lo deseé, porque me avergonzaba un poco que leyera esos versos, como si pudieran decirle más de mí que yo misma.

Carraspeé, incómoda, y aparté la mirada.

—La cena ya está lista.

—Siéntate, hoy sirvo yo.

Fue su manera de decirme que me quedase, que podíamos repetirlo sin tener que pedírmelo en voz alta y sin cuestionar esa decisión. Solo un «siéntate, Julia». Y yo lo hice. No por nada, sino porque quería hacerlo.

Seguimos hablando frente a una sopa de miso y un salteado de setas. Lo hicimos de todos esos libros que yo había leído y que él desconocía. Y de la música tan diferente que nos gustaba, descubriéndonos nuevos mundos entre las letras de nuestras favoritas. Y de cine. Bueno, de cine habló él.

—No me puedo creer que lleves años sin ver la tele.

Le había confesado que había vendido mi televisor hacía unos años, incluso antes de mudarme definitivamente a ese lugar.

—¡No aporta nada! En casa de Abi, a veces, vemos películas y Leandro me pasa la prensa cuando la ha leído. ¿Qué más necesito?

Oliver me observaba como si tuviese dos cabezas. O siete. Su incredulidad era casi tangible.

—¿Hace cuánto que no ves una película para mayores de dieciocho?

—¿Estás hablando de porno?

Sus pupilas se dilataron y yo me arrepentí en el acto de mis palabras, porque, claramente, se refería a películas que no tuvieran que pasar por el filtro de edad de Nora y no a lo que mi mente sucia había entendido. Pero es que... con él en casa me veía envuelta cada vez más a menudo en pensamientos un tanto turbios.

—No, me refería a...

—Ah... ya.

Nos quedamos callados, rodeados por un silencio tenso un tanto incómodo, hasta que no pudimos controlarlo más y estallamos en carcajadas.

—Aunque si quieres... puedes contestarme a eso también. —Alzó una ceja, sonrió de lado y yo me ruboricé como si tuviera quince años y no treinta y uno.

Tenía encanto, no podía negárselo. De hecho, tenía todo el del mundo concentrado en ese rostro, en el brillo de sus ojos y en esa maldita sonrisa.

Él juntó las manos frente a mí, posando su barbilla en ellas y esperando mi respuesta, con una intensidad en su expresión que transmitía muchas cosas. Me intimidaba un poco. Había atisbado un cambio de actitud en él; como si, según se relajaba con el paso de los días, comenzase a mostrarme un Oliver que nunca me hubiera imaginado. Uno al que le gustaba el coqueteo sutil y que me resultaba peligroso.

Cogí aire y contesté directa, como la mujer madura que supuestamente era.

—No me gusta el porno. Prefiero imaginármelo en mi cabeza y no usar material adicional.

—Yo también. —Su sonrisa cambió, se hizo más... más cargada de significados ocultos, y me estremecí—. ¿Te refieres a ningún tipo de material adicional?

Sentí calor en zonas donde no debía. Pensé en el amiguito a pilas que guardaba en un cajón de mi caravana y me ruboricé de nuevo. Después aparté la mirada y Oliver dejó escapar una risa, como si hubiera leído mi pensamiento con total nitidez.

Yo cambié de tema antes de empezar a imaginar cómo sería usarlo con él.

—Y... respondiendo a tu pregunta inicial, hace mucho tiempo. Con Nora no es fácil salir de las películas Disney y similares.

Su rostro se puso serio de repente y dudé en si desviar la conversación a una más seria había sido o no una buena idea.

—¿No echas nada de menos? —Parpadeé, incómoda—. No me malinterpretes. Empiezo a ver el encanto de este lugar, pero... no sé, Julia. Quizá no de forma permanente. —Alzó la mirada, pensativo, y comenzó a darme ejemplos de cosas que un día habían sido rutinas mías también, pero de las que había acabado huyendo—. Tomarse una cerveza en una calle llena de terrazas. Comprar desde el ordenador un montón de cosas innecesarias y que te las lleven a casa o pasar una tarde en un centro comercial. Ir a un concierto y volver paseando por Las Ramblas con la música aún en los oídos. La sensación de conducir con las ventanillas bajadas entre el caos de la ciudad.

Me imaginé en todas esas situaciones. La Julia que se pasaba el día de

compras, que olía a perfume caro y calzaba zapatos de ensueño. Una Julia que acudía a fiestas en ambientes de lujo y que se codeaba con gente que salía en la prensa día sí día también. Una Julia que, al llegar a casa, soñaba despierta con todas esas fantasías que parecían simples, pero que no tenía. Que deseaba vivir en mitad del bosque en una casa con una gran biblioteca. Asomarse a la ventana por las mañanas y sonreír frente a un paisaje bonito. Apreciar el silencio de verdad. Enamorarse. Ser madre. Formar un hogar. Y que un día se dio cuenta de que su vida no se parecía en nada a la que disfrutaba en su cabeza, que al llegar a casa las fiestas no le aportaban más que resaca, que desde la ventana de su piso solo veía otras ventanas, que el ruido era constante, que la persona que amaba no había estado a la altura de las circunstancias, que no era madre y que el hogar no era solo el compartir tu vida con alguien, sino una certeza interna que aún no había experimentado con nadie ni en ningún lugar, así que decidió enmendarla.

—Yo ya hice todas esas cosas. Me gusta esto. Aquí... aquí respiro mejor. No espero que lo entiendas. Es cuestión de sensaciones.

—Sensaciones.

—Sí. Cuando vivía en Barcelona comencé a estar anestesiada. No... algunas de esas experiencias eran tan rutinarias que llegué a dejar de disfrutarlas.

—Eso sí que lo entiendo.

Nos quedamos en silencio, cada uno pensando en nuestras vidas, y una sensación agridulce nos rodeó. No me gustó. Era nostalgia, pero también tristeza. Vacío. Decepción.

Le sonreí e intenté disiparla.

—No te creas que no me salto las reglas de vez en cuando. En Nochevieja me bebí un *whisky* escocés con Leandro para chuparse los dedos. Pero no las necesito.

—¿Y qué necesitas? —El silencio regresó, aún más denso.

Él esperó paciente a que yo le diese una respuesta que parecía sencilla, pero no fui capaz de responder. Era algo tan interno, tan mío, que no podía compartirlo a la ligera, porque apenas nos conocíamos. Y aquella respuesta era más yo que cualquier otra que pudiera darle.

—No lo sé, lo que sí que sé es que allí no lo encontré.

Leandro estaba sentado en la silla que presidía la mesa, como siempre, y le explicaba a Nora el tenedor que debía utilizar para el pescado al horno.

—El de tres puntas, niña. Siempre el de tres.

Ella lo escuchaba, pero en realidad yo sabía que iba a olvidar esa información en cuanto Leandro la dejara y acabaría comiendo con la cuchara. Siempre lo hacía. Y yo también; no con la cuchara ni el pescado, pero sí con el primer tenedor que pillara el plato que hubiera preparado para mí. Delante de él lo disimulaba bien, pero me importaba un pito el protocolo del gran chef, que siempre preparaba la mesa como si fuéramos la familia real y no tres mujeres que se chupaban los dedos al terminar, de forma literal, de ser necesario.

Era domingo y, como cada semana, estábamos cenando en su casa. Una tradición que habíamos establecido hacía mucho tiempo y que nunca nos habíamos saltado.

Serví unas judías verdes con vinagreta de naranja en cada plato y después me senté.

Abi me ofreció vino y yo me negué. Prefería agua.

—Cuéntanos, Leandro. ¿Cómo está tu hijo?

Hacíamos eso. Nos sentábamos a cenar y nos contábamos qué tal nos había ido la semana. En su caso, se trataba de poner a parir a su único hijo, que solía ir a visitarlo con sus nietos los sábados por la tarde, y con el que la relación era tirante, por no decir desastrosa. Además, los dos niños estaban tan malcriados que ni siquiera Nora quería ir a jugar con ellos.

Desde que Leandro había enviudado, su familia de verdad éramos nosotras; eso decía él. Y me halagaba, pero a la vez me generaba una inmensa tristeza, porque era un buen hombre y sabía que se sentía un tanto solo. Éramos tres personas muy diferentes que habíamos acabado formando algo bonito unidos precisamente por eso, por la soledad, fuese elegida o impuesta.

Hablaron todos hasta que llegó mi turno.

—Julia, ¿qué tal tu nuevo inquilino? Las malas lenguas dicen cosas que

no voy a repetir en voz alta.

Miró a Abi de reajo, reprendiéndola en silencio. Obviamente, se refería a ella, que ya le habría informado con todo lujo de detalles de las bondades de Oliver.

—¿Por qué?

—Uno, porque hay una menor delante, que eres tú —explicó a Nora antes de que ella preguntara de nuevo—. Y, dos, porque soy un caballero.

—No hagas caso a las tonterías de Abi. Todo va bien. Se ha adaptado bien.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Ella se ha adaptado perfectamente. Aunque yo lo hubiera hecho mejor. —Mi amiga soltó una risita tras su insinuación y yo suspiré; era terrible.

No había vuelto a hablar con ella de Oliver; me preguntaba, pero yo lo evitaba y le ocultaba información. Ni siquiera le había confesado que habíamos cenado juntos alguna vez. Ni que habíamos compartido un momento extraño en la cocina, cuando sentí su cuerpo detrás de mí y no me aparté, porque fui incapaz. Al recordarlo, cerré los ojos, porque me acaloré, mientras mis amigos seguían charlando, cambiando de un tema a otro como si nada e ignorando lo que estaba sucediendo en mi cabeza.

Rememoré aquel primer instante en el que fui realmente consciente de lo que Oliver provocaba en mi cuerpo. Sentía de nuevo el cosquilleo en mi piel al recordarlo. Y sabía que él también lo había percibido; se había quedado parado detrás, incluso cuando había alcanzado la bandeja. Sin excusas. Sin motivos. Solo imantado por ese momento. Y había deseado que no se separase, sino que diera un paso más.

Había deseado que me tocara.

Recogimos la mesa entre risas, mientras Leandro le explicaba a Nora la importancia de un buen vino para acompañar la carne. Sí, a una niña de ocho años. Sin embargo, ella lo escuchaba embelesada, como si fuera una fuente constante de sabiduría de la que aprender. Era raro verla interactuar tan bien

con adultos, ya que fuera del colegio apenas veía a niños, pero ella era feliz así, aprendiendo de esas diferencias intergeneracionales que nos enriquecían a todos.

Cuando nos despedimos de él hasta el domingo siguiente, me llamó antes de caminar detrás de Abi y Nora por el sendero. Me di la vuelta y le vi una expresión en su rostro que hizo que me tensase.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Sí. —Negó con la cabeza; estaba dudando sobre qué decir, lo supe, hasta que al final habló—. Julia, ten cuidado. No te involucres demasiado.

—¿A qué te refieres?

—Pero vive. Nadie más que tú se merece hacerlo.

Compartimos una mirada en silencio y después me marché.

Las palabras de Leandro me acompañaron todo el camino de vuelta.

Me despedí de Abi y Nora en el desvío que las llevaba a su casa y eché a andar hacia la mía. Ya había anochecido del todo y los ruidos del bosque, que parecían intensificados a aquellas horas, me rodeaban. Pese a ello, no me daba miedo, me sabía el trayecto tan de memoria que podía hasta recordar la última piedra del camino. Pensé en Oliver, en qué estaría haciendo, en si le habría gustado la cena que le había preparado aquella noche. También fui consciente de que, aunque adoraba cenar con los míos, una parte de mí había sentido tristeza por no volver a cenar con él en mi cocina.

Suspiré confusa, porque no estaba acostumbrada a ese tipo de sentimientos. Hacía demasiado tiempo que nadie los provocaba en mí. Tanto como hacía de la despedida de aquella Julia que había dejado en Barcelona, pese a que mi pasado de vez en cuando aparecía para recordarme que no se había ido del todo.

Antes de empezar a atisbar las luces de mi casa, inconscientemente, me palpé el estómago.

Me lo encontré sentado en las escaleras del porche. Era una visión que ya

me resultaba habitual. Iba vestido como siempre, con esa elegancia innata que le caracterizaba, con unos vaqueros oscuros y una camisa de color azul. Pensé que hacía juego con sus ojos. Tragué saliva al sentirlos sobre mi cuerpo. Ahí estaba de nuevo, ese cosquilleo que me subía por la piel. La expresión de su rostro me decía que parecía sorprendido, como si le extrañara mi aparición. O quizá se trataba de todo lo contrario, de que no comprendía mi ausencia de aquella noche. Esa posibilidad me hacía querer sonreír con ganas, detalle que me indicaba una vez más lo inapropiado de todo aquello que me nublaba la mente sin parar.

—Hola.

—Hola.

—¿Dónde estabas?

—En casa de Leandro. Los domingos cenamos juntos. ¿Qué tal el día?

—Bien.

Llegué a su altura, inquieta, porque sus ojos no dejaban de estudiarme y me incomodaban. Cuando quise pasar a su lado, subir los peldaños y entrar en la casa, él abrió un poco las piernas, impidiéndome con su cuerpo el paso.

—¿Ocurre algo, Oliver?

Frunció el ceño. Entonces alzó la vista y lanzó una pregunta que nunca me hubiera esperado.

—¿Tú sabes lo feo que es dar plantón?

—¿Perdona?

—Sí. Te busqué para cenar, pero no estabas.

Controlé la risa que me subió por la garganta, pero la sonrisa no pude, y le dediqué una inmensa, porque aquello me había descolocado por completo. Parecía el reproche de un adolescente enfurruñado, pero, no sé muy bien por qué, que lo hiciese me gustó.

—¿Te pusiste esa camisa para mí? Lo siento —bromeé, antes de sentarme a su lado, en el peldaño libre que había por debajo de donde estaba él.

—Haces bien en reírte, pero que sepas que es la primera vez en mi vida que he sentido lo que es que te dejen plantado. Y no me ha gustado.

—No habíamos quedado.

—Lo di por supuesto.

—Pues no deberías. ¿Nunca te habían dejado colgado en una cita?

—No.

Sacudí la cabeza, incrédula, aunque lo entendía. Nadie en su sano juicio se perdería una cita con alguien como Oliver.

—Bueno, supongo que es comprensible. —Me arrepentí en cuanto oí mi propia voz.

—¿Ah, sí?

—Ajam.

—¿Por qué?

Me eché a reír, con el calor subiendo por mi rostro y con esa sonrisa que hipnotizaba dibujada en sus labios de fondo. Dios... además tenía un ego bastante cuidado.

—No me hagas decírtelo.

—Puedes compensarme con un café. Aquí sentados. Hoy hace una noche estupenda.

Dudé y él lo supo. No obstante, no dijo nada, solo me observó. Yo me coloqué un par de rastas sueltas del moño detrás de las orejas, mientras me mordía el labio y meditaba sobre si aquello estaba bien o mal y con las palabras de Abi y de Leandro entremezclándose juguetonas en la mente, perdiendo el sentido, o quizá dándome uno. Él ya no sonreía, solo me miraba. Con sus ojos de ese azul intenso, más oscuro que el mío, sus cejas pobladas, su mandíbula marcada, sus labios... sus labios.

No supe que los estaba mirando fijamente hasta que él los humedeció con su lengua y, simplemente, respondí sin pensar.

—Acepto.

Oliver

Julia se levantó con rapidez y desapareció dentro de la casa. Yo estaba tenso. Sentía ese tic ridículo en la mandíbula que siempre me aparecía cuando algo me ponía nervioso. Ella lo hacía. Levanté la cabeza hacia el cielo estrellado y exhalé el aire contenido.

—Joder... —susurré a la nada.

Cerré los ojos y volví a sentir su mirada fija en mis labios, como si quisiera probarlos. Yo había deseado que lo hiciera. Sacudí la cabeza y me pasé las manos por el rostro, intentando, en vano, borrar aquella sensación. Después recordé lo idiota que me había sentido diciéndole aquellas cosas. Como un crío que se enfada porque la chica que le gusta no va una tarde al parque. Igual de imbécil, pero con treinta y cuatro años y bastantes experiencias a mis espaldas. Era de locos.

Se me escapó una risa y sentí una presencia a mi lado. Era Dorian.

—Eh, chico.

Él se acercó con esa felicidad que siempre irradiaba y apoyó su hocico en mi rodilla. Sus ojos parecían dos aceitunas negras. Levanté la mano y le acaricié las orejas. Le gustaba. Cerró los ojos y me pareció ver que sonreía.

Julia no tardó en volver. Lo hizo con una bandeja con dos tazas humeantes de café y un plato con esas galletas de almendra a las que me estaba haciendo adicto.

—Gracias. —Cogí una de las pastas y me la metí en la boca. Gemí—. Deberías patentar esta receta.

Ella sonrió complacida y cogió una manta que descansaba en el columpio de la entrada antes de sentarse a mi lado. Se la colocó sobre los hombros y cogió la taza. Allí sentada, con ese trapo que parecía hecho de restos de otras mantas, con su pelo recogido en un moño, sus pendientes largos de piedras de colores y todo ese color que casi parecía que Julia respiraba, fue la primera vez que pensé que era como un pequeño duende.

—¿Sabes? Está bien que te haya dado plantón.

—¿Por qué?

—Todo el mundo debería saber lo que es para así valorar más cuando una persona aparece.

Su pensamiento retorcido me hizo pensar que solo era una excusa producida por el despecho, pero asumí que era un modo bonito, o al menos constructivo, de enfrentarse a la vida.

—Dudo que a ti te hayan dado plantón alguna vez.

—Si yo te contara...

—Hazlo.

—¿Qué?

—Cuéntamelo.

Carraspeó y jugueteó con una piedra entre sus dedos. Yo esperé, porque sabía que estaba pensando en esas experiencias pasadas que le dolían. Y quería saber más sobre Julia. Quería conocer eso que le oscurecía la mirada de vez en cuando, aunque creyese que yo no me daba cuenta. Y es que Julia hablaba mucho conmigo, era una persona extrovertida e incluso un tanto charlatana, pero no contaba demasiado. Había ciertas fronteras que nunca sobrepasaba.

—Digamos que mi última pareja no era muy estable en ese sentido. Pero no me apetece hablar de ello. Rara vez me apetece, siendo sincera.

—Perdona.

—No pasa nada.

Asentimos y le dimos otro trago al café. Me mordí la lengua un par de veces, pero al final me atreví a preguntárselo; me moría por saberlo.

—Y, ahora, ¿no sales con nadie?

—No.

—Yo tampoco.

Dos palabras. Nada fuera de lo común y una verdad que hacía tiempo que guiaba mi vida, pero, aun así, me costó soltarlas. Como si llevaran demasiado atravesadas en mi garganta. Sentí una opresión en el pecho, pero también una liberación. Un desahogo.

Ella arrugó la expresión cálida de su rostro, preocupada por mi reacción.

—Eh, ¿estás bien? —Apoyó su mano en mi rodilla.

Hacia eso continuamente Julia, dar toquecitos, palmear la espalda, apretarme un hombro al pasar. Era como su modo de decir: «estoy aquí, si me necesitas». Al menos, desde el primer día lo había entendido así, solo que no me había dado cuenta hasta ese preciso momento.

—Creo que es la primera vez que lo digo en voz alta. —Me reí, aunque era más una risa nerviosa porque implicaba hacer más real aún mi situación personal.

Yo sabía que lo mío con Patricia se había acabado; lo sabía y la decisión había sido casi más mía que suya, pero hasta ese instante, con los dedos finos de Julia presionando mi rodilla, no me había dado cuenta de todo lo que implicaba. No lo había sentido como una realidad y sí como una posibilidad remota de que algún día pasaría.

—¿Salías con alguien? Antes de acabar aquí.

Asentí. Después cogí aire y lo solté. No tenía por qué ocultarlo. Además, contárselo a ella me parecía una forma igual de buena que cualquier otra de deshacerme de esa inquietud repentina que asimilarlo me había provocado.

—Nos hemos separado. Cuando vuelva, deberíamos arreglarlo todo. No lo nuestro, me refiero al piso, al divorcio... esa clase de cosas.

—Ya. Lo siento, Oliver.

—Yo... ya no. Es raro, ¿sabes? Lamento que no funcionara, pero no que se haya acabado, porque no tenía sentido seguir con ello.

—¿Sigues enamorado de ella?

—No. Pero la quiero.

—Es que debes hacerlo. Así deberían funcionar las relaciones que un día fueron buenas. Dice mucho de ti.

Y no sé por qué, pero tuve que hacerlo. Necesité tocarla también y sentirla cerca en ese momento. Así que puse la mano sobre la suya y la apreté entre mis dedos. Un *gracias*, supongo, por entenderme, por escucharme y por no juzgarme. Por estar a mi lado en aquel instante.

No obstante, sus ojos me dijeron que quizá no era solo eso. También vi en ellos otra cosa, y entonces entendí una parte de Julia que comenzaba a atisbarse bajo todas esas capas de color. Una parte un poco más gris que el resto.

—No te quiere. ¿Es eso? A ti. En quien estás pensando no te quiere.

Ella se agarró con fuerza a la tela de mi pantalón; fue un solo segundo, pero su reacción ya me dijo suficiente. Después apartó la mirada, dejándola perdida en el bosque.

—No. No lo hace. Supongo que, si lo hiciera, las cosas no estarían así.

Julia

Nora llegó pedaleando en su bicicleta poco antes de que empezara a llover. A Abi le habían surgido unos asuntos en la ciudad y Leandro estaba con gripe, así que no tuvo otra opción que dejarla bajo mi cuidado. Yo lo hacía encantada y, aunque nos saltáramos alguna de las normas sobre los huéspedes, ambas habíamos llegado a la conclusión de que con Oliver ya ni siquiera tenían sentido, porque me había saltado casi todas. Casi. Ni siquiera quería pensar en las pocas que aún quedaban sin romper.

—Buganvilla, creo que nos quedamos sin paseo.

Ambas miramos al cielo grisáceo y sentimos las primeras gotas sobre la frente.

—Recórcholis.

Sonreí por la palabra escogida, una de tantas que le enseñaba Leandro, y por la expresión de desilusión en sus ojos negros. Después entramos en mi caravana y ella se sentó con desgana de un salto sobre la cama. Se nos había estropeado el plan de ir a buscar hadas.

—Tendremos que pensar en otra cosa. ¿Qué te apetece hacer?

—¿Cerámica?

—Eso lo hacemos en la mesa de fuera. Venga, pon a trabajar esa cabecita. Tiene que ser algo que podamos hacer aquí dentro y no molestar.

—¿Jabones?

—Necesitamos la cocina.

Nora arrugó la nariz y se cruzó de brazos. Creo que, aunque Oliver le gustaba, a ratos como ese lo odiaba un poco, por quitarnos esa libertad de la que disfrutábamos cuando estábamos solas.

Miré hacia el ventanuco y entonces las vi. Estaban colocadas en el borde, coloridas y preciosas; y hacía mucho tiempo que no creábamos nuevas.

—¿Qué te parece si pintamos unas cuantas piedras? —Su sonrisa fue deslumbrante.

—¡Hecho!

Entré en la casa, mientras ella retiraba todo lo que pudiera molestarnos para trabajar dentro de la caravana. Fui a la pequeña despensa escondida bajo las escaleras que llevaban al piso de arriba y cogí la caja de madera donde guardábamos las pinturas y los pinceles, un viejo mantel, un par de vasos y una botella de agua.

La lluvia había comenzado a caer con más fuerza, así que dejé que Dorian entrase con nosotras. Nora lo abrazó al verlo y él le lamió la cara. Luego las dos salimos fuera con un pequeño cubo a buscar las mejores piedras. Nos colocamos en la puerta, agarrándonos cada una en un lado y nos miramos competitivas.

—Preparada, lista... ¡ya!

Entonces echamos a correr y comenzamos a buscar las piedras más lisas y planas. Era uno de nuestros juegos favoritos, uno en el que nadie perdía, sino que las dos después compartíamos las piedras recogidas. Lo hicimos entre risas, bajo la lluvia, lo más rápido que pudimos, como si en vez de ser solo un juego fuera algo mucho más importante.

Cuando tuvimos suficientes, entramos y nos secamos. Tuve que prestarle uno de mis jerséis, que le quedaba por las rodillas.

Pasamos las dos horas siguientes sentadas en la mesa plegable que salía en el medio del espacio. Lo hicimos en silencio a ratos y a otros charlando de todo un poco.

Me gustaba hablar con Nora; me hacía fijarme en detalles de la vida que mi mente adulta ya no me permitía. Como en lo divertido que era jugar a imaginarse qué ser de mayor, como si yo aún no lo fuese. O soñar despiertas. O creer de verdad que pequeñas hadas poblaban el bosque, compartiendo aquel hogar con ellas.

Pintamos diferentes siluetas en las superficies planas de las piedras. Ella se decidió por diferentes insectos, como mariquitas o mariposas; yo jugué con el blanco y el negro, dibujando formas, espirales, hojas. Me relajaba hacerlo.

Cuando nos cansamos, las dejamos todas secándose y salimos a lavarnos las manos al baño de la planta baja de la casa, al que se accedía por un lateral.

—¿Dónde está Oli? —me preguntó. La verdad era que no se oía ni un

solo ruido dentro de la casa.

—No lo sé, cariño. Supongo que en su habitación.

—¿Le darás mi piedra? —titubeó. Yo sonreí.

Nora había dibujado tres pequeños pájaros en una de ellas, como agradecimiento por que Oliver los hubiera salvado. Me había parecido una gran idea cuando me lo dijo.

—¿No prefieres dársela tú? —Se mordió el carrillo por dentro y dudó. Supe que le daba vergüenza —. Haremos una cosa mejor. ¿Qué te parece si se la dejamos en la puerta de su dormitorio? Así será una verdadera sorpresa cuando la encuentre.

Y lo hicimos. Entre risas y mandándonos callar la una a la otra, dándonos la mano y recorriendo descalzas el pasillo para no hacer ruido. A mí me iba el corazón a mil por hora y a Nora también, a juzgar por los chillidos que tenía que tapar con su propia mano cada vez que dábamos un paso más. Fue divertido; también emocionante.

Ese es el poder de los niños, el vivir cada detalle, por muy tonto que sea, con una ilusión e intensidad especial de la que deberíamos aprender los mayores.

Finalmente, dejamos la piedra tras su puerta, con un cartel pegado con un trozo de celo en la pared de enfrente, un papel en el que habíamos dibujado una flecha señalando el suelo, por si acaso no la veía al salir. Después bajamos corriendo, sin evitar entonces hacer todo el ruido que nos apeteció y riéndonos a carcajadas.

Cuando recuperamos el aliento, me asomé a la ventana y vi que seguía lloviendo tanto como para que el agua hubiera formado grandes charcos en el camino de la entrada.

Sonreí y supuse que la tarde podía ser aún más divertida.

—Nora, ¿has visto eso?

Ella se asomó también y, al ver lo que nos esperaba fuera, su rostro se iluminó y a mí se me olvidó la bronca que Abi nos iba a echar a las dos por lo que estábamos a punto de hacer.

Oliver

Llevaba dos días pensando que amanecía distinto en ese lugar. Como si el jardín estuviera enclavado en otra dimensión; una en la que la vida ni dolía ni dañaba.

Había empezado a dormir mejor. Algunas noches aún me desvelaba y caminaba por la casa, tomaba alguna bebida templada o incluso me daba una ducha intempestiva para relajarme, pero, en general, había conseguido dormir bastantes horas para que mi cuerpo lo notara. Dos semanas habían sido suficientes para que esa tensión que sentía permanentemente atada a mis hombros se desvaneciese. Ni siquiera podía creerme todavía que aquel lugar pudiese funcionar como un calmante tan bueno, pero así estaba siendo; me sentía mejor y ya solo por eso me bastaba.

Me asomaba por la ventana al levantarme y respirar no me costaba; al menos cada día lo hacía un poquito menos. Tampoco miraba el reloj. Y es que daba igual, ¿qué sentido tenía hacerlo si no tenía horarios que cumplir? Ni obligaciones, ni responsabilidades. Nada.

Era como si allí el paso del tiempo no tuviera sentido.

Aquel día había empezado nuboso y se había ido nublando más a lo largo de las horas; por la tarde la lluvia me había sorprendido con ese sonido característico que hacen las gotas contra los cristales; era como si allí sonase mucho más fuerte, más firme. Quizá la diferencia radicaba en que nunca antes me había parado a escucharlo con atención.

Había cogido un nuevo libro y me había encerrado a leer en mi habitación. No había mucho más que hacer, pero tampoco me importaba demasiado. Me había acostumbrado a los ratos muertos, a reflexionar sobre las cosas de un modo un poco más sano, a disfrutar de los silencios y a valorar lo que me rodeaba.

Por las noches, seguía sentándome en el porche y a veces ella me acompañaba. Otras no; otras desaparecía en el que era su propio refugio. No comprendía por qué dormía en una vieja caravana pudiendo hacerlo en uno de los cuartos de arriba cuando no estaban ocupados. No era que quisiera compartir techo con ella también de noche, pero me incomodaba pensar que pudiese pasar frío o que las gotas de lluvia le impidiesen dormir. Además, no

le encontraba sentido. Ni a eso ni a muchas otras cosas de las que hacía Julia, a su modo de vida y de ver el mundo.

Algunas veces la había pillado sentada en el columpio del porche. Solía hacerlo cuando yo no estaba. Se ocultaba allí bajo una manta de colores de las que ella misma cosía y miraba al infinito. Casi como si esperase que apareciese algo por el sendero. O quizá alguien. Pero solo contemplaba el jardín y de vez en cuando sonreía.

Me gustaba mirarla. Había algo en ella diferente a cualquier otra mujer que yo hubiera conocido, aunque no supiera discernir de qué se trataba. Era el todo. Ella en conjunto.

Aquel día, no la había visto desde el desayuno y, ya cerca de las ocho, empezaba a desear que llegara la hora de la cena para volver a disfrutar de su compañía. Me preguntaba qué clase de ropa escueta llevaría ese día, cuando las oí. Eran risas lejanas, algunas infantiles. Me incorporé y fui a salir del dormitorio, pero mi intuición me dijo que no lo hiciera; que esperase. Entonces escuché las pisadas; la madera crujía un poco con cada una de ellas y distinguí la voz de Nora, aguda y nerviosa.

—Julia, ¡corre!, antes de que nos pille.

Intentaba susurrar, pero no se le daba especialmente bien. Después todo fueron risas fuertes y una carrera hasta la planta baja, mientras yo sonreía como un idiota sentado en la cama.

Esperé un minuto, por si acaso, y me levanté hasta un poco inquieto, tengo que reconocerlo, por descubrir de una vez qué era lo que estaban tramando. Abrí la puerta y me encontré con un folio pegado a la pared frente a mis ojos. Tenía una flecha señalando hacia abajo y flores dibujadas alrededor.

«Mira aquí», decía una letra irregular, y la firma de Nora debajo. Y en una letra más pequeña y redondeada entre paréntesis: «Cógela por abajo, aún es posible que no esté seca del todo»; ese inciso estaba acompañado por la firma de Julia.

Me agaché y sujeté la piedra blanca plana como me explicaban. Sonreí al observar el dibujo infantil de tres pequeños pájaros volando sobre un nido. También sentí algo, algo bueno. Algo que hacía mucho que no sentía.

La dejé terminando de secar en el alféizar de mi ventana y bajé. Tenía que darle las gracias a Nora por el regalo, pero, cuando llegué al piso de abajo, no las encontré. Pensé que estarían en la caravana de Julia, o quizá regresando a su casa, aunque llovía tanto que no sabía muy bien cómo.

No obstante, al ir a abrir la puerta para salir en su busca, un movimiento en la ventana me hizo acercarme al cristal y observar lo que estaba sucediendo fuera.

Allí estaban las dos, bajo la lluvia. Se habían puesto unas botas de agua. Las de Julia eran oscuras y estaban tan embarradas que apenas se distinguían. Las de Nora eran igual de grandes y de color rojo. El jersey que llevaba tampoco era suyo, así que el conjunto le hacía parecer que iba disfrazada. Por lo demás, no se cubrían. Solo saltaban con fuerza sobre los charcos, con el pelo y la ropa empapados y se daban las manos. Julia le daba vueltas a Nora, mientras la niña se reía a carcajadas. Después ella le agarraba el bajo de la falda a la otra, para hacerla girar al mover la tela. Incluso sus ropas se manchaban con pequeñas gotas marrones con cada salto. Su felicidad era contagiosa; tanto que la sentí un poco mía.

No salí. No podía hacerlo. Solo las observé. Embobado, clavando mis ojos en las piernas desnudas de Julia, en cómo el vestido empapado se le pegaba en cada curva, en cómo marcaba sus pechos, en la manera en la que se retiraba el pelo de la cara con las manos y dejaba su cuello expuesto, sintiendo que mi erección crecía cada vez más dentro de mis pantalones. Era preciosa; la imagen, lo que la rodeaba, lo que transmitía, y ella.

Ella era preciosa.

Mis ojos se desviaron al cartel que había visto el primer día al llegar allí y del que me había reído, porque me parecía una cursilada estúpida, pero en aquel instante me gustó.

«En esta casa...», y un montón de consejos seguidos, entre ellos el que estaban llevando a cabo ellas: «bailamos bajo la lluvia».

Me senté en la sala de estar y medité durante unos minutos esas sensaciones que me provocaba. No podía controlarlas, era algo casi instintivo que cada día crecía un poco más. Y no lo entendía, eso era lo que más me descolocaba de aquella situación.

Cuando por fin mi cuerpo se había relajado lo suficiente, oí el pitido de

un coche, el sonido de las ruedas sobre la gravilla y los gritos de Abigail mezclados con las risas de las otras dos al descubrir el panorama.

—¡Será posible! ¡Sube al coche, señorita! Contigo ya hablaré mañana. ¡Eres la peor canguro de la historia, Julia!

—¡Mentira, mamá! ¡Es la mejor! ¡Hasta mañana, girasol!

Sonreí ante la respuesta de Nora. Después escuché que el coche se marchaba y que la puerta lateral se abría. Me giré y me encontré con Julia chorreando, quitándose las botas y dejándolas fuera, antes de dirigirse al lavabo de puntillas. No me había visto.

Me levanté y, de dos zancadas rápidas, me coloqué en la puerta del baño, sujetándola para que no pudiera encerrarse. Ni siquiera sé por qué lo hice, solo sentí una necesidad brutal de que supiera que la había pillado, de que había sido testigo de otra parte de ella; y de ese vestido; o de casi la ausencia de él, como una capa transparente que la cubría.

Se giró y ahogó un jadeo por la sorpresa.

—Estás loca —susurré—. Lo sabes, ¿verdad?

No dijo nada. Ni siquiera reaccionó.

Sus pestañas sujetaban pequeñas gotas de lluvia. Sus ojos brillaban. Sus labios, también. Alcé un dedo y los sequé. No tuve que hacerlo, porque la polla me dio un brinco dentro de los pantalones. Fue instantáneo. Como todo lo que vino después. Dios... era como una imagen sacada de una fantasía que no recordaba haber tenido nunca. Pero ahí estaba, delante de mí, y viva. Tan viva que sentía cada bocanada de aire que entraba en su cuerpo y que después expulsaba contra el mío. Y no se movía; Julia no me preguntaba qué estaba haciendo, no me increpaba por tocarla. Solo estaba allí, mirándome. Tampoco hizo nada cuando mis ojos se desviaron por su cuello y llegaron a su escote. Tenía dos botones abiertos y se le veía el comienzo de su pecho, que subía y bajaba a un ritmo furioso; era el único indicio de que a ella también le afectaba lo que estaba sucediendo. El vestido era de color azul claro, con pequeñas flores blancas, pero estaba tan mojado que podía ver la redondez de sus tetas, las formas de su cadera y el contorno marcado de sus bragas.

Tragué saliva cuando mis dedos se movieron solos y rozaron la piel de su muslo; ella abrió un poco los labios.

Llevaba unos calcetines largos de color gris hasta la rodilla. Me imaginé desenrollándolos lentamente. Descubriéndola. Mi dedo pulgar se deslizó hacia arriba, solo un poco, pero lo justo para que Julia contuviera el aire sonoramente y diese un paso atrás, mientras cerraba los ojos.

Y se rompió. Lo que fuera que hubiéramos compartido en aquel momento extraño cargado de tanto que me dolía en cada parte de mi cuerpo se disipó.

Yo parpadeé un par de veces y me alejé. La distancia entre nosotros me pareció entonces de una enormidad sin igual.

—Lo siento.

—No importa.

Ella se dio la vuelta y se enfrentó a su reflejo en el espejo del tocador antes de hacer el amago de cerrar la puerta.

—Voy a darme una ducha —le dije sin venir a cuento.

—Vale. Yo debería hacer lo mismo.

Nos reímos. Quizá por la incomodidad o puede que porque ambos sabíamos lo estúpido que era darnos ese tipo de explicaciones.

—Te veo en la cena.

—De acuerdo. He hecho lasaña.

—Deliciosa.

Llegué al piso de arriba en dos segundos; me encerré en mi cuarto y apoyé la frente en la puerta. Me sentía más adolescente que en toda mi vida. Y no solo por ese *deliciosa* que había sonado bastante ridículo, sino por el enorme dolor de huevos que cargaba.

Aquello se complicaba por momentos.

Julia

Entré en la ducha temblando. Apoyé la cabeza en los azulejos y cerré los ojos, intentando recuperar la compostura, pero el corazón aún me martilleaba dentro del pecho y sentía las yemas de sus dedos marcadas en mi pierna. Pasé los míos por encima, como si así pudiera hacer desaparecer ese recuerdo, pero no funcionó. Siguió latiendo, recordándome lo que había sucedido. Pero... ¿qué había ocurrido en realidad? Solo nos habíamos mirado. Él se había acercado sin más, sin motivo, y solo nos habíamos mirado. Pero daban igual las vueltas que le diera, porque el problema era precisamente ese, que solo nos habíamos mirado y yo había deseado quitarme la ropa y dejarme acariciar por sus ojos.

Lo había hecho. Los había sentido por mis pechos, en mi ombligo, en cada parte de mi piel. Y había querido que fuesen más allá.

Metí la cabeza bajo el chorro frío y me enjaboné deprisa. El olor a lavanda lo llenó todo. Suspiré, respirando un poco mejor. Pensé en que iba a tener que volver a verlo en menos de una hora y me estremecí.

Diez minutos después, ahí seguía, sin poder moverme. Sin querer salir. Como si tuviera miedo. Y lo tenía, pero más aún por no saber si era por él o porque aquel temor se debía a mí misma, a aquello que estaba empezando a sentir sin poder controlarlo.

Cuando me coloqué la toalla, me di cuenta de que no había cogido ropa limpia para cambiarme allí dentro. Maldije y abrí la puerta una rendija antes de asomar la cabeza. Todo estaba en silencio; todo menos el ruido incesante de mis propios latidos. Me llamé idiota una vez más y corrí a la puerta lateral, dejando un rastro de agua a mi paso y teniendo que pisar el camino encharcado hasta llegar a mi caravana.

Me puse unos vaqueros viejos y un jersey blanco, porque había refrescado. Además, prefería estar más tapada y sencilla delante de Oliver después de lo que se palpaba entre nosotros cada vez con más asiduidad. Me recogí el pelo en un moño y salí en dirección a la casa. Al abrir la puerta, el olor de la comida calentándose al horno me dio la bienvenida. Eso y una canción de Coralie Clément. Sonreí al ver a Oliver levantando la cabeza; llevaba una manopla puesta y había colocado los platos en la mesa.

—He puesto la cena a calentar, espero que no te importe.

—No, es un detalle.

—Eso pensé.

Suspiré y me paseé por la cocina, buscando algo que hacer para que él no notase que ese detalle hacía que todo se intensificara para mí de nuevo. Porque no debía funcionar así. Hubiera sido más sencillo que él se sentase, me dejase sentirme útil y la dueña de esa casa, y no una invitada. Aquello hacía que todo tomara un cariz distinto.

—Tiene buena pinta.

—Sí.

Y otra vuelta alrededor de la mesa de madera de la cocina. Había colocado hasta las servilletas de tela en una forma elegante; parecían flores azules sobre los platos blancos. Aparté la vista y me acerqué al fregadero, simulando que limpiaba un trozo de encimera con una bayeta húmeda. Pero estaba limpia, reluciente.

Me faltaba el aire.

—¿Va a castigaros mucho Abigail?

Me giré y la expresión y la calidez de sus ojos me dijeron que lo estaba intentando, que estaba esforzándose por que aquello fuese otro intercambio normal entre nosotros y no una situación incómoda; casi parecía que él necesitaba que lo fuera; y yo era una blanda, así que le contesté, forzando una media sonrisa que me salió un poco rara.

—No. En el fondo, es una buenaza.

—Tengo que dar las gracias a Nora. Por la piedra.

—¿Te ha gustado?

—Mucho.

Sonrió y le devolví la sonrisa, pero ya una de verdad; era inevitable. Después aparté la mirada, porque no podía sostenérsela. ¿Qué me ocurría? No lo sabía. Solo quería salir de allí, correr y dejar de sentir mi respiración acelerada. O sentarme y dejarme servir la cena por él, con su presencia alrededor y mecerme por su voz hasta la madrugada.

No, eso no era lo que quería. Eso no podía desearlo.

Tragué saliva y me levanté apresurada.

—¿Estás bien?

«No, no lo estoy, ¿cómo puedes estarlo tú?», deseaba gritarle, pero, en vez de eso, se me ocurrió una idea mucho más interesante.

—¿Sabes qué? Creo que voy a dejar de tener reglas.

—¿A qué te refieres?

—Aquí. Con los huéspedes. —Me observó, confuso, y yo claudiqué—. ¡Contigo no dejo de saltármelas! Primero, con Nora, después, pasando tanto tiempo juntos... no tiene... no tiene ningún sentido seguir fingiendo que las tengo. ¡A la mierda las reglas!

Lancé un trapo contra la mesa y sentí su mirada clavada en mí y en aquel arranque que no tenía ni idea de dónde había salido, pero que me había servido como un alivio, al menos, momentáneo. Aun así, la sensación pegajosa de tener sus ojos fijos en los míos, estudiándome, como si aquello lo hubiera sorprendido de verdad y hubiese descubierto algo nuevo en mí, se me pegaba de nuevo y comenzaba a asfixiarme.

Me crucé de brazos y me encaré con él de muy malos modos.

—¿Qué?

Alzó una ceja y después levantó las manos en señal de inocencia.

—Nada. Me parece bien.

Pero nada lo estaba, porque, al hacer ese simple gesto, la camisa se le estiró más en la parte del pecho, marcando sus formas y provocando que a mí se me secara la garganta.

No pensé demasiado; comencé a andar apresurada y me dirigí a la despensa. Él me siguió. Tiré de la cuerda que colgaba en el techo y la bombilla se iluminó. Oliver observó a su alrededor, extrañado, como si hubiésemos entrado en una realidad paralela por un agujero o algo parecido.

—Vaya. ¿Te puedes creer que no sabía de la existencia de este sitio?

—Solo es una despensa —le contesté, de nuevo en un tono cortante que él no merecía.

Percibí la sombra de su cuerpo quitándome visibilidad y su perfume impregnando cada una de las paredes de aquel rincón que tampoco estaba a salvo del efecto que Oliver provocaba en mí.

¿Que no merecía mi tono? ¡Por supuesto que lo merecía!

—¿Qué buscas, Julia?

—Tiene que estar por aquí. Juraría que la guardé con los adornos de Navidad. La escondí para que Leandro no la sacara cada vez que me visita, pero no... ¡aquí está!

Levanté la botella en señal de victoria y él abrió la boca con asombro, aunque no sé muy bien si por mi expresión de gozo o por el hecho de que era verdad que seguía rompiendo todas mis reglas una por una y que eso nos daba pie a seguir saltándonos todas.

Después... después solo sonrió de medio lado y yo quise abrirla allí mismo y beberme la mitad de un trago.

Oliver

Estaba tensa. Lo supe nada más verla, pululando por la cocina, corriendo a la despensa. Yo también lo estaba. Aquel encuentro me había dejado tan descolocado que ni la ducha de agua fría había acabado con todo eso que me comía por dentro. Nunca me había alegrado tanto de que Julia no utilizara el calentador hasta el invierno.

No voy a decir que no me sorprendió su expresión de alivio al encontrar ese tesoro escondido. Una botella cubierta de polvo que abrimos sentados en la mesa y con la que hicimos que esa tensión se disolviera, aunque solo lo hiciese un poco.

—¿Qué es?

—Licor de cereza. —Alcé una ceja. No bebía algo así desde los quince años—. ¿Qué? Pruébalo antes de juzgarlo.

Lo hice y percibí enseguida la quemazón del alcohol subiendo por mi garganta. Tosí y Julia se rio abiertamente. Estaba la hostia de fuerte y me parecía increíble que ella lo bebiera casi sin inmutarse.

—Vale. Entiendo que lo tuvieras escondido.

—No seas blando. Está bueno.

Levantó su vaso y lo chocó contra el mío. Después dio un trago largo y sus mejillas se encendieron. No me gustaba la idea de que una persona que solo bebía alcohol ante determinadas excepciones considerase que yo era una, pero la posibilidad de que aquella licencia nos ayudase a relajarnos pudo más en aquel instante.

Y funcionó. Julia enseguida pareció estar más cómoda.

Sirvió la comida y la probamos. Alabé sus dotes en la cocina y ella me contó que nunca había encendido un fuego hasta que se mudó a aquella casa perdida. Comenzó a hablarme de Nora, de lo que le gustaba estar con ella, de todos los juegos que compartían. Jabones, cerámica, velas, mermeladas... las actividades con las que entretenía y enseñaba a la niña eran muchas. Le brillaban los ojos de una forma especial al hablar de ella, se notaba rápido, era... como si le diera una luz diferente.

—Te gustan los niños. —Y no fue una pregunta, fue una afirmación.

—Me encantan. ¿A ti?

—Sí. Queríamos ser padres. Bueno, yo quería ser padre. —Me encogí de hombros y evité recordar un tema que aún dolía demasiado; me lo estaba pasando demasiado bien con ella como para regresar a ese estado del que había huido—. No pudo ser. Supongo que es mejor así.

—¿Mejor para quién?

La miré fijamente, porque no me esperaba que me cuestionase eso, pero a la vez digirí que era una buena pregunta. Sonreí sin ganas.

—Para todos. Para ella, porque no quería serlo; al menos, no conmigo. Para ese hipotético niño, porque se merecía algo mejor que lo que Patri y yo teníamos.

Julia asintió y rellenó mi vaso.

—¿Y qué hay de ti?

Reflexioné y después negué con la cabeza.

—No lo sé, pero prefiero no pensar en ello, porque ya no importa.

—¿Sabes qué me gusta pensar a mí, Oliver? Que si un sueño se te escapa, siempre puedes perseguir uno nuevo.

Los platos estaban vacíos y ahí seguíamos, sin intención de movernos. Ella había doblado una pierna debajo de la otra, y podía ver su pie descalzo meciéndose al ritmo de la música que seguía de fondo. Me fascinaba que, salvo cuando nos rodeaba esa tensión extraña, siempre pareciese estar a gusto, cómoda en su propia piel de un modo que yo nunca había sentido del todo en la mía. Aquel día se había puesto una ropa mucho más corriente de lo que acostumbraba y, aun así, la seguía viendo diferente, como si en ella tuviera más color, más vida.

Debía de ser aquel licor el que me hacía pensar ese tipo de cosas; seguro que lo había aderezado con algunas hierbas raras... el caso es que no podía dejar de observarla.

Hizo amago de levantarse para recoger, pero alargué el brazo y la frené.

No aparté la mano al captar su atención, sino que la dejé ahí, estudiando la manera en la que mi piel blanca destacaba sobre la tinta colorida de la suya. Llevaba una especie de laberinto intrincado en el antebrazo y en el centro de él habían dibujado tres pequeñas estrellas. Julia tragó saliva al ver que lo estudiaba a conciencia, como si fuese algo importante. Caí en la cuenta de que quizá sus trazos de tinta dijeran mucho más de ella que cualquier explicación pronunciada. Y me alegré más que nunca de haber decidido romper sus malditas reglas, porque, de no hacerlo ella, hubiera acabado pidiéndoselo yo.

—No recojas nada. Yo me ocupo después.

—¿Por qué?

No contesté; en realidad no sabía muy bien qué decir. Solo deseaba no acordarme de por qué estaba allí y sentirme un hombre cenando con una mujer, por muy estúpido que sonase. Deseaba disfrutar con ella, sentirla un poco más cerca. Quizá solo necesitaba una amiga, no lo sé... pero estaba seguro de que, en aquel momento, deseaba su compañía más que cualquier otra.

—Vamos a la sala.

Ella tragó saliva y después asintió. Mi mano estuvo tocándola hasta que reaccionó y se incorporó.

Encendí dos lámparas de pie que se encontraban a ambos lados de su librería, haciendo que nos rodeara una luz tenue, más cálida y que daba un ambiente más íntimo que la del techo. Julia llevó la botella y los dos vasos sobre una bandeja. La apoyó sobre la mesa baja y se dejó caer en el sofá con las piernas dobladas sobre él. No tardó en coger una manta que colgaba del reposabrazos y echársela por encima.

—¿Tienes frío?

—No —contestó rápido y sin darse cuenta de lo que decía con esa negativa—. Perdón, ¡sí!, claro que tengo frío. Creo que estoy destemplada por la lluvia.

Me reí; Julia no mentía muy bien. Quise decirle que allí no se aceptaban mentiras, pero preferí no incomodarla. Se abrazó y se cubrió más con la manta, como si así pudiera protegerse de estar tan cerca de mí. Eso me gustó

siempre de ella, que sabía que aquello no estaba bien, pero, aun así, no se levantaba y se marchaba, evitándolo, sino que se quedaba, aceptando que ella también lo deseaba; que me deseaba.

—¿Me tienes miedo?

—¿Por qué iba a tenerte miedo? ¿Debo tenértelo?

—No, pero sé que estás pensando que no deberíamos estar aquí.

—Es mi casa. Y tú te alojas en ella. No entiendo dónde está el problema.

—Veo que ya te has olvidado de todas tus reglas.

Fue a levantarse con la intención de marcharse, pero se lo impidió, sujetándola por un tobillo. Ella tembló.

—¿Qué haces?

—Estaba bromeando, Julia.

—Pues se te da fatal.

Me reí. Ella sonrió a medias. Fui consciente de que lo estaba intentando, que estaba intentando reencontrarme con el Oliver que un día fui, pero que no se me daba especialmente bien. Quería tontear con ella y solo había conseguido incomodarla y que me dedicase una mueca. Estaba jodido.

—Parece que he olvidado cómo se hacen muchas cosas.

—¿Como cuáles?

—Como divertirme, como ser un joven y no un tío amargado, como flirtear con una chica guapa... —Acompañé lo último con una sonrisa ladeada y Julia apartó la mirada y carraspeó.

Quizá no lo estaba haciendo tan mal como pensaba. Aunque me costaba, y era algo tan natural y bonito que no debería hacerlo.

—Si te sirve de algo, Nora cree que eres divertido. Y eres joven, Oliver. No solo por lo que dice un número, sino aquí dentro. —Me puso un dedo sobre el pecho—. Solo que a veces nos perdemos un poco en la vida. No pasa nada. Eso es lo que deberías aprender, que no pasa nada. No importa, de verdad.

Asentí, interiorizando esas palabras que me consolaron en el acto. Como

si cerrasen otra de las grietas que cargaba y que comenzaban a sanar entre aquellas paredes de un modo que nunca hubiese esperado.

Luego recordé que solo había nombrado dos de las tres cosas que yo había sugerido.

—De lo último no has dicho nada.

Julia se rio. Sus mejillas estaban más rosadas que antes. El licor le daba un color más intenso a su piel. Estaba más guapa todavía.

Me gustaba; me lo dije y me lo repetí. Julia me gustaba. Y no pasaba nada, como ella misma me había dicho; hay cosas que no importan, que son, y ella me gustaba. Aunque fuéramos tan diferentes como para no tener nada en común de entrada, pese a que nunca nos hubiéramos fijado el uno en el otro de no estar encerrados y perdidos en mitad de un bosque. Pese a todo ello, Julia me gustaba de una manera casi irracional y me dije a mí mismo que romper las reglas por primera vez en mi vida era una idea jodidamente buena.

—Es que no creo que haya mucho que decir sobre eso.

Alcé una ceja y la miré con picardía.

—¿Quieres que siga intentando ligar contigo? ¿Me estás retando?

—No se me ocurriría.

Estiré las piernas y, con el movimiento, mi rodilla se pegó a las suyas. Ninguno de los dos nos apartamos.

—Pues lo estoy intentando, Julia. De verdad. Estoy recordando cómo era flirtear con una chica guapa, pero debo de ser bastante malo, porque estás a punto de echar a correr.

—No deberías decirme eso. Ni nada parecido.

—¿Por qué no? ¿No consiste en eso? Este lugar. En perderse para encontrarse.

—Sí, pero... pero no conmigo.

Ignoré su explicación; ni siquiera parecía muy segura de creérsela ella misma según la pronunciaba. Y su pierna seguía pegada a la mía, presionando cada vez un poquito más, aunque hiciéramos como si no nos

diésemos cuenta.

Tomé una decisión. Sin más. La tomé y supe que iba a hacerlo. Supe que acabaría besando a Julia aquella noche.

—¿Sabes lo que he recordado esta tarde?

—¿El qué?

—El cartel de tu entrada. Cuando bailabas bajo la lluvia con Nora.

—¿Y? ¿Quieres bailar? ¿Ahora?

Miró hacia la ventana, comprobando que aún llovía y confusa por aquel cambio de tema que no parecía tener sentido, pero lo tenía.

Negué con la cabeza, ya que no me refería a esa clase de deseo. Yo no era de los que hacían cosas como pisar charcos, aunque sí otras de las que anunciaba aquel cartel y que me parecían mucho más interesantes.

Me estiré y me coloqué lo más cerca que sus piernas me permitían.

—No. —Sacudí la cabeza y me reí. Ella contuvo el aire.

—¿Entonces?

—Pero he recordado otra de las frases.

—¿Cuál...? —se calló al darse cuenta de a qué me refería.

—¿Necesitas que te la recuerde? ¿Cómo era? «En esta casa damos besos cuando nos apetece...».

Me moví en el sofá, acercándome tanto a ella que rocé su cuello con dos dedos apenas sin tener que alzar la mano. Después deslicé el rostro hasta poder observarla con claridad, hasta tener tan cerca sus ojos que podía diferenciar los puntitos que manchaban su iris. Hasta notar el movimiento de su garganta según tragaba saliva con fuerza y suspiraba con un ligero temblor.

Si hubiera querido frenar, no hubiese podido, porque todo lo que emanaba Julia se coló por mis sentidos como una bofetada. Y lo mejor era que tampoco deseaba hacerlo. Teniéndola tan cerca... resultaba imposible.

—Oliver...

Su voz algo rota me imantó aún más y la última letra rebotó casi en mis

labios.

No me moví. Me quedé quieto, sobre ella, esperando a que se quitara, a que me lo negase, pero Julia volvió a hacerlo; volvió a quedarse paralizada, aguardando y pidiendo con todo su cuerpo que siguiera, que no parase.

—Estoy dejándote tiempo.

—Lo sé —susurró.

Después cerró los ojos y soltó el aliento contenido sobre mi boca. Olía a cerezas, y a flores, y la mezcla resultante me pareció jodidamente perfecta.

Julia se rindió y yo también lo hice. Cubrí sus labios con los míos y la besé con delicadeza. Ella los abrió sin más, dejando libre su lengua y buscando la mía; lo hizo sin dudar, sin poner ningún escudo, solo dejándose llevar sin medir las consecuencias.

Fue un beso intenso, un beso íntimo, un beso nuevo para mí, porque me di cuenta, según sus brazos se enredaban en mi cuello, de que hacía muchos años que no experimentaba la novedad del primer beso con nadie. También de que aquello me asustaba un poco, porque hacía que toda la realidad me cayese de nuevo encima.

Sus manos se colaron en mi pelo y gemí al sentir la forma de su pecho bajo mi cuerpo. Redondo, blando, con sus puntas erizadas. Quería tocarla. Me moría por sentirla sin nada, pero dejar de besarla no era una opción.

Abrí los ojos un segundo y me fijé en su rostro, con los suyos cerrados, las mejillas calientes y los labios húmedos e hinchados. Le mordí el superior. Después hice lo mismo con el inferior, tirando levemente del aro que lo rodeaba; estaba frío en comparación con su piel, pero aquel detalle tan único en ella me excitaba.

Julia gimió y alzó las caderas.

—Joder...

La palabra se me escapó con un tono casi suplicante.

Era mejor de lo que había imaginado; mucho mejor.

Ese maldito sonido que salió de su garganta me empujó hacia ella, despertó mis instintos más animales y me estiré para colocarme mejor,

tirando de sus piernas para colarme entre ambas y tumbarla, pero al escuchar mi voz Julia se tensó. Fue un solo movimiento, un pequeño temblor, pero lo percibí. Abrió los ojos, se encontró con los míos, parpadeó un par de veces y se levantó de un salto, empujándome por el camino.

—Oh, Dios mío.

Su expresión era de puro pánico, como si no comprendiera cómo había llegado a estar tumbada en el sofá debajo de mi cuerpo. Me pasé un dedo por la boca y ella apartó la vista como si la visión la quemara.

—Vamos, Julia...

—¡No me hables! Esto es una locura. No... no tenía que... no vuelvas a acercarte a mí.

Dobló la manta mientras se movía sin parar, nerviosa y confundida. Yo solo la observaba y notaba el tic de mi mandíbula regresando con fuerza.

La situación me enfadaba, aunque no entendía muy bien por qué. Y las palabras salieron solas en un tono de reproche que no iba conmigo, pero que ahí estaba, formando parte de ese nuevo Oliver al que me estaba adaptando.

—No he visto que te hayas negado en ningún momento.

Me coloqué los pantalones lo mejor que pude, porque el bulto que había debajo era más que evidente, y ella se tapó los ojos al ver dónde se dirigía mi mano igual que lo hubiera hecho una niña impresionada, antes de dirigirse a la puerta y desaparecer como un vendaval.

—Lo sé. Créeme. Pero no va a volver a ocurrir. Buenas noches, Oliver.

—Sí, ya... buenas noches.

Me dejé caer en el sofá y me bebí yo solo el resto de la botella. Dadas las circunstancias, no creí que pudiera importarle.

Me quedé dormido allí mismo, con el recuerdo en los labios de un beso de cereza.

Julia

Me levanté temprano; apenas había salido el sol. Me puse lo primero que pillé y entré en la casa de puntillas con la intención de ir al baño, pero oí la respiración calmada de Oliver en el sofá y me di la vuelta en el acto. Pillarlo allí dormido me hacía sentir una intrusa en mi propia casa. Además... no podía verlo. Más bien, me negaba a tener que mirarlo a esos ojos de gato que tenía antes de saber cómo actuar. A esa boca de pecado. A ese cuerpo que me había hecho temblar sin apenas haberme tocado.

Solo de recordarlo, un escalofrío me recorría entera.

Había pasado la noche en vela, porque cada vez que se me cerraban los párpados el recuerdo de ese beso hambriento me aceleraba el pulso y provocaba una tirantez entre mis piernas.

Lo deseaba. Lo deseaba como hacía mucho que no deseaba a nadie. Lo deseaba tanto que me había comportado como una estúpida quedándome paralizada al observarlo acercarse. Sabía que iba a besarme y no había sido capaz de detenerlo. Solo podía pensar en sentir sus labios, en tocarlo, en descubrir de una maldita vez cómo sería sentir el peso de su cuerpo sobre el mío.

Ese era mi nivel de voluntad actual. Y era un problema.

Así que me puse una cazadora y me subí a la bicicleta, antes de dirigirme a toda prisa en busca de alguien con quien poder desahogarme y volver a respirar.

Abi me abrió la puerta con un antifaz de dormir en la cabeza, una espumadera en la mano y un spray antimoscas en la otra. Al verme, su rostro se descompuso en una expresión de auténtico alivio.

—¿Qué haces con eso? —Señalé la espumadera y ella me golpeó con ella en el brazo—. ¡Auch! ¡Eso ha dolido!

—¿Qué se supone que haces tú aquí a estas horas? ¡Son las siete de la mañana, Julia! Me has dado un susto de muerte.

Vale. Era comprensible. Ni siquiera había pensado en que no era algo

normal acudir así, a menos que fuera una emergencia. Supuse que el simple hecho de que yo me encontrara tan descontrolada ya podía considerarse una y lo solté sin pensar.

—Ayer bebí licor de cerezas con Oliver en mi sofá y después me besó.

—Oh.

Abrió mucho la boca y después la cerró, sin saber qué más aportar a aquella confesión que me erizaba la piel.

—Sí. Oh. ¿No vas a decirme nada más? —Soltó una risita.

—Perdona, estaba soñando despierta.

Suspiró y me dio un breve abrazo antes de dejarme entrar.

—¿Con qué?

—Con que era yo la que lo besaba en mi sofá.

Después de usar su lavado, Abi me plantó una taza enorme de chocolate en las manos y se sentó enfrente de mí, al otro lado de la mesa de su cocina de catálogo. Sus labios no dejaron de dibujar una sonrisa, en silencio, hasta que no lo soporté más y apoyé la frente en la madera, lloriqueando.

—Eres la persona más rara que he conocido.

—¿A qué viene eso ahora?

No era la primera vez que me lo decía.

—Te ha besado un tío atractivo que, además, te gusta, y tú vienes aquí a las... —miró el reloj de su muñeca— a las siete y veinte de la mañana... Dios bendito, ¿¿pero a ti qué te pasa?? —Sacudió la cabeza y continuó—. Y no a restregármelo, sino porque te pesa demasiado el arrepentimiento.

Suspiré y asentí. Después me unté un trozo de pan del día anterior con mermelada de ciruelas y me lo metí en la boca con desgana.

—Abi... es mi trabajo. Y con él... he bajado la guardia.

—Lo hiciste desde el primer día. Y no pasa nada. Lo bueno de que sea tu negocio es que puedes hacer lo que te venga en gana. Eres tu jefa, Julia. Nadie va a juzgarte. Creo recordar que es una de las razones por las que estás

aquí.

Era cierto, y era una de las cosas que más me gustaban de mi nueva vida: la libertad de poder decidir y hacer a mi antojo. Pero eso no hacía que haberme enrollado con un cliente sonase mejor. Creo que sonaba aún peor.

—¿Cómo crees que voy a mirarlo a la cara? Aún tiene que pasar aquí dos semanas. —Abi me observó con seriedad, antes de explotar a reír—. ¿Se puede saber de qué te ríes ahora? Esto es serio, Abigail.

—No es por no enfrentarte a Oliver, porque tú eres valiente. Es porque no te fías de ti misma. Es eso, ¿verdad?

—No. No es... —Pero sí que lo era—. Vale, puede que no me fie demasiado. Es que... es tan... ¡no sé qué me pasa! Cuando lo noto cerca es como si mis pies se quedaran pegados al suelo con pegamento del bueno. Debería haberlo frenado cuando supe que iba a besarme, pero no pude. Me dio hasta tiempo para apartarme, Abi, y yo... y yo no dejaba de pensar en que lo hiciera de una vez o iba a morirme allí mismo.

—¿Me permites que te pregunte algo?

—Claro.

—¿Cuándo fue la última vez que te dejaste llevar, Julia?

No fui capaz de contestar, porque no había vuelto a acostarme con nadie que no fuese Él. Llevaba años con un lastre que no me permitía avanzar, por mucho que hubiera huido de todo aquello que compartimos. Lo sabía, pero tampoco deseaba cambiar eso; me gustaba mi vida como era. Hacía diez meses de la última noche que había pasado acompañada y solo el recordar la amargura del día siguiente me hacía desear quedarme sola para siempre. Además... yo no podía permitirme empezar nada con nadie, tenía otras prioridades y en ellas no entraba el conocer a alguien.

—¿No crees que ya va siendo hora de que disfrutes un poco de las cosas buenas de la vida? Y más cuando te las ponen en bandeja.

Suspiré con profundidad al imaginarme a Oliver desnudo sobre una bandeja y me unté otra tostada.

Dejé la bicicleta allí y regresé a casa andando. Necesitaba pensar. Y

también posponer el encuentro todo lo posible, aunque supiera que de poco me iba a servir.

Cogí aire al llegar a la entrada y abrí la puerta lo más en silencio que pude, por si Oliver seguía dormido en el sofá, pero, al asomarme, comprobé que ya no estaba.

Suspiré aliviada. Después preparé el desayuno en la mesa de la cocina con rapidez y desaparecí de allí antes de que apareciera.

No salí de la caravana más de lo imprescindible en todo el día. No nos cruzamos ni a la hora de comer ni a la de cenar, lo que me dejó claro que él tampoco tenía intención de buscarme. Eso me alivió, aunque también me dejó un regusto amargo que preferí ignorar, porque era mucho más sensato.

Fue raro no cenar con Oliver, lo asumo, igual que acepto que pensarlo en sí ya no era una buena señal, pero necesitaba poner distancia a esa relación extraña que se había establecido entre nosotros.

No obstante, al día siguiente, no tuve tanta suerte.

—Buenos días. ¿Te encuentras mejor?

Me di la vuelta y me lo encontré con unos pantalones de pijama y una sencilla camiseta de algodón. Era la primera vez que lo veía poco *correcto*, ya que siempre se movía por la casa perfectamente arreglado, y aquello me descolocó. Al igual que su pregunta.

Aparté la mirada y seguí preparando el café.

—¿A qué te refieres? Estoy bien.

—No lo sé. Pensé que habrías cogido frío. Por la lluvia, ya sabes. Y como ayer no te vi en todo el día... di por hecho que ese debía ser el motivo.

Apreté la taza con la mano hasta ver mis nudillos blancos y pude sentir su sonrisa en mi espalda. Saber que estaba jugando conmigo y con esa tensión que crecía incontrolable al tenernos cerca me cabreó. Supongo que porque no sabía muy bien cómo reaccionar sin parecer imbécil, o una niñata, o la persona menos profesional del planeta.

Al final, demostré que podía llegar a ser las tres cosas a la vez.

—Pues no te habrás preocupado demasiado.

—¿Y eso?

—Habrías hecho algo por averiguar mi estado.

Me di la vuelta, le dediqué la sonrisa más falsa que pude y le planté la taza delante. Sin querer, mi movimiento hizo que un par de gotas saltaran y se estamparan contra su camiseta, tiñéndola de color café.

Salí fuera y respiré profundamente cuando sentí el frescor de la mañana en la cara.

—Idiota. Idiota. Idiota.

Y el insulto podía haber ido dirigido a él, pero no, solo estaba dedicado a mí.

Entré en la caravana y me tropecé con uno de los maderos que hacían de entrada. No eran más que unas tablas recicladas que había pintado hacia tiempo y que le daban a mi pequeña casa adosada un aire más cuidado. Una de ellas estaba partida. Me agaché y la ojeé; no era nada que no pudiera arreglarse con un par de puntas. Una tarea perfecta para tener la mente ocupada y dejar de pensar en lo que no debía.

Decidí que lo haría después, cuando Oliver desapareciera de mi vista. Solo de pensar en verlo me hervía la sangre y, en aquel momento, no todo se debía a emociones positivas.

Una hora más tarde, me asomé y vi que había desaparecido. Había dejado la cocina impoluta, como siempre, y eso también me molestaba, aunque no tuviera mucho sentido.

El agua de la ducha sonaba en el piso de arriba. Eso hizo que me relajara.

Busqué en la caja de herramientas que guardaba en la despensa, pero no encontré lo que necesitaba. Recordé haber guardado el martillo en el pequeño altillo que salía del techo del piso de arriba, así que me dirigí hacia allí, intentando no pensar en que Oliver estaba desnudo, mojado y resbaladizo a unos metros de mí. Ese pensamiento me enfureció aún más, ya que era una tentación constante sin hacer nada, solo existiendo en el mismo espacio que yo. Pensé que debería aplicarle un suplemento a su factura, porque su presencia lo dificultaba todo. Un plus de peligrosidad o algo así; me reí ante mi propia gracia.

Subí las escaleras de puntillas, evitando que mi intrusión pudiera ser descubierta.

Wendy me acompañaba. Sus andares felinos y silenciosos iban unos pasos por delante.

Cuando pasamos al lado del cuarto de baño, contuve el aire y sucedió algo que nunca me hubiese esperado. Wendy, mi gata arisca y recelosa, se paró frente a la puerta, como si ella también supiera lo que estaba ocurriendo allí dentro, como si tuviera tanta curiosidad como yo de poder traspasar la madera y descubrirlo con sus propios ojos. Seguía sin confiar en él, pero ya había comenzado a bajar la guardia, lo sabía porque Oliver había pasado a ser un foco de atención constante para ella; había pasado del miedo y la suspicacia a la curiosidad, y a veces lo perseguía y observaba sin que él se diera cuenta.

Más o menos como yo, pero de una forma mucho más sutil y elegante. Así son los gatos.

Vi la manera en la que Wendy se rozaba con la jamba de madera de la puerta y ronroneaba. Era un sonido precioso, pero no me dio tiempo a sonreír ante su gesto, porque entonces ocurrió algo inesperado. Su patita se apoyó en ella al terminar y esta cedió con delicadeza, sin hacer ruido, silenciosa, convirtiéndonos a ambas en partícipes de un momento secreto del que nunca deberíamos haber sido testigos.

El corazón se me paró, antes de comenzar a latir tan deprisa que pensé que me haría un agujero en el pecho.

Solo fue una rendija. Solo unos diez centímetros, pero fueron suficientes para que algo dentro de mí se activara en el acto, algo que sabía que me iba a ser muy difícil de controlar una vez despierto del todo.

La cortina de la ducha estaba corrida, ocultándolo, pero no lo suficiente como para impedir ver su cuerpo a través del reflejo que me devolvía el espejo y que veía de pleno desde esa posición. Respiré pesadamente y me acerqué, como imantada por la imagen que estaba observando sin ningún tipo de vergüenza. Y me quedé allí, con el ojo asomado por esa rendija, siendo testigo de esa escena, sin apenas respirar, pese a que deseaba comenzar a hacerlo más rápido que nunca, a juzgar por el martilleo loco e inesperado de mis latidos.

Oliver apoyaba una mano en los blancos azulejos, mientras la otra se perdía en un punto más abajo, cuyo camino me marcaban sus músculos en uve y una fina línea de vello. Sus ojos estaban cerrados y los mechones de pelo le caían pegados a la frente. La mano escondida agarraba algo que no se veía, entre sus piernas, pero que intuía; mi cuerpo lo hizo al momento, estremeciéndose ante la imagen inventada por mi cerebro.

Nunca antes había visto nada igual. Nunca antes había sido testigo de una imagen tan sexual, que eclipsaba a cualquier otra fantasía. Nunca antes lo había deseado tanto hasta el punto de dolerme la piel si no la tocaba pronto. Si no la tocaba él.

Me estremecí.

Me excité.

Quise abrir la puerta, mirar más de cerca y descubrir aquello que se me estaba negando y que tanto deseaba.

Quise ver a Oliver masturbarse y llegar al final.

Quise hacérselo yo.

Su espalda se tensaba con cada movimiento de su brazo, su cabeza estaba echada hacia delante. El agua caía incesante sobre él, haciendo que cada músculo pareciese acariciado, esculpido con arte.

Oliver se masturbaba bajo el chorro de la ducha y yo estaba siendo testigo de ello.

Tragué saliva con fuerza.

Después... no pude evitarlo, fue instintivo.

Me apoyé en la jamba y una de mis manos se deslizó por dentro de mi camiseta, tocando mi pecho sin sujetador, pellizcándome y sintiendo la respuesta refleja entre mis piernas.

Su mano no cesaba, sino que se movía rítmicamente, con fiereza.

No podía ver más allá que parte de sus hombros y su brazo tenso, pero era suficiente como para hacer que mi sexo se humedeciera y deseara acompañarlo, pese a no haber sido invitada.

Aquello estaba mal, como todo lo demás, pero, de repente, fui consciente

de que no me importaba. Ya no.

Supongo que, a veces, somos más instinto que personas y aquella ocasión fue una de ellas. Y yo siempre había sido muy sexual, una persona que había decidido hacía tiempo hacer lo que el cuerpo y la mente me pidiesen. Vivir, sin más, siempre y cuando fuera acompañado de sensaciones. Y él me provocaba tantas que apenas podía discernir entre ellas.

Mi cuerpo pedía que Oliver lo tocara. Lo acariciara. Lo conociera.

Lo hice yo, levemente, dejando que mis dedos me explorasen ante la ausencia de los suyos. Y cuando estaba a punto de colarlos por dentro de mi pantalón, Oliver respiró con profundidad, soltando una bocanada de aire densa y echando la cabeza hacia atrás, dejándose ir en su mano y abriendo los ojos en el momento justo en el que yo desaparecía escaleras abajo.

No dejé de correr hasta encerrarme en la caravana, con el corazón laténdome frenético y los nervios a flor de piel.

Me sentía mal por haber roto su intimidad de esa manera. Fatal. Una persona horrible, una loca incapaz de controlar sus propios impulsos. Sin embargo, al instante, todas aquellas palabras en forma de reproche se disolvieron en mi mente, siendo sustituidas por aquella imagen.

Dios...

Había sido incapaz de irme hasta verlo correrse. Lo recordé y deslicé mis pantalones y mis braguitas por las rodillas. Después comencé a acariciarme con los dedos. Abrí dos botones de mi camiseta e hice lo mismo con mi pecho. Lo hice con premura, con un ansia que no reconocía en mí. Estaba demasiado excitada como para enfrentarme a su mirada de hielo sin haberme relajado antes, y aquel accidente fortuito lo había empeorado todo mucho más. Introduje un dedo en mi interior, despacio, recordando cómo se masturbaba, imaginándome la escena al completo y estando allí dentro con él, inventándome cómo sería verlo de frente, con las venas del cuello marcadas y su mano rodeando su erección. Imaginando cómo sería su cuerpo totalmente desnudo. Con mi mano acariciando a la vez mi sexo y compartiendo un orgasmo sin tocarnos, solo regalándonos una imagen suficiente como para hacernos volar.

No tardé en explotar en uno fulminante que hizo que me temblaran las rodillas.

Después me senté, aún con la respiración frenética pitándome en los oídos, y cerré los ojos.

De nuevo, una imagen se me apareció. La de sus ojos mirándome marchar desde detrás de la cortina de la ducha.

Suspiré.

Supuse que la aparición de Oliver ya se había convertido en un problema.

Oliver

Abrí los ojos y me estremecí. Fue una sensación rara, como si me sintiera observado, pero estaba en la ducha y aquello no tenía sentido. Entonces me asomé y me encontré con la puerta del baño abierta. Percibí de nuevo algo extraño, como si no cuadrara; los pasos de Julia por las escaleras hicieron que me tensase. Apenas hacía ruido, pero me había acostumbrado a los sonidos silenciosos de aquella casa, a esos pequeños matices que en otras circunstancias de mi vida nunca hubiera percibido, pero que allí había comenzado a hacerlo. Como el modo en que la madera crujía levemente bajo el peso de su cuerpo y sus pies caminando de puntillas.

¿Sería posible? ¿Habría pasado Julia por allí y me habría visto? No podía ser... ¿Y si...? Negué con la cabeza. Sin embargo, mi cuerpo reaccionó ante la posibilidad de que aquello hubiera sucedido. Me la imaginé allí, conmigo, y mi polla dio un brinco; comenzaba a resultarme enfermizo.

Dejé escapar una bocanada de aire y me fijé en la intrusa que se había colado en mi baño y la posible razón de que la puerta estuviese abierta. Wendy se lamía una pata y me miraba con suficiencia, como si supiera algo que yo desconocía. Siempre me embargaba ese sentimiento de inferioridad con ella.

Me limpié los restos en mi estómago con el agua y apagué el grifo. No obstante, esa sensación permaneció conmigo durante todo el día. Esa intuición de que allí, en ese cuarto de baño, había sucedido algo que yo no conocía.

Me la encontré a media tarde; estaba golpeando como una loca con el martillo los tablones de la entrada de su caravana. Lo hacía con tanto ímpetu que parecía furiosa.

Me acerqué y Dorian saltó a mi alrededor; le dediqué unos toques en el lomo y caminé hasta estar detrás de ella. No me había oído.

—¿Necesitas ayuda?

Golpeó con fuerza y después chilló.

—¡Joder! ¡¿Pero tú estás loco?! ¡Casi me reviento un dedo!

—¿Estás bien?

Me agaché frente a ella y le cogí la mano con delicadeza. Observé su dedo; no había sido más que un roce, pero la uña se le oscurecía de forma rápida, mientras ella se mordía el labio por el dolor. No pude evitar fijarme en la forma en que se le curvaba bajo sus dientes y recordar cómo era hacerlo con los míos. Después me llevé su dedo a la boca y le dejé un beso, como si fuera una niña. Fue entonces cuando reaccionó y me miró fijamente. Y lo supe. Apartó la mirada avergonzada y su voz tembló. Sus mejillas se sonrojaron, mientras evitaba mirarme más de la cuenta.

—No es nada. Estoy bien. Deberías entrar, hace frío para estar aquí fuera.

—¿Ocurre algo, Julia?

—¿Qué va a ocurrir?

Pero su rostro seguía escondido y aquel presentimiento se materializó. Me levanté y la observé desde arriba. Su cuerpo estaba agachado hacia adelante y colocaba dos puntas sobre la madera, ignorando que yo seguía allí.

—¿Qué has hecho por la mañana, Julia?

—¿A qué viene eso?

No necesité ninguna respuesta, porque apretó el martillo tan fuerte entre sus dedos que se pusieron blancos y contuvo el aliento. Después me marché.

Cuando subí los peldaños del porche oí que soltaba la respiración contenida.

Estaba convencido de que no la vería a la hora de la cena, de que se escondería, al igual que había hecho después de otros momentos un tanto íntimos que habíamos compartido. Sin embargo, me sorprendió sentada en la mesa cuando bajé las escaleras.

Una sopa cocía en la cazuela y Julia estaba enrollando unas fajitas con sus propias manos. Llevaba una chaqueta de lana que le quedaba enorme y el pelo recogido en un moño gigante. Sus ojos brillaban. Parecía estar tan concentrada en lo que hacía que me quedé unos segundos mirándola, quieto.

Volví a sentir esa incomodidad que cargaba y no me gustaba verla así. Estaba harto de seguir tensando lo que fuera que tuviéramos entre manos. Además, supuestamente, yo había acudido allí a liberarme de mis propias ataduras, no a crearme otras nuevas.

—Hola.

Levantó la vista y suspiró. El relleno de una de las fajitas se le escurrió sobre el plato.

—La cena estará en un minuto.

No quería hacer comentarios triviales sobre la maldita cena. Quería... deseaba dejar claro con ella lo que estaba ocurriendo. Nunca había sido distinto en mi vida cuando se trataba de sentimientos, o incluso cuando era solo sexo. Siempre había sido honesto, correcto y empático con la otra parte; lo que menos me apetecía era cambiar algo de lo que siempre me había sentido orgulloso. Así que se lo pregunté directamente, ya que me negaba a comenzar una conversación absurda cuyo objetivo sería dar un rodeo y que acabaría con Julia marchándose y dejándome solo. Escondiéndose.

—¿Vas a quedarte?

—No lo sé.

—¿Por qué no? ¿Qué ha cambiado?

—Nada. Todo. No lo sé, Oliver. Estoy cansada. Me duele la cabeza.

—Qué excusa tan imaginativa.

Su rostro se crispó y yo sonreí. Ahí estaba, la Julia un tanto peleona que había visto otras veces. Esa también me gustaba. De momento, no había encontrado nada en ella que no lo hiciese.

Soltó lo que tenía en las manos sobre el plato, haciendo que la salsa del relleno salpicara, y me clavó su mirada enfadada con determinación.

—Tengo que rescatar a un velociraptor que se ha quedado atrapado en uno de los árboles del bosque, ¿te gusta más esta excusa?

Contuve una carcajada y asentí.

—Creo que sí. Al menos, parece una urgencia.

Ella suspiró y siguió con su tarea.

—Tienes zumo en la nevera, si te apetece.

—Vale.

Saqué la jarra del frigorífico y sonreí. Era zumo natural, cómo no. Me serví un vaso y lo probé, mientras ella seguía disimulando una naturalidad que no existía y yo la estudiaba a conciencia. Su camiseta se abría un poco al moverse por la parte del escote, dejando a la vista el borde de un sujetador blanco. Su cuello se tensaba a ratos. Sus ojos estaban entrecerrados.

Cuando terminó, dejó el plato en medio de la mesa y se levantó, molesta por mi actitud. Cogió otro más pequeño y se sirvió una de las fajitas. Iba a marcharse, como los primeros días. Pero yo no quería que lo hiciera. Ya no le encontraba sentido.

—¿Podrías dejar de mirarme?

—Me gustaría que te quedaras.

—No puedo, de verdad.

Cerró los ojos y comenzó a recoger los ingredientes que había utilizado para cocinar en un silencio que no lo parecía, porque los pensamientos de Julia casi se escuchaban a todo volumen fuera de su cabeza.

—El velociraptor, lo sé. —Ella se encogió un poco, avergonzada por esa tontería inventada—. Es algo importante. Pero quiero que lo sepas, para cuando lo salves. Para mañana. Mañana seguiré queriendo que te quedés.

—Ya veremos.

Después cogió su cena y se marchó. No insistí. Supuse que necesitaba tiempo, para lo que fuese; todavía no la conocía lo suficiente para comprenderla. Yo cené en soledad. Disfruté de la comida, del silencio, de la compañía de Dorian, con el que cada día me entendía mejor. Al terminar, le di un par de trozos de comida y fregué los platos.

Cuando coloqué el último utensilio sobre el escurridor, la vi por la ventana. Estaba sentada en la entrada de la caravana, con los brazos apoyados en sus rodillas, abrazándolas y tapándose con una manta. Miraba a la nada de su jardín y parecía algo triste.

No lo pensé demasiado. Cogí una taza, le hice un té de jazmín y fresa, que ya sabía que era su favorito, y salí con él de la mano.

Levantó el rostro en cuanto escuchó la puerta, pero no dijo nada. Yo me acerqué y le tendí la bebida, que desprendía humo y calor.

—Gracias.

Asentí y me di la vuelta.

No obstante, no fui capaz de callarlo más. Necesitaba saberlo. No, necesitaba que Julia supiera que yo lo sabía y que no me importaba. Quizá todo lo contrario.

—Me viste.

Ella abrió los ojos un segundo y después bebió de la taza, soltando una risa nerviosa que sonó más como un gemido.

—¿A qué te refieres?

—En la ducha.

—No sé de qué estás hablando.

Pero sí que lo sabía. Era incapaz de mirarme, de mantenerse firme y tan natural como había sido siempre conmigo. Parecía avergonzada y juraría que también estaba asustada.

—¿Y por qué no eres capaz de mirarme a los ojos?

—Oliver, no...

Los cerró con fuerza. Entonces dejó la taza en el suelo y se tapó el rostro con las dos manos.

—No pasa nada.

—Sí que pasa, yo...

Pero no le salían las palabras. Me agaché frente a ella y coloqué las manos en sus rodillas para sujetarme. Aparté las suyas, aunque se resistió, y entonces me encontré con una expresión que me desarmó. Sus ojos estaban un poco húmedos y vi tanto arrepentimiento en ellos que lo que dije a continuación fue casi un impulso.

Comprendía su situación y, en otras circunstancias, hubiera sido, cuanto menos, desconcertante, pero verla así... prefería pelármela en medio de un campo de fútbol repleto de gente que verla así. Por eso le dije lo único que se

me ocurrió, con lo que logré que se echara a reír.

—Si yo te hubiera visto masturbándote, también me hubiera quedado clavado en el suelo. Créeme. Quizá hasta hubiese entrado.

Se secó los ojos un poco mojados con un trozo de manta y entonces sentí que me miraba por primera vez en todo el día. Y sí, solo con eso ya sentí que todo estaba mejor.

—Lo siento. No debería haberlo hecho. No es profesional, ni ético, ni nada. De hecho, es horrible. Pero fue Wendy. Esa gata metomentodo...

—Eh, Julia. No pasa nada.

—Oliver, no digas que no pasa nada, porque...

—Mejor Wendy que uno de esos velociraptores que viven por esta zona.

Su risa hizo que yo sonriera con ganas. No pude evitar alzar la mano y tocar una lágrima que aún estaba pegada a su mejilla. Ella suspiró y volvió a taparse los ojos.

—Esto es tan violento...

—Un poco, pero ¿sabes qué? Me siento diferente a cuando llegué aquí, y esto también forma parte de ese cambio.

—Eso está bien.

—Además, no dejes de pensar en que quizá ahora me debas una.

Retiró su mano y me observó con incompreensión. Yo no aparté la mirada; solo la deslicé por su rostro, por sus labios, por sus ojos, por su cuello, por ella, por Julia. Por una Julia que me atraía hasta cuando se mostraba retraída y un tanto lejana. Una Julia a la que quería volver a besar.

—¿Es una insinuación?

Posiblemente lo fuese y, para mi asombro, ella la aceptó como tal.

—No lo sé. Esto lo has empezado tú. Está en tu mano volver a equilibrar las cosas.

Julia

No pasé una buena noche.

Después de su confesión, vi a Oliver marchar con esos andares elegantes que tenía, sin mirar atrás, sin prisas, con una seguridad tal que provocaba que yo lo mirase embelesada y que me sintiera aún más perdida.

Cuando me había preguntado directamente que si lo había visto, había querido echar a correr. No podía haberme imaginado una situación más bochornosa en toda mi vida.

No obstante, su reacción me había descolocado, sorprendido y calmado de un modo que no comprendía. Él también debía sentir vergüenza, pero, en cambio, parecía tan tranquilo que no podía imaginarme lo que sería estar en su piel. Tan correcto como era en algunas facetas y tan fascinante como me resultaba en otras.

Cada vez que cerraba los ojos, lo veía de nuevo. Oliver detrás de mí en la cocina y acercándose una bandeja. Oliver parándome antes de encerrarme en el lavabo y rozando la piel de mis muslos. Oliver besándome en el sofá. Oliver en la ducha regalándonos un orgasmo a ambos sin saberlo. Oliver lanzándome una insinuación que yo había deseado coger al vuelo.

Oliver. Oliver. Oliver.

Aquello tenía que parar, pero no sabía cómo hacerlo.

Al día siguiente, me levanté pronto y me fui a caminar. Pensé que el aire fresco me ayudaría a despejarme, pero durante todo el camino solo pude pensar en todo lo que implicaban sus palabras.

Sin darme apenas cuenta, acabé en casa de Leandro.

Vivía en una edificación de piedra rojiza. Era preciosa, de estilo rústico y vigas de madera. Siempre olía a humo de pipa y a mí un poquito a hogar, pese a la sobriedad que impregnaba cada una de sus paredes.

—Julia. ¿Qué diablos estás haciendo aquí un jueves?

—Buenos días para ti también. Te he traído confitura de manzana.

Le di el bote y él refunfuñó por lo bajo. Sonreí. Leandro era así, un hombre un poco cascarrabias y de rutinas marcadas, pero con un corazón de oro.

—Gracias. Pasa. Haré café.

—No hace falta. Solo había salido a pasear un rato.

—Nunca es solo un paseo.

Entré y me senté en una de sus confortables butacas. Tomamos un descafeinado y me sentí más tranquila durante unos minutos, y tan solo por estar allí, en una zona que consideraba segura. Y lejos de él.

—¿Qué ha pasado?

—Me... me... me...

—¿Acaso no sabes hablar, muchacha?

Carraspeé y lo intenté de nuevo, pero hablar con Leandro era como hacerlo con una especie de profesor al que admiras y con algunos temas me costaba arrancar.

—Me he besado con él. Y... más cosas. No... aún no...

—Julia, céntrate. Pareces una niña tonta.

Suspiré y entonces lo hice. Solté todo aquello que me estaba consumiendo por dentro.

—Me atrae. Mucho. Demasiado. Es como si el aire cambiara cuando entra en una habitación. Y... ¡está en todas partes! Así que durante la mayor parte del día me cuesta respirar en esa casa. Y no sé qué hacer. No puedo dejar de pensar en él. Es... es superior a mis fuerzas.

Me desinflé al confesar la última palabra y entonces él se quedó meditabundo unos segundos. Solía hacer eso Leandro, darse tiempo antes de hablar, como si pensara cada letra antes de pronunciarla. Y supe que iba a decir algo importante, algo que marcaría mis siguientes pasos. En el fondo, yo sabía que solo había acudido a él porque ya conocía su consejo; en mi interior era consciente de que había ido a visitarlo porque necesitaba una última justificación, un empuje de una persona inteligente y madura que me lanzase a los brazos de Oliver.

—Rousseau decía que todas las pasiones son buenas mientras uno es dueño de ellas, y todas son malas cuando nos esclavizan.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Que disfrutes de eso que te provoca el joven, Julia, pero ten cuidado, porque tú ahora tienes otras prioridades en la cabeza. No las olvides ni lo involucres a él en algo que solo es tuyo. Mantén el control y disfruta. Sé feliz. Eres demasiado joven como para negártelo.

Regresé a la hora de la comida. Oliver estaba buscando una nueva lectura en la librería cuando entré y apenas me dirigió la atención. Simplemente me saludó y volvió a pasear sus ojos por las estanterías con lo que a mí me parecía excesiva concentración.

Preparé la comida del día, mientras él sacaba algún ejemplar, lo ojeaba y volvía a colocarlo en su sitio. Yo lo observaba de reojo desde la cocina sin puerta, a él y sus movimientos pausados, y me preguntaba en qué diantres estaría pensando para estar tan tranquilo, cuando sus palabras seguían martilleándome la cabeza con insistencia.

¿Cómo podía resbalarle tanto todo? ¿Cómo podía mantenerse en ese estado de calma cuando a mí me ardía la piel? Sabía que, en realidad, aquella reacción se parecía más a lo que había deseado desde el primer día, que me dejara trabajar en paz y que siguiera a lo suyo como cualquier otro huésped, pero me intrigaba ese cambio de actitud.

Hice más ruido del debido con un par de cazuelas y ni se inmutó. Yo me quedé clavada en su espalda más tiempo del debido cuando se puso de cuclillas frente a uno de los estantes. Los vaqueros le envolvían el cuerpo de un modo espectacular.

Dios... no podía parar. Hasta creía poder oler su perfume desde allí, como si ya se hubiese pegado a cada uno de los muebles que me rodeaban. Quizá incluso a mí misma.

Me equivoqué al echar azúcar en vez de sal en un aliño que estaba preparando para la ensalada.

—¡Mierda!

Él se giró y me miró un segundo, lanzando la pregunta con los ojos y sin mover sus labios, esos labios que...

—Nada. Tú sigue a lo tuyo. Como si yo no estuviese —dije con sarcasmo.

Después me llamé estúpida como un millón de veces y terminé de preparar la comida en tiempo récord, antes de desaparecer en la seguridad de mi caravana con un plato y la piel erizada por esa carga que mi cuerpo llevaba encima.

Sin duda, tanta estimulación visual no podía ser buena.

Me desperté sudando. Cuando conseguí enfocar la vista, vi que el reloj marcaba cerca de las siete de la tarde. Volví a tumbarme y me aparté el pelo de la cara.

Después de comer, me había quedado dentro de la caravana, intentando leer un rato, pero había sido incapaz de pasar una sola página. Dile a alguien que no piense en osos blancos que no dejará de hacerlo. Y así estaba yo, rozando la obsesión, tanto que incluso había soñado con él durante mi siesta.

Me levanté, un poco más cabreada de lo que ya me sentía, escogí ropa limpia y me encerré en el baño. Me recogí el pelo frente al espejo para no mojármelo y me observé con calma. Seguía acalorada, así que mis mejillas estaban más oscuras de lo normal. Los ojos grandes, tan redondos que en el colegio me habían puesto el mote de *Tarsio*, como se llaman esos primates pequeños y adorables que tienen más ojos que cerebro. Los labios gruesos. El aro brillando por el reflejo.

Me quité la ropa y me metí en la ducha. El agua helada enseguida logró su objetivo. Pasé las manos por mi cuerpo, enjabonándolo, y de pronto ocurrió otra vez. Vi una imagen, parecida a lo que yo estaba viviendo en ese momento, pero con otro protagonista. Deslicé la mano entre mis piernas, dispuesta a hacer desaparecer todos aquellos pensamientos de mi cabeza durante unos minutos, a darme una tregua.

Recordé nuestra última conversación y sentí de nuevo el modo en que las palabras de Oliver me quemaban. Las sentía tocándome por todas las partes de mi cuerpo, provocándome. Su sonrisa ladina. Sus ojos de hielo. Su mirada

penetrante. Ese halo que me decía que algún día había sido una persona que brillaba y no una sombra de él mismo.

Me acaricié despacio, imaginándome que eran sus dedos los que se aventuraban dentro de mí. Sin embargo, un impulso me hizo parar. Porque no serviría de nada. Porque me correría y, minutos después, todo seguiría igual. Porque solo había un modo de solucionar aquello de una vez por todas. Porque lo necesitaba.

«Está en tu mano volver a equilibrar las cosas».

Eso había dicho, y yo estaba repentinamente dispuesta a hacerlo. Vaya si lo estaba.

Lo hice. No pensé. O sí, quizá pensé mucho, mientras sentía la excitación aún corriendo por mis venas y los *y si...* correteaban continuamente por mi cabeza. Esa sensación que me producía en la piel el «¿qué pasaría si lo hiciera?». No tenía ni idea, pero estaba dispuesta a comprobarlo.

Salí de la ducha y me sequé con rapidez. Después me puse el vestido que había elegido para aquella noche, uno amarillo, de una tela fina y corto por encima de los muslos. El pelo suelto. Y nada más. Esa era yo y eso era lo que iba a enseñarle, que no había nada más que lo que veía.

No obstante, sonreí con picardía, porque lo hice sin nada debajo, dejando la ropa interior y las medias en uno de los cajones del mueble.

Me lavé los dientes y suspiré frente al espejo, diciéndome que sí, que no importaba, como él me había explicado. Me sonreí y cogí aire, antes de abrir la puerta que, sin saberlo, abriría otras mucho más grandes.

Siempre había sido una persona que vivía el sexo con total libertad. Pese a ello, la mayoría de mis relaciones habían sido estables. Porque, a pesar de que lo experimentaba de un modo libre y sin ataduras de ningún tipo, para mí el afecto estaba asociado al acto en sí. Nunca me había acostado con nadie que no conociese lo suficiente como para no saber si me generaba o no confianza o, al menos, un cierto bienestar. Incluso cuando había tenido aventuras sin importancia, estas habían sido con amigos o con hombres que conocía lo bastante como para sentirme cómoda en cualquier circunstancia.

No sé... quizá porque para mí el sexo significaba diversión, y pasaba de arriesgarme a compartirlo con alguien que al llegar el momento solo me

regalase incomodidad o sensación de vacío. Para eso estaba la masturbación en soledad.

Y con Oliver... con Oliver pensar en esa posibilidad me daba cierta confianza, a pesar de tantas dudas y miedos, porque con él me sentía segura.

Subí las escaleras descalza y vi que su puerta estaba medio abierta y que de ella salía la luz de una vieja lamparita. Empujé ligeramente la madera y esta chirrió. Oliver alzó la mirada de la novela que leía y me observó. Vi que tragaba saliva con fuerza antes de apoyar el libro en la mesilla, sin dejar de mirarme. Solo llevaba puesto un pantalón largo oscuro. Era la primera vez que podía estudiarlo a conciencia sin camiseta y era aún mejor de lo que había imaginado e intuido durante el incidente de los pajaritos o el de la ducha.

Yo también tragué con cierta dificultad. Sentí un nudo enorme en mi garganta y todo mi cuerpo alerta. Y, pese a todo, de repente supe que tenía que hacer aquello; mejor aún, que quería hacerlo. Como si fuera una revelación, por muy estúpida o loca que resultase.

Me acerqué a la cama y apoyé un pie en el borde, haciendo que la falda se me subiera y que sus ojos tuvieran acceso a mi cuerpo. Suspiró con fuerza y sus pupilas se dilataron. Se deslizaron rápido por mis piernas y se oscurecieron; su respiración se aceleró; sus músculos se tensaron.

No hablamos, pero sí que pude leer una afirmación en su mirada, y eso fue todo lo que necesité para hacer algo tan atrevido que prefería no meditarlo demasiado o echaría a correr. Supongo que el *no* ya era imposible entre nosotros.

Deslicé mi mano por la cara interna del muslo y comencé a hacerlo, comencé a tocarme para Oliver, devolviéndole aquello que él me había dado sin saberlo, equilibrando las cosas de nuevo, como me había pedido.

Él no abrió la boca, pero a la vez me suplicaba con los ojos, diciéndome más que con cualquier palabra. Y me vi tan bonita en su mirada que, si aún tenía alguna duda, se esfumó en el acto.

«Quítate el vestido, Julia. Déjame verte del todo».

Lo hice; me deshice de la poca tela que me cubría y me dejé caer de rodillas sobre el colchón, con las piernas ligeramente abiertas y mis dedos

jugando entre mis formas, dándome un placer que quise compartir con él.

No fue vulgar, no fue desmedido, no fue incómodo.

Fue un acto íntimo, erótico e incluso un tanto delicado.

Sus ojos sobre mí, mis manos lentas, el sonido de ambas respiraciones acompasándose, la piel erizándose.

Gemí al ver que se movía, incorporándose un poco y haciendo que la tela que lo ocultaba marcara su excitación.

Quise alargar la mano y tocarlo. Quise que me tocara. Pero no ocurrió ninguna de esas cosas; solo se tumbó y me miró, controlándose y alargando ese momento todo lo posible, recreándose en el movimiento de mis dedos, en mis curvas, en mí.

Hasta que colocó la mano sobre su erección y comenzó a presionarla, provocando con eso que mi deseo aumentase y que empezase a sentir que mi piel ardía, que todo quemaba.

Oliver

No pude evitarlo. Me moría por tocarla. Por acercarme a ella y besarla. Por empujarla sobre la cama y hundirme en su entrada. Era... era perfecta. Tenía los pechos llenos, los pezones izados. Ya había podido calcular su tamaño, teniendo en cuenta que eso de la ropa interior no iba mucho con ella, pero al natural... al natural era la puta hostia.

Quería lamerla. Conseguir que siguiera gimiendo igual que lo estaba haciendo, pero por mis dedos y mi lengua. Quería tocar cada parte de tinta que cubría su piel y descubrir los porqués de pintarla. Quería dibujar formas con mis manos entre sus piernas. Quería hacer muchas cosas, pero ese no era el juego. Así que me toqué yo.

Me bajé los pantalones lo justo para poder masturbarme con libertad. Sus ojos se agrandaron y sus caricias aumentaron el ritmo al mirarme. Que lo hiciese así, sin pudor, sin poder apartar la vista de mi mano rodeando mi polla, mientras la movía arriba y abajo, endureciéndola hasta el límite, me parecía algo alucinante. Era una experiencia tan diferente y única que ni siquiera podía compararla con nada que hubiera experimentado antes.

Aun así, su pálida piel se sonrojó.

Nos miramos. Nos retamos. Jugamos el uno con el otro dándonos placer. Compartimos algo que fue incluso mejor que follar sobre aquella cama; fue de esa clase de sexo que sobrepasa cualquier expectativa; distinto en todas sus formas. Hasta que Julia ahogó un jadeo y tembló, regalándome un orgasmo hermoso, con su cuello doblado hacia atrás, su boca entreabierta y sus ojos entrecerrados, sin apartarlos de los míos. Un orgasmo que provocó que yo perdiera el control y me corriera sobre mi estómago.

Después... solo suspiros entrecortados; gemidos; el olor del buen sexo ocupando cada rincón de aquel cuarto; y sin tocarnos.

Julia se dejó caer en la cama, sentándose, y respiró con pesadez, como si le costase.

Yo la observé, con la mano aún sobre mi erección. Me miró de arriba abajo sin disimular y dejó escapar una media sonrisa. Me dio la impresión de que, con aquella demostración de lo que fuera, toda esa vergüenza que

cargaba por lo sucedido se había evaporado.

Alargó la mano, cogió su vestido y se cubrió con él. Mientras deslizaba la fina tela sobre sus curvas, yo pensé en lo bonita que era y en que nunca en mi vida me había excitado con una chica como ella, con sus rastas, sus *piercings* (había descubierto otro en el ombligo), sus tatuajes, su aire de libertad.

—Has hecho trampa —soltó, mirándome con el ceño fruncido, aunque estaba simulando enfado y en realidad estaba más relajada que nunca.

Me reí, mientras me limpiaba con una toalla que ella sacó del armario y que me tiró encima.

—¿Por qué?

—Tú solo tenías que mirar.

Asentí. Así que de eso trataba aquello. De igualar posiciones. Supongo que de ese modo no se sentía en desventaja. Ella me había visto a mí y yo a ella. Era una forma un tanto extraña de resolver la situación, pero me había parecido la mejor de todas las posibles.

Le sonreí. Después me quité los pantalones, quedándome solo en calzoncillos y acercándome a ella. En el acto dio dos pasos atrás y se pegó a la puerta.

—Soy listo. Así me sigues debiendo una.

—Ya. Buenas noches, Oliver.

—¿Hoy tampoco cenas conmigo?

—No.

—¿Los velociraptores siguen haciendo de las tuyas?

—Exacto.

Se mordió el labio para contener una sonrisa preciosa y salió de la habitación.

Yo no contuve la mía.

—Que descanses, Julia.

Julia

Desde que tenía quince años el sexo había sido una faceta importante de mi vida y de mis relaciones. No sé si fui una niña precoz o no, al fin y al cabo, la edad solo es un número y lo que nos hace crecer de verdad son las experiencias. Lo que sí que sé es que me enamoré a los quince años de un chico que me enseñó todo lo que desconocía de mi cuerpo. Un chico que hizo que los besos fueran algo más que besos, que me mostró cómo el placer era mucho más si te lo daba otro y no tú misma, y que follar y hacer el amor eran dos cosas muy diferentes.

Eso último lo supe después, cuando descubrí en manos de otros que él me follaba cuando yo creía que estaba experimentando algo más.

Pasaron otros; otros de rostros y cuerpos distintos; otros con los que disfruté mucho y con los que lo hice menos; otros que marcaron alguna época de mi vida y otros que fueron simples piezas para una transición.

Hasta que llegó Él. El chico. El hombre. El que cumplía todos los requisitos de una lista imaginaria y que después resultó que no encajaba en ninguno, pero que ya era tarde, porque yo me había enamorado.

Podría rememorar cada experiencia, cada momento íntimo vivido, pero me daría igual, porque tumbada en mi caravana y mirando al techo con una sonrisa tonta en la cara, no recordaba nada igual a esa sensación... La mirada de Oliver, la manera de recorrer con sus ojos cada parte de mi cuerpo sin centrarse en ninguna, sino que me daba a entender que le gustaban lo mismo mis ojos, que mi pelo, que mis pechos. Que le gustaba yo. Recordaba la forma en la que el ambiente se había transformado y me estremecía, porque había sido algo desconocido.

Nunca me había sentido tan segura, tan sexual, tan bonita.

Incluso el temido momento de después había sido perfecto. No me había sentido incómoda, ni avergonzada, ni nada por el estilo. Solo... solo relajada. Liberada.

«Así me sigues debiendo una».

Sonreí ante sus palabras; era listo, tenía que reconocérselo y aquello, en vez de hacerme querer huir en una dirección opuesta a Oliver, me hacía

desear escarbar más en todo lo que iba descubriendo de él.

Intenté dormirme, pero era incapaz. Di vueltas en la cama, sintiendo aún la emoción corriendo por las venas, hasta que escuché la puerta de la casa y me tensé.

Me levanté de un brinco y me asomé a la ventana; lo hice lo más despacio que pude para que él no atisbara ni el más leve movimiento y lo observé.

Se había puesto el pijama y llevaba una taza en las manos. Estaba descalzo y despeinado. Dio un sorbo y después suspiró. Parecía confuso; también más perdido que horas antes.

Recordé que estaba pasando por una separación dura y asumí que, quizá, también lo descolocaba demasiado lo que había ocurrido entre nosotros. Puede que él tuviera más motivos que yo para estar confundido y un tanto alucinado. Al fin y al cabo, no éramos dos amigos que compartíamos casa, sino que aquel era mi hogar y yo recibía dinero por tenerlo bajo mi techo. Y lo que había sucedido una hora antes era casi surrealista, lo mirase como lo mirase.

Estaba mal.

Estaba fuera de lugar.

Era una locura de la que debía arrepentirme, pese a que ese sentimiento no llegara.

Comencé a agobiarme y aquella sensación de calma que me había arropado tras el orgasmo desapareció. Fue sustituida rápido por la culpa. Aunque también por otra cosa, por el deseo de repetirlo; porque, aunque aquello había servido para desahogarnos, mi cuerpo seguía sin poder olvidar que aún no sabía cómo era que Oliver lo tocara. Y me moría por experimentarlo.

No fui consciente de ello hasta pasado el tiempo, pero aquella noche habíamos plantado una semilla sin querer de algo que, de alimentarlo, seguiría creciendo, lo quisiéramos nosotros o no.

Estuviéramos preparados para ello o no.

Y es que da igual lo que deseemos, lo que debe nacer lo acaba haciendo.

En capullo

Dícese de una cosa que está en sus comienzos y que ya muestra lo que puede llegar a ser.

Oliver

La encontré sentada en la parte trasera de la casa. Era viernes y aún me quedaban diez días bajo su techo. Y no lo sabía, pero, después de aquella noche, todo iba a cambiar de verdad.

Yo, ella, nosotros, la vida.

Tomamos decisiones continuamente sin conocer el alcance que estas tendrán; si serán algo puntual o el germen de algo inmenso que crecerá y nos marcará para siempre. Ya había comenzado a hacerlo, a crecer esa semilla que, sin ser conscientes, se había plantado entre nosotros y que nos pertenecía.

Yo lo hice.

Después de la decisión que tomó Julia presentándose en mi habitación y regalándome aquello sin palabras, solo mostrándome su cuerpo, estaba más seguro que nunca de lo que quería. De cuánto deseaba que aquello ocurriese. Verla de ese modo había pulsado un botón en mi interior y no encontraba ningún otro que apretar para frenar, así que me sentía embalado, imantado hacia todo lo que aún no había sucedido y que atisbaba como increíble. Empujado hacia la única regla que nos faltaba por romper.

Hacerla pedazos era en lo único en lo que podía pensar.

—¿Jugando al escondite, Julia? Para eso deberías avisar al otro; jugar sola no es divertido.

Ella sonrió, pero no pareció sorprendida por verme.

—No. Solo que... me gusta estar aquí.

—Más que cenar conmigo, sí —le dije, reprochándole su ausencia de aquel día.

La parte de atrás daba al bosque. A la derecha estaba el invernadero y el huerto que Julia cuidaba con tanto mimo, y estaba rodeado de pequeños árboles frutales. No había nada más. Y supongo que eso era precisamente lo bonito de aquel lugar. Esa nada. Esa soledad elegida. Esa sensación de libertad tan difícil de encontrar y que allí se respiraba en cada rincón.

Me senté a su lado, sobre una manta que había colocado, y observé con ella el cielo oscuro. No hacía mucho frío; aun así, Julia se cubría los hombros con un pañuelo.

No hablamos. Creo que ninguno de los dos sabía muy bien cómo plantear aquello, cómo sacar un tema de conversación que se podía basar en la masturbación frente al otro... Joder, era surrealista.

Sin embargo, aquella locura a mí me había hecho sentir mucho mejor que en semanas. Quizá por la novedad, o por volver a encontrar algo en la vida que me sorprendía, o porque me hacía sentir de nuevo cómo era ser aquel Oliver joven y despreocupado que un día fui. Aquel juego con Julia había supuesto una separación absoluta de quien había sido durante los últimos años de mi vida.

Ella evitaba mirarme. Yo, no; pero, mientras estudiaba sin cesar cada gesto suyo, cada parpadeo, abrí la boca tres veces sin saber cómo comenzar. Se dio cuenta de mis dudas y sacudió la cabeza a la vez que se mordía el labio. Yo quise mordérselo. Ella se abrazó con fuerza las piernas. Yo solté un suspiro profundo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Si te digo que no, ¿la harás igual?

—No. No la haré. Pero creo que deberíamos hablar de esto. De lo que pasó ayer. Y antes de ayer. De lo que sea que está pasando entre nosotros.

Julia asintió. Después se quedó callada otra vez y dejó escapar una bocanada de aire con la vista puesta en el cielo. La miré de reojo, me devolvió la mirada y apretó los labios. Estaba conteniendo la risa. Yo no lo hice, me eché a reír y rápido me acompañó. Nos reímos, sin saber muy bien si era por los nervios, por lo surrealista de todo o por lo tontos que nos sentíamos cuando ambos pasábamos de los treinta.

—Esto es tan raro... —confesó.

—Lo sé. Pero eso es lo...

—¿Lo qué?

—Lo bonito. Lo que lo hace diferente.

Se secó una lágrima del rostro provocada por las carcajadas y volvió a

reírse. Me contagié enseguida. Hacerlo otra vez me hacía sentir mejor todavía.

—Si no dejas de reírte, no puedo tomarme esto en serio, Oliver.

—Vale. —Cogí aire y lo contuve; nos relajamos—. Vale.

Entonces Julia decidió que era el momento de hablar sobre aquello tan... aquello que rompía todos los esquemas; al menos, había hecho pedazos los míos.

—Hazla. Tu pregunta. Hazla.

—¿Qué harías si te dijera que quiero librarme de tu última regla?

Noté que se tensaba, pero, por primera vez desde que nos rodeaba esa atracción, no parecía que tuviera ganas de huir.

—Te diría que yo también lo he pensado, pero que creo que las cosas se complicarían. Que cambiaría el sentido de que tú estés aquí.

Era posible. No obstante, que Julia jugara al escondite conmigo me había servido para meditar aún más, y había llegado a la conclusión de que estar con ella allí me hacía más bien que mal y que me lo merecía. Había huido de mi vida, había pasado por una época desastrosa y solo deseaba agarrarme a aquello que me aportase cosas buenas. Y no tenía ninguna duda de que lanzarme con Julia lo haría. Pese a las dudas, pese al miedo, pese a la sensación de incredulidad y confusión que me había azotado en cuanto ella desapareció de la habitación después de correr juntos por primera vez, aunque separados. Nos habíamos regalado un orgasmo a la par pero en soledad, en una soledad compartida. Hasta para eso con ella la primera vez resultaba diferente. Pues pese a todo eso, tenía la certeza de que dar un paso más tenía sentido.

—No tiene por qué, Julia. Lo he pensado. He pensado mucho. En mí. En todo lo que dejo atrás. En lo que era mi vida antes de venir. Y tenías razón. No lo estaba haciendo bien. Pero aquí... aquí sí que me siento bien. Siento que vuelvo a tener el control sobre mí mismo. Y parte de eso consiste en dejarme de formalidades, de rutinas, de obligaciones autoimpuestas que ni siquiera sabía que tenía, y hacer lo que de verdad me apetece. Basta de guiarme por lo que debo y hacerlo por lo que quiero. Y quiero hacer esto...

Me giré y pasé la mano por su cuello. El pañuelo que la tapaba se deslizó

por su espalda y cayó al suelo. Ella se estremeció y vi que su piel se erizaba bajo mi contacto. Siempre me ha parecido algo increíble el poder de un roce sobre otra persona, esa respuesta instantánea e incontrolable, y con ella era muy intenso. Demasiado.

—Eso está muy bien, Oliver. Pero todas las decisiones asumen reglas, aunque sean rompibles. Es bueno que las tengan. Al menos, para saber a qué atenernos si nos las saltamos.

—¿Y cuáles me propones?

Julia cerró los ojos cuando mis dedos bajaron hasta su clavícula, escondida bajo la tela de una camiseta que le caía por el hombro y que lo dejaba al descubierto. Y supe que no creía de verdad en aquello que estaba diciendo, pero que lo necesitaba para justificar aquel deseo que expulsaba con cada murmullo.

—Un paréntesis. Estos días que quedan. Tú y yo. Y, después, te irás.

Mi respiración se aceleró. La suya se volvió errática cuando mi otra mano se coló por el bajo de su falda larga, hasta llegar a la rodilla. Su piel estaba caliente y suave.

Lo deseábamos tanto que escocía.

Giró la cara y entonces se topó con la mía. Cerca. Ambos exhalando con rapidez, con esa ansia que nos teníamos, con las ganas contenidas de volver a probarnos sin cerezas de por medio.

—Acepto.

Julia dejó escapar un jadeo y yo sonreí. Su mano se posó en mis labios, recorriéndolos con los dedos, mientras nuestras narices se rozaban. Olía a flores, al jardín, a aquel rincón perdido. Pero no era el paisaje. Era ella.

—Creo que ahora es cuando el chico besa a la chica —susurró, sin atreverse a hacerlo primero.

—Lo que ocurre es que como empiece... no sé si podré parar.

Subí la mano por el interior de su muslo, acariciándola. Ella se mordió el labio y movió la suya hasta mi nuca. Nuestras frentes se pegaron.

—No importa.

—Dios... Julia. No me digas eso.

La posibilidad de desnudarla allí mismo era tentadora, pero estábamos en el exterior, bajo un pequeño foco de la pared de la casa que nos iluminaba tenuemente y yo no era muy dado a esas muestras públicas de cariño. En la intimidad, lo que ella quisiera, pero en la calle... era otra historia que nunca había ido conmigo.

Ella se rio e intuí que lo hacía un poco de mí.

—Vamos, Oliver... No rompas el momento.

Miré a mi alrededor y suspiré cuando ella sacó la lengua y lamió con lentitud mi labio inferior. Estaba jodido.

—¿Y qué pasa con los velociraptores?

Julia soltó una carcajada y yo la acerqué más aún a mí. Estábamos tan pegados que no corría el aire entre nosotros. Pese a ello, necesitaba más. Y ella me lo dio. Tiró de mi pelo un poco, pero lo justo para que sintiera el tirón en cada parte de mi cuerpo.

Y entonces... entonces solo ocurrió.

—A la mierda los velociraptores.

Julia

La boca de Oliver se encontró con la mía y todo desapareció. Todo menos sus labios, apremiantes, dulcemente furiosos, húmedos, exigentes. Todo menos la calidez y la firmeza de sus manos sobre mi piel, apretándola a su paso, acariciándola, dejando su rastro con la leve aspereza de sus yemas. Todo. Y me dejé llevar.

Oliver me tumbó sobre la manta y me besó a conciencia, y aquellos besos fueron mucho mejores que el primero, porque solo sabían a él, a mí, al sabor resultante de ambos y a un momento que deseábamos tanto que ya tenía sabor propio.

Su cuerpo se pegó al mío. Abrí las piernas y se colocó entre ellas, dejándome notar cada curva, cada dureza, cada músculo que formaba lo que él era. Su mano seguía bajo mi falda, que se había subido hasta mis caderas.

Me sobraba todo. Cada centímetro de tela. Tenía calor. Y sed. Y ganas de todo lo que quisiera darme. Tenía ganas de él.

Dejó de besarme y se incorporó un poco, lo justo para subir mi camiseta y quitármela con destreza, levantando mi cuello un segundo y haciéndola desaparecer. Oliver me observó. Lo hizo de un modo tan lento que sentí sus ojos rozando la piel a su paso. Mi torso subía y bajaba a trompicones con cada respiración. Bajó los tirantes de mi sujetador con un dedo y después hundió la cabeza entre mis pechos.

Yo jadeé y me reí cuando lo oí maldecir.

—Todo el día volviéndome loco por no usar estos chismes y ahora me encuentro con que llevas puesto uno.

—Tiene solución.

Me levanté y lo desabroché. Él sonrió, me lo arrancó y lo tiró sin mirar adónde. Después su sonrisa desapareció y se convirtió en una expresión lobuna que contrajo mi sexo.

Acercó la boca y sopló; mi pezón respondió en el acto.

Arqueé la espalda.

Gemí.

—Voy a follarte cada minuto de esta semana, Julia. Hasta que, de tanto hacértelo gritar, te tatúes mi nombre.

Sus labios probaron mi piel y me lamieron, me besaron, me mordieron. Primero un pecho y después el otro. Con el punto justo de dureza y ternura. Como si supiera cuánto dar de cada; como si supiese exactamente lo que mi cuerpo le exigía.

Enredé las piernas en sus caderas y me mecí contra él. Su erección se me clavó y fue Oliver el que soltó un gruñido que me erizó de arriba abajo.

—Empieza ya... —supliqué.

Se rio sobre mi estómago. Después se puso de rodillas y me observó desde esa posición; estaba desnuda de cintura para arriba y con las piernas abiertas. Y, pese a la vulnerabilidad de la postura, me salió una sonrisa provocativa y abrí un poco más las piernas. Él tragó saliva y se sacó un preservativo del bolsillo trasero del pantalón. Si me sorprendió que estuviera preparado para que aquello ocurriese esa misma noche, no dije nada, porque, sin duda, yo también lo estaba. Después cogió la cinturilla de mi falda. Tuve que juntar las piernas y levantar el culo. Y la tela desapareció.

Oliver se quitó la camiseta y se dejó caer sobre mí, hasta que sus labios estuvieron a la altura de mis braguitas. Eran blancas con pequeños corazones rojos, tan de estar por casa que me sonrojé, pero ni siquiera me importaba. Hizo lo mismo que en mi pecho, sopló sobre la tela y yo abrí las piernas en un gesto instintivo, invitándolo. No tardó en aceptar la invitación. Posó la boca sobre mi sexo y mordió por encima de la tela. Yo grité. Y luego sentí frío.

Oliver volvía a estar levantado. Tenía los ojos más oscuros de lo normal y los labios mojados por mi saliva. Me sentía expuesta, pero cada vez que veía la expresión de deseo que mostraba me excitaba aún más y tenía la apremiante necesidad de liberarlo. De que se desatara del todo. De verlo de ese modo que intuía que sería si se soltaba de una vez.

Así que lo hice.

Deslicé las manos hasta mi ropa interior y agarré la tela con los dedos. Luego comencé a bajarlas. Muy despacio y sin dejar de mirarlo. Su

mandíbula se tensó y cerró los puños cuando llegaron a las rodillas, como si quisiera hacerlo él pero se contuviese. Terminé de quitármelas con los pies y suspiré con profundidad antes de volver a abrir las piernas.

Expuesta. Preparada. Casi necesitada.

Oliver se relamió y habló. Lo hizo bajito, pero con esa voz segura y firme que no permitía ponerlo en duda.

—Eres jodidamente fascinante, Julia.

Y no dijo bonita, ni preciosa, ni perfecta. Dijo *fascinante*; como cuando encuentras algo inesperado que te saca sonrisas, como una sorpresa en un día triste, como las cosas que admiras o aquello que posee cualidades extraordinarias. Dijo que yo era fascinante. Y me encantó.

Levanté el pie y lo apoyé en el botón de su pantalón. Él se rio pero obedeció.

Oliver se desnudó del todo frente a mí, arrodillado, iluminado por el foco que le daba una luz especial y me mostró poco a poco lo perfecto que era a mis ojos. Y sin dejar de sonreír. Cuando llegó el momento y se acopló conmigo, acunando mi rostro entre sus manos y colocando mis piernas de nuevo alrededor de su cuerpo, yo temblé por la anticipación. Y lo supe antes de que sucediera. Supe que aquello no era sexo, era algo más. Era diferente. Intenso. Especial.

Era fascinante.

Oliver se coló en mi interior y nos fundimos en uno, con los labios apretados sobre los del otro, con el único sonido de nuestros gemidos rodeándonos y mezclándose con el que hacían las ramas de los árboles mecidas por el viento. Nos movimos, rápido y después lento. Nos miramos a los ojos. Entrelazamos las manos, colocadas por encima de mi cabeza. Nos conocimos a través de nuestros roces. Nos sentimos. Nos corrimos.

Oliver y yo fingimos follarnos como salvajes, pero hicimos el amor como dos humanos que desconocen que lo han encontrado.

Oliver

Sobre aquella manta, el cielo parecía distinto. Recordé que en Barcelona nunca miraba al cielo. Y allí estaba, en mitad de la noche, con Julia a mi lado, los dos desnudos tapados por un fino pañuelo que apenas nos cubría más que nuestras partes y sintiendo los latidos del corazón en los oídos.

—Vamos a resfriarnos.

Eso fue lo primero que dije. Ella se rio. Yo también sonreí. Giré la cabeza y la miré. Parecía diferente. Más relajada que nunca; más feliz.

Pensé en que el sexo siempre debería regalar esa expresión en la cara al terminar.

—¿Y ahora qué, Oliver?

Reflexioné. ¿Qué pasaría a partir de ese momento? No lo sabía, y eso lo hacía distinto a cualquier otra cosa que yo hubiera vivido antes.

En mi pasado había disfrutado de relaciones informales muchas veces; chicas con las que me acostaba a menudo y compartía algunos planes, pero que no pasaba de ahí y, cuando el sexo terminaba, yo me iba a la seguridad de mi casa. Mi mejor amiga, Jimena, un día había sido una de esas chicas. Por otra parte, había tenido dos relaciones serias. La primera había ocurrido siendo aún demasiado joven y prefiero no recordarla, porque dolió durante un tiempo, aunque me ayudó a aprender acerca de la cara mala del amor, y la segunda fue con Patricia, una relación tranquila, adulta, responsable, meditada.

No obstante, acostarme con Julia no se incluía en ninguno de esos esquemas que yo conocía, porque estaba en su casa, ella cocinaba para mí y su perro se hacía un ovillo a mis pies, tal y como estaba sucediendo en ese mismo momento.

Suspiré, la observé de nuevo y mis ojos se desviaron por debajo de su cuello. Su pecho no estaba tapado del todo y gruñí al ver la piel de sus tetas erizada por el frío. Sentí calor, un calor que se extendía por mi cuerpo a una velocidad increíble. Miré mi sexo por debajo de la tela y abrí los ojos asombrado. No podía creerme que ya estuviera dispuesto de nuevo.

Asumí que Julia tenía algo, algo adictivo. Algo que me moría por volver a probar.

«¿Y ahora qué, Oliver?».

Repetí su pregunta en mi cabeza y respondí con honestidad.

Podría haberle dicho que todo sería como siempre, que no había sido más que un polvo para acabar con esa tensión sexual que saltaba entre nosotros, o cualquier otra cosa que nos tranquilizara a ambos, en cambio, mi boca actuó antes que mi cerebro; o quizá fue otro órgano de mi cuerpo el que dio la orden.

—Ahora... Ahora vamos a entrar y vamos a repetirlo en el sofá.

Hundí la cabeza en su cuello y ella se retorció, riéndose. Su risa me provocaba sonrisas en el acto que le marqué en la piel con los labios.

—¿Qué te parece en la alfombra de la entrada?

—Me parece perfecto.

Julia se levantó sin más y echó a correr desnuda hasta el interior de la casa. Yo me quedé tieso unos segundos, sin saber reaccionar, en pelotas sobre aquella manta y con toda la ropa que nos habíamos quitado alrededor, hasta que fui capaz de dar la orden a mis piernas y la seguí, sin cuestionarme que lo hacía sin nada encima, en mitad del campo y persiguiendo a alguien como Julia, una chica llena de tatuajes, *piercings* y rastas en el pelo. Una chica que parecía ser todo lo opuesto a mí y, sin embargo, me hacía sentir más yo de lo que había sido en años.

Cuando entré, me quedé paralizado. Había encendido una de las lámparas de pie de la zona que hacía de sala y ella estaba frente al equipo de música, de espaldas a mí. Su pelo enredado estaba colocado hacia un lado, dejando toda su piel a la vista, sus dibujos dándole color, sus nalgas redondeadas, perfectas, la tersura de sus muslos. Se me puso dura al momento. Me gustaba tanto que no lo comprendía. Y más lo hacía al estar allí, trajinando por la casa como si nada, tan segura en su propia piel.

Comenzó a sonar una canción que, por primera vez, me resultaba conocida. *Land Locked Blues*, de Bright Eyes. Se dio la vuelta y, al cruzar su mirada con la mía, todo regresó. Nada se había evaporado. No habíamos conseguido nada más que un orgasmo que, en vez de saciarnos, nos pedía mil

más.

No podía dejar de observarla. Tenía un cuerpo jodidamente increíble. Y no eran sus medidas, ni su sensualidad o su naturalidad; era la mezcla de todo; era bonita, sin más. Y mi polla necesitaba demostrárselo de todas las formas posibles.

—¿Ocurre algo?

Se acercó a mí y, de puntillas, me dejó un beso en la barbilla. Su pecho rozó el mío.

—No.

Miró hacia abajo y yo seguí su mirada. Movié los dedos de los pies sobre la jarapa que pisábamos.

—Me refería a esta alfombra, ¿sabes?

Se me escapó una sonrisa ladeada como respuesta a la suya, que fue enorme, y después la transformó en otra que no comprendía muy bien, mientras me observaba lentamente. Parecía... obnubilada. Nadie me había mirado nunca así. Casi con admiración.

Sentí la intensidad entre nosotros regresando, volviendo a alzarse rápida y densa, así que decidí cortarla un poco y convertirla en otra cosa.

—Tenemos un problema de logística, Julia.

—¿A qué te refieres?

—No tengo más preservativos. No pensaba... ya sabes, tirarme a la dueña del refugio —bromeé y le guiñé un ojo; ella soltó una risita que me pareció adorable—. De hecho ese que hemos usado fue una sorpresa inesperada que me dio el bolsillo interior de mi bolsa de aseo.

Ella abrió la boca sorprendida y después pareció enfadada.

—Mierda.

—¿Tú no tienes?

—No. Mañana iré a comprar. No te preocupes.

Entonces quien alucinó fui yo. No pretendía meterme en su vida, pero la pregunta me salió sola.

—¿Hacía cuánto que no...?

Pero no pude terminar, porque su mano rodeó mi polla y apretó, antes de comenzar a moverla de arriba abajo, con delicadeza, derribando mis defensas y nublándome la razón.

—No sé si lo sabes, pero... el sexo no solo tiene por qué ser lo que hemos hecho ahí fuera.

—Joder... ya lo veo...

Entonces Julia, sin dejar de mirarme a los ojos, se agachó, con mi erección bailando en su mano, deslizándola entre sus pechos hasta acabar en su boca.

Yo di unos pasos hacia atrás, me apoyé en la pared y me dije que, si eso no era el puto paraíso, se le parecía bastante.

Julia

Me desperté tarde y lo hice sin saber muy bien dónde me encontraba.

Me incorporé, un poco asustada, y me encontré entre las sábanas blancas del dormitorio que pertenecía a Oliver durante aquel mes. Me froté los ojos y volví a tumbarme. Él no estaba a mi lado, pero, al girarme, me encontré con una pequeña flor en la almohada. Era amarilla; una flor de alhelí. La cogí con dos dedos y sonreí.

Aquella fue la primera de todas.

Luego cerré los ojos y recordé la noche que habíamos pasado. El sexo, brutal e intenso. Las risas. La complicidad. Algunas palabras que parecían escaparse.

Después de lo que sucedió sobre la alfombra, Oliver tiró de mi mano y me llevó a su habitación.

—Vamos. Estás helada.

Me metió en la cama y salió un momento al lavabo. Cuando regresó, lo hizo oliendo a lo que deberían oler todas las cosas buenas de este mundo y con esa sonrisa tan peligrosa que le veía cada vez más a menudo. Levantó las sábanas por el final de la cama, dejando mis piernas desnudas, y se coló dentro, como una culebra, mientras yo me reía a carcajadas por las cosquillas que me hacía. Hasta que la risa se transformó en un jadeo ronco al sentir su lengua recorriendo la cara interna de mis muslos.

Al recordarlo, se me erizaba la piel.

Al terminar ese asalto dedicado exclusivamente a mí, de nuevo sudados y agotados, Oliver se había tumbado y, dos minutos después en el más completo silencio, vi que sus ojos comenzaban a cerrarse.

Me levanté con la intención de dejarlo dormir y volver a mi caravana, pero fue poner un pie en el suelo y sentir sus manos tirando de mí por la cintura.

Solté un grito ante la sorpresa y él refunfuñó.

—¿Dónde vas? Duerme conmigo. Es lo mínimo después de eso.

—¿Después de qué? —le pregunté, confundida y un poco a la defensiva.

—Acabas de correrte dos veces, Julia. No seas desagradecida.

Y esa tensión repentina se disolvió ante su sentido del humor y su petición, con su mano rodeándome y con una sonrisa en mi cara que no creo que hubiera desaparecido de mi rostro ni dormida.

No obstante, al día siguiente, al despertarme en su cama, me sentía tan exultante como confusa. Porque sí, me había acostado con un huésped. Una persona que me pagaba por estar allí, aunque no quise recrearme demasiado en lo mal que sonaba eso. Así que decidí levantarme y disfrutar de lo que fuera que íbamos a regalarnos Oliver y yo hasta que aquello acabara.

Me puse una camisa suya que descansaba en una silla, porque no pensaba pasarme el día caminando por la casa como si nada desnuda, y me coloqué la flor en el pelo. Después bajé. Wendy me saludó en las escaleras y Dorian movió el rabo al verme aparecer, pero no se apartó de Oliver. Lo entendía, porque la visión también me hacía babear a mí; aunque, en mi caso, fuese por él y no por las tortitas que estaba volteando en el aire y que Dorian esperaba que acabasen en su boca.

Seguía en pijama. Bueno... si a unos calzoncillos y a una camiseta se les puede llamar *pijama*. Tenía el pelo revuelto y algo húmedo por la ducha que se había dado y silbaba una melodía que me resultaba familiar, aunque no lograba encontrarla. Y ese también era Oliver. Sin camisa, sin gomina, sin zapatos, sin pantalones, sin ese halo serio con el que llegó.

Se giró para pasar las tortitas de la sartén al plato y entonces me vio.

—Buenos días.

Sonrió con naturalidad y a mí se me secó la garganta. Era tan guapo que me daban ganas de zarandearlo.

—Hola.

—¿Has dormido bien?

—Sí.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

—¿Te gustan las almendras sobre el chocolate? He machacado unas pocas.

—Sí.

—¿Vas a decir algo más que *sí* a todo, Julia?

—Sí. —Oliver se echó a reír—. Perdón, es que...

Es que era raro. Era incómodo; al menos, lo era para mí; él parecía totalmente a gusto con la situación y no lo comprendía.

Dejó un pequeño cuenco de cerámica lleno de trocitos de almendra en la encimera, cogió un trapo, se limpió las manos y alzó una ceja en mi dirección; todo eso sin dejar de observarme con gesto neutro.

—¿Qué pasa? Creí que ya habíamos hablado de esto.

Yo asentí. Era cierto, y no entendía muy bien por qué reaccionaba así cada vez que dábamos un paso. Yo no era así. O no lo había sido. Pero quizá... quizá... tragué saliva al pasarse por mi cabeza la idea de que, sin ser consciente, aquello no era más que un método de defensa, de protección. Necesitaba protegerme de Oliver y ni siquiera entendía el motivo. O quizá sí, pero prefería mirar hacia otro lado.

Me sentía abrumada.

Noté que se me formaba el nudo en la garganta que siempre llegaba antes de las lágrimas y dije lo primero que se me pasó por la cabeza. Algo que quizá tampoco tenía que haber dicho por lo que implicaba, pero que no era mentira.

—Sí. Es que hacía mucho tiempo que nadie me preparaba el desayuno.

Oliver asintió y después sonrió un poco, aunque lo justo para que yo cogiese aire y me atreviera a dar los primeros pasos. Me acerqué a la mesa y Dorian me olfateó antes de volver a corretear alrededor de él, con la lengua fuera. Lo miraba como diciendo: «Aquí, Oliver, colega. ¡Estoy aquí! ¡A mí también me gustan las almendras!». Pero el otro lo ignoraba.

Me senté en el taburete y suspiré sorprendida, porque nos había preparado todo un homenaje que no tenía nada que envidiar a los que le hacía yo cada día.

—Vaya.

—Tenemos que recuperar energías. ¿No te mueres de hambre? Yo me comería una vaca entera. —Lo miré y él reaccionó al instante, algo avergonzado por el comentario—. Oh, perdona. —Yo me reí.

Había zumo de naranja natural, café, una torre inmensa de tortitas, y diversos cuencos de colores llenos de distintas mermeladas, frutos secos o trozos de fruta partida. Era perfecto y el estómago me rugió.

—Es genial. ¿Con qué has hecho las tortitas?

Porque teniendo en cuenta que no consumía ni leche, ni mantequilla, ni huevos, me asombraba que se las hubiera ingeniado para que quedaran con esa consistencia tan perfecta.

—¿De verdad tengo que decírtelo?

Me metí un trozo en la boca y asentí. Estaban buenísimas. Casi idénticas a mi receta. De hecho, idénticas a la receta que yo había encontrado hacía tiempo y que había apuntado en una vieja libreta que guardaba en uno de los cajones.

—¿Has encontrado mi libro de recetas?

Levantó las manos y no pude más que sonreír.

—Culpable. ¿Te gustan?

—Mucho.

Unté otro trozo con mermelada de arándanos.

—¿De verdad?

—Sí. Están deliciosas.

—No. Me refería a que si es verdad eso de... ¿hace cuánto que nadie te hace el desayuno, Julia?

—Eso no importa.

—A mí, sí. Y por eso va a cambiar. Hasta que me vaya, voy a ser tu esclavo.

—Eso suena realmente bien.

—¿Por qué a mí me suena a que vas a aprovecharte?

—Porque quizá lo haga.

Y mi sonrisa se hizo más grande. Más sincera. Más natural. Más inmensa.

Qué fácil me resultó olvidarme de todo durante ese fin de semana. Cómo de rápido me acostumbré a que me tocara sin motivo, solo porque le apetecía, a tocarlo yo, a besarlo y a observarlo sin sentirme una idiota que se recreaba en esa mirada azulada. Qué poco nos hizo falta para familiarizarnos con estar juntos cada minuto y no solo en los desayunos o en las cenas, como habíamos establecido hasta entonces.

Después de escaparme en el coche de Leandro al pueblo más cercano en busca de una farmacia, pasamos aquellos primeros días medio desnudos, hablando, comiendo y probando en todos los sitios de la casa en los que era posible hacer el amor sin matarnos. Como en la encimera de una cocina que se convirtió en testigo de tantas cosas. O en la ducha, bajo un chorro de agua fría que se caldeaba por ese calor incendiario que tocarnos provocaba. O en las escaleras. Recuerdo el moratón en mi espalda que nos demostró que no era el mejor lugar para dejarnos llevar.

Dormimos en su cama cada día y yo apenas pisé la caravana más que para ir a por ropa limpia. Oliver me ayudó a hacer algunas tareas de casa, como poner lavadoras, barrer el suelo o limpiar la entrada. Rutinas que marcamos y que teñían todo de un halo hogareño que procuraba no tener en cuenta. También trajo leña del viejo cobertizo y se empeñó en poner a funcionar la chimenea de la sala. Aún no hacía frío como para encenderla, pero la posibilidad de verlo desnudo frente al fuego era demasiado tentadora. Y vaya si lo fue...

Sobre esa alfombra, con las sombras de las llamas en su rostro, con el mío deslizándose por su abdomen, con los gemidos, la piel pegada entre ambos por el sudor, con los orgasmos que llegaron sin aviso, con todo eso, Oliver y yo nos habituamos a nuestro tacto, a nuestro sabor, a lo que él otro era y ofrecía.

—¿Qué te pasó aquí?

Su mano acarició una de las dos pequeñas cicatrices de mi abdomen.

—Nada. No tiene importancia.

Me giré y me encontré con esa expresión que me decía que no me creía, pero no dijo nada. Me gustaba eso de Oliver, que entendía el significado del no, que no presionaba ni te empujaba a decir o a hacer nada que no quisieras; o que no pudieras.

Lo imité, acariciando yo su estómago firme y moviendo mi mano en dirección descendente hasta toparme con algo aún más duro.

—¿Y tú? ¿Qué tienes aquí?

Se echó a reír y se dio la vuelta rápido, hasta quedar de nuevo encima de mí, abriendo mis piernas con ímpetu, colándose entre ellas y llevándome al cielo en un viaje de ida y vuelta.

No podíamos parar. Era inevitable. ¿Nunca te ha pasado que te gusta tanto algo que no puedes dejar de comerlo hasta empacharte? ¿O ese perfume con el que rocías hasta la almohada porque lo necesitas incluso en sueños? Pues Oliver comenzó a funcionar un poco así. Lo quería a todas horas, porque estaba cerca y no tocarlo no era una opción.

A él le pasaba lo mismo.

Yo me despertaba cada mañana a las siete sin necesidad de usar ningún despertador y su mano me rodeaba antes de levantarme para preparar el desayuno, como había hecho cada día de mi vida desde que me había mudado allí, aunque apenas hubiera dormido.

—No.

Solo una palabra. Y yo me tumbaba de nuevo y cerraba los ojos, sintiendo su aliento en mi cuello y sus dedos haciendo cosquillas sobre mi piel. Me dormía con una sonrisa tonta en la cara, hasta que volvía a abrir los ojos y entonces me encontraba sola en esa cama blanca. Bueno, sola no. Me giraba y ahí estaba. En su almohada.

Cada día una de un color diferente.

Después cogía la flor y me la ponía en el pelo, participando en un juego del que ninguno de los dos hablaba pero que me encantaba. Me ponía la primera camisa de Oliver que pillaba y bajaba descalza para disfrutar de los

desayunos que me preparaba.

Si no hubiera sabido siempre que aquello acabaría, hubiera firmado para tenerlo cada día de mi vida, porque era sencillamente perfecto. Como estar en unas buenas vacaciones de las que nunca quieres regresar, pero que precisamente son tan buenas porque tienes que hacerlo, porque tienen marcado un final.

Era domingo y tenía que empezar a prepararme para ir a cenar a casa de Leandro, pero no podía apartar a Oliver de encima de mí. Lo tenía por todas partes. Y no es una queja, solo que debía cumplir con mi familia y no había manera de conseguir meterme en la ducha si no quería presentarme allí oliendo a sexo y solo con una camisa suya de color azul oscuro. Y sin ropa interior.

Me levanté de la mesa y alcé un dedo en señal de advertencia al comprobar que hacía intención de seguirme.

—¡Ni se te ocurra!

Seguíamos en la cocina. Él aún en pijama y despeinado y yo con su ropa, y eran las siete de la tarde. Habíamos amanecido casi al mediodía y habíamos pasado las horas comiéndonos a besos mientras simulábamos hacer las tareas de casa. Después le había llegado el turno a una siesta fingida, en la que habíamos hecho de todo menos dormir, y a una comida que había sido más bien merienda, entre caricias y roces que no podíamos evitar. Oliver era mejor que uno de sus festivales de tortitas. O quizá era la mezcla resultante de él y las tortitas; el caso es que era adictivo.

—Solo voy a mirar. Te lo prometo.

—¡Ni lo sueñes! O no llegaré nunca.

Salí corriendo para subir las escaleras con la intención de darme una ducha en el piso de arriba, pero me pilló en el primer escalón y me levantó del suelo abrazándome por la cintura. Yo no podía parar de reír, mientras pataleaba para escapar.

—Estate quieta. Estás consiguiendo que se me ponga dura.

—¿En serio?

Le di un manotazo, por cerdo, y él se echó a reír. Pero era verdad. Supongo que el que su entrepierna quedara a la altura de mi culo no ayudaba a que aquello no despertara.

Chillé cuando su mano subió por debajo de mi camisa y me pellizcó una teta.

—Ya las echaba de menos —me susurró.

—Eres un lobo con piel de cordero.

Su risa me hizo cosquillas en el cuello y su mano siguió amasando mi pecho.

—¿Cómo dices?

—Vas de niño pijo, tan estirado y repeinado, con tus camisas buenas y tu educación de colegio de pago, y eres un perverso.

—Y tú eres una *hippy* que no sabe para qué sirve la ropa interior, pero —bajó su otra mano y la pasó entre mis piernas, provocándome un jadeo—... me encanta.

Me giró en un movimiento brusco y me pegó a la pared. Después me miró muy cerca, tanto que podía contar sus espesas pestañas. Tocó con los dedos la flor roja que adornaba ese día mi pelo y me besó. Sonreí contra su boca y tiró con los dientes de la arilla que colgaba de mis labios. Le gustaba. Supongo que como accesorio le horrorizaba, pero también lo excitaba. Su lengua entró en mi boca con fiereza, apremiante, pidiendo más de todo eso que no dejábamos de darnos. Y yo... pues yo tenía que irme, pero se lo di, porque mi cabeza y mi cuerpo habían comenzado a funcionar por separado.

Me agarré a su cuello y salté, rodeándole la cintura con las piernas.

Lo quería dentro. Ya. Solo con dos roces y un beso. Y él parecía dispuesto a entrar en mí sin demasiados preliminares.

Movió las caderas con fuerza, nuestros sexos se rozaron con la tela de por medio y comenzó a hacerlo con más brusquedad, hasta que me di en el codo con la pared y nos reímos. Enredamos las lenguas de nuevo y gemí cuando noté sus manos apretando mis nalgas y separándolas.

—Julia...

—¿Sí?

—No puedo parar...

—Nadie te lo ha pedido.

—No dejo de pensar en follarte...

Levanté su camiseta con una mano, hasta palpar la cinturilla de sus pantalones. Me podían tanto las ganas de sentirlo piel con piel que hubiera sido capaz hasta de romperlos; sin embargo, hubo algo que provocó que nos quedáramos congelados en el aire y que todo se enfriara. Incluso sentí que la erección de Oliver desaparecía en dos segundos como por arte de magia. Fue instantáneo.

La puerta se abrió de par en par y nuestros ojos asustados se encontraron con unos negros y enormes de solo ocho años.

—Julia, ¡han volado! ¡Han...! ¿Qué estáis haciendo?

Nora se quedó clavada en la entrada, con la puerta tras ella abierta de par en par.

Oliver ni pestañeó.

Yo fui incapaz de mover un solo músculo.

Estaba enredada a sus caderas, con una camisa suya que me tapaba solo el culo y sin ropa interior. Ambos despeinados y con los labios hinchados.

Y Oliver habló, descolocándome del todo y haciendo que la situación ya fuera surrealista por completo.

—Bailar.

—¿Sin música? —preguntó Nora con suspicacia y cruzándose de brazos, como si fuera una madre que hubiera pillado a dos niños haciendo algo que no debían.

—Julia cantaba.

Alzó una ceja y nos miró alternativamente. Yo quise abrir un agujero en el suelo y huir por él.

—Julia no canta muy bien.

—Tampoco tan mal.

El comentario de Oliver me hizo reír.

—¿Y por qué lleva tu camisa?

—Tenía su ropa sucia.

—¿Toda?

—Digamos que es un poco guarra.

Chasqué la lengua y la niña se rio.

—Oliver...

—No, en serio, se mancha siempre que cocina y...

Suspiré y lo interrumpí. Lo había intentado y se lo agradecía, pero hacía tiempo que Abi y yo habíamos llegado a la conclusión de que nunca le mentiríamos a Nora. Ya había pasado por suficientes mentiras con su padre como para seguir viviendo entre ellas. Era una de sus normas y yo acababa de romperla. Y una de las mías, porque en mi casa las mentiras no tenían cabida, por mucho que la verdad pudiera doler.

—No le mientas.

Él me miró un segundo rápido a los ojos y lo captó enseguida.

—Lo siento. Perdona, Nora.

—En esta casa no se miente, Oliver —le riñó la niña.

—Es cierto. Nos estábamos besando.

—¿En la boca?

—Ajá. En todas partes, en realidad.

Cerré los ojos y quise matarlo lentamente. Los de ella se abrieron; y no debido a la sorpresa o a la incomprensión, no, sino a la ilusión.

—¡Cierra el pico! —grité, dándole un manotazo.

—¿Por qué? ¿Sois novios?

—No, Nora, lo que Oliver quiere decir...

Entonces fue él quien me interrumpió, con esa expresión altiva que le había visto tantas veces al principio de llegar allí y con la mandíbula tensa.

—No le mientas. —Tragué saliva y asentí.

—Somos amigos que se besan. Nos gustamos. Nos gusta hacerlo. Mucho.

Oliver se rio de mí. Yo quise soltarme, porque seguía subida a él como una garrapata, pero el muy cretino no me lo permitió y me agarró más fuerte por los muslos. Supongo que era mejor idea seguir así, por muy bochornoso que me resultase, que dejar a la vista de todos los restos de su excitación o mi propia entrepierna, pero eso no evitaba que la situación me cabrease.

—Mucho mejor explicado, Julia, sin duda —me susurró.

Fui a echarle en cara que cómo podía hacerlo mejor, teniendo en cuenta sus exitosos resultados, pero no me dio tiempo, porque los ojos de Nora comenzaron a echar chispas antes de gritar como una loca y salir corriendo.

—¡Vale!

—¿Adónde vas tan rápido? ¡Mierda!

Desapareció igual que había entrado, se montó en su bicicleta y de pronto volvíamos a estar solos, como si hubiera sido un mal sueño. Pero no; no lo había sido. Porque Nora nos había pillado ligeros de ropa y metiéndonos mano y yo sabía perfectamente lo que había pasado por su cabeza y adónde se dirigía tan rápido.

Miré a Oliver y pataleé para que me soltara. Él lo hizo, aunque a regañadientes. Después le di con el puño en el estómago.

—¿Bailando? ¿En serio, Oliver?

—¿Qué? Tiene ocho años, ¿qué querías que le dijera?

—No lo sé, pero tampoco que me besabas. Dios...

Me pasé las manos por la cara y él se cruzó de brazos, como si aquello lo estuviera ofendiendo de algún modo que no comprendía.

—Dijiste que no le mintiera.

—¡Pero podías haber ocultado la verdad!

—¿Y cómo iba a hacerlo sin mentirle? Además, besarse es bueno. Tú no lo has arreglado mucho mejor.

—Lo sé.

Lo había hecho mucho peor que él y sabía lo que me esperaba aquel día en casa de Leandro. Intuía que aquello podía convertirse en un problema. Lo sería porque los conocía bien y, por mucho que me aconsejaran protegerme, mi familia acabaría ilusionándose con la posibilidad de algo más de lo que aquello era, una simple aventura.

Me mordí el labio, confusa y un tanto perdida. La mirada de Oliver se ablandó. Dejó caer sus brazos en los costados y se acercó a mí dispuesto a consolarme. O a algo peor, porque ahí estaba su sonrisa, creciendo poco a poco mientras me observaba de arriba abajo, desde mi pelo hasta los dedos de mis pies, que se movían ansiosos sobre el suelo.

—¿Qué haces?

Su sonrisa se ensanchó y la sentí en cada parte de mi cuerpo. Dio otro paso hacia mí y yo otro hacia atrás, hasta estar de nuevo atrapada entre él y la pared.

—Podía haberle dicho que estaba a punto de metértela.

—¡No seas tonto! —Se me escapó una risita de lo más estúpida.

¿Cómo lo hacía? Acabábamos de ser pillados por una niña de ocho años y solo con mirarnos ya empezábamos a olvidarlo.

Dio otro paso y sus dedos comenzaron a desabrochar los botones de la camisa. Yo eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos.

—Que iba a arrancarte la ropa y tocarte esas tetas que tienes. Dios... me vuelves loco.

Hundió el rostro en mi escote y se llevó un pezón a la boca.

—Para...

—¿Por qué? ¿No quieres que lo haga?

Pero mi mano respondió por mí, sujetándolo por la nuca y empujándolo hacia mi piel.

—Oliver...

—¿Julia?

Tragué saliva, gemí y se lo pedí.

—Quítate los pantalones.

La puerta seguía abierta.

Oliver

Estaba solo. Por primera vez en días estaba sin Julia en aquella casa y se me hacía raro.

Me metí en la ducha con la intención de volver a oler como una persona decente, pese a que oler a ella y a todo eso que no dejábamos de hacer como animales me parecía una opción a meditar.

Joder. Estaba insaciable. Loco. Era como si hubiera retrocedido en el tiempo y volviera a tener quince años, cuando me pasaba el día masturbándome en la soledad de mi dormitorio y soñando con escenas subidas de tono. La diferencia radicaba en que la protagonista en aquel momento era solo una y que me acompañaba de verdad haciendo que esas fantasías fueran realidades. Julia desnuda. Julia con mis camisas. Julia durmiendo. Julia en la ducha, con sus labios rodeando mi polla. Julia gritando mi nombre y dedicándome orgasmos.

Julia. Julia. Julia.

Solo era una mujer atractiva. ¿Pero quién puede decir *solo* ante eso? Era puro instinto, deseo, una locura. Quería hacerle de todo. Y ya me daba igual que fuese dentro o fuera de la casa; con ella había descubierto una parte de mí que llevaba mucho tiempo dormida.

Aproveché para recoger la habitación. Ambos éramos muy ordenados, pero llevábamos unos días en los que lo que menos nos importaba era que la ropa estuviese o no colgada en el armario; quedaba mucho mejor en el suelo.

Después cené y leí un rato, hasta que me quedé dormido en el sofá.

No sé por qué pero, mientras miraba la chimenea apagada de fondo y recordaba lo que habíamos hecho frente a sus llamas, recordé otro momento anterior de mi vida. Me vi llegando a un pequeño hotel en los Alpes suizos. La nieve caía densa y yo no sentía las manos; ella, mucho menos. Las cogí entre las mías y las calenté con mi aliento. Patricia sonrió. Estaba muy guapa, con la nariz colorada y sus ojos verdes brillantes por la emoción. Era nuestra luna de miel y estábamos a punto de hacer el amor como marido y mujer frente a una chimenea y sobre una alfombra de color chocolate. Fue bonito. Fue un momento bonito, no podría nunca decir lo contrario. Yo la quería. Lo

había jurado frente a todos nuestros seres queridos. Ella también me quería.

Sin embargo, hice algo que nunca se debe hacer; comparé lo sucedido aquella noche con lo que había compartido con Julia frente aquella otra chimenea y sobre una manta de mil colores cosida por ella misma. Y me di cuenta de que no podía ser más diferente. Y de que era normal que lo fuese, pero que no lo era el que me pareciera mucho más cómplice y cercano lo que había ocurrido hacía apenas dos días.

Me dormí con una sensación agrisulce, una sensación que nacía al ser consciente de que por fin comenzaba a ver mi vida como de verdad había sido y no como quería que fuera. Empezaba a reconciliarme conmigo mismo y a aceptar lo que había perdido, los errores cometidos y quizá a sentirme un poco más en paz.

Cuando Julia regresó, se colocó a horcajadas encima de mí. El libro que tenía en las manos se me cayó. Después me besó sin más, dejándose la piel en ese gesto.

—Sí que me has echado de menos... ¿tan mal ha ido? —le pregunté, refiriéndome a haber tenido que dar explicaciones sobre lo que se había encontrado Nora al abrir la puerta.

—No. En realidad, ha ido bien. ¿Sabías que el sexo puede llegar a ser una adicción como el tabaco u otro tipo de drogas?

Se quitó el jersey y la camiseta que llevaba y sonreí al ver que no llevaba sujetador.

—Entiendo. ¿Necesitas tu dosis?

Cogió mis manos y las puso sobre sus tetas.

—Algo así.

Después hizo una de esas cosas que hacía Julia y que a mí me enloquecían del todo. Tan desinhibida, tan natural en todo lo que suponía experimentar con su cuerpo. Desabrochó el botón de su pantalón y bajó la cremallera. Yo fui a meter la mano para acariciarla, pero me frenó y volvió a colocarla en su pecho. Asentí y observé cómo metía su propio dedo y entreabría la boca, excitada y preciosa. Preciosa como pocas jodidas cosas lo

eran. Con esa libertad con la que, cuando por fin se dejaba llevar, lo vivía todo. Julia se masturbó para mí mientras yo la acariciaba, pellizcaba sus pezones y la miraba como si fuese un jodido planeta recién descubierto.

Me desperté el primer día de la última semana como si hubiera dormido doce horas. Quizá era que las habíamos dormido. Estaba tan poco acostumbrado a dormir más de seis que notaba la cabeza cargada y los ojos hinchados, pero me sentía bien. Relajado. Contento.

Julia dormía a mi lado bocabajo. Sus rastas le tapaban la cara y soltaba un pequeño ronquido con cada respiración. La sábana solo le cubría media espalda y no pude evitar acariciar la piel visible. Se erizó al instante.

Me levanté e hice lo que se había convertido rápido en una rutina. Me puse una camiseta y el pantalón del pijama y bajé a preparar el desayuno. Antes de comenzar, salí al jardín y elegí una. Enseguida me fijé en una de color rosa. La arranqué y volví a la habitación sin hacer ruido. Julia seguía profundamente dormida.

La coloqué en mi almohada y miré a ambas desde la puerta antes de bajar de nuevo y comenzar con el festival de tortitas, como ella lo llamaba.

Julia

Había sido horrible. Le dije a Oliver que no, que había ido bien, pero era mentira.

Cuando llegué a casa de Leandro, todos estaban sentados en la mesa esperándome.

—Hola. Siento el retraso.

—¿Liada? —preguntó Abi. Yo la ignoré.

La adoraba por cómo era, pero a veces su vena sarcástica me sacaba de quicio.

—Qué bien huele.

Sonreí a Leandro, pero él me miró con seriedad y supe que yo iba a ser el centro de todas las conversaciones aquel día.

Nora intentaba ocultar una sonrisa todo el tiempo, pero sin éxito. Se la veía nerviosa, como si estuviera a punto de explotar por no saber aguantar un secreto. El problema era que ya no había secreto. Todos los que estábamos allí sentados sabíamos que yo compartía algo más que espacio con Oliver.

—¿A qué se debe este silencio?

—A nada. ¿Por?

Abi alzó su copa y bebió un trago, con una expresión de disimulo en su cara. No dejaba de sonreír entre dientes y mirarme con una sonrisilla de lo más estúpida. Podía leer en sus ojos el: «Te lo dije. ¿Vas a seguir negándome que os estáis acostando juntos?».

Leandro me observaba de reojo; lo hacía de ese modo paternalista que me agradaba y que odiaba a partes iguales.

Solté mi tenedor, apoyé los codos en la mesa y me enfrenté a ellos. Solo quería disfrutar de una cena con mi familia y no tener que aguantar miraditas cargadas de reproches, de esperanza o de lo que fuera que significaran.

—Vale. De acuerdo. Hablemos. Supongo que Nora ya os ha puesto al corriente de... de...

—¿De? —insistió la bruja de Abi.

Ni siquiera me salían las palabras. Podía pasarme el día encima de Oliver, pero explicarlo en alto era otra cosa muy distinta.

—De que Oliver y yo somos amigos. —Leandro maldijo, Abi soltó una carcajada y Nora me reprendió con la mirada por ocultar información a los demás—. Amigos de los que se besan.

—Se besan mucho. Lo dijo Oli.

—Oliver. Y gracias por especificar, Nora.

Le sonreí, aunque por dentro quise cerrarle la boca metiéndole un trozo de pan dentro.

—¿Pensabas contárnoslo? —preguntó su madre.

—No hay mucho que contar, Abi. De verdad. Solo... solo es eso.

Leandro seguía callado. No era raro en él, y tampoco tenía que darle ningún tipo de explicación, pero que estuviera tan meditabundo me decía que la situación le preocupaba. Y es que... aunque me había empujado a divertirme, su preocupación era igual que la que tendría cualquier padre por sus hijos y tenía miedo de que me hicieran daño. Debía explicarle que no tenía que temer nada, que solo era un rollo como cualquier otro y que lo tenía controlado, pero no podía hablar de aquello delante de Nora.

Servimos el segundo plato en silencio. Hasta que la niña lo rompió soltando algo que nunca me hubiera esperado; ni siquiera lo recordaba.

—A lo mejor es por el deseo.

—¿Qué deseo?

—El de tu fiesta. ¿No te acuerdas?

Rememoré aquella noche, apenas un mes atrás, cuando soplé tres velas y pedimos como deseo que en mi cumpleaños hubiera una persona más sentada en nuestra mesa.

Tragué saliva e intenté explicarme del mejor modo posible.

—Claro, pero no... solo es mi amigo, Nora, ¿de acuerdo?

—¿Y qué? Los amigos van a las fiestas.

—Tiene razón. —La voz profunda del Leandro retumbó en la sala.

—Mucha —aportó Abi.

Yo me encogí de hombros y lo dejé estar, aunque no había decisión que tomar al respecto. Oliver no iba a acudir a mi fiesta de cumpleaños; ni siquiera pensaba decirle que cumplía años con él bajo mi techo. ¿Qué sentido tenía? Le decía a Nora que éramos amigos para que pudiera entender con sus ocho años la relación que manteníamos, pero tampoco lo éramos en realidad. Solo hacía que nos conociamos tres semanas, era de locos.

—Bien. Me lo pensaré. Y, ahora, ¿qué os parece si dejamos de hablar de Oliver y me cuentas eso que querías decirme sobre los pajaritos?

Después del postre y de que Nora nos contara, entre sonrisas y alguna lagrimilla, que había tenido que despedirse de los pajaritos porque habían aprendido a volar, recogí con Abi la mesa y nos quedamos tomando el café solas en la cocina.

Leandro veía la tele con la niña en el sofá. En dos minutos estarían dando cabezadas.

Abi se sentó frente a mí y sumergió una galleta en la leche.

—Me parecía raro no haberte visto en tres días.

Suspiré y le pedí perdón. Lo hice porque, en el fondo, aunque no demostrara estarlo, sí tenía motivos para estar un poco molesta. Nunca pasábamos tanto tiempo sin vernos; mucho menos sin avisar. Si no era ella la que venía a casa, era yo la que me acercaba a la suya. No obstante, al estar Oliver alojado, la primera opción quedaba descartada, así que toda la culpa recaía sobre mí.

—Lo siento. Ha sido un fin de semana muy... absorbente.

—Absorbente.

Sonrió y supe que estaba pensando en cosas muy sucias.

—Sí.

—Como una bayeta.

—Exacto.

—De esas buenas ultraabsorbentes.

—Superabsorbente.

—Julia...

Y exploté. Era mi amiga, no se merecía menos. Y supongo que yo tampoco. Me merecía poder desahogarme con ella y decir todas esas cosas que a él no podía confesarle, porque eso supondría saltarnos más reglas que no debíamos romper.

Ya se lo había dicho, algunas se podían ignorar, pero otras ayudaban a saber a qué atenernos, a dejar las cosas claras, los límites marcados.

—Vale. Es encantador. Cocina para mí. Limpia. Me hace reír. Da unos besos de muerte. Tiene la uve, Abi.

—La uve, Dios santo.

Ella se acercó más a mí con los ojos muy abiertos y yo pensé en la maldita uve, esa marca que los músculos oblicuos de Oliver formaban bajo su ombligo.

—Sí. La uve. La he lamido.

—Necesito un trago.

Se levantó, sacó una botella de la despensa y nos echó a ambas un chorrito en el café.

—Orujo. Sí. Me parece perfecto.

Después de dar un trago ambas, le conté cómo había comenzado todo. Cómo Oliver y yo habíamos decidido dejarnos llevar de una vez por todas por esa insufrible atracción y solventarla, pero que, en vez de eso, no había dejado de crecer.

—No es solo el sexo, es todo.

—Todo.

—Sí. Su forma de hablar, de contarme cosas de su vida y de escucharme. Cómo me mira cuando me pongo una de sus camisas, la manera de abrazarme cuando duerme.

—Te abraza.

—Sí. Si me separo un poco, me busca y me acerca a él.

—Eso es bonito.

—Y peligroso.

Abi torció los labios y yo asentí.

—¿Cuándo se marcha?

—El domingo.

—Bien.

—Lo sé. Es lo mejor que puede hacer. Una semana más y sería aún más complicado.

Abi no me dijo que no, porque sabía que era lo mejor que podía pasar. Se quedaría en una anécdota que recordar, en unos días perfectos de placer y poco más. Después él volvería a su vida y yo seguiría allí, en mi jardín, en la mía. Centrada en mis prioridades.

Así debían ser las cosas.

—¿Le has contado algo de...?

—No. No pienso hacerlo. ¿Por qué debería? Se marchará, Abi. Solo es una aventura.

—Y menuda aventura.

—Sí.

Nos quedamos las dos fijas en el mantel. Yo pensando en las ganas que tenía de volver a casa y pasar las horas muertas con él, enredada en su cuerpo, oliendo su cuello, sintiendo cómo su aliento me hacía cosquillas allá por donde pasaba. Me dije que se lo demostraría nada más entrar por la puerta, porque, si se iba a ir en apenas unos días, no tenía sentido pensar cada paso que dar; simplemente, tenía que darlos y punto.

Y Abi... pues Abi me dejó claro enseguida en qué estaba pensando ella.

—¿Me cuentas otra vez lo de la uve?

Oliver

—Tengo que irme.

—Da recuerdos a las chicas.

—Lo haré.

Julia me dio un beso y salió corriendo por la puerta. Llevaba una falda por la rodilla que el fuerte viento que se había levantado movía a cada paso que daba. Se le subió por detrás y yo solté una carcajada al escuchar su grito de sorpresa.

Se giró y me lanzó un beso sin dejar de sonreír.

Cinco días. Cinco putos días en los que no nos habíamos separado más que el domingo para que fuese a cenar con los suyos. Cinco días en los que habíamos desayunado, comido, cenado, dormido y duchado juntos. Todo. Cada minuto. Cada segundo. Tocándonos, conociéndonos y disfrutando.

Me había aprendido de memoria sus tatuajes. Las flores de sus hombros, el amanecer de su muñeca, el intrincado laberinto de su brazo, una pequeña medusa en su costado que me explicó que se hizo porque les tiene pánico, el fragmento de un poema de Neruda en su espalda que había leído una y otra vez mientras la acariciaba. A veces, incluso, mientras estaba dentro de ella. Colores y sombras que habían pasado a gustarme, porque eran de Julia y contaban aspectos de su vida. Nunca me haría un tatuaje, pero, si alguien me hubiese preguntado alguna vez si me gustaban, diría que sí, pero que solo en un cuerpo que ya conocía al milímetro.

Decidí leer un rato. Puse música de fondo y me senté a esperarla en el sofá con una novela en las manos. En pijama. Hacía días que no me vestía en condiciones y, sin embargo, me encontraba más a gusto que nunca.

Pasaron únicamente diez minutos antes de oír el golpeteo de unos nudillos en la puerta. Me levanté y abrí, algo confuso, porque en esas semanas nadie había aparecido nunca y no sabía muy bien qué tenía que hacer si, por ejemplo, resultaba ser un posible cliente.

Habíamos traspasado tanto los límites que yo ya parecía parte de esa casa, como si fuera un poco mía.

Me encontré con un señor de unos sesenta o setenta años al otro lado. Tenía el poco pelo que le quedaba plagado de canas y los ojos muy azules.

—Buenas tardes.

Transmitía seriedad y me observó de arriba abajo.

—¿Puedo ayudarle? La dueña no está en casa en este momento.

—No vengo a ver a Julia.

—Ah. —Fue todo lo que fui capaz de responder, porque intuí enseguida de quién se trataba y el presentimiento de que, quizá, también sabía a qué había venido me azotó con fuerza, pese a que no lo comprendiera del todo.

—Vengo a verte a ti.

—¿A mí?

—Soy Leandro Olivares.

Tendió su mano y yo la estreché con firmeza. Supongo que aquel saludo duró más de lo debido, como si ambos estuviéramos midiéndonos con él, intentando percibir más de lo que se puede saber con un simple apretón de manos.

—Oliver Méndez. Encantado. Julia me ha hablado de usted.

—Lo mismo digo. ¿Cuánto piensas quedarte? —soltó a bocajarro.

—Me voy el domingo.

—¿Estás seguro?

Lo estaba. Por supuesto que lo estaba. Y Julia, también. Lo que hacía que aquella amenaza disfrazada de visita no tuviera ningún sentido. ¿O quizá sí lo tenía? Porque, al pensar en que me quedaban apenas cinco días en aquella casa, había sentido algo parecido a la tristeza. No igual, pero eso, un pesar inesperado.

Me tensé, porque solo fueron dos segundos. Dos segundos de mierda, pero Leandro lo supo. Supo que había dudado o que, al menos, me había hecho pensar en ello.

—Sí —respondí con toda la seguridad que fui capaz.

—Bien. Entonces hazla feliz hasta ese día.

—Señor, no entiendo muy bien qué pretende —dije, de forma educada, pero mostrándole que aquello estaba fuera de lugar y que yo no era ningún niño como para que fuese a decirme que tuviese cuidado con su hija.

Éramos adultos y aquello no era ningún juego; era un trato; una relación con fecha de caducidad consensuada por ambas partes.

—¿Tampoco te lo imaginas? Julia dice que eres inteligente, demuéstrela.

Noté que el tic de mi mandíbula regresaba; ese que hacía días que había desaparecido.

Le sonreí con condescendencia y no aparté los ojos de los suyos según hablaba.

—Con todos mis respetos, señor, somos adultos. Tenemos una relación informal que se acabará cuando nosotros decidamos. Nos lo pasamos bien juntos, nada más. No debería tener que darle explicaciones, porque ni siquiera lo conozco, pero si Julia le importa tanto como para venir aquí a lanzarme indirectas, le diré que ella también me importa. Y no pienso hacerle daño.

—Eso nunca deberías prometérselo a nadie, chico.

—Es verdad —asentí, porque yo ya sabía que el dolor era incontrolable—. Al menos, no pretendo hacérselo.

Afirmó, moviendo el mentón una sola vez, y después nos mantuvimos de nuevo la mirada unos segundos, mientras yo sentía que me tensaba cada vez un poco más y que toda esa sensación de calma que había disfrutado esos días se evaporaba.

Hasta que él habló y me descolocó del todo.

—Quizá te venga bien saber que el sábado es su cumpleaños.

—No lo sabía.

Abrí los ojos sorprendido por esa información y fruncí el ceño; me descolocaba que Julia no me hubiese comentado nada al respecto.

—Le organizamos una fiesta en mi casa. Puedes venir, si quieres, pero con dos condiciones.

—¿Cuáles?

—Que tu aparición sea una sorpresa para ella y que tú te encargues de hacer la tarta. No vale comprarla, tienes que hacerla.

—Si dejamos a un lado que no he hecho una tarta en mi vida, ¿cómo voy a conseguirlo sin que ella me vea?

—Yo me encargo. Vendrán a buscarla a las seis. Tienes hasta las nueve para presentarte en mi casa con la tarta. Si no la traes, no te esfuerces en venir.

—Entiendo.

No entendía una mierda. Nada. Ni su visita, ni esa información, ni sus condiciones. Nada. Sin embargo, tuve un presentimiento. Tuve la sensación de que aquel hombre, por muy serio que pareciese, estaba echándome una mano; aunque no supiera exactamente para qué. Y también supe que lo haría, porque deseaba darle a Julia un cumpleaños como se merecía y compartirlo con ella. Pensé que no había una manera mejor de despedirnos que celebrando una fiesta.

—Bien. Buenas tardes, Oliver.

—Un placer, Leandro.

Esa noche, hice una estupidez.

Después de hacer el amor, Julia estaba abrazada a mi cintura y tiraba del escaso vello de mi estómago. Yo estaba ausente. La visita de Leandro había provocado que le diera vueltas a todo. ¿Y si Julia no era como mostraba y quizá esperaba algo más de aquello que teníamos? ¿Y si no había sido lo suficientemente claro con ella al respecto?

Durante toda mi vida había sido un tío honesto. Si me gustaba alguien, se lo decía, y no solo eso, se lo demostraba. Pero al igual que era transparente en eso lo era en todo lo demás, en dejar claro lo que esperaba y lo que no, y siempre me había funcionado.

No obstante, las palabras de Leandro no se me iban de la cabeza. Quizá más que sus palabras sus silencios, aquello que ocultaba, aquello que le había hecho salir de su casa e ir a buscarme, como si Julia fuese una niña indefensa

que necesitara protección. Y Julia no daba esa imagen de chica desvalida, sino todo lo contrario.

—¿Qué te pasa? Puedo oírte rumiar.

—¿Qué? Nada.

—En esta casa no se miente, Oliver. Puedes callarte, pero no digas que no es nada.

Y, aunque lo dijo con una sonrisa y en tono de broma, aquello me enfadó. No sabría decir por qué. Quizá porque necesitaba encontrar un motivo para poner algo de distancia entre nosotros, aunque fuese incapaz de separarla de mi cuerpo y marcarla por mí mismo. Hice lo contrario, la arrimé más a mí y apoyé la barbilla en su pelo. Después la acaricié con los dedos, pasándolos por el cuello, por sus pechos, erizándolos a mi paso, hasta llegar a su ombligo. Y las vi. Dos pequeñas líneas rojizas de unos dos centímetros a cada lado de su abdomen.

—¿Qué son?

Julia retiró mis dedos de sus cicatrices y se giró, separándose un poco de mí.

—Ya te dije que no tenía importancia.

—En esta casa no se miente, Julia. Puedes callarte, pero no digas que no es nada.

Mi voz estaba envuelta de un sarcasmo que no le agradó. Era comprensible.

Y lo percibí. La muralla creciendo entre ambos y aliviándome un poco a mí, a la vez que ya la echaba de menos.

—Un aborto. ¿Te vale?

Lo dijo como si nada, con una frialdad que nunca había visto en ella. Como si no importase. Como si fuese un muro enorme el que nos separaba de repente. Como si no la conociese en absoluto. Supongo que, en el fondo, así era.

Ella se incorporó y me observó, esperando una respuesta por mi parte que no tardó en llegar, aunque fuese en forma de pregunta.

—¿Abortaste?

Sin embargo, no esperaba lo que ocurrió a continuación. Su rostro se transformó en uno lleno de furia y en sus ojos vi brillar la decepción.

—¿Me estás juzgando?

—No.

Pero le mentí.

Se levantó rápido y se puso la ropa interior tirada por la habitación y su camiseta, en vez de una de mis camisas. Eso ya suponía un cambio. Recogió sus cosas y me sonrió con falsedad antes de dirigirse a la puerta.

Cuando salió, me incorporé de un salto y la seguí.

—¿Adónde vas?

—Necesito estar sola, Oliver.

—¿Por qué?

Bajé detrás de ella. Ni siquiera me molesté en vestirme, porque me negaba a que desapareciera sin explicarme a qué venía todo aquello.

—¿No sabes lo que significa querer estar sola?

—Sí, pero pensé que estábamos siguiendo esa regla de no decir mentiras.

—¡Está bien! —Gesticuló con rapidez, moviendo los brazos furiosa y cerrando sus manos en dos puños tensos—. Pues porque me apetece una mierda estar ahora mismo contigo.

—Tú tampoco eres ahora mismo una compañía agradable.

—¡Pues perfecto!

Llegamos a la planta baja y entonces se paró delante de la puerta. Podía haber salido sin más, pero no lo hizo, sino que esperó. ¿A qué? Creo que ninguno de los dos lo sabíamos con exactitud; quizá una disculpa, o un gesto, lo que fuera que le dijese que aquella discusión tenía sentido o que no lo tenía en absoluto. Ni siquiera sabía muy bien por qué lo estábamos haciendo.

No obstante, me dio igual, porque tenía la certeza de que ella merecía una disculpa y no me daba miedo dársela.

—Vale... yo... Julia, te he juzgado. Lo siento. No debería haberlo hecho.

—No. No deberías. No tienes ni idea.

Habló de espaldas, aún tensa y con la mirada perdida en el suelo y en ese pasado que yo desconocía y que ella no parecía dispuesta a compartir conmigo.

—Puedes contármelo.

—Ya sé que puedo, pero no quiero.

Y aquello dolió. Joder que si dolió... No debería, pero me sentó como una patada en las pelotas. Como si yo fuese menos importante para ella de lo que ella era para mí; porque la diferencia estaba en que yo sí que quería saberlo; quería que Julia pudiese compartir eso conmigo y servirle de consuelo.

Tragué el nudo que se me formó en la garganta y entonces ella se dio la vuelta.

—Eso lo cambia todo.

—Deberías vestirme.

Miré hacia abajo y me di cuenta de que estábamos manteniendo una conversación de peso conmigo desnudo. Claramente, aquello no ayudaba a que resultara una situación más cómoda.

—No si te vas a ir en cuanto me dé la vuelta.

Cerró los ojos un segundo y negó con la cabeza.

—Que descanses, Oliver.

Abrió la puerta y desapareció. Yo quise seguirla, pero no lo hice.

Estaba enfadado. Y ya no con ella, sino conmigo. Y con aquella situación que no comprendía. No consistía en eso, lo habíamos dejado claro y, aun así, habíamos acabado echándonos cosas en cara escondidas entre otras palabras.

Me llamé estúpido mentalmente un montón de veces, antes de volver a subir y ponerme algo de ropa encima. Porque sí, desnudo allí plantado lo parecía más que nunca.

Además, Julia tenía razón, la había juzgado y no tenía derecho. Ella no lo

había hecho con mi vida en ningún momento y aquello me demostraba, una vez más, lo estúpido que podía llegar a ser.

Julia

—Es estúpido. Y un imbécil prejuicioso.

Me di otra vuelta e intenté dormir, pero era incapaz. Entre otras cosas, porque no podía dejar de insultar a Oliver, pero, sobre todo, porque mi cama no me parecía tan cómoda desde que me había acostumbrado a dormir en la suya.

—Idiota engreído.

Y luego estaba lo otro; lo recordaba fulminándome con los ojos, desnudo como si nada, y me hervía la sangre.

«Puedes contármelo», me había dicho, y casi había sonado como una orden o un reproche. Odiaba eso de Oliver. Solía ser tan firme en su manera de expresarse que abrumaba un poco. Seguro que había sido un jefe estupendo, de esos atractivos e insoportables a partes iguales.

«Ya sé que puedo, pero no quiero».

Recordé su mirada cuando había pronunciado esas palabras y me estremecí. Sus ojos se habían oscurecido y me había parecido percibir una mueca de dolor.

Suspiré y me mordí una uña, porque podía mentirle a él, pero no a mí, y lo había hecho. Sí que quería, pero... no podía. No tenía sentido. No... Era algo mío y solo mío. No debía involucrar a nadie, mucho menos a él.

Un ruido al otro lado de la pared me sacó de mis pensamientos. Dorian alzó sus orejitas a mis pies y gruñó cuando oyó un par de golpes en la puerta.

Dejé escapar el aire contenido y me incorporé.

—¿Sí?

La puerta se abrió despacio y lo vi. Se asomó un poco, lo justo para encontrarme con sus ojos azules y con una expresión de arrepentimiento.

—Julia.

—¿Qué haces aquí?

—¿Puedo pasar?

—Ya estás dentro.

Sonrió a medias y cerró tras de sí. Yo percibí que mi pulso se descontrolaba un poco, porque verlo allí dentro lo cambiaba todo. Aquel era mi espacio, mi rincón, lo único que era solo mío, y Oliver estaba dentro.

—Yo... quería disculparme. Solo...

—Ya lo sé, Oliver.

Asentí, porque, en el fondo, entendía su postura. Ni siquiera podía decir que hubiera hecho nada malo. Bueno, excepto juzgarme sin saber nada de mí ni de mi vida y eso sí que me dolía. Fruncí el ceño y me encogí un poco entre las sábanas. Él se acercó y se arrodilló frente a mí.

—No. Siento haber cruzado un límite, Julia. Perdóname. Me he sentido una mierda en cuanto te has ido.

Lo observé bien. Desde esa postura, la luz de la luna entraba por una de las ventanas y le daba de pleno. Tenía la mandíbula tensa y parecía un poco retraído; me recordó demasiado al Oliver del principio, un Oliver que cargaba culpa, remordimientos y otros sentimientos negativos que no quería que volvieran a carcomerlo. Yo prefería al que había tenido a mi lado esos días. El que no se peinaba, ni se vestía, ni se controlaba. Un Oliver que parecía haber rejuvenecido y que se mostraba feliz.

Acaricié las arrugas que le salían por esa expresión de pesar y después di dos golpecitos en mi colchón, animándolo a sentarse conmigo.

—Ven aquí.

Lo hizo. Me acerqué más a la pared y él se tumbó a mi lado. Era tan pequeña que nuestros cuerpos se pegaban sin poder evitarlo, pero supe que era lo que ambos necesitábamos en aquel momento. Me dejé caer sobre su hombro y él pasó un brazo por encima de mi cabeza y me abrazó. Cerré los ojos y aspiré su olor; también asumí que todo parecía mejor cuando lo tenía cerca y eso me asustó.

Nos quedamos callados; Dorian se hizo una bolita en el suelo. Y Oliver observó mi caravana despacio, estudiando cada detalle. Mi ropa colgada en un perchero improvisado en un lateral, mis pañuelos atados en cualquier saliente que lo permitiera, mis estanterías llenas de collares de colores, perfumes hechos por mí misma con las flores del jardín, alguna fotografía y

pequeñas piedras pintadas con Nora. Dibujos empapelando los pocos huecos que quedaban vacíos. Los móviles de cristalitos que colgaban tapando la puerta y a los lados de las ventanas.

—Me gusta este sitio. Es... eres tú.

—¿Soy una caravana vieja? —Sonreí.

—No. Eres los dibujos de esa pared. Los colores que la llenan. Los colgantes de la ventana. Tu olor. Las flores que la rodean.

Se me erizó la piel. Nunca antes unas palabras me habían provocado tanto.

—Gracias.

Fue solo un susurro ronco; después lo abracé con fuerza por la cintura.

—¿Por qué?

—Por esto. Por haber venido a buscarme. Hoy lo necesitaba.

—¿Te hace daño?

No especificó, no dijo nada más, y ambos supimos a qué se refería.

Sentí el latido de mis cicatrices.

—Mucho.

—No volveré a preguntarte sobre ello. Te lo prometo.

Yo asentí, levanté la mirada y me encontré con la suya, franca e intensa. Y lo besé.

Tenía que haberme dado cuenta con aquel beso. Tenía que haberle pedido que se marchara, que dormir conmigo en la caravana se saltaba todas las reglas posibles, pero no lo hice. Solo me fundí con sus labios, dejé que Oliver me besara muy lento, que me acariciara el pelo, que me agarrase por la nuca, casi como si me sujetase, que me hiciera cosquillas con sus dedos sobre el estómago. Dejé que Oliver me demostrara que estaba a mi lado; que, al menos aquella noche, no estaba sola. Me besó como se debería besar siempre y después nos dormimos, envueltos en un abrazo.

Me levanté agarrotada y sin apenas poder moverme.

Me giré como pude y entonces lo vi. Tenía la boca entreabierta y dormía profundamente. Estaba muy guapo. Intenté levantarme, pero no podía; su pierna estaba enredada a la mía y su brazo sobre mi torso. Tiré de él, pero sin éxito; estaba atrapada.

—Oliver... —le susurré. Él ni se inmutó.

Le tapé la nariz y aspiró con fuerza por la boca, lanzando un ronquido, pero tampoco se despertó, así que le pellizqué el costado.

—Eh... Despierta.

Se movió un poco, pero tampoco funcionó. Lo observé bien y sonreí, mientras le metía la mano por dentro de los pantalones. Gimió entre sueños y me eché a reír. Entonces parpadeó y me dedicó una sonrisa somnolienta antes de estirarse.

—Me gusta tu sistema despertador.

Fui a apartar la mano, pero la agarró entre la suya y la apretó. Oliver pareció despertarse del todo; al menos lo hizo lo que ocultaba su pantalón.

—Y a mí tu manera de despertarte.

Me sonrió y chillé por la sorpresa al darse la vuelta con tanta rapidez que no pude reaccionar hasta verme atrapada bajo su cuerpo.

—¡Estás loco!

—Loco por esto.

Se deslizó por mi pecho y me subió la camiseta, hasta besar mi estómago. Me tensé cuando sus labios tocaron mis cicatrices, pero él me sujetó con firmeza por las caderas y no me lo permitió. Sentí que los ojos se me humedecían. Y después... y después solo lo sentí a él; en todas partes. Su boca, sus manos, su sexo.

Oliver

Fueron días bonitos. Ojalá hubiera sabido cuánto, antes de que se acabaran; o lo estropeáramos. Tampoco sé si hubiera servido de algo saberlo, aunque lo hubiese intentado. Me hubiese esforzado por expresar al máximo cada segundo de esa sensación de libertad que Julia me proporcionaba y que tardaría en volver a experimentar.

Después de aquella discusión, todo volvió a la normalidad. Al menos a lo que se había convertido en normal para nosotros, pese a que en otras circunstancias no lo hubiese sido para mí en absoluto. Pasábamos más tiempo desnudos que vestidos; no nos peinábamos; no usábamos los zapatos. Nos duchábamos juntos y nos metíamos mano en cualquier parte, daba igual que estuviéramos fuera de la casa o entre sus paredes. Comíamos con las manos y en la cama. O sobre la espalda de Julia, como aquella noche en la que dejé caer chocolate caliente en su piel. Eso sí, los desayunos con tortitas no los perdonábamos, ni las siestas que acababan siendo una excusa para probar una postura nueva o comernos a besos.

Aprendí muchas cosas aquellos días; como que mirar a alguien en silencio puede ser tan reconfortante como la mejor de las conversaciones; o que el sexo sabía mejor cuando era solo eso, sexo instintivo en el que nos dejábamos llevar. Y otras tantas que vinieron después.

A ratos, la miraba y no la comprendía. Tan diferente. No solo a las mujeres de mi vida, sino a todo lo que conocía. Su modo de ver el mundo con unos ojos que yo nunca tendría, su manera de restar importancia a esas cosas que a mí me oprimían el pecho, su forma de vivir como la vida le permitiera... sin más. Su forma de caminar, con los pies llenos de tierra y briznas de hierba, pero con una elegancia innata, moviendo las caderas e hipnotizándome. Y es que Julia tenía un cuerpo increíble. Era guapa. Mucho. Con su pelo rubio y sus ojos azules. Sus labios definidos. Sus curvas. Sus pechos llenos, grandes, naturales y su trasero redondo. Era verla y querer desnudarla. Pero no era solo eso. Era mucho más. El modo en el que sonreía a medias cuando miraba su jardín, como si significara demasiado para ella o como si fuese feliz con muy poco. La manera en que se ponía de puntillas para alcanzar los utensilios de la cocina y parecía bailar con elegancia por la estancia. Lo cariñosa que era con Dorian y Wendy; su complicidad con Nora.

La forma en la que arqueaba la espalda cuando entraba en ella. Todo. Era un cúmulo de cosas que provocaba en mí algo nuevo, algo intenso, algo casi incendiario. Como si se me hubiera encendido una chispa por dentro de una llama hacía mucho tiempo apagada. Eso era Julia. Un chispazo de vitalidad, de emociones.

A otros, ella me miraba a mí; lo sentía, aunque simulaba no hacerlo. Y me gustaba pensar que lo hacía con los mismos ojos que yo, como si viese en mí algo que poca gente había atisbado; como si me viese de verdad y aquello me hacía sentir mejor.

No lo sé... todo era demasiado fuerte, bueno, intenso, vivo. Todo era... demasiado como para intuir que se desbordaría y recordarme cada día que debía marcharme y darle las gracias por haber conseguido despertarme de nuevo. Porque no había sido aquel paréntesis de mi realidad el que lo había logrado, sino ella.

—Nora, ¿qué estás haciendo aquí?

Recibí a la niña con una sonrisa y la dejé pasar. Tiró la bicicleta en la entrada sin ningún cuidado y se coló en la casa.

—Necesito tu ayuda. Es importante.

Por su expresión, lo parecía. No pude evitar sonreír más, porque su preocupación me enternecía.

—¿No estaba Julia en tu casa?

—Sí, por eso he venido.

—¿Sabe tu madre que estás aquí?

Retiró la mirada y la clavó en el cuadro de las normas que estaba colgado en la entrada. Al final, suspiró y dijo la verdad.

—No, me he escapado. Estaban hablando de tu uve, otra vez, y ni se han enterado.

—¿De mi qué? —pregunté, confuso.

No tenía ni idea de qué me estaba hablando, aunque sentí la curiosidad asomándose con fuerza.

—No sé lo que significa. Solo tengo ocho años, Oli.

—Vale.

Pasó a la sala y se sentó en el sofá. Después abrió su mochila y sacó de ella una cámara.

—Necesito que me ayudes con el regalo de Julia.

—Claro. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Necesito que nos grabes.

—¿Nos?

—A Dorian y a mí. Hemos ensayado un número. Ven, te lo enseñaré. Necesitamos galletas.

Fuimos a la cocina y Nora cogió un bote con pequeñas galletas en forma de hueso. El perro la siguió emocionado. Después comenzó a darle órdenes y vi que Dorian se sentaba, le daba las dos patas e incluso se hacía el muerto cuando Nora fingía disparar con una pistola imaginaria. Era genial. Y me parecía increíble que la niña le hubiera enseñado todo eso ella sola.

—Oh, ya veo. Eso es genial. Le va a encantar.

—Ya lo sé —dijo con altanería. Yo me reí.

—Está bien, te grabaré. Pero me tienes que contar algo a cambio.

Me arrepentí al momento de haber dicho eso. Era una niña. De ocho años. Y yo estaba dispuesto a aprovecharme de su inocencia y confianza para sacarle información sobre Julia.

O quizá no; o quizá Nora iba a sorprenderme.

—¿Me estás chantajeando? Soy una niña.

Se cruzó de brazos, pero, al instante, alzó una ceja con picardía y supe que estaba dispuesta a colaborar.

—Es un trato. Favor por favor —le dije, casi suplicante.

—Pero este no cuenta. Me deberás otro a mí.

Abrí la boca, sorprendido por su picardía para negociar conmigo, y ella me dedicó una sonrisa inmensa. Los niños nunca dejarían de sorprenderme.

—De acuerdo.

—Trato hecho, entonces.

Me tendió su pequeña mano y la apreté con firmeza. En el acto recordé la cantidad de veces que había cerrado acuerdos empresariales de ese mismo modo, aunque fuera algo totalmente diferente. Porque estaba perdido entre montañas, en vaqueros y sudadera, sin afeitarse y cerrando un trato con una niña de ocho años que parecía capaz de conseguir cualquier cosa de mí sin apenas pestañear.

Nora sonrió y salimos fuera a grabar el vídeo en los alrededores del bosque.

—¿Qué más has oído sobre mí? —me atreví por fin a preguntar.

—Mi madre dice que te pareces a un actor de cine. Uno muy guapo que es un vampiro. Yo pienso que es muy rara si le gustan los vampiros.

—Sí que lo es.

—También dice que eres bueno para Julia. Que está más guapa desde que llegaste y que sonríe más. También dice que si ella lamiera la uve también sonreiría así.

La uve. No sabía qué diablos querían decir con eso, pero no era tan tonto como para no intuir que se trataba de algo para mayores de dieciocho años. ¿Sería uve de... verga? Me reí de mi propia conclusión.

—¿Cuentan esas cosas delante de ti?

—No. A veces me escondo en la despensa y las escucho. Pero no se lo digas.

Se tapó las manos al darse cuenta de que podía meterse en un lío, pero sacudí la cabeza.

—Tranquila, será nuestro secreto. ¿Y Julia no dice nada?

Y cuando ella iba a responder, Dorian comenzó a morderle el cordón de su zapatilla y a tirar de él, lo que provocó que Nora se distrajera y que mi plan se fuera al garete.

—Dorian, ¡aquí! Estás portándote un poco mal. ¿Grabamos?

—Sí, claro.

Fue divertido. Nora era una niña alegre y muy ingeniosa, y Dorian, pese a que era un tanto rebelde, se portó bastante bien y conseguimos unas buenas tomas. Nora me dijo que Leandro se ocuparía de pasar el vídeo a un *pendrive* para después poder ponerlo en su televisión y darle la sorpresa a Julia.

Cuando estábamos recogiendo sus cosas y guardándolas en la mochila, Nora se giró y habló, como si de repente se hubiera acordado de algo importante que no pudiese esperar por más tiempo.

—Ah, se me olvidaba. Julia dice que su jardín está más bonito que nunca.

—¿Qué?

Puso los ojos en blanco, como si yo fuese el crío y no ella.

—¿No querías saber qué decía de ti?

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—No tengo ni idea, pero mi madre dice que lo significa todo.

Me dejó pensativo, sentado en el sillón y dándole vueltas a esa frase. Sabiendo lo que significaba y sintiendo por dentro una sensación cálida al digerirlo. Una sensación que no debía estar allí.

Después fue a marcharse, pero se llevó las manos a la cabeza antes de salir y volvió a mi lado. Y solo sonrió. Mucho. Hasta darme un poco de miedo. Capté rápido sus intenciones y empalidecí.

—No voy a salir.

—¿Por qué no?

—No vas a grabarme, Nora.

—Mamá también ha hablado. Hasta Leandro. Tienes que decir algo...

Dio saltitos con las manos entrelazadas y suspiré. Ante esa niña, estaba perdido.

—De acuerdo.

Lo hicimos. Salimos fuera y me senté en el porche. Pensé que era el mejor lugar, ya que aquellos escalones habían sido un lugar de encuentro para nosotros desde un principio.

Y Nora me grabó. Supongo que podía haber dicho muchas cosas, pero

solo me salió eso. Puede que aún tuviera dando vueltas en mi cabeza aquella confesión, «Julia dice que su jardín está más bonito que nunca», y la explicación que le había dado Abigail, «mi madre dice que lo significa todo». No lo sé... solo sé que lo dije y lo dejé ahí, encerrado en aquel vídeo, y que después no se lo demostré.

—¿Qué vas a regalarle tú? —me preguntó, mientras la acompañaba un trozo del sendero caminando.

—Aún no lo sé.

—¿Quieres que te ayude?

—No hace falta, Nora, pero gracias. Por cierto, casi se me olvida. Para ti sí que tengo un regalo.

—¿Para mí?

Abrió los ojos ilusionada y le tendí una piedra que había pintado unos días antes. En ella salía una niña en bicicleta que se parecía bastante a ella. No se me da mal eso del dibujo. Nora la cogió con las dos manos y sonrió encantada.

—Sí. Me gustó mucho tu piedra. Es mi forma de darte las gracias.

—¡Me encanta!

Asentí. Después le señalé el camino que le quedaba por recorrer para llegar a su casa, que ya se veía a lo lejos.

—Deberías darte prisa o acabarán pillándote.

—Es verdad. ¡Gracias, Oli!

Pedaleó más rápido y yo la vi marchar, sin poder evitar corregirla. Odiaba ese diminutivo.

—Oliver.

—Gracias, Oliver. ¡Adiós, Oli!

Se despidió alzando la mano y yo solté una carcajada.

Cinco minutos después de entrar en casa, Julia apareció por la puerta. Parecía acalorada y supe que había regresado a un paso rápido.

—¿Qué quería?

—¿Te la has cruzado?

—Sí. Abi estaba histérica. Tiene que dejar de escaparse.

—Tranquila. Está bien.

—Ya sé que está bien. ¿A qué venía?

Dudé. Ella me miró y analizó la expresión de mi cara. No quería que supiera que ya me habían hecho partícipe de su cumpleaños, pero tampoco pude evitar jugar un poco con ella y su curiosidad.

—Nada. A verme.

Coloqué los pies en la mesa baja y crucé las piernas, poniéndome cómodo y disfrutando del momento.

—Eso ha dicho ella. Lo que necesito saber es por qué.

—Creo que no.

—Yo creo que sí.

Se dejó caer a mi lado y me observó, expectante. Tenía los ojos muy abiertos y las mejillas encendidas. Me acerqué un poco más, sin poder remediarlo. Era superior a mí.

Rocé sus labios con los dedos y después la agarré por la nuca.

—¿Qué estás haciendo?

—Besarte.

—Estamos hablando, Oliver. No me desconcentres.

—¿Te desconcentro?

Le dejé un beso en la barbilla antes de que me apartara.

—Sí. No quiero que lo hagas ahora.

—Pero me muero de ganas. —Señalé el letrero con las normas que estaba colgado fuera y leí en alto la que más me interesaba—. «En esta casa damos

besos cuando nos apetece».

Me estampó su boca con tanta rapidez que apenas me dio tiempo a reaccionar. Succionó mi labio y yo le respondí con la lengua, buscando con la suya y provocándole un gemido. Luego se soltó con la misma premura con la que había empezado.

—Vale, ya está. Ahora, cuéntamelo.

Suspiré y me separé de ella a regañadientes. Sonrió satisfecha. Lo que no sabía era que no había ganado aquella jugada. La miré y le sonreí yo también antes de decirle algo que, claramente, no esperaba.

—Vale. Nora venía a preguntarme qué es eso de «la uve».

—¿¡Qué!?

—Sí, os ha oído hablar de una uve que tengo y que tú lames a menudo. ¿Puedes explicármelo? Para poder compartirlo con la niña, ya sabes.

Julia se quedó pálida y después se sonrojó a la velocidad de la luz. Se llevó una mano a la frente y otra al pecho.

—Oh, Dios. Te estás quedando conmigo, ¿verdad?

—Lamento decirte que no.

—Madre mía.

Y entonces hizo algo que no esperaba; Julia se echó a reír.

—¿Te estás riendo?

—Sí. ¿No es gracioso?

—Sí, lo es.

Yo la acompañé. Explotamos a reír como dos tontos, sin dejar de mirarnos, lo que hacía que las risas aumentaran. Se me pasó por la cabeza que hacía meses que no me reía así, notando las lágrimas en los ojos y dolor en la mandíbula, y con Julia era otra cosa que parecía sencilla.

Cuando nos relajamos un poco, puse la mano sobre su pierna y la acerqué a mí. Ella evitó mi mirada.

—Eso puedes contármelo, ¿no?

—Supongo. Si no me muero de la vergüenza.

Sonreí y ella se echó a reír otra vez. No podía parar, pero estaba tan guapa... que pensé que me pasaría el día intentando hacerla reír.

—Quizá no hace falta que lo digas en alto. Solo... puedes enseñármelo.

—¡No te pases de listo!

Me dio una cachetada y después se puso seria.

—¿Qué pasa?

Pero no contestó. Solo se humedeció los labios antes de levantarse y arrodillarse entre mis piernas.

—Oye, Julia, no es necesario que hagas nada que no quieras, estaba bromeando.

Subió mi camiseta hasta dejar parte de mi estómago al aire y desabrochó mis vaqueros.

—El caso es que sí que quiero.

Tragué saliva y comenzó a recorrer con sus dedos parte de mi piel expuesta. Con una mano a cada lado, marcando los oblicuos. Entonces lo entendí. Solté una carcajada.

—Vale. La jodida uve.

Ella se rio y su aliento me calentó, porque sí, su boca había pasado a investigar también por su cuenta.

—La jodida uve, Oliver.

Eché la cabeza hacia atrás y cogí aire, antes de sentir los labios de Julia donde la uve perdía su nombre.

Julia

Hay quien piensa que solo se debe celebrar lo que se tiene. Cumplir años. Ascensos. Nacimientos. Bodas que engloban el amor. Cosas que vamos consiguiendo, objetivos tachados de esa lista imaginaria que, antes o después, todos hacemos. Pero ¿por qué no celebrar también lo que no se tiene? ¿Lo que nos falta? ¿Lo que nos indica que no va a poder ser? Ver las pérdidas como comienzos. Como el inicio de nuevas etapas en las que te miras al espejo y te dices que no pasa nada, que la vida continúa y tú lo haces con ella. Que será diferente, pero no por ello te hará más desgraciada. Que mereces ser feliz aunque renuncies a ciertos sueños.

Yo lo hice, y no fue fácil, pero la vida nunca lo es, por eso es tan especial.

Sin embargo, aquel día, sí que se trataba de celebrar. Cumplía treinta y dos años.

Me giré en la cama y las vi. Eran de color azul, tres pequeñas flores que Oliver me regalaba aquella mañana. Sonreí sin remedio; después fruncí el ceño. No le había dicho que era mi cumpleaños. Nunca me apetecía celebrarlo, porque hacía años que había dejado de importarme, pero eso no evitaba que lo fuera y que yo se lo hubiese ocultado.

Me levanté y me di una ducha rápida antes de bajar como siempre, con una de sus camisas. Me había acostumbrado tanto a ellas que iba a darme pena tener que desprenderme de esa rutina cuando él se marchara. Olían a él y me aportaban una calidez diferente.

Bajé las escaleras y saludé a Wendy, con la que me crucé antes de desaparecer ella en el piso de arriba. Al llegar abajo, fue Dorian el que me recibió contento. Y, por último, él.

—Buenos días.

Se acercó a mí y me besó a conciencia. Echó mi cuerpo hacia atrás y me besó como en las películas, haciéndome reír dentro de su boca.

—¿A qué viene esto?

—No he podido evitarlo. Estás preciosa. Deberías usar siempre mis camisas.

—Me lo pensaré. Igual lo pongo de moda por aquí.

Le devolví el beso, porque yo tampoco podía evitarlo, y después me senté en el taburete, un poco cohibida por ocultarle algo que sabía que a él le gustaría saber, más todavía al ser tan encantador.

—Festival de tortitas.

—Me has convertido en una adicta.

—Lo gracioso es que hacía años que no las preparaba.

—Cuando te vayas, moriré de pena comiendo mis bizcochos —bromeé.

Sin embargo, el ambiente se tornó tenso. Incómodo. Se intuía una conversación que ninguno de los dos deseaba mantener. Era mucho más fácil ignorar que se marcharía que hablar de ello.

—Te apuntaré el secreto de la receta.

—¿Secreto? Pensé que las hacías según mi libro de recetas.

—Sí, pero tienen mi toque. ¿Qué te creías? ¿Que tu receta era tan buena?

Le tiré un trozo a la cara que le dio en la mejilla. Me tapé la boca con las dos manos, asombrada por lo que acababa de hacer, y de pronto Oliver se levantó y yo eché a correr, pero no llegué muy lejos.

Creo que hay pocas sensaciones tan vivas como la de reírte tanto que no puedes respirar. Y eso sentía yo, mientras él me cogía en brazos y me llevaba de nuevo a la cocina, hasta sentarme encima de la mesa.

—¿Qué vas a hacer? Perdona, no quería, pero... —le decía con cara de niña buena, sin poder controlar la risa.

Oliver sujetó mis manos con una de las suyas y con la otra lo vi meter los dedos en un bol de mermelada. Yo no podía dejar de reírme, se me escapaba la risa entre las palabras, la emoción y los nervios, como si fuera una cría jugando a algo que le venía grande.

—Te has portado mal, Julia.

—¿Qué haces con eso? Por favor, Oliver, no...

Pero no pude terminar, porque sentí el frío de la confitura colándose por el escote de la camisa y chillé.

—Ahora me toca a mí portarme mal.

—No te atreverás.

Intenté que sonase desafiante, pero solté un ronquido bastante ridículo entre las carcajadas.

—¿Es un reto?

Negué con la cabeza. Él lamió la mermelada de mi piel y después pasó la lengua por los restos de sus labios. Sentí la humedad entre mis piernas. Daba igual lo que hiciéramos, aquello siempre se cargaba entre nosotros, como una chispa que saltaba en cuanto nos tocábamos o nos mirábamos más de la cuenta.

—No, pero yo también quiero jugar.

Sonrió de medio lado y me soltó una mano. Supongo que Oliver pensaba que iba a meterla en otro bol y cubrirle a él el cuerpo con mermelada de ciruela, por ejemplo, pero no. Lo que hice fue algo que lo sorprendió, a juzgar por el modo en que su respiración se alteró y su mandíbula se tensó.

Metí los dedos por mi escote y cogí parte de la mermelada que quedaba, después abrí mis piernas y me acaricié.

—Contigo siempre es mucho más divertido —susurró.

Sonreí. Después Oliver tiró de mis piernas y me tumbó, mientras su lengua desayunaba y yo volaba con sus caricias.

Estábamos en la ducha cuando alguien llamó a la puerta. El desayuno había acabado siendo un asalto sexual demasiado indecente como para recordarlo sin estremecerme, y nos había tocado meternos en la ducha, pegajosos y sudados, aunque relajados como nunca.

Me enrosqué en una toalla y bajé las escaleras corriendo. En la mitad del trayecto, me quedé helada en el sitio.

—¿Qué haces tú aquí?

Su rostro. Su mirada. Los recuerdos. Todo volvió en tromba y tuve que sujetarme a la barandilla.

—Perdona, Julia. No abrías y sigues sin cerrar la puerta. Pensé que no

pasaba nada por esperarte dentro hasta que volvieras.

Su voz.

—Te lo repito. ¿Qué estás haciendo aquí, Aarón?

—Te he traído esto. Feliz cumpleaños, Julia.

Me mostró una pequeña caja envuelta en papel de regalo, pero negué con la cabeza.

—No lo quiero.

Suspiró y se pasó la mano por el pelo antes de guardarla en el bolsillo de su cazadora.

—¿Tampoco vas a tomarte un café conmigo? Tenemos que hablar.

Estaba guapo. Siempre lo había sido, así que no tenía motivos para no estarlo.

No obstante, hubiera sido mucho más fácil que no me recordase tantas cosas bonitas con esa mirada que parecía desnudarme o esa sonrisa que siempre parecía pedir perdón. Tan ensayada, tan estudiada.

—No... yo...

Percibí la presencia de Oliver detrás de mí y me tensé.

—Julia. —Su voz denotó sorpresa al encontrarse con otra persona en la entrada de la casa—. Oh. Perdona.

—... estoy acompañada.

—Ya lo veo. —Su mirada oscura abandonó la mía y se clavó en la de Oliver—. Hola, soy Aarón. Su exmarido.

Y, tras esas palabras, todo fue silencio, un silencio que quise romper en mil pedazos.

Parpadeé, incómoda, y me giré para ver la expresión de Oliver.

Sin embargo, no encontré nada. No parecía tenso, ni sorprendido, confuso o enfadado; solo parecía indiferente. Estaba tan acostumbrado a no mostrar sus sentimientos que daba la impresión de que no sentía nada, pero yo ya lo conocía lo bastante para saber que aquella visita inesperada había provocado algo en él. Lo que no sabía era el qué.

—Hola, soy Oliver.

—Él es...

Pero no supe continuar esa frase. ¿Cómo hacerlo? ¿Un amigo? ¿Un huésped? ¿Un rollo sin importancia? ¿Alguien especial? Al final, él lo hizo por mí.

—Yo me voy. Seguro que tenéis cosas de las que hablar.

Y desapareció sin más hacia el piso de arriba, dejándome sola y helada en mitad de las escaleras, mientras sentía la mirada de Aarón puesta en mí.

Lo odié. Lo odié tanto que tuve que demostrárselo.

—¿Por qué has venido? No quiero verte. No quiero que vuelvas.

Bajé los últimos peldaños y me enfrenté a él. Me sentía pequeña, y no solo por lo alto que era, sino por lo poca cosa que me sentía a su lado.

—Julia... lo siento.

—Ya. Máchate.

Pero me tocó. Posó una mano en mi codo y me susurró:

—Un paseo. Te lo prometo. Escúchame y después me iré.

Me vestí y me lo encontré fuera, esperándome sentado en el porche; después echamos a andar por el camino. No me gustó que estuviese allí, como si ese sitio ya le perteneciera de algún modo a Oliver. Al pensar en él, alcé la mirada hacia la ventana de su dormitorio.

—¿Es tu novio?

—No te importa.

—Te mentaría si te dijera que me lo esperaba, pero lo cierto es que no.

—¿Te sorprende que pueda acostarme con alguien más que no seas tú?

Su rostro se crispó y supe que estaba mordiéndose la lengua, lo que me decía que Aarón venía dispuesto a hablar de verdad y no a discutir. Pero yo, no. Yo tenía tanto dolor asociado a él que su visita sorpresa solo me producía rechazo.

—No he dicho eso, Julia, solo... no me lo esperaba. ¿Vais en serio?

—Ya te he dicho que no te importa.

—En realidad, sí. Al menos para lo que tengo que decirte.

Me tensé. Llevaba demasiado tiempo esperando algo por su parte y llegaba en el peor momento. Como siempre. Era un especialista en eso.

—No tenemos todo el día —lo apremié, y comencé a caminar más rápido, porque cuanto más lejos me sintiera de casa y de Oliver menos me costaría enfrentarme a un pasado que no tenía cabida allí.

Aarón se pasó la mano por la cara; estaba nervioso. Siempre me había parecido uno de sus gestos más dulces, más vulnerables, pero en ese instante tenía ganas de abofetearlo.

—Bien... yo... quería disculparme. Por lo del último día.

—No apareciste.

—Lo sé.

Había ocurrido apenas un mes atrás. Yo había recibido un mensaje suyo diciéndome que quería verme y lo había estado esperando. Dos horas. Sentada en el porche, como una estúpida, pero no había aparecido. Y lo había hecho precisamente en mi fiesta especial, amargándomela. Igual que hacía de nuevo, el día de mi cumpleaños, trastocándolo todo.

Me sentía estúpida, porque la realidad me golpeaba de nuevo y yo seguía permitiéndole colarse por un hueco en mi vida, esa vida en la que no había espacio para él.

—¿Por qué no viniste?

—No... no estaba seguro, Julia. Quería venir a decirte esto, pero me acojoné.

Yo me reí.

—Solo querías follar, como siempre. Encontrarías un plan mejor y se te olvidaría. Sé que dejé de ser tu prioridad hace tiempo.

Entonces se frenó y me agarró a mí del codo, obligándome a parar y a mirarlo a los ojos. Negros, oscuros, insoldables. Tragué saliva, porque también vi en ellos algo que hacía demasiado que no veía. Aquello que me

ató durante tantos años a él y que aún se sostenía por un fino nudo.

—No. Venía dispuesto a decirte que te echo de menos. Me equivoqué. Me... La cagué, Julia.

—No te imaginas cuánto.

Los recuerdos volvieron con fuerza, todos, uno detrás de otro, los buenos, los regulares, los malos. Sobre todo los malos. Los últimos. Las decepciones, los reproches, los miedos. Y una ruptura que me rompió a mí cuando estaba tan rota que pensé que acabaría conmigo. Una despedida cuyo motivo hizo que, por un tiempo, yo dejara de quererme.

—Julia...

Sus ojos estaban cubiertos de lágrimas y aquello me descolocó por completo.

Aarón nunca lloraba. Nunca lo había visto llorar más que en una ocasión, y lo había hecho por un motivo que abarcaba mucho más que solo nosotros dos. Una ocasión en la que decidió dejarme porque yo no podía darle aquello que tanto ansiaba.

Verlo llorar frente a mí me hizo temblar y sentirme otra vez pequeña a su lado, y darme cuenta de que seguía teniendo sentimientos anudados a él, a su presencia, a lo vivido, a lo perdido.

Yo también me eché a llorar.

—No puedes hacerme esto.

—Te quiero, Julia. Siempre te he querido. No puedo dejar de hacerlo. Siento lo que hice. Lo que nos hice.

Y yo pensé que era imposible que me quisiera, porque, si de verdad lo hubiera hecho del modo en que yo llegué a amarlo a él, nunca me hubiese abandonado en una habitación de hospital.

—Tendrás que vivir con ello.

Me sujetó las mejillas con las dos manos y yo cerré los ojos. Sentirlo tan cerca me abrumaba. Noté que acercaba sus labios a los míos y me eché para atrás.

—Vamos, Julia...

—No.

Clavé la mirada en la suya con determinación y entonces lo supo. Supo que yo ya no era la misma Julia y que aquello se había terminado.

Aarón asintió y volvió a dar otro paso hacia mí, pero ese no se lo negué. Supongo que ambos lo necesitamos. Pasó los brazos por mis hombros y me abrazó. Yo me agarré a su cintura con desesperación y lloré todo aquello que no había llorado nunca antes con él, porque me había abandonado.

Porque hay momentos duros en la vida que deben llorarse para poder dejarlos ir.

Oliver

Los vi regresar desde la ventana. Se despidieron con la mirada y él desapareció por el sendero. Julia siguió andando, pero, al llegar al porche, se paró. Se quedó muy quieta unos segundos, antes de doblársele las rodillas y echarse a llorar.

No pensé, solo bajé corriendo las escaleras y abrí la puerta. Y allí me la encontré, rota en lágrimas y hecha un ovillo sobre el suelo.

—Shhh, tranquila. Ven. Agárrate.

Lo hizo. Se sujetó pasando las manos por mi cuello y la alcé. Después la subí en brazos y la tumbé en la cama. Se quedó igual que en el suelo de abajo, con la mirada perdida, y yo no supe qué hacer. No supe si echar a correr hasta pillarlo y matarlo o sentarme a su lado y abrazarla. O quizá dejarla sola.

Al final, opté por la opción que me parecía más sensata, pero que menos me apetecía. La tapé con una manta y salí de allí.

No puedo decir que no me sorprendió. Cuando lo vi, sentí un deseo tremendo de darle la mano y tirar de ella, una necesidad un tanto absurda y animal de dejarle claro a él que Julia estaba conmigo; aunque supongo que el vernos a los dos solo vestidos con una toalla ya era indicio suficiente. Tampoco podía negarme la decepción al descubrir que había estado casada. No por saber que compartía algo grande con otra persona, sino porque yo le había hablado de Patricia y ella nunca se había abierto ni siquiera un poco. Me dolía saber que no confiaba lo suficiente en mí, y yo solo quería abrazarla.

Joder.

Cerca de las dos, subí a verla. Coloqué algo de comida en una bandeja y decidí que tenía más de un motivo para merecerse comer en la cama.

Abrí la puerta y me la encontré dormida. Aún tenía los ojos un poco hinchados.

Le acaricié la mejilla y ella parpadeó, antes de enfocar la vista del todo y

encontrarme. Entonces suspiró con fuerza y yo sonreí.

—Es la hora de comer.

—No tengo hambre.

—Pues yo sí. ¿Te importa?

Me senté a su lado y le di un bocado a un sándwich. Ella se incorporó y se retiró un par de mechones de la frente. Parecía agotada.

—¿De qué es?

—De todo un poco. Tenemos el frigorífico lleno de sobras, Julia.

Ella se rio. Después alargó la mano y cogió uno igual para ella. Comenzó a comerlo sin dejar de mirarme, pellizcando con los dedos pequeños trozos que después se llevaba a la boca.

—Has dicho *tenemos*. Eso suena muy matrimonial, Oliver.

Había sido un lapsus, me di cuenta rápido, y en otras circunstancias ella se habría reído de mí o yo me lo hubiese cuestionado, pero en aquel momento me sirvió para entrar en un tema que no sabía cómo abordar.

—Por lo que veo, ambos tenemos experiencia en eso.

Su rostro se descompuso y vi que sus ojos se humedecían de nuevo.

—Lo... lo siento.

—Eh, no.

Le quité la comida y la dejé en la bandeja. Luego me levanté y me coloqué detrás de ella, dejándola sentada entre mis rodillas. La abracé por la cintura y apoyé la barbilla en su hombro. Y me olvidé de todo, de esa decepción por su falta de confianza, de los celos asociados a la imagen de los dos juntos, de la furia por saber el daño que él le hacía, de todo. Me olvidé de todo, porque solo podía pensar en que no llorase y en hacerla sentir bien.

—Lo siento, Oliver. Él no debería haber venido.

—Eso me ha parecido. Pero no pasa nada. Es tu vida. Ni siquiera tengo derecho a enfadarme por no saber cosas de ti.

—¿Ah, no?

—No. No debo saber más de lo que tú quieras que sepa, Julia.

Ella asintió y se dejó caer sobre mi pecho.

Estuvimos unos minutos así, callados, reflexionando cada uno sobre lo que nos ocupaba la mente, hasta que ella me sorprendió, levantándose con rapidez y girándose. Colocó una pierna a cada lado de mi cuerpo y se quedó subida a horcajadas. Y sonrió. Sonrió de verdad y yo contuve el aire. Siempre me parecía guapa, pero, en aquel instante, me pareció demasiado bonita, demasiado todo como para intuir que aquello ya se había convertido en un problema.

Los brazos de Julia rodearon mi cintura y se dejó caer hacia adelante, hasta que su frente tocó mi pecho. Levanté la mano y le acaricié la espalda. Y la sentí muy cerca. Más cerca que nunca, pese a que no me dijera nada con palabras, pero sí lo hacía con aquel acto y mostrándome su vulnerabilidad de un modo tan natural que abrumaba.

Enseguida un aroma ya familiar lo llenó todo. Era suyo. Olía a flores. Como si llevara su jardín con ella adonde quiera que fuese. Como si ella fuera la parte más esencial de ese lugar.

Me tensé al ser consciente de esa intimidad, de esa intensidad, de esa cercanía que estábamos compartiendo, saltándonos otro muro y dejándonos cada día un poco más desnudos. Hacía ya muchos días que había perdido esa parte de mí que en otras circunstancias se hubiera disculpado y se hubiese negado a un contacto que no podría acabar bien. Porque Julia... Julia tenía algo tan atrayente que me confundía.

Había acudido a aquel refugio buscando escapar de mis adicciones y había caído en otra mucho más grande.

—Oliver, gracias.

Bajé la cabeza y me encontré con la suya alzada. Parecía contenta; como si todos esos fantasmas que se habían despertado con aquella visita inesperada se hubieran evaporado solo por un abrazo.

—No tienes por qué darlas. ¿Estás mejor?

—Sí.

—Me alegro.

Me sonrió como nunca, con todas sus ganas, y después dijo algo que no se me olvidaría en la vida. Algo a lo que me agarraría meses más tarde y que cobraría sentido.

—Dicen que los miedos desaparecen si te abraza la persona correcta.

—¿Pues te cuento un secreto?

—Me gustan los secretos.

Y se lo confesé, porque en ese momento lo sentí tanto que tenía pánico de que, si no lo exteriorizaba, se me quedase atado para siempre dentro.

—Yo nunca había tenido tanto miedo en mi vida.

Julia

Oliver me dejó sola con la excusa de que le apetecía salir a correr un rato. No le insistí en que se quedara remoloneando conmigo en la cama, aunque en realidad era lo único que me apetecía, pero habíamos compartido una situación demasiado íntima y unas palabras por su parte que lo habían sido aún más, así que supuse que lo mejor era alejarnos un poco.

Me sentí una idiota al darme cuenta de que seguía sin decirle que era mi cumpleaños. Me dije que, cuando regresara, lo invitaría a mi fiesta. Era lo menos que podía hacer; más aun después de lo que había ocurrido y de cómo había reaccionado él. Otro, en su lugar, se hubiera sentido engañado, o por lo menos molesto, pero Oliver no era así. En Oliver la preocupación por mí primaba sobre lo que él pudiera sentir o pensar, lo que hacía que cada día me gustase un poco más.

Pensaba en Aarón y me tensaba, pero ya estaba, me había desahogado y, por fin, había sido capaz de decirle que no a algo. Ni siquiera me lo creía, pero me percibía dando pasos en la dirección adecuada. Al menos en una que me alejaba de él, lo que ya me parecía un gran progreso.

No obstante, cuando me duché y me vestí, él aún no había aparecido y, a las seis en punto, Abi y Nora entraron por la puerta y nos secuestraron a Dorian y a mí. Con Wendy no tuvieron suerte, ya que desapareció en cuanto percibió las intenciones de Nora.

—Tengo que esperar a que vuelva Oliver.

—No te preocupes, nos lo hemos encontrado.

—¿De verdad?

—Sí, sudado y con una camiseta que parece papel de fumar. Este chico sí que sabe provocar.

Me reí. Nora parecía sospechosamente nerviosa.

—No lo he invitado.

—Tranquila, le he dicho que hoy cenas con nosotros.

—Abi, tengo que...

—No pasa nada, cuando vuelvas ya lo celebras con él como se merece. Seguro que se te ocurre algo a la altura.

—Pero...

Pero no hubo manera y, un rato después, me vi con una venda en los ojos entrando en la finca de Leandro, mientras Nora me indicaba entre risas los pasos que tenía que dar para no matarme.

Cuando llegamos donde ellas querían, me quitaron el pañuelo de los ojos y no pude más que sonreír.

La casa estaba preciosa, llena de guirnaldas de papel y de juegos que Nora había preparado en forma de yincana, y que eran más para ella que para mí, pero que disfrutamos juntas, mientras Leandro y Abi se encargaban de la cena en la cocina.

No me dejaron ocuparme de nada, solo tenía que estar allí, sin más, relajada, acompañada por las risas de Nora y su alegría infinita, con Dorian a mis pies. Y era perfecto. Aun así... echaba de menos a Oliver. Me arrepentía. Me había esforzado tanto por mantener unos límites bien definidos con él que se me había olvidado la importancia de dejarse llevar por los sentimientos cuando son buenos, y él ya era una persona especial para mí como para estar a mi lado y junto a mi familia. Al menos, aquel día.

Abi se sentó con una copa de vino.

—¿En qué piensas tanto?

—Debí haberlo invitado.

—Lo sé.

Torcí los labios en una mueca y entonces se lo confesé. No era un tema del que me apeteciera hablar en ese momento, porque me entristecía y me recordaba vivencias que no me hacían bien, pero necesitaba que Abi lo supiera. Ella había estado siempre a mi lado con esa historia. Cada vez que Aarón me llamaba o aparecía sin avisar y acababa acostándome con él; cada vez que se marchaba sin más y yo me quedaba hecha mierda por haber caído de nuevo; cada vez que me derrumbaba, Abi me recogía.

—Ha ocurrido algo, Abi. Aarón ha venido esta mañana.

—Hijo de puta...

—Tranquila.

Le cogí la mano. Ella soltó una risa fingida, pero estaba furiosa. No lo conocía, pero lo odiaba con todas sus fuerzas.

—Y tenía que hacerlo justo hoy, el día de tu cumpleaños. ¿No te das cuenta, Julia?

—Sí, me doy cuenta. Pero ha sido diferente.

—¿En qué? Ah, bueno, supongo que hoy se ha quedado sin sexo por culpa de la presencia de Oliver.

Me dolió su respuesta, pero la entendía. Hasta aquel día, yo siempre acababa dejándome llevar; no podía culparla por creer que yo era tan fácil para Aarón como parecía.

—Me ha dicho que se equivocó. Y que aún me quiere. Ha llorado, Abi.

—Mi marido también lloraba, Julia.

Su respuesta me provocó un escalofrío.

—Lo siento, no...

—No es lo mismo, lo sé. Pero se le parece. Aarón nunca te puso una mano encima, pero te hizo sentir tan insignificante como si te hubiera dado mil golpes. Hay golpes invisibles, Julia. Nunca olvides cómo te sentiste. Nunca. Por muchas lágrimas que muestre. Nunca te olvides de tus cicatrices.

Me palpé el estómago y asentí. Sus palabras no admitían réplica.

Cuando el sol comenzaba a meterse, Nora me cogió de las manos y me llevó emocionada al pequeño patio resguardado de la casa de Leandro. Era un espacio separado del resto de terreno, con suelo empedrado, un techado de tela y cerrado por otros muros de piedra para poder cenar fuera y cortar el aire las noches un poco más frescas. Habían encendido unas pequeñas bombillas que colgaban de unas cuerdas, dándole un aspecto casi mágico, y la mesa estaba preciosa, con la vajilla blanca, velas encendidas en tarros de cristal y jarrones con flores de colores. Era perfecto.

Me giré y comencé a dar saltitos emocionada antes de abrazarlas.

—¡Gracias! Es genial.

—¡Felicidades, girasol!

Nora me dio un beso de gnomo, acariciando mi nariz con la suya, y Abi uno en la mejilla. Al momento, salió Leandro y lo achuché con fuerza antes de que se me escapara. Él se resistió, pero al final me dio un apretón en la espalda y su susurro provocó que me emocionara.

—Felicidades, cariño.

Nos sentamos y abrieron una nueva botella de vino. Abi sirvió, mientras vi que Leandro miraba el reloj y fruncía el ceño. Picoteé un trozo de pan y bebí un poco.

—¿No vais a darme de comer? —pregunté confusa, ya que me parecía raro que nos hubiéramos sentado tan rápido si no tenían intención de comenzar a cenar.

Entonces a Nora se le escapó una sonrisa ilusionada y Leandro habló, dejándome patidifusa.

—Por fin...

Me giré y lo vi allí plantado, un poco avergonzado, y con una cesta en las manos tapada con un trapo. Abrí la boca sorprendida, pero no me salió ni una palabra.

Abi se levantó, le dio dos besos a Oliver y le quitó la cesta, que llevó a la cocina. Después él saludó a Leandro con un apretón de manos, como si ya se conocieran, y a Nora con un beso en la mejilla y un pellizco en la nariz. Como si fuera normal, familiar, como si encajara. Por último, se acercó a mí y me dio un beso como el de Nora, pero diferente, mucho más pegado a la comisura de los labios, mucho más significativo y especial. Un beso que me provocó un estremecimiento distinto, uno que en el acto aceleraba los latidos de mi corazón.

—Felicidades, Julia.

Oliver se sentó a mi lado, y Abi colocó sus cubiertos y sus platos, escondidos bajo la mesa para no estropear esa extraña sorpresa. Los miré a todos, uno a uno, y su expresión me dijo que aquello era parte de un regalo que yo no sabía que deseaba, pero que así era; deseaba que Oliver estuviese allí, en mi mundo, aunque solo fuera por una noche.

Y sonreí, dejándome llevar y poniendo una mano en su pierna, que él entrelazó con la suya sin dudar.

Creemos creyendo que la familia se mide por los lazos sanguíneos que nos unen, pero no es cierto. La familia son los lazos que surgen espontáneos, fuertes, resistentes, que hacen tu vida más bonita y más completa. Yo ahí tenía la mía.

Nora se reía a carcajadas de las tonterías que Oliver hacía. Abi y Leandro conversaban y discutían sobre las recetas que habían hecho entre los dos y yo los observaba, más callada que de costumbre, pero inmensamente feliz.

Lo miré, estaba contándole a Nora que de pequeño se pilló un dedo con la puerta y le enseñaba una cicatriz que aún se le notaba, mientras ella subía la pierna a la mesa y le mostraba a su vez la marca de su rodilla. Leandro le reñía por poner el pie en el mantel y Abi sacudía la cabeza, resignada pero encantada.

Todos teníamos nuestra propia familia lejos, porque renegaban de nosotros o porque la habíamos perdido. Y habíamos formado una nueva, mucho más especial de lo que hubiéramos imaginado. Lo que no terminaba de comprender era qué pintaba Oliver en aquella ecuación. Supongo que nada; sin embargo, la sensación de que encajaba a la perfección no dejaba de atosigarme y de gritarme cosas en mi cabeza que me esforzaba por ocultar.

—¿Qué te pasa? Estás muy callada.

—Nada.

Sonreí a Oliver y él apretó la mano sobre mi muslo. Se había colado hacia rato por debajo de la falda y lo acariciaba sin parar. Era reconfortante. Era como la sensación de tener un arnés de seguridad atado al cuerpo mientras escalas una montaña. Así me sentía.

—¿Estás contenta? ¿O preferías que no hubiera venido?

—No, de hecho tengo que pedirte perdón. Por no haberte invitado yo misma.

—No pasa nada, Julia.

Se llevó mi mano a su boca y me dejó un beso en la muñeca. Percibí el nudo de mi estómago creciendo, intensificándose y quise echarme a llorar,

porque sí que pasaba. Quise explotar, porque, por mucho que lo escondiese, había evitado que Oliver acudiese a la celebración porque tenía miedo. Miedo de eso que estaba sintiendo en ese instante.

Tenía miedo de quererlo.

Oliver

Era bonito. Todo. La casa, cómo se habían esforzado por que el ambiente y la decoración fuesen perfectos para ella, cómo la miraban e intentaban hacerla sonreír, cómo lo hacían ellos. Se querían, y me gustó que me dejaran verlo.

Nora estaba eufórica. Su alegría era contagiosa. Me hacía reír a menudo y me gustaba bromear con ella, porque era lista y enseguida captaba si le estaba tomando el pelo o no. Abigail la miraba con ese amor que solo había visto en los que son padres y que siempre había deseado experimentar; una emoción única bailando en sus ojos. Me sorprendió verla también en Leandro al mirarla a las tres. Tenían un vínculo especial y, a ratos, me preguntaba qué pintaba yo allí; a otros me sentía agradecido.

Julia parecía feliz. Estaba callada, un tanto ausente, pero se sentía bien, cómoda y querida. Sobre todo, querida. Yo también quise que así fuera, que lo sintiera. Después de haberla visto llorando y tan triste, me había prometido a mí mismo que haría lo que fuese necesario para que tuviera un buen día. Incluso la peor tarta de la historia...

Dios... solo de recordar el aspecto que tenía me daban ganas de salir corriendo con ella bajo el brazo y llegar a Barcelona.

No sé cómo lo habían hecho, pero, al volver de dar una vuelta por el bosque siguiendo las instrucciones de Nora, me había encontrado con una bolsa llena de ingredientes y una nota de Abigail bajo la mesa de la cocina con la receta que, supuestamente, debía cocinar. Y después había pasado las dos peores horas de mi vida; al menos, en lo que respecta a habilidades culinarias. El modo en que había dejado la cocina antes de irme era una buena muestra de ello, pero no me había dado tiempo a recogerla. Bastante que no había calcinado nada.

—Vale, y ahora el regalo de Oliver.

La voz de Abigail me sacó de mis pensamientos. A mi lado, Julia pestañeó, confundida.

—¿El qué? —dije, porque no esperaba ese protagonismo.

—Chico, ¿en qué habíamos quedado? En que parecías inteligente.

Sacudí la cabeza y me levanté, riéndome entre dientes por las palabras de Leandro.

Entré en aquella casa preciosa y enorme en la que nunca había estado y encontré rápidamente la cocina. Saqué la tarta de la nevera y la observé sobre la encimera antes de salir.

—¿Tan mala pinta tiene? —preguntó Abigail a mi espalda.

—Júzgalo tú misma.

Se asomó y sus carcajadas provocaron las mías. Era inevitable. No era la peor tarta de la historia, al menos tenía forma de tarta, pero, sin duda, podía llevarse algún premio al respecto.

—Es genial.

—Es espantosa.

—No, Oliver. —La miré y entonces su expresión me dijo que quizá se trataba de eso; que aquello era lo que Julia necesitaba, que alguien le hiciera una tarta, por muy fea que fuera—. Es perfecta, hazme caso.

Colocamos una vela en el centro y salimos. Entonces vi a Julia y supe que sí, que aquel desastre de chocolate bien merecía la pena.

Leandro sacó un encendedor de su bolsillo y prendió la mecha. Nora aplaudía emocionada.

—¿La has hecho tú? —preguntó Julia cuando regresé a su lado.

—¿No te parece obvio? —aportó Leandro, aunque pude ver un brillo de reconocimiento en sus ojos.

—Es de chocolate y nueces. ¿Puedo comer dos trozos?

Nora y su madre empezaron a discutir sobre cuánta tarta podía comer, mientras Julia no dejaba de observarme.

Quise besarla. La hubiera tumbado allí mismo, encima de la maldita tarta incluso, pero no hice nada de eso, solo asentí y vi que ella dejaba escapar el aliento contenido y después me susurraba un *gracias* que provocó en mí tantas cosas que carraspeé incómodo y le solté la mano. Supongo que no era un buen gesto, pero, si se dio cuenta, fingió no hacerlo.

—Tienes que pedir un deseo. ¿Aquí también pedimos deseos, mamá? ¿O

solo es en la fiesta especial de Julia?

—Aquí, también. Pero este es para ella sola.

Julia lo hizo. Cogió aire, cerró los ojos y después sopló con fuerza. Antes de que la llama se apagara del todo, se giró y me miró. Y solo entonces comprendí que las personas a veces somos deseos.

Debo reconocer que la tarta estaba hasta buena. Todos comieron y me alabaron, aunque el chef jubilado me suspendió en presentación, pero lo hizo con una sonrisa.

Recogimos la mesa entre todos y entramos en la casa. Nora, a esas alturas, estaba fuera de sí y parloteaba sin descanso. Pusieron la televisión y obligaron a Julia a sentarse en el medio del sofá. Yo me quedé un poco apartado, en una butaca. Me sentía cómodo, ninguno hizo nada que me hiciera pensar lo contrario, pero, incluso siendo así, a la vez me veía un poco fuera de lugar; como si estuviera siendo testigo de algo que no debía; como si me hubiese colado en una celebración que no me pertenecía.

Nora dio al botón y todos vieron el vídeo que habían preparado para Julia en el más absoluto silencio.

Yo la miraba a ella.

El primero en salir era Leandro.

—Feliz día, Julia. —Fruncía el ceño y reñía a Nora mirando detrás de la cámara, que temblaba a ratos por la inestabilidad en las manos de la pequeña —. ¿Quieres estarte quieta, niña? Espero que te guste la cena. Hacía años que no cocinaba una musaka vegetal. En realidad, aún no la he hecho, porque estamos a martes, pero Nora dice que hable como si fuera tu cumpleaños. Gracias por darnos tanto. Sobre todo a este viejo.

Los ojos de Julia se llenaron de lágrimas y cogió la mano del hombre, que también parecía emocionado.

—¡Feliz cumpleaños, vieja! —Las palabras de Abigail en la pantalla los hizo reír—. Gracias por convertirte en parte de nuestra familia, por cuidarnos y por querernos tanto. Nosotras no podemos quererte más. Espero que algún día llegues a hacerlo tú también así. Quiérete, Julia, nadie se lo merece más

que tú. Y permite que te quieran.

Se dieron un abrazo y Julia asintió, conmovida.

—¡Eh! ¡Que ya me toca!

Nora les hizo volver a clavar la vista en el televisor y se sentó sobre las rodillas de Julia. Ella la abrazó por la cintura.

—¡Feliz cumpleaños, girasol! Espero que te guste el vídeo. Ha sido idea mía. Oliver me está grabando. —Sonreí al recordar aquel momento y Julia desvió la mirada hasta a mí un segundo—. Hemos colaborado todos. Hasta Leandro ha dicho que sí después de parecer un ogro durante un rato. Ahora vas a ver la exhibición que te hemos preparado. ¡Ven aquí, Dorian!

Todos se sorprendieron al ver en pantalla los trucos que la niña había enseñado al perro. Un perro que en ese momento se estaba persiguiendo su propio rabo y que nadie apostaría a que era el mismo. Se rieron y felicitaron a Nora por el trabajo tan bien hecho.

Entonces, el rostro de Julia cambió. Parpadeó y me miró de reojo antes de volver a clavar sus ojos azules en la imagen. Yo recordé qué era lo que había dicho. Unas palabras que quizá ella no tenía por qué entender, pero que había sido incapaz de no pronunciar después de lo que me había confesado Nora.

«—Julia dice que su jardín está más bonito que nunca.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—No tengo ni idea, pero mi madre dice que lo significa todo».

Y quizá Abigail tuviera razón.

—Feliz cumpleaños, Julia. Gracias por hacerme sentir en casa. Y por compartir conmigo el jardín más bonito que he visto en mi vida.

Supongo que es bastante sencillo entender que, para mí, el jardín era ella.

Julia

No podía dejar de sonreír. Era instantáneo. Pensaba en lo curioso que era poder pasar de un estado emocional a otro en un solo día, de un extremo a su opuesto, y aquello me hacía estar especialmente sensible. Porque el día había transcurrido así, saltando de esa amargura que Aarón había traído consigo hasta la felicidad que me habían regalado los míos.

Recibí un par de regalos más, una manta preciosa que Abi había tejido para mí, porque sabía cuánto me gustaban, y una nueva botella de licor casero, esa vez de ciruela, que era de Leandro y que me hizo compartir con Oliver una mirada de lo más significativa recordando lo que ocurrió con una idéntica de sabor a cereza. Pensé que quizá aquella vez no la escondería en la despensa, que podía darle otro uso mucho más placentero y compartirla.

Nos despedimos de ellos pasadas las doce.

Acompañamos a Nora y a Abi a casa; dejé a Dorian durmiendo allí; a la niña le encantaba y rara vez su madre se lo permitía, pero aquella noche cedió. Sonreí al ver a Nora abrazando a Oliver para despedirse de él, y después sentí un nudo enorme en la garganta, ya que caí en la cuenta de que era una despedida que englobaba más que aquel momento.

Nadie más pareció ser consciente de ello.

Antes de separarse de él, Nora le susurró, con la voz somnolienta:

—Buenas noches, Oli. Has cumplido el deseo.

—¿Qué deseo?

—El de Julia. Teníamos que ser más en la mesa para su cumpleaños. Y esa persona tenía que traer la tarta. Lo has hecho muy bien.

Abi la agarró de la mano y tiró de ella, evitando la pregunta que a Oliver se le quedó en la punta de la lengua. Parecía confundido. Yo cogí aire y lo agarré a él, tirando a la vez hacia el otro lado.

—Gracias por todo, Abi —le dije yo, aún con la emoción en la piel por lo querida que me hacían sentir. Ella asintió, mirándome con cariño.

—Adiós, Oliver. Y gracias.

Yo no sabía muy bien por qué le daba las gracias, pero asumí que habían pasado más cosas a mi alrededor de las que veía con su llegada. Como la impresión de que Leandro y él ya se conocían. O el simple hecho de que hubiera aparecido dándome una sorpresa, y nada menos que con una tarta hecha por él bajo el brazo.

Toda la velada había sido... intensa.

Apreté su mano entre la mía y caminamos así, agarrándonos como una pareja. Como lo que éramos esa noche. No quería pensar en el día siguiente.

Sin embargo, tampoco podía pasar por alto que Oliver se merecía ciertas explicaciones solo por lo bien que se había portado conmigo. Sentía que se lo debía.

—Desde hace tres años, celebro una fiesta en septiembre. Bueno, más que una fiesta es un modo de recordarme ciertas cosas.

Asintió y no me preguntó qué era lo que celebraba. Supongo que sabía que, de querer hacerlo, ya se lo hubiera dicho. Oliver era así, aceptaba las cosas, las respetaba, y el respeto es algo que, aunque no seamos consciente, tiende a venderse caro.

—Y pides un deseo.

—Sí. Siento que te hayan engañado para concedérmelo.

—¿Qué pediste exactamente?

—Un tío que estuviera increíblemente bueno con el que practicar sexo indecente en cada rincón de mi casa —bromeé.

Sus dedos se cerraron con más fuerza en torno a los míos y tragué saliva, porque ya intuía lo que me iba a pedir.

—No voy a decir que no me guste escuchar eso, pero esta vez prefiero la verdad, Julia.

Suspiré. Rememoré aquel tercer cumpleaños tan peculiar, un cumpleaños diferente, que suponía el recordarme que estaba en mano de cada uno el comenzar de nuevo, de cero; me recordé que había dejado mi anterior vida buscando mi propia felicidad, pese a que a ratos no sentía que lo estuviese haciendo muy bien; sobre todo cuando permitía que Aarón se colara por una de esas rendijas que mi corazón tenía. Podía habérselo contado a Oliver, pero

¿cómo explicarle el motivo real de por qué mi pareja me abandonó? ¿Cómo contarle que no poder cumplir un sueño me había hecho dejar todo atrás para perseguir otros? Y, además, hacerlo sin romperme un poco; no podía estropearnos nuestro último día.

Lo miré. Caminaba tranquilo, con su otra mano en el bolsillo del pantalón, elegante, como era él, pero tuve la certeza de que se merecía la verdad oculta tras ese deseo, por mucho que implicase abrirle otra puerta de mi vida que aún había permanecido cerrada.

—En realidad, fue Nora la que lo pidió para mí. Cree que estoy sola. Bueno, que me siento sola. Pidió que en mi cumpleaños eso cambiara.

No quise que me lo preguntara. Lo deseé con todas mis fuerzas. No quise que Oliver me preguntase si aquello era verdad, si me sentía sola. No quise que lo hiciera porque tendría que haberle dicho que no y habría sido mentira. Por fin lo asumía.

En cambio, suspiré aliviada cuando lo que preguntó fue otra cosa. Y lo hizo con una sonrisa preciosa, una sonrisa que iba acompañada de una duda en su mirada que me estremeció, como si de verdad él quisiese lograrlo y cumplirlo para mí.

—¿Y lo he conseguido? Hoy.

—La verdad es que sí.

—Pues aún no ha terminado.

—¿A qué te refieres?

Una nueva sonrisa apareció en su rostro. Una que me decía que aún había muchas sorpresas de ese Oliver por descubrir.

Al entrar en casa, echó una mirada rápida hacia la derecha, arrugó el rostro y me giró con rapidez para evitar que lo hiciese yo.

—No mires la cocina.

—¿Por qué?

Me lo imaginé haciendo la tarta, con cacao hasta en las orejas y con toda la encimera llena de cacharros sucios, y me eché a reír. Él me empujó hasta la

pared y me besó en el cuello. Fue un beso tierno, dulce y demasiado rápido.

—Creo que han entrado un par de velociraptores rebeldes y la han dejado patas arriba.

—¿De verdad?

Mis carcajadas sonaban en toda la casa. Sus manos se paseaban por mi cuerpo sin descanso, mientras ocultaba una risa.

—Sí. Buscaban chocolate para hacer galletas. Les va la repostería. — Volví a reírme más fuerte; me encantaba su sentido del humor; me encantaba Oliver, punto—. En serio, mañana lo limpiaré todo. Esa dichosa tarta ha sido una de las cosas más duras que he hecho en mi vida.

—Eres un exagerado. Solo es una tarta.

—No, no era solo una tarta. Era una tarta para ti.

Paseó la nariz por mis mejillas, hasta rozarla con la mía.

Lo echaba de menos. Lo tenía pegado a mí y lo echaba de menos. Seguía cariñoso, pero algo había cambiado. No me tocaba, sino que me acariciaba. Era igual de intenso que siempre, pero más delicado. Los besos eran casi roces. Las miradas, tiernas. No lo sé... todo era igual pero distinto. Me sentía tan cómoda con él como siempre, pero a la vez más... cuidada, mimada, querida.

—¿Te gustó? —susurró contra mi cuello.

—Estaba rica.

—Era fea.

—Era perfecta.

Porque lo había sido. Al verla, el corazón se me había subido a la garganta. Porque no era solo una tarta. Era mucho más. Era un cosquilleo y un puñado de mariposas aleteando en mi estómago.

—¿Cómo lo supiste? —le dije.

—Un día que tú saliste, Leandro vino a verme con una escopeta bajo el brazo.

—¿Qué?

—Tranquila. Fue amable. Solo me disparó una vez —bromeó, pero yo me tensé.

—¿Será posible?

—No importa. Ahora me alegro de que lo hiciera. —Fruncí el ceño y él me lo desdibujó pasando los dedos por mi frente—. Pero olvídate de todo, Julia. No quiero que pienses en nada. Ni en hoy. Ni tampoco en mañana.

Ni en lo que había ocurrido por la mañana con Aarón, ni en la realidad que nos alcanzaría al día siguiente con su despedida. En nada. Y acepté, porque era lo mejor que podíamos darnos aquella noche.

—Vale.

Sonrió como un niño y tiró de mis manos hacia las escaleras.

—Cierra los ojos.

Tuvo que taparme el rostro con los dedos, porque era una tramposa.

Subimos a trompicones, sin parar de reírnos y yo de intentar escapar de él. Lo cierto es que estaba disfrutando de la anticipación de esa sorpresa inesperada, pero me gustaba mucho más ponerlo nervioso. Era divertido. Y emocionante.

Cuando llegamos a la habitación, Oliver me empujó dentro y, después de darme una orden, desapareció.

—Desnúdate. Ahora mismo vuelvo.

Se marchó guiñándome un ojo y solté el aire contenido.

No tuve que pensar nada; simplemente, lo hice. Me deshice de la ropa, hasta quedarme desnuda. Escuché el agua del baño y sonreí, intuyendo lo que vendría a continuación, pese a que nunca me lo hubiera imaginado tan perfecto a cómo fue. Después me asomé a su armario. La ropa estaba colocada en las perchas, pero algunas cosas ya se encontraban dobladas sobre su maleta abierta. Esa maleta que yo había limpiado a conciencia y que un día albergó el hogar improvisado de tres pájaros huérfanos. Un par de libros en la mesilla de noche, sus zapatos en un rincón, la piedra que Nora le había regalado colocada sobre el borde de la ventana. Detalles que ya formaban recuerdos de lo que sería la ausencia de Oliver.

Sentí una presión entre las costillas.

No quería que se marchara. Lo iba a echar de menos y eso estaba mal. O bien. No lo sabía; no tenía ni idea de nada. Solo sabía que estaba ahí, esa sensación flotando, envolviéndonos, guiándonos.

Sin embargo, me olvidé de esos pensamientos muy rápido, cuando la puerta se abrió y lo sentí en mi espalda. Primero a él, sin tocarme, luego la suavidad de una toalla puesta por encima de mi cuerpo.

—Ven.

De nuevo era algo diferente e inesperado. Esperaba que Oliver me abrazase y se perdiera en mi cuerpo antes de darnos un baño en compañía, pero no fue eso lo que ocurrió. Fue incluso mejor.

Lo seguí y llegamos al lavabo. Cuando entré, abrí la boca asombrada por lo que había preparado para mí. Había velas encendidas por los rincones. Un montón. Y la luz estaba apagada, pero las llamas y el brillo de la luna entrando por la ventana alumbraban lo suficiente para que fuera perfecto. El vapor caliente salía de la bañera y se pegó a mi piel en el acto. Y después... el olor me envolvió. Lo llenó todo.

Olía a flores, y no era el jabón, ni los perfumes de los armarios, era... era mi jardín.

No sabía cómo ni por qué, pero Oliver lo había llevado hasta allí.

Oliver

—Oliver...

Julia parecía conmovida.

Me había pasado la tarde intentando poner a funcionar el calentador, paseando por el jardín buscando flores caídas para no tener que arrancarlas y cocinando una tarta. Si alguien me hubiese dicho que iba a ocupar mi tiempo en realizar aquellas tareas un mes antes, me hubiera reído en su cara. Pero había sucedido y, durante tres horas, me había llamado estúpido un montón de veces por haber cedido a aquello, pero tampoco había deseado parar, porque la expresión que Julia tenía en ese preciso instante lo compensaba todo.

Las personas buenas se merecen ser felices y, si no parecen serlo del todo, qué menos que sentirse así el día de su cumpleaños.

—No digas nada. Sé que estarás pensando en el derroche que supone tanta agua y todas esas ideas *hippies* que te rondan la cabeza, pero te mereces esto, Julia. Aunque solo sea hoy. Déjame dártelo. Quiero hacerlo. Acepta mi regalo.

—¿Qué...? ¿Qué es?

Se giró y me perdí en sus ojos azules, tan grandes, tan transparentes, enseñándome que hacía mucho tiempo que nadie le regalaba un instante así; para ella, solo suyo, íntimo. Me mostró con su boca entreabierta y sus pupilas dilatadas que hacía una eternidad que nadie la hacía feliz porque sí, sin motivo, solo por el placer de hacerlo.

—Es un modo de acabar este día de una manera que te haga olvidar cómo empezó. ¿Te gusta?

—Me encanta.

Dejó caer la toalla al suelo, quedándose desnuda delante de mí.

Era preciosa. No entendía cómo alguien podía hacerle tanto daño; cómo un hombre podía no querer hacerla feliz, si ella estaba dispuesta a aceptarlo.

Metió un pie en la bañera, ayudándose de mi mano, y después el otro.

Cuando se sentó en el interior, apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos.

No le dije nada, pero supe que estaba llorando, por mucho que intentara ocultar esa emoción.

Y yo me quedé allí, de pie y observándola.

Su cuerpo estaba oculto bajo el agua y la espuma, pero podía ver su rodilla doblada y sus hombros cubiertos de retazos de tinta que ya no me parecían vulgares, sino arte sobre su piel. Quizá el arte lo ponía ella. Su rostro estaba relajado. Su sonrisa parecía imborrable. Y las flores que había recogido aquella tarde flotaban sobre ella, llenando aquella bañera de colores y olores entremezclados que formaban uno único, y dándome una imagen que parecía más onírica que real.

Di dos pasos atrás y me acerqué a la puerta, en el más completo silencio.

Ella abrió los ojos y se incorporó un poco.

—No te vayas.

Era una invitación. Y, por muy tentadora que resultase, no podía aceptarla.

—Julia, no. Esto consiste en que sea algo solo para ti. Necesitas que alguien te recuerde que te mereces que te hagan el desayuno, que te regalen flores y que te preparen baños como este. Déjame cuidarte lo que queda de día.

—Ya no es mi cumpleaños.

—No importa. Aquí no existen los relojes.

Entonces compartimos una mirada interminable. Una mirada con la que quise decirle que, aunque me marchase al día siguiente, ella era alguien importante para mí. Tanto como para regalarle todo lo que estuviera en mi mano aquella noche.

—Vale. Pero no te vayas. Quédate a mi lado.

Me senté en el suelo, con la espalda apoyada en los azulejos de la pared. Estábamos a la misma altura, solo nos separaba la bañera y la cortina. Era raro, pero ella parecía contenta y yo solo quería darle eso. Me moría por sentarme tras su espalda y abrazarla, tocarla y besarla, pero no consistía en

eso. Había descubierto que Julia tenía carencias, como todos, vacíos que, al menos, pretendía llenar aquel día.

Había acudido a aquel refugio huyendo de una vida que me hacía infeliz y me había encontrado a una persona que fingía no serlo, pero que intuía que lo era más que yo.

Julia comenzó a tararear una canción. Seguía con los ojos cerrados y jugueteaba con la espuma que se quedaba entre los dedos de sus pies. El sonido del agua resultaba relajante.

—Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien.

—En eso consiste.

—¿No te mueres de envidia?

Me reí y asentí. Ella me salpicó un poco y me mojó la cara. Yo recordé algo.

—¿Por qué Nora te llama *girasol*?

—Porque dice que, cuando sale el sol, siempre levanto la cabeza y lo miro. Así.

La observé y me di cuenta de que era verdad. Era uno de esos gestos tan característicos de Julia que había observado en ella tantas veces.

—Es cierto.

—¿En serio?

—Sí. Me he fijado.

Giró el cuerpo y se colocó de lado, con los brazos cruzados sobre el borde de la bañera y la barbilla en sus manos.

—¿En qué más te has fijado? —dijo con coquetería.

Yo pensé. Recordé momentos. Instantes. Esas cosas que formaban lo que Julia era, más allá de generosidad, alegría, calma y belleza. Esos detalles que la hacían única.

—Siempre limpias el fondo de los cuencos con el dedo cuando cocinas y después te lo llevas a la boca. Te muerdes las uñas cuando estás inquieta, pero solo las de los pulgares. Dejas que Dorian y Wendy vivan libres y a su

aire, pero siempre sabes dónde están. Cuidas de todo lo que te rodea, Julia. De los animales, de tu familia, de tus plantas, de tu huerto. De mí.

Su expresión se tornó más dulce, más sentida. Después se pasó la lengua por los labios, humedeciéndolos, y me sonrió.

—Tú siempre apartas la vista cuando te da el sol; creo que te hace daño porque tienes los ojos sensibles. Se te tensa la mandíbula cuando estás nervioso, o furioso, o cualquier otro sentimiento intenso te golpea; es una especie de tic aquí. —Acarició con dos dedos ese punto y mi cuerpo respondió mostrándole el gesto que estaba describiendo—. Dices que no te gustan los animales, pero salvaste a tres pajaritos de morir y Dorian te adora. Wendy, no mucho, pero es que ella es así. Y cuidas de la gente. Cuidas de mí.

Tragué saliva. Me sentía expuesto y vulnerable, pero por primera vez en mi vida aquello me resultó algo positivo.

—Pensé que no sería capaz de volver a cuidar de nadie.

—Lo eres, Oliver. Solo que necesitabas volver a encontrarte con esa parte de ti.

Julia

Poco después, le pedí salir, porque el agua comenzaba a enfriarse.

Me hubiera encantado compartir aquel baño con él; no obstante, había sido mejor, porque lo habíamos hecho de una forma mucho más íntima sin necesidad de tocarnos. Él, fuera. Yo, dentro. Él regalándome algo que nadie me daba desde hacía demasiado. Yo abriendo los ojos y asumiendo que sí, que era cierto, que hacía mucho que nadie me cuidaba de esa manera; que darme cuenta de ello era otro síntoma de lo sola que me sentía.

Oliver se levantó y me envolvió con la toalla. Quitamos el tapón y las flores comenzaron a pegarse en la bañera. No hice el amago de recogerlas; me dije que las dejaría allí para, cuando él se fuera, poder mirarlas y sustituir ese pesar por el recuerdo de lo que estaba sintiendo en ese instante.

Ya en el dormitorio, me entregó una de sus camisas con una sonrisa ladeada. Era mi favorita. De color azul claro con pequeñas rayas blancas.

—Te queda mejor que a mí.

Me la puso él mismo, sin nada debajo, y abrochó los botones muy despacio, mirando cada uno de sus movimientos, casi como si estuviera recreándose en ese momento.

Hasta el simple hecho de vestirme me parecía algo bonito.

Me senté en la cama y vi que él se quitaba la ropa de forma un tanto lenta y perezosa, la colocaba en el armario y se ponía una camiseta blanca y el único pantalón de pijama que tenía.

Nunca me había parecido tan guapo. Parecía más joven, incluso. Con sus ojos cansados, su pelo despeinado y una sonrisa suave en los labios, casi tímida. Una sonrisa que me contagió a mí.

Oliver se tumbó en la cama a mi lado. Después abrió las sábanas y nos cubrió a ambos. Y de nuevo hizo algo que me descolocó, que me hizo vislumbrar todas esas facetas de él que sumaban hasta un infinito de cualidades que yo admiraba. Cogió uno de los libros de la mesilla y lo abrió por una marca. Me fijé en que era el poemario de Neruda que yo había escogido como mi primera elección hacía unas semanas. No mucho, solo tres,

pero de repente me parecía que había transcurrido una eternidad de aquello.

—¿Quieres leer? ¿Ahora? —le dije, con la sorpresa tiñendo mi voz.

—No. Quiero leerte.

Tragué saliva y me acomodé en el arco de su cuello.

El nudo se engrandecía, se intensificaba. Y quería llorar, aunque no sabía muy bien por qué. Quizá como un modo de expulsar esas sensaciones y materializarlas en algo que pudiera controlar.

Asentí.

—No entiendo mucho la poesía, Julia, pero lo he intentado. Y creo que tengo mi favorito.

—Hazlo. Léeme, Oliver.

Comenzó a leer. Su voz grave y segura lo envolvió todo. Yo me perdí en ella.

—*Juegas todos los días con la luz del universo. Sutil visitadora, llegas en la flor y en el agua.*

Cerré los ojos, lo abracé por la cintura y me dejé mecer por su ritmo y por la calma que me transmitía, esa sensación de que todo era bonito, bueno y perfecto.

Me di cuenta, mientras él leía poemas que no comprendía pero que lo intentaba solo por mí, de que en la vida puedes cruzarte con personas que te quieren, pero que no saben cómo hacerlo del modo en que necesitas. Y después llegan otras, otras para las que quizá no seas nada más que un punto improvisado en su camino, una parada para repostar y coger fuerzas, que te dan sin más lo que llevas años pidiendo a otras bocas. Otras como Oliver, capaz de colarse en mi vida sin querer y de convertir una noche de cumpleaños en la más bonita de todas.

—... *Quiero hacer contigo lo que la primavera hace con los cerezos.*

Terminó el último verso del poema catorce y cerró el libro sobre su regazo. También era uno de mis favoritos; tanto como para llevarlo sobre la piel de mi espalda. Hablaba de flores, de tierra, de amor.

Yo respiraba con calma, pese a que notase algo inmenso burbujeando en

mi estómago. Era un sentimiento profundo, una bola enorme de agradecimiento, ternura, intimidad, calor. Era... era una emoción que me nacía de las tripas, ni siquiera del corazón.

—Feliz cumpleaños, Julia.

—Gracias, Oliver.

Fueron susurros, palabras roncadas que abarcaban más que su simple significado.

—¿Te puedo contar un secreto?

—Me encantan los secretos.

Sonreí. No era la primera vez que me decía eso, como si fuera un juego propio, algo muy suyo.

—Quería regalarte algo hoy a ti, algo que no tuvieras, pero al final creo que el regalo me lo llevo yo.

—¿A qué te refieres?

—Tenías razón. No lo estaba haciendo bien. Allí, en mi vida.

—¿Y qué vas a hacer a partir de ahora?

Quise que dijese que no lo sabía, pero que lo descubriría a mi lado. Deseé que me confesara que él también lo sentía, floreciendo en su interior, pero no ocurrió. Solo me confirmó con sus palabras que el final seguía ahí, anunciado con tanta firmeza como el primer día.

—No lo sé. Pero sé que vuelvo a casa entero, y eso es gracias a ti.

Fue la primera noche que dormimos juntos. Y con eso me refiero a que solo hicimos eso, dormir. No hubo sexo, solo besos espontáneos dejados en el pelo, en el cuello, en mi espalda. No hubo palabras que pusieran voz a los sentimientos, solo versos de poemas de otros. No hubo nada y lo hubo todo.

Oliver me rodeó por la espalda y yo me hice un ovillo, arropada por él y su abrazo.

Cerré los ojos y deseé quedarme así para siempre.

Oliver

Cuando abrí los ojos, la vi. Su cabeza estaba apoyada sobre mi pecho y su pierna enredada con la mía. Tan tranquila, tan en calma. No quería moverla, pero necesitaba ir al servicio. Y, más importante aún, no quería pasar las últimas horas con ella durmiendo, por mucho que me gustara observarla así. Necesitaba pensar en mi vuelta, hacerme a la idea de que esa misma noche estaría en casa de Jimena y preparándome para ir a la oficina a la mañana siguiente.

Era el momento de tomar decisiones.

La aparté como pude; Julia se giró y se abrazó a la almohada con una sonrisa.

Bajé los escalones después de ir al baño y me preparé para el último festival de tortitas, pero, al llegar, recordé que la cocina estaba hecha un asco. Cogí una botella de zumo de la nevera, unas cuantas galletas de las que hacía ella misma y lo coloqué todo en una bandeja. Antes de subir, cogí dos flores blancas de un jarrón de la sala y las dejé sobre su plato.

Apoyé después el desayuno en el suelo y me senté en la cama. Seguía profundamente dormida. Me metí a su lado y le hice cosquillas en la nariz con una de las flores.

La movió molesta y por fin parpadeó.

—Buenos días, girasol.

—Buenos días, narciso.

Solté una carcajada. Ella sonrió, adormecida.

—¿Por qué me llamas así?

—No lo sé. Es lo primero que se me ha ocurrido. Eres tan guapo como el del mito griego. Y hueles muy bien. Narciso te pega, aunque sea un poco hortera.

—Si es porque soy guapo y huelo bien, no tengo queja.

Julia se estiró y después nos quedamos los dos callados, mirando ese techo que había estudiado muchas noches en las que no podía dormir y otras

tantas con ella encima de mí.

Suspiró y dejó caer las palabras, como si no solo rompieran el silencio.

—Vendrán a buscarte a las cinco.

—¿Has hablado con Bruno?

—Sí. Ayer.

—Bien.

—Bien.

—¿Y qué te apetece hacer hasta entonces?

—Nada.

—¿Nada?

Me giré y la miré. Ella sonrió y se acurrucó junto a mí. Su voz fue más dulce que nunca, casi infantil.

—No. Nada. Estar aquí. Contigo.

Era un buen plan. Un plan demasiado bueno, pero uno que me recordaba bastante a todo aquello que no debíamos hacer, porque no éramos más que dos personas que se acostaban y que se despedirían unas horas después.

No obstante, supongo que ya era tarde.

—Habrás que quemar tu cocina —dije, al recordar el estado en el que se encontraba y lo poco que nos apetecía hacer otra cosa que no fuera estar así, pegado el uno al otro.

—Vale. Tengo una idea. —Se incorporó y se subió a mi regazo, poniendo una pierna a cada lado de mi cuerpo—. Daremos un último paseo por el bosque y, al volver, la limpiaremos entre los dos. Luego tú harás el equipaje mientras yo preparo la comida. Podemos comer fuera, parece que hace un buen día. Y después nos desearemos suerte en la vida, nos sonreiremos y tú te irás.

Clavé los ojos en los suyos. Julia parecía segura de lo que decía, pero no pude evitar ver una sombra cruzar su rostro a toda velocidad. Tragué saliva.

—De acuerdo.

El bosque me pareció más bonito aún que el primer día. Creo que eso era porque lo miraba con otros ojos, unos que ya no cargaban tanto como cuando llegué. Además, me había acostumbrado a aquello. Me sorprendió darme cuenta de que incluso conocía pequeños detalles del entorno, como el árbol torcido que salía del camino de la derecha o la marca que tenía otro más allá con las iniciales de alguna pareja que no conocíamos, pero que a Julia le gustaba jugar a inventarse su historia de amor.

—Año 1936. Guerra civil española. Hicieron un pacto. «Si vuelvo vivo, nos casaremos». Firmaron ahí su acuerdo —dijo Julia, al ver que yo lo estaba mirando.

—¿Y regresó?

—¿Y yo qué sé, Oliver?

—No me gusta. Suena triste.

—Es romántico. —Puse los ojos en blanco y ella chasqueó la lengua—. Vale. Él murió, pero no en la guerra, sino porque se le cayó un nido de cigüeña al pasar por delante de una iglesia. Cuenta la leyenda que ella murió de pena poco después de enterarse abrazada al árbol. ¿No has oído su llanto alguna noche?

Se me erizó la piel. Siempre había temido las historias de espíritus; lo peor es que Julia lo sabía, porque se lo había confesado días atrás.

—Eso es cruel.

Seguimos caminando. Hacía un poco de viento y su falda se movía. Reflexioné sobre lo extraño que era que echara de menos algo así, un movimiento, una imagen que tenía delante y que aún no había desaparecido de mi vista.

Sin embargo, en aquel preciso instante, lo anticipé. Iba a echarla de menos de una forma que no tenía cabida.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —mentí, porque la verdad era que me sentía raro—. Solo pensaba. Se me ha pasado el tiempo volando. Llevo un mes aquí y es como si solo hubieran transcurrido cinco días.

—Estuviste a punto de largarte.

—Ahora me parece una gilipollez tan grande... —Ella sonrió.

—Me alegro de que no lo hicieras. Ha sido... interesante.

Nos miramos con complicidad. Había sido mucho más que interesante.

—Sí. He salvado a una familia de pájaros. He aprendido repostería. He visto velociraptores. —Su risa retumbó entre los árboles.

—Te dije que esto era mucho más de lo que parecía de entrada.

—No lo pongo en duda, Julia.

Entonces hizo algo que no esperaba. Vaciló. Su voz tembló un poco y después me observó como si sus siguientes palabras no fueran importantes. Pero lo eran. Maldita sea si lo eran.

—Puedes venir de visita alguna vez. Si te apetece. Estás entre amigos. A Nora le gustaría.

—Quizá lo haga.

Cogió aire y lo soltó.

—Y a mí también me gustaría. —Yo me tensé y se dio cuenta—. Dios... no tenía que haber dicho eso. Perdóname, Oliver. Solo es que...

La cogí de la mano y le pasé el brazo por encima de los hombros, dándole a entender que aquello era normal, que no tenía importancia, pese a que sí que la tuviera. Dejé las cosas correr, en vez de enfrentarme a ellas, de encararlas, de aceptarlas antes de que fuera tarde.

—Lo entiendo, Julia. Tranquila. A mí también me gustaría.

—Vale.

Fue un día como los demás.

Cumplimos el plan de Julia a rajatabla. Dimos aquel último paseo, que se me hizo más corto que ninguno, y limpiamos la cocina entre sonrisas y silencios. Nos separamos apenas una hora en la que fuimos eficacia pura, porque ambos terminamos nuestras tareas en un tiempo récord y estuvimos juntos de nuevo, sentados en la mesa de fuera, rodeados de comida y

compartiendo el plato. Ni siquiera había uno para cada uno; a ese nivel habíamos llegado.

Al terminar, Julia me obligó a no recoger y, por una vez, le hice caso. Cogimos dos tazas de café y nos sentamos en el porche. Lo habíamos hecho infinidad de veces y aquella me pareció diferente. Supongo que las despedidas siempre dan un matiz distinto a los momentos.

—Te voy a dedicar el primer café de verdad que me tome.

—No serás capaz.

—Llevo tanto tiempo sin cafeína que es posible que no duerma en días.

Nos reímos, aunque un poco sin ganas.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Asentí—. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Cuáles son tus planes?

—Debería alquilar un piso. Arreglaré con Patricia los asuntos pendientes y después... No lo sé, ¿sabes? Pero tampoco me importa demasiado. Solo quiero empezar de cero. Cerrar un ciclo del todo y empezar otro.

—Eso está muy bien. Podrías hasta celebrarlo. ¡Oh! ¡Espera!

Julia entró corriendo en la cocina y volvió enseguida con una magdalena entre las manos. Le había clavado una vela encima y la encendía con un mechero.

—¿Qué estás haciendo?

—Celebrar contigo tu nueva vida. ¡Dale! Pide un deseo, Oliver.

—Estás loca. —Sonreí—. Pero me gusta.

Fue rápido. No lo medité. Solo la observé, pensé en ello y, simplemente, soplé.

Julia

No voy a decir que fue fácil, porque estaría mintiendo y, a estas alturas, no tendría ningún sentido. Fue difícil. No sabía cuánto hasta que me vi ayudándolo a bajar su equipaje y entrando a la caravana con cualquier excusa para mirar el modo en que los minutos del único reloj que tenía pasaban a una velocidad mucho más rápida de lo normal.

Habíamos pasado las últimas horas charlando de cosas intrascendentes, como si fuera una tarde cualquiera, pero no lo era. Y Oliver no me había besado. Ni abrazado. Apenas me había tocado. Tenía una sensación horrible en el cuerpo, en el estómago y casi arañándome la piel.

—Toma. Creo que ya está todo.

Le di a Oliver su cazadora, que colgaba del perchero de la entrada, y nos sentamos de nuevo fuera, con la maleta detrás y la mirada clavada en el sendero. Aún faltaban unos veinte minutos para que volvieran a buscarlo.

Me abracé por las rodillas cuando vi a Dorian regresar solo por el camino después de pasar la noche con Nora y tumbarse sobre los pies de Oliver. Casi parecía que el perro sabía que él iba a marcharse y hubiera vuelto para poder despedirse.

—¿Tienes frío?

—No.

Y, pese a ello, me abracé con más fuerza. Era otra cosa y él lo intuía.

—Julia, quiero darte las gracias. Por todo.

—Gracias a ti. Por venir, supongo.

—Ya...

Estaba nerviosa. No me gustaba la tensión que nos acompañaba, ni que mi cuerpo echase en falta todos esos roces que no nos habíamos dado desde el día anterior. Repentinamente, quería salir de allí. Supongo que me daba miedo hacer o decir algo que dejara a la vista de ambos mis sentimientos, unos sentimientos que me empujaban desde dentro, que comenzaban a dejarme sin aire. Unas emociones que ya existían, por mucho que me

esforzara por ocultarlas. Y en cuatro semanas. No había necesitado mucho más tiempo. Y sabía que no podía ser, que no tenían sentido, porque yo estaba rota y Oliver buscaba algo que yo no podía ofrecerle.

—Tengo que ir al lavabo.

—¿Estás bien?

No contesté; en vez de eso fingí que no lo había escuchado y entré corriendo en casa, hasta verme en la seguridad del cuarto de baño. Me miré al espejo y me sentí pequeña, vulnerable y un tanto idiota. Y las ganas de llorar seguían ahí; necesitaba soltar esa tensión, esa emoción que no comprendía demasiado bien y que amenazaba con derramarse de cualquier manera.

Me lavé la cara y suspiré un par de veces hondo antes de salir de nuevo y encontrarme con Oliver. Lo que nunca imaginé es que me lo encontraría esperándome en el vestíbulo de la casa y no fuera en las escaleras del porche. Llevaba la chaqueta en la mano y tenía los puños cerrados. Su mandíbula me decía que él también lo sentía, aquello que flotaba entre nosotros otra vez, que nunca parecía desaparecer.

Yo me quedé quieta, observándolo.

—¿Qué significa esto, Oliver?

No contestó. O sí. Porque lo hizo, pero con su cuerpo. Dejó caer la chaqueta al suelo y echó a andar rápido, hasta toparse conmigo. Con su boca cubriendo la mía. Con sus manos levantándome del suelo. Oliver me besó con fuerza, con furia, con todo eso condensado en sus labios. Rodeé las piernas en su cadera y le respondí con las mismas ganas.

Dio unos cuantos pasos trastabillando hasta caer encima del sofá. Me hice un poco de daño en la espalda, pero ni eso me importó. Sus manos estaban en todos los lados y las mías igual. Era como si nunca antes nos hubiéramos tocado.

Le mordí el cuello y él me quitó la camiseta. Después los pantalones y la ropa interior. Y allí, sobre un sofá en el que habíamos compartido tanto, Oliver y yo lo hicimos por última vez, con todo ese deseo acumulado aquel último día en el que no nos habíamos apenas rozado y tanto parecíamos echarnos de menos.

Estuvo dentro de mí enseguida. Lo hizo sin nada, por primera vez.

Cuando se dio cuenta, tragó saliva y me pidió permiso con los ojos. También vi miedo en ellos, pero lo ignoré. Confiaba en él lo suficiente y lo deseaba tanto que no me importó, aunque aquello también fuera otro detalle que hacía que el significado de todo cambiase, se engrandeciese y me nublase.

Al sentirnos piel con piel, todo se ralentizó un poco. Sus dientes apresaban la carne de mis labios, su respiración entrecortada se mezclaba con la mía, sus dedos pellizcaban mis muslos hasta enrojecerlos.

Oliver entró y salió de mí sin dejar de mirarme, de besarme, de tocarme.

Gemí cuando percibí el primer cosquilleo del orgasmo.

Plegué las piernas y apreté su erección, acelerando su excitación.

Él susurró mi nombre.

—Julia...

Cerré los ojos e intenté guardarme ese instante para siempre. Su voz en mi oído. El olor de su piel. El calor que desprendía.

Los abrí de nuevo y me encontré con su rostro pegado al mío.

Nos miramos una última vez y nos besamos.

Y, con el sabor del otro en los labios, explotamos y todo se terminó.

Oliver

No quería soltarla. Me daba la sensación de que, si lo hacía, se caería, aunque no tuviera mucho sentido. Ni siquiera sabía cómo habíamos llegado a aquello. Y sin condón.

Había sido brutal, tanto el sentirla así como soltar esa intensidad uniendo nuestros cuerpos. Un polvo que sabía casi a despecho. Como esos que se echan cuando algo va mal para tapar lo demás; como los que suponen una descarga no solo sexual, sino emocional. Eso había sido. Yo lo sabía y Julia también. Solían ser polvos increíbles, pero ya sabía por experiencia que servían de poco, porque, cuando el acto se terminaba, todo volvía incluso con más fuerza.

Estábamos en el porche a punto de decirnos adiós y Julia había salido prácticamente corriendo hasta encerrarse en el baño, pero solo era una excusa para escapar de esa tensión extraña que nos rodeaba. No tenía intención de seguirla, pero, de pronto, había recordado el día anterior. Su cumpleaños había sido perfecto y yo me había esforzado todo lo posible para que ella se quedase con ese recuerdo bonito antes de irme. Me había cabreado que, después de eso, nos fuéramos a despedir con esa amargura en el ambiente.

Yo lo había hecho bien, así que no comprendía por qué ella lo estaba complicando tanto.

Así que me había levantado con la idea de decirle que, si ocurría algo, lo dijese. De pedirle explicaciones de por qué allí había algo más que no debía haber entre dos personas que habían acordado pasar unas semanas juntas y ya; sin problemas, sin complicaciones.

Sin embargo, había salido y, al ver la expresión de su cara, solo podía pensar en besarla, en quitarle esa tristeza con las manos y con mi boca. En follar con Julia por última vez.

No podía irme de allí sin hacerlo.

Y así estábamos, sudados sobre el sofá y callados.

La miré y le acaricié la mejilla.

—Nos hemos dejado llevar, lo siento.

Ella apartó la mirada.

—No tienes de qué preocuparte.

Ya lo sabía, me había dado permiso con los ojos; aun así, su expresión y el tono de su voz no me gustaron. Entonces oímos el ruido de un coche por el camino empedrado y el adiós fue definitivo.

Me vestí y salí. Ella me siguió. Bruno y Jimena se bajaron del coche, sonrientes, y me saludaron con un abrazo. Después lo vi a él charlar con Julia como si fueran amigos de toda la vida; así era Bruno, aunque debo confesar que, en aquel momento, me molestó. Y no eran celos ni nada por el estilo, era la sensación de que, con él a mi lado, yo parecía incluso más imbécil.

Jimena me abrió el maletero para guardar las cosas mientras me taladraba con los ojos.

—¿Todo bien?

—Sí.

No dijo nada más. Solo volvió al lado de Bruno y saludó a Julia. Hablaron de fotografía y de unos conocidos en común. Yo la miré por última vez y me subí al coche. Estaba cabreado, y dolido, y un poco decepcionado. Y no me parecía justo. Al menos, no era la sensación que quería llevarme de allí después de todo lo vivido y de lo bien que parecía encontrarme con respecto a mi propia vida. La de verdad. De la que había huido y a la que volvía.

Bruno arrancó el coche y comenzó el interrogatorio que sabía que llegaría. Me alegraba de verlos, pero me conocían tan bien que sabía que rápido captarían mi estado.

—Bueno, Oliver, ¿nos has echado de menos?

—Nada —bromeé. Vi que ambos sonreían por el espejo retrovisor.

Sin embargo, la sonrisa de Jimena se evaporó rápido.

—¿Sigues enfadado? Tienes buen aspecto. ¿Estás mejor? —dijo Bruno.

Ella no me quitaba ojo, en silencio. Y los silencios de Jimena, a veces, dan verdadero pavor.

—No estoy enfadado. Y sí, me encuentro mejor.

—Bien.

Entonces suspiró y su pregunta hizo que Bruno pisara el freno un poco, lo justo para sentir el tirón del cinturón de seguridad y otro un poco más dentro al recordar lo que Jimena estaba confesando por mí.

—Vale, pues dichas las formalidades, ahora lo importante. ¿Por qué acabas de correrte?

—¿Qué?! —El grito agudo de Bruno me hizo daño en los oídos.

—Jimena... —susurré, con la mirada clavada en la suya a través del espejo.

—Y, tú, ¿cómo sabes eso? —preguntó su marido confuso y un poco tenso.

—Prometeme que olvidaremos en un segundo lo que voy a decir, pero sé cuál es la cara de Oliver después de correrse.

—Joder...

Me tapé los ojos con la mano. Aquello era tan típico de Jimena... pero, en el fondo, debía reconocer que tenía razón y que me conocía lo bastante como para intuir que las cosas no habían salido como todos esperábamos.

—Vale, borrado cerebral completado —aportó Bruno; su comentario me hizo sonreír; era la persona menos celosa que había conocido en mi vida—. ¿Qué has hecho? Dime que no la has jodido con Julia.

—Yo... —dudé y Jimena alzó la mano haciendo el signo de la victoria.

—Es cierto. Os habéis acostado. ¡Lo sabía!

—Nada... solo... solo sucedió. No pasa nada. Todo está bien.

Pero no lo estaba, porque, cuando llegamos a casa y abrí la maleta, me encontré un sobre dentro. Un sobre lleno de dinero.

Julia

La primera noche sin él fue extraña.

Los seres humanos somos animales de costumbres. Aunque digamos que odiamos las rutinas, siempre tendemos a agarrarnos a aquello que nos hace bien o nos proporciona sensaciones positivas. Comodidad. Seguridad. Calma.

Yo no era diferente en ese sentido y lo había hecho. Si pasar tiempo con Oliver había sido placentero, dormir con él había pasado a convertirse en otra cosa en muy poco tiempo y no lo comprendía. O prefería no hacerlo; engañarse a uno mismo también es una costumbre muy extendida.

Los vi marchar dentro del coche. Fue raro y bastante incómodo.

Conocí por fin a Jimena y hablé un poco con Bruno; era un encanto. Después me despedí de ellos con la promesa de vernos pronto, porque Bruno había vuelto a contar conmigo para un proyecto de fotografía y era una de esas personas que gustan en el acto, de las que merece la pena tener cerca. Además, se me olvidaba a menudo que Nora tenía razón y que allí pasaba mucho tiempo sola.

Oliver y yo ni siquiera nos miramos, solo nos dijimos adiós con un leve movimiento de cabeza y nada más. Frío, incómodo, tenso, casi fuera de lugar. Casi una falta de respeto, ya que nos merecíamos algo más que eso, pero no nos lo concedimos.

Obviamente, todos se dieron cuenta de que algo ocurría, pero ni eso me importó. Solo quería quedarme sola de una vez por todas y lamentarme e insultarme por haber sido tan débil y una niñata enamoradiza.

Esa noche, lo odié un poco; nunca he sido una persona vengativa, pero cuando vi lo que Oliver había dejado para mí, lo odié. O quise hacerlo, me esforcé por sentirlo y casi lo conseguí.

Entré en mi caravana y encendí la luz. Me quité la ropa y ni siquiera me molesté en guardarla. Me puse una camiseta vieja y me acerqué a la cama. Entonces la vi. Pequeña y de color lila. Una flor sobre la almohada.

Y lo odié.

Odié al Oliver que había conocido el primer día tanto como al que no se

había despedido unas horas antes. Por ser tan diferente a mí, pero demostrarme que eso era reconfortante. Por cuidarme. Por recordarme lo que era sentir sin que hacerlo doliese.

Odié al Oliver callado, al buen conversador, al que había sido capaz de subirse a un árbol sin conocer a Nora, al que me había hecho una tarta y al que me había desafiado exigiéndome quedarse en mi casa cuando yo pretendía echarlo. Al chico educado que convivía en su interior con uno que no lo era tanto. Al Oliver que era pasional, algo rudo y muy desinhibido en la cama, hasta que todo terminaba y me abrazaba por la cintura, sin poder evitarlo, buscando mi tacto y mi calor. Al Oliver que me preguntaba qué tal me encontraba cuando me veía meditabunda y al que me dejaba besos inesperados en la sien o en el cuello. Odié al Oliver al que le gustaba recorrer mis tatuajes con los dedos, como si así pudiera leerlos en una especie de lengua braille propia, al que me había hecho reír a carcajadas y al que había corrido detrás de mí desnudo después de hacer el amor bajo las estrellas.

Odié a todos y a cada uno de ellos, y después me dije que no podía, que no era capaz, porque cada una de esas versiones de él me hacían quererlo tal cual era.

Di vueltas en la cama. Observé todos aquellos objetos que llenaban mi caravana y que él había estudiado días atrás a mi lado. Pensé en contar ovejas, pero era un truco que nunca en la vida me había funcionado, así que desistí rápido. Acabé haciendo lo único que no quería: pensar en él de un modo obsesivo. En cómo se había ido transformando en algo que se parecía poco al hombre que había aparecido aquel primer día de octubre por el sendero con una maleta de firma y porte elegante. Aunque era el mismo. El Oliver que se había despedido de mí dejando una flor, sin afeitarse y vestido de modo informal era ese mismo hombre.

Solo se había encontrado.

Al final, hice algo que no debía. Algo que debí haberme negado, porque solo abrió otra puerta que mantenía cerrada con llave para no hacerme daño. Me levanté, salí de la caravana sin importarme el frío y entré en la casa. Subí las escaleras, me colé en el que había sido su dormitorio y lo observé todo, tan vacío. Pese a que su presencia seguía sintiéndose allí.

Entonces recordé algo. Fui hasta el baño y abrí el cubo de la ropa sucia. Había sido culpa mía, porque me la había puesto por casa y la había echado en mi cesto para lavar sin darme cuenta, y ahí seguía, mi camisa favorita de Oliver.

Me la puse. Otra cosa que no debería haber hecho. Me faltaba sacar helado y comerlo a cucharadas en la que había sido su cama. Pero no. Lo hice todo, menos lo del helado.

Seguía sin cambiar las sábanas.

Apoyé la cabeza en su almohada y entonces sí que me sentí mejor, aunque solo fuera momentáneamente. Con su olor acompañándome y la calidez de su camisa sobre mi cuerpo, que me hacía recordar cómo era tenerlo a él a mi lado, aunque ya no estuviera.

Aunque nunca lo hubiera estado realmente.

Aunque nunca más fuese a volver, porque Oliver no era para mí.

Me incorporé de un salto, con el corazón a punto de salirse del pecho.

Me confesé a mí misma de una vez lo que ya sabía. Lo que había ido tejiendo en mi interior sin ser consciente de ello. Lo que había crecido imparable hasta formar flores en cada rincón. Lo que lo quería.

Solo entonces, me eché a llorar.

En flor

En su máximo esplendor o belleza.

Oliver

Me levantaba cada día a las siete de la mañana. Me duchaba y me ponía el traje que me tocaba, siguiendo un estricto orden al que me había acostumbrado. La corbata siempre a juego. A las siete y veinte estaba sentado frente a un café cargado y dos tostadas con aceite de oliva. El zumo de naranja era de bote. Leía la prensa desde el móvil, según comía. Me lavaba los dientes, me engominaba el pelo, cogía mi maletín y a las ocho menos cuarto salía de casa. A menos cinco estaba en la oficina.

Era una rutina que llevaba haciendo años. Una más; una que nunca había cuestionado.

Sin embargo, hasta que no me levanté aquel primer día en que debía volver al trabajo, no me di cuenta de lo poco que me gustaba.

Me di una ducha de agua fría. Me puse el traje azul oscuro, pero, en el último momento, tiré de la corbata, me la quité y me abrí dos botones de la camisa, porque sentía que me ahogaba. Desayuné una pieza de fruta y rechacé el zumo, porque sabía a polvo y no a lo que debería saber. Pasé de la gomina y llegué a la oficina tres minutos tarde.

Pueden parecer detalles tontos, pero no lo eran. Significaban que yo ya no era ese Oliver que entraba sonriente y pulcro cada día en aquel edificio, sino otro que ni siquiera se había afeitado y que hacía años que no se dejaba la corbata en casa.

En cuanto llegué a la puerta de mi despacho, mi jefe me abordó en el pasillo con una sonrisa amable y dos cafés en las manos. Me tendió uno y me apretó el hombro con confianza. Podía decir que era uno de esos pocos afortunados que echaba de menos a su jefe cuando se tomaba un periodo de descanso. Era una gran persona.

—Hombre, Oliver. ¿Cómo estás? Pasa a mi despacho.

—Bien. Gracias.

Lo obedecí y me senté en esa butaca desde la que la última vez me hizo poner el grito en el cielo. No obstante, aquel día me sentía bien e incluso le agradecía aquel paréntesis de realidad.

Carballo me observó con una media sonrisa, mientras bebía café. Yo le di un trago al mío e hice una mueca de desagrado. Estaba espantoso. Le di otro, por si acaso era mi falta de costumbre a la cafeína, pero no, era el café. Y era el de siempre, llevaba años tomándolo, pero, de pronto, me parecía agua de fregar.

—Te veo... mmm. Diferente.

—¿Es algo malo?

—No. No, hijo. Pareces descansado.

—Lo estoy.

Sonreímos. Él señaló mi comienzo de barba, como si estuviera fuera de lugar, y yo alcé las cejas. Después levantó las manos en señal de inocencia y se echó a reír.

—Me alegra saber que te ha venido bien el parón.

—Sí. Gracias. Ahora quiero trabajar.

—El mono, ¿eh? Sé lo que es.

Y sí, tenía ganas. Me gustaba mi trabajo, era exigente y competitivo. Era un adicto a esas sensaciones asociadas a conseguir retos, al esfuerzo y a demostrarme, una y otra vez, que era bueno en lo que hacía.

Pese a ello, según las horas pasaron, me di cuenta de que sí, lo había echado de menos, pero no tanto como creía. Solo de una forma efímera que no era más que la satisfacción de tener el control sobre algo. Y, cuando terminé la jornada, ese gozo no era tan grande como esperaba. Había un vacío. Un vacío que debía llenar con algo, pero que no había encontrado allí.

Salí con Edgar al terminar de trabajar y entramos en el bar de siempre; una cervecería de tipo irlandés que se encontraba al final de la calle. Él parecía eufórico, como si fuésemos críos que se han separado todo un verano y se reencuentran con la vuelta al cole.

—Dos cervezas.

La camarera que solía atendernos siempre me lanzó una sonrisa acompañada de un guiño de lo más provocador. Se llamaba Mamen, o

Miriam, o Mariam, o algo por el estilo. No lo recordaba, pero estaba casi seguro de que su nombre empezaba por eme. Había estado los últimos meses tonteando conmigo, o más bien con la sombra del tío que era, y yo nunca había demostrado ni el más mínimo interés.

Sin embargo, aquel día sí que me fijé en ella. En su pelo rubio largo y en su boca pintada de rojo. En su camiseta ceñida y en cómo marcaba sus tetas. Tenía que reconocer que era muy atractiva. Y que yo parecía otro; uno más despierto, como si los estímulos que me rodeaban fueran más visibles.

—Como ves, todos te hemos echado de menos por aquí —dijo él, refiriéndose a la camarera.

La chica me sonrió y yo le devolví la sonrisa. Me sentí bien al hacerlo. Era un paso. Por muy pequeño que pareciese, me resultaba hasta grande en comparación al esfuerzo que aquel gesto me hubiera costado meses antes.

—Ya veo.

—Dios... —Me giré y me encontré con la expresión de asombro de mi amigo; si no hubiera sido algo imposible viniendo de él y no estuviera bromeando, habría jurado que estaba a punto de llorar—. ¡El *gentleman* ha vuelto! La has mirado de *esa* manera, ¡bienvenido, tío!

Puse los ojos en blanco ante tanta gilipollez junta y él me abrazó, dándome palmadas en la espalda y fingiendo que le daba las gracias a un dios en el que no creía. La chica de la barra se reía de las tonterías que hacía Edgar. Tenía una risa bonita. No como la de Julia, pero era agradable.

Sacudí la cabeza al ser consciente de lo que se había pasado por mi mente y le di un trago largo a mi cerveza.

—Bueno, cuéntame, ¿qué me he perdido estas semanas?

—Nada. Sin ti soy un despojo humano.

—Ya será para menos.

—Nadie con dos dedos de frente bebe cerveza un martes. O eso parece. ¿Te lo puedes creer? No tienen ni idea de la vida. —Brindamos con nuestros botellines.

—¿Y qué tal con Lía? ¿Algún avance?

—Meh. —Gruñó al pensar en aquella chica que se había incorporado hacía poco tiempo a mi equipo y yo sonreí; llevaba desde el primer día intentando gustarle, pero con pocos resultados—. ¿Y tú? ¿Cómo te ha ido en el refugio ese? ¿Tuviste que bañarte en un lago desnudo para depurar tus chacras? ¿Rezar alrededor de una hoguera a algún dios desconocido? Viniendo del chalado de Bruno, me espero cualquier cosa.

—No. Estuvo... bien. Ha estado bien.

—¿Bien?

—Sí.

Pensé en lo bien que había estado. Pensé en ella. Y bebí.

Edgar comenzó a reírse y me dio dos palmadas en la espalda. Era algo que hacía continuamente, por mucho que yo lo odiase.

—Eres un cabrón. ¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—La chica.

—¿Qué chica? —disimulé, pero no funcionó. Me conocía demasiado bien.

—La que te has tirado entre las cabras y las ovejas. A mí no me engañas. Tienes esa cara.

—¿Qué cara?

—La de «he follado tanto que la sonrisa me sale sola». —Sonreí más ampliamente sin poder evitarlo.

—¿Ah, sí?

—Sí. La que siempre tenías antes de que se estropeará con Patricia.

Se me borró la sonrisa al momento. Patricia. Ni siquiera la había llamado aún.

—Ha sido solo un rollo. No tiene importancia.

—Joder, eres mi ídolo. ¿Cómo se llama?

—Julia.

—¿Y cómo es?

¿Que cómo era Julia? Los adjetivos se me agolpaban en la garganta.

No obstante, dejé ver mi mejor expresión de indiferencia, porque lo que menos necesitaba era que Edgar atisbara más de lo que yo pretendía que aquello fuese.

—Guapa. Divertida. No sé.

—¿Guapa tipo Natalie Portman o más tipo Megan Fox?

—Guapa tipo Julia. No se parece a nadie. —Él explotó a reír y me tensé—. No seas gilipollas.

—¿Te gusta esa chica?

Noté la tensión de mi mandíbula y una un poco más interna. Una que me decía que sí, que Julia me gustaba, y mucho. Una que me recordaba el modo en que nos habíamos despedido y lo enfadado que yo estaba con ella por encontrarme aquel dinero en mi maleta. Una que me confirmaba lo que ya sabía, que iba a echarla de menos, y no como se echa en falta a una amiga, sino como lo haces por alguien especial. Una tirantez que me demostraba que había vuelto mucho más entero de aquella casa perdida entre montañas, sí, pero que aquello no había sido un punto y final. Que aún quedaba algo, palabras sin decir, explicaciones por pedir, lo que fuera. Y la situación había comenzado a estresarme en apenas dos días.

Sus ojos seguían fijos en mí, esperando una respuesta. Yo suspiré. No deseaba hablar de Julia, ni de aquel mes que habíamos compartido, con Edgar. Ni con él ni con nadie. Había toreado los interrogatorios de Jimena y Bruno con facilidad y con Edgar sería más sencillo aún. Así que lo hice del único modo que se me ocurrió, y a la vez intentando dejar atrás todas esas sensaciones y seguir hacia adelante, sintiéndome yo de nuevo y disfrutando de reencontrarme.

Alcé la mirada y la clavé en aquella chica guapa. Joven, sonriente, preciosa. Llevaba una falda corta que le sentaba muy bien. Sus piernas eran largas. Me imaginé agarrándola por los muslos y me pareció real, algo posible.

—No. Me gusta esta. —Recorrí su cuerpo de arriba abajo con los ojos y sonreí, antes de llamar su atención—. Perdona, ¿podrías ponernos otras dos,

por favor? Y unos cacahuets, a ver si mi amigo se ahoga y se calla un rato.

Ella se dio la vuelta y me devolvió la sonrisa. Vi que en sus ojos brillaba un deseo no escondido.

—Claro, lo que tú quieras.

—¿Lo que yo quiera? —repliqué, alzando una ceja y apoyándome en la barra para acercarme más a ella.

—Sí, lo que tú quieras.

Julia

—Julia, ¿qué estás haciendo aquí?

Abi entró en el dormitorio y me fulminó con la mirada. Yo quise desaparecer, pero, como no pude, le lancé un cojín a la cara para ver si captaba mi indirecta y desaparecía ella.

—¿A ti qué te parece?

Se acercó a la ventana y la abrió de par en par. El aire fresco entró enseguida y me estremecí.

—Dios. Es lamentable. Podrían escribirse canciones sobre esto.

Abi siguió recogiendo los trastos desperdigados por el suelo. Restos de comida en las bandejas, ropa sucia, libros. Un desorden con el que llevaba conviviendo casi una semana.

La observé mientras lo hacía y me sentí aún peor. La verdad es que tenía razón, era lamentable.

Oliver se había ido y yo había acampado en su dormitorio. Llevaba allí cinco días con sus noches, regodeándome en el hecho de que albergaba sentimientos por él y en lo sola que me sentía. Y recordando una y otra vez aquella despedida espantosa que habíamos tenido.

Se sentó encima de la cama y me agarró la mano. Yo suspiré y miré hacia otro lado, porque me daba vergüenza que me viese así, como una adolescente rechazada o como la protagonista de una comedia romántica que, claramente, no era.

—¿Qué haces aquí, Abi?

—Salvarte.

—¿Qué estás diciendo?

Dejó salir una bocanada de aire y su expresión maternalista me conmovió.

—Lo echas de menos. Lo entiendo, créeme. Pero dormir en unas sábanas sucias no ayuda a que esto pase mejor.

Era cierto, pero era lo único que me apetecía.

—Estoy cansada.

—¿Lo has llamado?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Para decírselo.

—¿El qué?

—Que lo echas de menos. Que quieres seguir formando parte de su vida.

No, y tampoco podía. Nuestros caminos eran otros, otros muy distintos que solo se habían cruzado en un punto para después continuar.

—Yo nunca he formado parte de su vida. En tal caso, él lo hizo de la mía. ¿No ves la diferencia?

—Está en tus manos cambiar eso.

—No quiero. Solo quiero dormir.

Metí la cabeza debajo de la almohada y ella me dio un azote en el culo. Yo le solté una patada.

—Te ha llegado una carta. Estaba en la entrada.

—¿De qué es?

—Es del hospital.

Levanté la cabeza otra vez y me olvidé de todo, de Oliver, de lo triste que me sentía, de Aarón, del sermón que leía en los ojos de Abi, de todo. De todo menos de la inmensa esperanza que cabía en un sobre blanco.

Leandro abrió la puerta y me encontró allí, nerviosa, sonriente y con una carta en las manos. Era domingo, el día de nuestra cena familiar y, después de una semana amarga, por fin tenía ganas de sonreír.

—Me voy a Barcelona.

—¿Ha llegado?

—Sí.

Lo abracé y ni siquiera se quejó, lo que ya dejaba claro lo importante que era aquello para todos. Porque para mí lo era, y ellos me querían; nunca debía olvidarme de eso.

—¿Quieres que te acompañe?

—No... yo...

—Está bien, Julia. Puedes hacerlo sola.

Sonreí y sentí que sí, que solo con escuchárselo decir era más verdad. Además, necesitaba demostrarme que podía hacer aquello sola. Aarón me había hecho sentir tantas carencias que debía suplirlas por mí misma. No lo tenía a mi lado, pero no me hacía falta.

—He pensado pasar unos días allí. Me quedaré en casa de Alma.

Él asintió. Alma era la hermana de Aarón, pero era una de las pocas personas de ese entorno en común que habíamos creado cuando estábamos juntos que me quería más a mí que a su propio hermano.

Después llegaron Abi y Nora y brindamos con zumo de frutas por lo que estaba por llegar.

Volver a Barcelona fue extraño. Las calles me olían diferente y los edificios que conocía bien se me hacían ajenos; como si pasar tanto tiempo en mi refugio hubiera provocado que todo lo que quedaba fuera se distorsionase.

De vez en cuando me recreaba en esos buenos recuerdos que me traía un lugar, una cafetería, un parque. Recuerdos de aquella Julia adolescente o de esa otra algo más mayor que disfrutaba de su vida sin preocupaciones. También digería los malos, aquellos otros que me obligaron a tomar decisiones, a hacer borrón y a empezar de cero.

Como la puerta de aquel hospital.

Me vi de nuevo allí, ilusionada como una niña, entrando de la mano de Aarón, que me besaba entre palabras y me susurraba lo feliz que era y que lo hacía. Y, después, salir llorando, con una grieta enorme dentro del pecho y otra aún pequeña, casi invisible, entre nosotros. Una que no vimos hasta meses después, cuando ya era tan grande que no supimos cómo enmendarla.

Me vi volver, otra tarde, asustada, esperanzada pero muerta de miedo y con una corazonada; una que no era positiva. Aquella vez lo hice sola. Aarón llegó dos horas más tarde. Nos dimos la mano y miramos una pantalla. La imagen nos resultó conocida. Las manos se soltaron en algún momento. Esa segunda vez no lloré. Solo me rompí y me doblé un poco hacia dentro, como si me hiciera más pequeña, más contenida.

Algo cambió. En mí, en él, en los dos. Dejamos de fingir. Comenzamos a salir de más, a volcar el dolor en algo que nos hiciera olvidarlo por momentos, en dejarnos de lado y buscar apoyo en otras personas que no éramos nosotros. No nos fuimos infieles, pero casi, porque confiamos en otros para confesar nuestros miedos, nuestras inseguridades. Nos decepcionamos y nos traicionamos en otros aspectos mucho más importantes.

En aquella época, yo me hice mi primer tatuaje: dos estrellas dentro de un laberinto. Mis dos estrellas perdidas en algún lugar donde va a parar todo aquello que es demasiado bueno como para quedarse en este mundo. Dos estrellas a las que, poco después, se les uniría otra más.

Él se fue una noche de nuestro piso y no volvió hasta una semana después. Nunca le pregunté dónde había estado ni con quién.

Yo dejé el trabajo.

Él trabajó más que nunca, como una excusa perfecta para no volver tan pronto a casa y enfrentarse a mi tristeza y a mis reproches.

Llegamos a un punto en el que solo follábamos; lo hacíamos como locos, además, como un modo de soltar todo eso que no nos atrevíamos a decirnos con palabras.

Y ocurrió.

Una tercera que creímos que podría salvarnos, pero que nos destruyó.

Entré en la consulta y me encontré con la doctora que había llevado mi caso desde el principio. Era encantadora y tenía empatía, algo que, pese a que debería ser obligatorio, no siempre se encuentra en el sector hospitalario.

—Hola, Julia. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. Nerviosa pero bien.

—Es lógico. Hemos estado valorando tu caso y hemos tomado una decisión. Quizá no sirva de nada, pero no encuentro más opciones.

Tragué saliva. Ahí estaba de nuevo, la muralla enorme que se alzaba ante mí. Yo solo deseaba algo que debía pertenecerme por el simple hecho de ser mujer, pero que la vida no cesaba de negarme. Y la muralla cada día crecía un poco más.

—Lo que sea. No me importa.

—Vamos a explorar y limpiar la zona mediante una laparoscopia. Si todo sale bien, probaremos a realizarte el tratamiento.

—Perfecto.

—Ingresas en dos días. Aun así, Julia, las posibilidades son muy bajas. No quiero que te hagas ilusiones.

—No me las haré.

Pero me las hice, porque la esperanza es lo último que debemos perder; sobre todo ante los sueños, por muy inalcanzables que resulten a veces. Por muy injustos que sean con quien menos lo merece.

Oliver

Patricia me recibió con una sonrisa y un abrazo. Estaba guapa. Parecía haber engordado un poco desde la última vez que nos vimos y eso hacía que sus mejillas tuvieran otro color. Me alegré por ella. Se merecía que las cosas comenzaran a irle como deseaba, aunque fuese lejos de mí.

—Oliver, ¿cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Bien.

Nos separamos y nos observamos de cerca. Entonces nos echamos a reír.

—Es raro. Esto. Te echaba de menos. Llevaba meses sin hacerlo — confesó.

—Lo sé. Yo también.

Era cierto, y no se trataba de restos de amor ni de nada parecido, era solo un sentimiento de cariño que habíamos olvidado que nos teníamos entre los reproches.

A veces pasa eso, lo malo encubre lo bueno, que suele ser mucho y que deberíamos intentar mantener, incluso cuando lo demás se acaba.

—¿Dónde has estado?

Le conté mi experiencia en *El jardín de Julia*. Ella me miraba boquiabierta según le explicaba en qué consistía aquel lugar, aunque omití relatarle nada más que lo superficial, sin hablarle de Julia, ni de nada que supusiera algo demasiado personal. Ya no estábamos en ese punto y tampoco pasaba nada. Estábamos en otro, en otro en el que nos esforzaríamos por que fuese bonito.

—Quizá yo lo pruebe. Necesito vacaciones.

—No creo que te gustase demasiado. La dueña tiene un perro y un gato, camina descalza y duerme en una caravana.

Puso una expresión de desagrado y no pude evitar reírme. Nunca habíamos sido de esa clase de personas que se adaptan con facilidad a las cosas que no conocen. Nosotros éramos más de hotel con spa que de

camping.

—¿Te estás quedando conmigo?

—No.

Me mordí la lengua para no decirle que también hacía las mejores galletas de almendras del mundo, que tenía una sonrisa preciosa que se contagiaba y que allí el aire era diferente; que era mejor que cualquiera que hubiese respirado.

—¿Qué vamos a hacer con el piso? Tendremos que hacer algo. No puedes seguir en casa de Jimena. Y yo prefiero dormir en el hospital a ir a casa de mi madre.

Observamos aquel salón que tantos buenos ratos nos había hecho pasar. Las veces que habíamos hecho el amor sobre el sofá en el que estábamos sentados. Las horas que habíamos pasado decorándolo. Las tardes de discusiones sin muchos motivos más que el que lo nuestro se torcía sin poder remediarlo. Los silencios.

Me di cuenta de que era una casa bonita, pero nada más. No me imaginé levantándome de nuevo de aquella cama, desayunando en la isleta de la cocina y viendo películas por las noches. No me imaginé llevando a alguna chica allí y desnudándola entre sus paredes. No me imaginé viviendo allí sin ella. Aquella casa éramos Patricia y yo, incluso Patricia sola, pero no yo.

—¿Lo quieres? —dije, refiriéndome al piso.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Pero...

Le cogí la mano y fui sincero.

—Patri, yo no lo quiero. Fui feliz aquí, pero no es esto lo que busco ahora. Arreglaremos los papeles con el abogado.

—Te pagaré la mitad.

—Ya veremos cómo lo hacemos. Tú por eso no te preocupes.

—Gracias.

Sus ojos se humedecieron. No me gustaba verla llorar, pero aquel día supe que era algo bueno, el resultado de una emoción positiva y que no se trataba de esas otras lágrimas que había vertido en otras ocasiones.

—¿Me perdonas?

Y cuánto abarcaban esas palabras... decepciones, mentiras y algún que otro sueño roto.

—Sí. Te perdono.

—Te quiero, Oliver.

—Yo también te quiero.

Nos abrazamos y hundí el rostro en su cuello al estremecerme por el pensamiento repentino que cruzó mi mente.

No, tampoco me imaginaba a Julia en aquella casa, caminando descalza y llenándola de flores.

Julia

Aquella tarde, volví a casa de Alma y le conté todo. Ella me apoyó y me preguntó que si quería hacerlo acompañada, pero me conocía de sobra para saber mi respuesta. Llevaba tanto tiempo llevando aquello en soledad que me parecía algo casi íntimo como para compartirlo. Además, era una cuestión egoísta. Necesitaba comprobar que, sin Aarón a mi lado, podía hacerlo; que no lo necesitaba.

No obstante, cuando la noche llegó y no pude dormir más que un par de horas por los nervios, me di cuenta de que aquello tampoco era cierto. Yo deseaba que alguien estuviera a mi lado si salía mal, y asumí que tampoco era algo malo ni cobarde. Yo quería que alguien me cuidase como lo habían hecho hacía muy poco sin tener motivos reales para ello.

Yo necesitaba a Oliver.

Me puse un vestido que sabía que le encantaba; era azul oscuro, con pequeñas estrellas en color crema; me lo había arrancado una tarde en el sofá de la sala antes de hacerme el amor. Lo acompañé con una chaqueta de punto y unas botas marrones. Fue una tontería, pero me sentía tan perdida y tan inquieta que aquel detalle de vestirme con algo que me hiciera sentir bonita me daba seguridad. Me peiné en condiciones con uno de mis moños deshechos y una cinta en el pelo, e hice una llamada que quizá estaba fuera de lugar, pero es que ni siquiera sabía dónde podía encontrarlo ni llamarlo. Sabía muy poco de Oliver, en realidad; aunque puede que supiera solo lo importante, lo que de verdad valía la pena.

—Bruno, soy Julia.

—¡Hola, cara guapa! ¿Qué te cuentas?

El simple sonido de su voz me hizo sonreír y me calmó un poco.

—Poca cosa. Estoy en Barcelona.

—¡Eh! ¿Vienes a verme? ¿Hacen unas cañas?

—Estoy un poco liada, pero quería pedirte un favor.

Se rio y supe que lo sabía, que era demasiado obvio.

—¿Su número o la dirección de su casa? Aunque sigue viviendo en la mía. Tendrías que enfrentarte a todos nosotros.

—Os lo contó.

—En realidad, Jimena lo adivinó. Yo no me lo hubiera imaginado ni en un millón de años.

Era difícil hacerlo. Alguien como Oliver con una chica como yo. Era lo más parecido a juntar agua con aceite; al menos, resultaba así de entrada, porque en las distancias cortas yo había descubierto que encajábamos mejor de lo que se percibía en un primer momento.

—Ya... yo tampoco. ¿Qué te parece la de su oficina?

—¿Visita sorpresa? Me encanta.

—Gracias.

Apunté la dirección que me indicó en un papel y lo escuché parlotear unos minutos. Estaba enfadado con su hija, Luna, porque no iba a volver a casa esa Navidad. Se había enamorado, decía, de un artista bohemio un tanto extravagante. Era raro ver a un tío como Bruno hacer las funciones de padre de una chica mayor de edad, pero se le daba de miedo.

La vida es así de caprichosa, da hijos a quien no los busca y se los niega a quien los desea con todo su ser.

—Suerte. Ah, Julia, un consejo. Yo no tengo ni puta idea de nada en la vida, y Jimena me dice que veo cosas donde no las hay la mayor parte del tiempo, pero... había algo. En su mirada, cuando lo contó. Vi algo.

Tragué saliva. No tenía la certeza de que sus palabras fueran una verdad, pero lograron que mis fuerzas y mi seguridad crecieran.

—Gracias, Bruno.

—De nada, cara guapa.

Oliver trabajaba en un edificio altísimo de grandes cristaleras, en una zona empresarial bastante céntrica. Me había contado que había trabajado unos años en una revista de moda, en la que conoció a Jimena, pero que lo

habían ascendido a otro departamento más importante dentro de ese mismo grupo editorial, en el que dirigía la sección de marketing y publicidad de una serie de publicaciones de prensa.

Me lo imaginé saliendo a comer por esas calles llenas de escaparates y vida y no me costó. Era fácil hacerlo. En cambio, me vi a mí misma en el reflejo de uno de ellos y asumí lo que yo ya sabía, que aquel ya no era mi sitio. Lo fue en algún momento del pasado, pero yo ya no encajaba allí.

Tras pasé la puerta y observé a todos aquellos trabajadores que entraban y salían de las distintas oficinas. Desentonaba bastante entre tanto traje, pero también atisbé a gente joven con ropa más informal.

Bruno me había avisado de a qué hora solía terminar la jornada, así que me quedé a un lado con la esperanza de verlo salir.

No tardó en ocurrir. Cinco minutos después, el ascensor se abrió y salió un grupo de hombres. Charlaban de forma amistosa y parecían todos iguales: elegantes, bien peinados, con esa seguridad que no todo el mundo posee.

No obstante, no lo eran, porque yo lo vi enseguida destacando entre todos ellos.

Llevaba un traje gris y una camisa blanca. Se había olvidado de la corbata. Su pelo estaba bien peinado y su mirada seria, afilada. Se paró en la encimera de mármol de la recepción y apoyó una carpeta, mientras ojeaba unos documentos. Parecía uno de esos empresarios de éxito, uno de esos niños ricos que tienen todo lo que quieren.

Parecía otro Oliver y no el que yo recordaba.

Me dije a mí misma que era el mismo, que solo era una fachada como la que yo utilicé mucho tiempo, o como la que tenía en aquel momento.

Al fin y al cabo, por fuera solo somos fachadas, disfraces, ropa que desaparece y que deja a la vista todo lo demás, lo que escondemos; lo de dentro es lo que cuenta y lo que nos hace ser nosotros.

Pese a ello, se me secó la garganta. Noté un par de miradas de compañeros que salían puestas en mí, en la chica con rastas en el pelo, tatuajes y ropa de mercadillo que no pintaba demasiado en un lugar así. Nunca me había sentido mal por ello, todo lo contrario, solía sacar pecho y dejarme ver, pero aquel día lo hice. Ese no era mi sitio y todos lo sabían.

Un hombre le dio una colleja al pasar y Oliver levantó la vista de los papeles para sonreírle. Entonces, me vio. Abrió la boca sorprendido y me acerqué. Me faltaba el aire y las manos me sudaban, pero tenía que hacerlo. Pensaba en lo que llegaría al día siguiente y lo necesitaba a mi lado. Sin él, sabía que me ahogaría. No pasaba nada por pedir ayuda, era algo humano, algo instintivo, algo bueno.

Me lo repetía sin cesar según la distancia entre nosotros se acortaba.

—Julia...

—Hola, Oliver.

—¿Qué...? ¿Qué estás haciendo aquí?

Parecía confuso, y evité pensar en que no solo era por la sorpresa, sino porque lo incomodaba que yo estuviera allí. Miró a los lados con disimulo, pero lo capté rápido. Estuvo mal y pensé en marcharme, pero después recordé que había algo en aquel instante que tenía aún más peso para mí que mi orgullo o mi dignidad. Era algo casi primitivo; lo necesitaba sin más a mi lado.

—Tenía que venir a la ciudad a hacer unos recados y pensé en pasar a verte.

—Estoy ocupado.

—Ya lo veo. Esto... parece estresante.

—A veces, lo es.

Tragué saliva al ver el tic de su mandíbula, más tensa que nunca.

Aquello no estaba bien, aunque tampoco comprendía el porqué, solo sé que lo sentía por dentro, una sensación desagradable y amarga creciendo en mi estómago.

—Estás muy guapo con traje.

—Ya.

—Oliver, ¡vamos, tío! Me muero por un trago.

El hombre que lo había golpeado al pasar gritó desde la puerta y nos miró a ambos, sin ocultar su asombro. Oliver evitó su mirada y la posó en mis manos, que no podían dejar de retorcer la tira de mi bolso.

Me sentía demasiado idiota. Si no hubiera sido porque ya era una mujer adulta y porque aquel no era el lugar, quizá hasta me hubiese echado a llorar. Tenía miedo. Y me sentía sola. Y, al aparecer en mi vida, Oliver había hecho que todo cambiara. Hasta que él llegó, yo nunca me había recreado en el peso de la soledad. Nunca. Y, de pronto, debía enfrentarme a algo que me asustaba tanto que me había plantado allí, porque él me había mostrado que era una de esas personas que sabían cuidar de los demás. Justamente lo que yo necesitaba; lo necesitaba como respirar.

Cogí aire y me dejé llevar por todo eso que me burbujeaba por dentro.

—Voy a quedarme en casa de una amiga unos días. No vive muy lejos de aquí. Aunque no creo que eso importe demasiado. ¿Te apetece comer conmigo? ¿O que salgamos esta noche? O mañana puedo venir a verte a la salida. Podíamos tomar un café. Tengo que contarte algo.

Las palabras me salieron solas, un poco atropelladas.

Las suyas fueron concisas y directas; al igual que la expresión dura de su rostro.

—¿Algo relacionado con el dinero que metiste en mi maleta?

—Oliver, no...

—Iba a hacerte un ingreso para devolvértelo, pero confiaba en que me pidieras disculpas por ello.

—Yo... —Tuve que hacer serios esfuerzos para no venirme abajo—. No me pareció bien aceptarlo.

—Quizá podías haberme preguntado qué me parecía a mí.

Nos retamos con la mirada. Estaba enfadado y podía llegar a comprenderlo.

No obstante, después de lo vivido, ese dinero me parecía incluso sucio, porque lo que había pasado entre Oliver y yo no tenía precio.

Fui incapaz de decírselo, fui incapaz de abrir la boca, así que, finalmente, lo hizo él.

—Julia, no me pillas en un buen momento.

Entonces una mujer salió del ascensor taconeando con elegancia. Era alta,

morena y muy atractiva. Hizo que me sintiera pequeña, a mí, una persona que nunca se había avergonzado de nada que tuviera que ver con el físico; hacía tiempo que aquellas superficialidades me resbalaban. Sin embargo, al ver que se paraba al lado de Oliver, fue inevitable.

—¿Estás listo? —Oliver le sonrió, pero fue una sonrisa a medias, aunque ella no lo supo; no lo conocía como yo.

—Sí, ahora mismo salgo.

Ella me estudió a mí y habló:

—Si tenías planes, lo dejamos para otro día.

—No, tranquila, es una conocida. Solo nos hemos cruzado. Ahora salgo.

La mujer se marchó y yo me quedé allí, observándolo como si no lo conociera, como si fuera un espejismo, como si fuera otro hombre distinto al que había ido a buscar.

Me dolió. Y no lo hizo por su rechazo o por esconder de qué nos conocíamos, como si lo avergonzase, no. Me dolió porque el Oliver que yo conocía y que merecía tanto la pena no era así y él lo había echado a perder en muy poco tiempo; en días, apenas. En poco más de una semana se había olvidado de quién era y de esa versión de él de la que había huido entre mis brazos.

—Entiendo. Perdona por haberte molestado. No debería haber venido. Qué estúpida soy.

Me giré y eché a andar, hasta que su mano rozó mi codo, aunque solo un segundo rápido para después soltarme.

—Espera, Julia.

—No, perdona por no recordar que las mentiras fuera de allí sí son válidas —dije con sarcasmo por cómo le había hablado de mí a aquella chica.

—No quería...

—Tranquilo, me ha quedado claro.

Su mirada se ablandó y sus ojos brillaron.

—¿Qué querías contarme?

«Que te necesito, Oliver. Que mi vida ha llegado a un punto que me asusta tanto que no sé si cuando pase por él podré seguir. Que tengo miedo. Que no tengo a nadie. Que te quiero».

—Nada. No tiene importancia. Adiós, Oliver.

Oliver

La vi marchar. Tuve que contenerme para no dar un puñetazo a la pared.

¿Qué hacía Julia allí? Me había pillado completamente desprevenido.

Al verla, había sentido muchas cosas. Primero, confusión. Luego, alivio. No sabría decir por qué. Después, deseo. No soy de piedra y, al ver el vestido que se había puesto, la había recordado abierta de piernas y gimiendo mi nombre. Y, por último, enfado. Una rabia que crecía rápido al acordarme de aquel dinero que había colado en mi maleta. Y que también surgía al verla allí, en mi entorno, en un sitio en el que Julia no debería estar, porque rompía todas las reglas.

Salí al exterior cabreado y nervioso. Edgar y Lía me esperaban con dos sonrisas de lo más significativas que preferí ignorar, así que comencé a caminar sin mirarlos, dejándoles claro que no era el momento.

Sin embargo, me sirvió de poco, porque Lía me lo preguntó en cuanto entré al bar.

—¿Quién era?

Yo me encogí de hombros. Me sentí fatal, pero tampoco quería dar explicaciones a nadie. No quería hablar del tema que me había estado carcomiendo por dentro toda la semana anterior. No quería hablar de Julia ni recordar la decepción de su mirada ante lo que había hecho. Ya tenía bastante con lo que cargaba y con esos nuevos remordimientos que ni siquiera sabía por qué había dejado que se formaran. Quizá porque era un imbécil y me costaba demasiado admitir que aquella chica un tanto rara me gustaba. Y que no podía dejar de pensar en ella.

—Una vieja amiga.

—Es original.

Me reí. Una buena manera de describir a Julia. Era única hasta para presentarse por sorpresa, que debía hacerlo en mi lugar de trabajo. También estaba cabreado por eso. Había reglas, maldita sea; aunque en su casa nos las hubiéramos saltado una detrás de otra, fuera de allí todo era diferente. Yo lo era.

Edgar se acercó con un palillo en la boca y se sentó en un taburete pegado al de Lía.

—¿Quién era la de las trencitas?

—No son trencitas, son rastas —le explicó ella, como si fuera una verdadera entendida en el tema.

—Lo que sea. La del culo increíble. —Me tensé.

—Edgar...

No quise hacerlo, pero su nombre me salió como una amenaza.

—¿Qué? Será mentira. Tenía un culazo.

—Cállate.

Apreté el vaso entre mis dedos. Normalmente, me daba igual su forma de hablar, él siempre había sido así, un tío superficial y sin ningún tipo de filtro y yo lo toleraba, pero con Julia no se lo iba a permitir. Al ver mi reacción, se levantó y comenzó a sonreír como un crío impresionado.

—Oh, joder. Dime que no.

—No. —Carraspeé—. ¿Dónde está mi cerveza?

—Toma, cielo.

Mariam, que no Miriam ni nada parecido, ya me lo había aprendido bien, me la tendió y me rozó la mano sin disimular. Me crispé y le sonreí sin ganas. Al fin y al cabo, ella no tenía la culpa de que yo fuese un auténtico cabrón.

Nos habíamos acostado dos veces esa semana. La segunda había sido el sábado y estaba tan borracho que ni siquiera entiendo cómo se me pudo levantar. Y en ninguna de las dos me había sentido especialmente bien. Todo lo contrario. Al marcharme de su casa, me había sentido tan vacío y tan sucio que me había dado hasta miedo; como si tocar a otra estuviese mal.

—Gracias.

—Dime que no es ella —insistió Edgar.

—He dicho que te calles.

—¿Quién es *ella*? —dijo Mariam.

—Joder... —susurré, antes de apoyar la frente en la barra.

Lía nos miraba a ambos con curiosidad, mientras se metía un cacahuete detrás de otro en la boca.

No quería hablar de Julia. No quería pensar en ella. No quería recordar su rostro decepcionado minutos antes. Ni tampoco las imágenes que me atacaban sin cesar de ella desnuda entre mis brazos, incluso mientras me corría en el cuerpo de la chica rubia que me miraba como si se mereciese una explicación.

Sin embargo, le di un trago largo a mi botellín y lo hice. Y hablé de más.

—Así que es ella.

—Sí, es ella.

—Guau.

Esa fue la conclusión de mi amigo después de diez minutos de un monólogo en el que dejé entrever más de lo que quería aceptar por mí mismo. Tuve suerte de que el bar se llenase y Mariam tuviera que alejarse; no hubiese soportado tener que lidiar con aquel tema en ese momento, por muy mal que me hiciese sentir.

—No sé si lo he entendido bien, pero te gusta.

—Claro que le gusta —afirmó Edgar. No dejaba de reírse de mí; deseaba darle un puñetazo.

—Entonces, ¿por qué has sido tan... tan...?

—Cabrón.

La del insulto fue Mariam, que debía de tener un oído prodigioso y al final se había enterado de todo.

—Sí. No quería decirlo yo. Sigues siendo mi superior.

Sonreí ante el comentario de Lía y claudiqué. Me sentía como uno. Quizá lo era. Un cabrón, un imbécil, un tío que seguía sin tener nada claro lo que quería.

—Porque supongo que, en el fondo, lo soy.

Julia

A partir de aquel día, todo fue como lanzarme por un agujero en la tierra hasta tocar el suelo. Casi como Alicia, pero sin tener muy claro si al final del camino habría un país de las maravillas aguardándome.

Salí del edificio donde Oliver trabajaba cabizbaja, enfadada y triste. Tenía ganas de llorar, pero no me lo permití. Solo me dije que ahí tenía la demostración que necesitaba de que era mucho mejor seguir sola, como había decidido hacía tres años.

Tenía una familia preciosa esperándome a unos kilómetros de allí, entre montañas, tenía un rincón especial creado solo para mí y con eso me bastaba.

Y aún tenía un resquicio de esperanza.

Al día siguiente, llegué al hospital nerviosa.

La habitación blanca, un pijama azul.

La sensación de calma infinita que siempre regala la anestesia.

Recuerdo sonreír a la cirujana antes de quedarme dormida.

Y cruzar los dedos, en mi cabeza, cruzarlos bien fuerte.

Oliver

Aquella noche y durante el día siguiente, pensé en ella. Constantemente. Era como esa canción que se te graba en el cerebro y no puedes quitarte de la cabeza. Una y otra vez.

Lo hice al acostarme, estando un poco más alterado por el alcohol de lo que debería para ser un martes. Entre sueños, en los que se me aparecía a veces vestida con el dolor en su rostro y a veces desnuda, lo que provocó que me levantase por la mañana con una enorme erección que no quise aliviar bajo la ducha; no sentí que lo mereciera. Durante la interminable jornada laboral de ese día. Al salir a comer, buscándola como un idiota entre las melenas rubias que se cruzaban en mi camino. Por la tarde, cuando me encontré pensando en ella al observar a Bruno hacerse un moño con sus rizos. Por la noche, cuando Jimena me atacó sin piedad saliendo a hurtadillas de su habitación y encontrándose conmigo sentado en el sofá.

—¿Viendo porno a escondidas?

Me reí. La tele estaba encendida, pero ni siquiera sabía lo que estaban transmitiendo. Creo que alguien intentaba venderme un juego de cuchillos.

—Ojalá.

—¿Estás bien? —Fui a responder, pero frunció el ceño y se me adelantó —. Y no me mientas o te echo ahora mismo a la calle según estás.

Miré mis calzoncillos y suspiré. Era pequeña, pero muy capaz.

—Estoy bien, Jimena. Pero...

—¿Pero?

Resoplé y le confesé aquel pensamiento recurrente que no me dejaba ni dormir.

—Pero soy un gilipollas. Y hasta ahora no me había dado cuenta de cuánto. Siempre creí que era una buena persona, pero no lo soy.

—Sí que lo eres.

—No, no lo soy.

—Lo eres. Créeme. Sin embargo, también eres un tanto imbécil. Eso es cierto.

Nos reímos. Después nos miramos. Mirar a Jimena a veces me parecía como asomar la cabeza sobre un charco y estudiar mi reflejo en el agua. No nos parecíamos en muchos aspectos, pero nos entendíamos en todos los posibles. Eso suele ser suficiente; al menos lo es cuando todo va mal, porque no te sientes tan solo.

—Le he hecho daño. Apareció en la oficina y me avergoncé, Jimena. Julia es... es diferente. No va conmigo.

—¿Por qué no? —Negué con la cabeza.

—No tenemos nada que ver el uno con el otro. No es... no es como Patricia.

—Y menos mal, teniendo en cuenta lo bien que os ha ido —replicó.

Tenía razón, pero yo me estaba agarrando a algo mucho más superficial. Y es que verla allí plantada, con su pelo, sus tatuajes, sus *piercings* y su ropa, y luego verme a mí, tan serio, tan correcto, tan como creía que debía ser un tío de mi edad... había sido como un *shock* que no esperaba. Había deseado que no estuviera allí y que nadie la mirase ni la juzgara; en cambio, no había sido consciente de que el único que la había juzgado había sido yo.

—No me refiero a eso. O quizá sí. Estoy hecho un lío.

—Estás así porque esa chica te gusta, aunque creas que no debería hacerlo. Y no pasa nada. Además, yo te entiendo. Cuando conocí a Bruno quise hacerle tiras con un pelador de patatas.

Sonrió al recordar un pasado en el que Jimena sintió un verdadero rechazo por Bruno, como dos imanes que de tanto repelerse se buscaban sin cesar.

—No. En realidad estoy así porque me avergüenza que me guste. Lo que es mucho peor.

—Sí que lo es.

Agradecí que fuera sincera. Me lo merecía y quería cargar con ello. Yo siempre había funcionado así.

—Cuando apareció en la oficina... no quise que me vieran con ella. Soy un cabrón, joder. Es horrible, pero lo sentí. Eso no puedo controlarlo.

Jimena suspiró y se mordió el labio antes de hablar. Supe que estaba pensando sus palabras, dándoles forma antes de pronunciarlas, porque eran importantes y no volvería a repetir las. Con ella era un poco así, o lo cogías o, quizá, el tren se perdía.

—Oliver, puede que esto suene fatal, pero contigo puedo hablarlo, porque sé que me comprenderás. Las personas no somos personajes de una película, no somos A más B más C. Somos eso y un montón de aristas, y de esquinas, y de rotos. También de rotos. Pinchamos y arañamos. Con Bruno aprendí que nunca sería una chica confiada, ni relajada, ni especialmente detallista. Que seguiría siendo un tanto egoísta y un poco complicada. No me gusta que fume a escondidas. Y que él sepa que yo sé que lo hace me enfada más aún, porque siento que se está burlando de mí. Tampoco que me mire como si fuera una niña adorable cuando me enfado y yo solo quiero arrancarle la cabeza. Te juro que lo pienso, me imagino como una mantis religiosa gigante y después me siento mejor. Y odio que me quiera tanto cuando sé que no lo merezco. Pero lo hace, me quiere, y yo disfruto de ello.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque tú eres bueno, y noble, y una de las mejores personas que he conocido en mi vida. Pero igualmente tienes aristas. Y eso también eres tú. Eres un poco estirado, a veces correcto hasta el exceso y tienes prejuicios. Siempre los has tenido. No está bien, pero eso también aporta a todo lo demás que eres, Oliver. Todo, lo bueno y lo malo que tienes, hace que seas único.

Asentí. Era cierto. No somos blancos o negros, somos grises, un espectro de tonalidades que a veces se acercan más a la luz y otras se alejan. Y yo había encontrado mi punto débil sin haberlo esperado.

Recordé a Julia. Julia era el blanco. No había nada oscuro en ella. Era amarillos, y azules, y verdes, y rojos. Pero, sobre todo, Julia era el blanco.

—Vino a verme. Sé que vino a verme por algo. Estaba nerviosa. Me dijo que quería hablar conmigo y yo la rechacé. Y le mentí. Y Julia y yo no nos mentíamos; al menos, no en las cosas importantes.

—Hay una primera vez para todo. Lo importante es saber si quieres o no

que haya una segunda.

Al día siguiente, me fui a trabajar casi sin dormir. Hablar con Jimena me hizo reflexionar sobre un montón de cosas más y ver el asunto con perspectiva. Me sirvió para dejar de culparme siempre por todo, aunque fuera culpa mía, o quizá a hacerlo de un modo más sano. Me ayudó a ver que las personas teníamos más de una oportunidad, pese a que quizá deberíamos pedir las para que se nos concedieran.

Yo me levanté aquel día con la certeza de que deseaba pedirle una nueva a Julia. Y no hablo de sentimientos ni de retomar nada de lo que habíamos compartido; yo solo necesitaba una oportunidad para hacer bien las cosas; hacerlas como ella merecía. Lo demás... lo demás ya se vería.

No obstante, no tuve tiempo de averiguar cómo pensaba hacerlo.

En torno a las siete de la tarde, mientras estaba golpeando el saco de boxeo en el gimnasio y dándole vueltas a todo aquello, recibí una llamada que no esperaba. Era de Bruno, pero se trataba de una llamada en la que no me habló de ellos ni me preguntó qué quería de cena o alguna otra chorrada por el estilo, sino que lo hizo sobre algo que rompió todos mis esquemas. Me contó que había llamado a Julia para quedar a tomar algo, aprovechando su visita a la ciudad, y también para contarle lo imbécil que yo podía llegar a ser (era evidente que Jimena ya se lo había largado todo). Para su sorpresa, ella no había contestado al teléfono. Lo había hecho su amiga Abigail. Y lo había hecho desde la sala de espera de un hospital.

Hay veces en la vida que todo se para. Como una escena de una película en la que se congelan los personajes en la pantalla y ni el aire se mueve. Esa fue una de esas veces para mí.

Salí del gimnasio sin ducharme y con lo puesto. Cogí un taxi y me planté allí sin pensar, sin meditar sobre lo que estaba ocurriendo ni sobre aquella congoja que se agolpaba en mi pecho y que me impedía recuperar el aire perdido con el ejercicio.

Solo quería verla. Me decía a mí mismo que no estaba enamorado de Julia, pero que necesitaba verla y comprobar que estaba bien. Protegerla, si me dejaban, de aquello que la había llevado hasta allí. Quería cuidarla otra vez. Y pedirle perdón. Y que viese que yo estaba a su lado; que no la

juzgaba; que me había equivocado, pero que haría lo que fuera por demostrarle que no volvería a hacerlo.

Me odié durante todo el trayecto por haber sido tan gilipollas el día anterior al verla en la oficina. Había acudido a mí con la intención de contarme algo y yo la había rechazado.

Entré en el hospital y me dirigí a la recepción. No me hicieron ni caso. En las películas parece muy fácil acercarse a una enfermera y preguntarle por un paciente y que te lleven hasta él, pero en la realidad no lo es tanto; confidencialidad y esas cosas. Así que tiré de un hilo que aún estaba atado a mi vida.

—¿Patri?

—¿Qué estás haciendo aquí?

Levantó la cabeza de los folios que ojeaba y abrió la boca, sorprendida por aquella visita en su despacho que ya no tenía ningún sentido. Hacía casi un año que no me pasaba por allí, aunque solo fuera para saludarla. Cuando empezamos a salir en serio, lo hacía de vez en cuando, me acercaba en su descanso solo para darle un beso o llevarle un café, y lo hacía con la emoción que acompaña a una persona enamorada. Sin embargo, apenas recordaba aquello, me parecía excesivamente lejano.

—Necesito tu ayuda.

—¿Qué ocurre, Oliver? ¿Va todo bien?

Le conté por encima, a la mujer con la que me había casado y de la que me había despedido apenas días antes, quién era Julia. No me di cuenta en un principio, pero su rostro empalidecía según las palabras salían de mi boca. En un principio, pensé que me había equivocado al hablarle de otra, que quizá era pronto y había metido la pata de nuevo, pero no se trataba de eso. Era algo que no me hubiera esperado nunca.

—Solo quiero ver que está bien. ¿Puedes ayudarme?

—Puedo hacer algo mejor.

—¿En serio?

—Es mi paciente, Oliver.

El círculo se cerraba. No sé de qué forma, pero que Patri y Julia se conocieran ya hacía que todo aquello resultara más incomprensible para mí, o quizá más claro. No lo sé. Hacía que viese señales absurdas donde quizá solo había casualidades.

Me acompañó a una de las habitaciones de la planta de ginecología, pero me paré en mitad del pasillo al ver a Abigail sentada en el suelo.

Me miró, parpadeó sorprendida un par de veces y después su rostro se tornó duro, desafiante, incluso. Ni siquiera la saludé. No parecía que ella fuese a responderme de buenas maneras. Además, la cortesía sobraba en aquel momento; necesitaba verla. Necesitaba ver a Julia y comprobar que todo iba bien. Necesitaba pedirle disculpas y hacerla sonreír.

—Quiero entrar.

—No puedes.

—¿Por qué no?

Se levantó y se encaró conmigo. Me llegaba por el hombro, pero, en aquel instante, parecía enorme. Es el instinto de protección de las madres con los suyos.

—Porque ella no quiere verte. Y menos en este momento. Se acabó, Oliver.

Me temblaba el pulso; lo notaba. Me pesaban los remordimientos. Veía su cara una y otra vez diciéndome: «Tengo que contarte algo». Me veía a mí deseando que se marchara y que no me viesen con ella, con la chica más bonita que se había cruzado en mi vida, comportándome como ese cabrón que creía no ser, pero que había sido.

¿Por qué lo habría hecho?

Recordaba la decepción en sus ojos azules, claros, sinceros. Lo recordaba todo. Incesante. No me dejaba pensar con claridad.

Me pasé las manos por el rostro y por el pelo. Aún lo tenía levemente sudado por el ejercicio. Me di cuenta de que iba en pantalón corto y con una camiseta de tirantes de un color que hacía daño a los ojos; nada apropiado para estar allí. Y, pese a que meses atrás eso me hubiera parecido fuera de lugar, ni siquiera me importaba.

—Abigail... necesito saber si está bien. Por favor.

Sentía calor. Recordé cómo había empezado todo, conmigo teniendo un ataque de pánico en la sala de juntas de la empresa, agobiado por un divorcio, por la pérdida de un cliente y por no ser padre a los treinta y cuatro años. Fui consciente de que los síntomas eran los mismos: el calor, el sudor frío, las ganas de morirme, las manchas negras en los ojos.

No obstante, aquella vez el centro de todo no era yo. Era ella. Julia.

Abigail se percató de lo que me estaba sucediendo y me agarró del brazo.

—Vale, ven conmigo, Oliver. Vamos a por un poco de agua.

Nos acercamos a una máquina que estaba en otro pasillo y, tras sacar una botella, nos sentamos en el suelo. Creo que sintió lástima por mí. Me vio tan perdido que se compadeció y acabó contándome un episodio que no nos pertenecía a ninguno de los dos, que era de Julia y que ella no había querido compartir conmigo, pero que por fin salía a la luz y lo explicaba todo.

—No tenía ni idea. Nunca me contó nada.

Me costaba encontrar la voz.

—Lo sé. No es algo que cuente muy a menudo. Lleva años intentando ser madre. Primero con Aarón y luego sin él. Ha pasado por tres abortos. En uno se encontraron el saco gestacional vacío, se llama embarazo anembrionario, y los otros dos fueron embarazos ectópicos.

—¿Eso qué significa?

—Fuera del útero. El embrión se acopló en las trompas y no tiene solución; no es viable.

—Joder.

—Sí.

Me pasé las manos por el rostro, como si así pudiera borrar las palabras que acababa de escuchar. De repente el mundo de Julia se me mostraba diferente, ajeno a mí, con sus aristas y sus pinchos, como Jimena me había explicado. Demasiado grisáceo para una persona que no lo era en absoluto.

Quería abrazarla. Quería decirle cuánto lo sentía. Quería... quería algo que no era posible, porque su sueño se había roto y nadie podía ayudarla con

eso.

—Sus cicatrices del abdomen son...

—De uno de ellos. Tuvieron que abrirla; perdió la trompa derecha.

Me vi tumbado sobre ella en uno de aquellos días que habíamos vivido juntos, acariciándolas, besándolas y pidiéndole explicaciones. Me vi juzgándola.

La presión dentro de mi pecho crecía, el nudo de mi garganta, las ganas de correr y no parar de hacerlo hasta que los pulmones me ardieran.

—¿Qué es lo que ha pasado hoy? —La voz me salió ronca y un poco rota.

—Le dijeron que era poco probable que pudiera ser madre. Parte del útero está dañado, pero su ginecóloga quiso intentar una última cosa.

—Patri.

—¿La conoces? —Sonreí.

—Podría decirse que sí.

Abigail no lo hizo, solo sacudió la cabeza. Sus ojeras estaban demasiado marcadas. Entonces me di cuenta de la clase de familia que habían formado entre ellas, de esa que permanece para siempre, pese a todo. Una que tiene lazos mucho más fuertes que los sanguíneos.

—No ha salido bien. Se complicó y tuvieron que extirparle el resto.

—¿No puede...?

—No. Se acabó, Oliver.

—Se acabó.

Repetí sus palabras. Eran dos. Dos palabras que había pronunciado infinidad de veces en otros contextos, muchos asociados con la pérdida, pero aquella vez me parecieron rotundas, que abarcaban demasiado para que cargara con ellas una sola persona.

—Ya lo está pasando bastante mal, no se lo pongas tú más difícil. Lo importante es que se recupere. Y para eso nos tiene a nosotros. Ahora somos su familia. Y quiero ser clara, ese *nosotros* no te incluye a ti.

Era justo. No era lo que deseaba en ese momento, pero debía asumir que

era justo y lo que Julia merecía. Sin embargo, no pensaba quedarme de brazos cruzados.

—Estoy de acuerdo, pero eso no quita que desee que sepa que estoy aquí, para cuando ella quiera. La decisión tiene que ser de ella, no vuestra.

Entonces, para mi sorpresa, Abigail rompió a llorar. Parecía cargar con otro peso y me dejó descubrir el porqué. Ojalá no hubiese sido ese. Ojalá no hubiera tenido que ver conmigo y mis decisiones.

—Fue a buscarte. Fue a pedirte que la acompañases. La odio un poco por ello, pese a que la entiendo, pero no nos dejó venir a nosotros. En cambio, te buscó a ti. Se arrepintió de hacer esto sola y te buscó a ti, Oliver.

Sus palabras me hicieron pedazos. La visita de Julia encajó en mi vida y me rompí.

La había decepcionado, la había dejado sola. No me lo perdonaría nunca. Esperaba que ella tampoco lo hiciese, porque no lo merecía. Yo no la merecía.

—Abigail...

Intenté abrazarla, pero ella se apartó.

—No. Siento ser dura, pero hay que asumir las consecuencias de lo que hacemos. Del daño que hacemos a los demás. Sé bien lo que me digo.

Y se marchó, dejándome solo, aturdido y hundido por la culpa.

Julia

Nos pasamos la vida hablando de los sueños. De los posibles, pero, sobre todo, de los imposibles. De aquellos que nos hacen dar lo máximo de nosotros mismos.

Pero ¿qué pasa cuando lo has entregado todo? ¿Cuando ya no te queda nada? ¿Qué pasa cuando te miran a los ojos y te dicen que se acabó? ¿Que no puedes seguir soñando con algo, porque ese algo no es para ti? ¿Qué ocurre cuando el sueño se convierte en realidad de la forma más cruel posible, mostrándose inalcanzable?

Alguien me dijo una vez que no hay sueños imposibles, solo personas incapaces. Puede que así sea. O puede que no. Puede que eso no sea más que una justificación para seguir intentándolo, pese a todo. Pese a que el *no* te llegue rotundo. Pese a que sientas un vacío inmenso a punto de absorberte. Pese a que la muralla que se alzaba frente a ti se convierta tanto en el suelo que pisas como en el cielo que te cubre.

En todo.

Y yo ya no veía nada.

Solo los ojos de un médico que me consolaba, porque estiré la mano y no tenía a nadie que me la sujetara.

El final de un viaje por un laberinto cuyo camino no era para mí.

Las lágrimas que se deslizaban en silencio y que me dolían según me tocaban.

Y tres estrellas en mi brazo, tatuadas, llenando todo mi mundo de pequeñas luces imposibles.

Oliver

Sentía que la vida me había puesto a prueba y que yo no había estado a la altura.

Siempre había sido un buen ejemplo. Un buen niño para mis padres, un buen hermano, un buen amigo. Una persona responsable en su trabajo. Un buen novio, cuando se había dado el caso. Un amante poco egoísta.

Bueno. Bueno. Bueno.

Cuando las personas que me conocían hablaban de mí, ese adjetivo salía a relucir. Y yo me enorgullecía de ello. Hasta entonces. Hasta que Julia apareció en mi vida y me hizo demostrarme que no era del todo cierto.

Aquella tarde, salí del hospital y eché a andar sin saber adónde a ir. No quería ver a nadie que me apreciase lo suficiente como para decirme la verdad a la cara. Esa verdad que me dolía tanto como si me la hubiesen tatuado en la piel.

Me odiaba. Me odiaba tanto...

Entré al bar. Apenas había gente, detalle que agradecí. Mariam me saludó con una sonrisa, pero en cuanto vio mi rostro, mi pelo sucio por el ejercicio y mi ropa, la ocultó.

—¿Un mal día?

Ni siquiera me molesté en contestar. Solo necesitaba dejar la mente en blanco y no se me ocurrió un modo mejor que hacerlo con alcohol.

—¿Me pones una cerveza? No. Mejor un vodka con hielo.

—Entiendo. Ahora mismo.

—Gracias.

Volvió enseguida con un vaso ancho con un par de hielos y lo llenó hasta arriba. Odio el vodka. Aunque supongo que por eso lo pedí. Quería darme una tregua y, aun así, hacerme daño de algún modo, porque sentía que nada bueno me merecía estando Julia en una habitación de hospital.

—¿Quieres hablar?

—No.

—¿Alguna otra cosa?

Me reí. Su pregunta fue de lo más provocativa. Ella suspiró.

—Mariam...

—Mira, Oliver. No quería que sonara mal, pero no me gusta verte así. Solo te ofrecía un rato para olvidar lo que sea que te haya hecho venir aquí con esa pinta y tan jodido.

—¿Qué pasa con mis pintas?

Me observé de arriba abajo y ella sonrió.

—¿Hace falta que te lo diga? No hay nada malo en esa ropa, pero esto no eres tú.

—Quizá sí lo sea.

—Al menos, no el tú que muestras a los demás.

Me recordó a Julia. No sé por qué. No se parecían en nada, pero aquella frase me hizo pensar en ella, en su modo de guiarme sin saberlo hacia un Oliver que se reencontraba con una versión de él que tenía olvidada. Un Oliver que no era tan bueno como los demás creían, que se había pasado la vida fingiendo ser una persona que, quizá, no era.

Quizá solo fuese un hipócrita. Ya que ¿qué hay de bueno en fingir ser alguien que no eres? ¿En esconder una parte de ti solo para dar una impresión correcta a los demás? Y yo llevaba años siendo la imagen perfecta de mi yo imperfecto.

Me lo bebí de un trago.

—¿Me pones otro?

—Claro.

Entonces quise ser sincero. Decidí desprenderme de eso que me hacía morderme la lengua tantas veces, que me hacía darle más importancia al deber que al querer. Eso que era bueno en algunas ocasiones, pero que también me había hecho juzgar a Julia y avergonzarme de ella.

—Eres una chica increíble, Mariam.

—¿Pero? —Ambos sonreímos.

—Pero me acosté contigo solo para demostrarme que Julia no me importaba.

—¿Y funcionó?

—No.

—Gracias por decírmelo.

Sentí que el peso de mis hombros menguaba, aunque solo fuese un poco.

—Lo siento. Me porté mal.

—No hiciste nada. Solo era sexo. Tú no eres para mí.

—¿Cómo estás tan segura? De que una persona no es para ti.

—No lo sé. Se sabe. Es una sensación.

Sensaciones. Yo con Julia había sentido mucho. Casi desde el principio. Cercanía. Calor. Calma. Seguridad. Incertidumbre, a ratos, pero una incertidumbre sana, de la que es bonita, como una buena sorpresa. Estar con ella era como cuando llegas a casa después de una larga jornada y te tumbas en el sofá sin los zapatos.

Tragué saliva y bebí de nuevo para deshacer el nudo.

—Cuidado, marinero. ¿Mañana no trabajas?

Asentí. Sin embargo, me sirvió un nuevo vaso y se puso otro para ella.

Pensé en eso que Mariam me había contado. Pensé en sensaciones, en esas cosas que nos rodean que no se pueden explicar, que surgen. Pensé en mi matrimonio y no encontré nada de eso. Solo objetivos apuntados en una lista que cumplimos a medias. Me reí sin ganas al llegar a la conclusión de que aquello se había parecido más a un proyecto laboral que a lo que algunos decían que era el amor.

Se lo confesé. A ella no le importaba demasiado, bastante había aguantado ya conmigo, pero estaba allí y yo necesitaba a alguien en ese momento que no me juzgase, que solo me escuchase.

—No lo supe. Con mi ex.

—¿A qué te refieres?

—Me casé con ella y la quería, estoy seguro, pero no tuve nunca esa certeza de la que tú hablas. Fue más una cuestión práctica. Nos parecíamos, teníamos gustos en común. Yo qué sé. Pensamos que sería suficiente.

—Pero no lo fue.

—No. No lo fue. Siempre faltaron infinidad de cosas de las que no se ven.

—¿Y con esa otra chica? ¿Con Julia?

Me tensé, pero también sonreí sin poder evitarlo al pensar en ella y en los momentos compartidos. Los gestos. Los silencios. Los paseos. Las miradas. Las sonrisas.

—Con ella fue diferente. Somos... nosotros somos diferentes.

—¿Y las cosas invisibles? ¿Aparecieron?

—Constantemente.

A la mañana siguiente, me fui a trabajar como cada día.

Ducha, traje, desayuno. Parecía que nada era distinto, pero lo era. Yo lo era.

Había estado charlando con Mariam hasta que ella había cerrado el bar, cerca de las dos de la mañana. Después la había acompañado hasta casa y nos habíamos despedido sin más, como dos amigos que han compartido un momento sentido para el otro.

Yo estaba borracho, aunque no tanto como para saber que había algo dentro de mí tirando hacia un lado, hacia esas decisiones que no debía tomar, pero que deseaba.

Cuando terminó la jornada, me dirigí hacia la puerta a paso rápido.

—Oliver, ¡eh, tío! —gritó Edgar desde el ascensor.

—Tengo prisa, ¡lo siento! Lo dejamos para otro día.

Se quedó pasmado, porque, últimamente, no estaba acostumbrado a que le dijera que no, mucho menos en una noche de viernes. Sin embargo, lo vi sonreír antes de salir al exterior y parar un taxi, como si él ya intuyese a qué

se debía ese cambio.

Cuando llegué al hospital, me encontré de nuevo con Abigail. Hizo lo que yo esperaba que hiciera: me negó el paso. Yo lo acepté. Le di las gracias por no separarse de Julia y me marché.

Antes de salir, pasé por el despacho de Patri y le pedí un favor en forma de flor amarilla.

Al día siguiente, hice lo mismo. Abigail me gritó. Yo le pedí disculpas y me di la vuelta con una sonrisa. Aquella vez el favor fue de color azul.

Después le tocó el turno a una roja. Yo toreé los insultos de la que se había declarado guardaespaldas de Julia con facilidad.

El día de la flor rosa, Abigail me recibió con una sonrisa y con la buena noticia de que en breve le darían el alta.

Y llegó la blanca. Fue la última.

Tras ella, Julia se marchó.

No conseguí verla ni tampoco forcé ningún encuentro, pero, al entrar en su habitación con Patricia, pude comprobar que la almohada y la papelera estaban vacías, y que las flores se habían ido con ella.

Solamente... Julia

Solo hace referencia a algo único en su especie.

Julia

Siempre me ha gustado el blanco. Supongo que nadie lo diría teniendo en cuenta el color que irradia mi vida, pero, en el fondo, es mi favorito, porque es la suma de todos. Como un centro en el que los demás colapsan y el resultado es la pureza. Uno en el que nunca puede pasar nada malo.

Por eso, cuando abrí los ojos y vi la blancura que me rodeaba, sonreí.

«Estoy bien...».

«Todo está bien...».

Dos segundos después, parpadeé. Y los cerré, porque me pesaban, porque la luz me hacía daño en los ojos y los recuerdos en el corazón, porque asimilé de repente que no lo estaba, que nada lo estaba.

Me dormí...

Me despertó un aroma conocido. Era amarillo.

No tardé en verla, tras enfocar la vista, sobre mi almohada.

Intenté sonreír, pero solo me salieron lágrimas que se deslizaron hasta empaparla y destrozar sus pétalos.

Al día siguiente, no era amarilla, sino azul. Con diminutas manchas de color rosa en sus puntas. Pequeña, vulnerable.

Suspiré contra la sábana y sus pétalos se movieron.

No sé el tiempo que pasé mirándola, sin atreverme a tocarla, solo sé que estaba despierta cuando oí su voz en el pasillo.

Me dolía. Su cadencia ronca, envuelta en una tristeza que entendía, pero que no deseaba que sintiera. Cada palabra era como si me pasara una cuchilla por la piel.

Quiso entrar, pero yo ya había echado el cierre de todas mis puertas posibles.

Me hice un ovillo de cara a la ventana como pude y me abracé el estómago. Recé para que se marchara, para no volver a verlo, para no sentirlo cerca y que esa sensación me recordara la realidad de lo lejos que estaba de mí.

Doscientos treinta y siete segundos más tarde lo hizo.

Yo caí en un sueño molesto.

Al despertar en un nuevo día, la almohada estaba teñida de rojo amapola y a mí me olía a tortitas, aunque ya hacía semanas que aquellos desayunos habían terminado, que todo lo había hecho.

Cinco amaneceres con sus flores pasaron antes de que me permitieran marcharme.

Dejé el blanco de esa habitación formando parte de un episodio pasado que quería olvidar y regresé al color que consideraba mi hogar.

Cómodo. Apacible. Seguro.

Sin embargo, al entrar en casa, todo había cambiado.

Todo.

Excepto yo.

Yo seguía rota.

Más que antes.

Más que nunca.

Oliver

Debía dar el siguiente paso, pero, por mucho que reflexionaba sobre ello, no encontraba la mejor forma de hacerlo. El dinero del sobre que Julia me había dejado en mi maleta me quemaba en las manos, pero sabía que no era el momento de poner esa cuestión como excusa para ir a visitarla. Presentarme sin más tampoco me parecía sensato; no quería que se sintiese arrinconada, obligada a enfrentarse a algo que no deseaba. Menos aún en su estado.

Me sentía perdido.

Tenía la certeza de que debía hacer algo y de que, además, deseaba hacerlo, pero me costaba tomar una decisión por miedo a que fuese definitiva y le hiciese más daño.

Al final, alguien decidió echarme una mano y tomarla por mí.

—Si la cosa se pone chungu, te largas. ¿Me has oído?

—Sí, jefe.

Bruno me fulminó con la mirada.

—Solo hay una persona que me gusta que me llame así. Y es en la cama.

Puse los ojos en blanco. Él se echó a reír a carcajadas. Creo que estaba tan nervioso como yo, y Bruno ya era un tanto eléctrico la mayor parte del tiempo, así que la risa se convirtió en un ataque en toda regla que provocó que mi ansiedad se intensificase.

Parecíamos dos chalados dentro de su coche.

Había quedado con Julia para hacer una sesión de fotos a una pareja de novios en su jardín. Solía acompañarlo siempre alguien como ayudante y le había parecido una idea perfecta llevarme a mí en vez de, por ejemplo, a Gael, su socio en el estudio. Yo, obviamente, no me había negado. Era una excusa, pero una excusa que me había servido para tomar una decisión que me estaba costando demasiado.

Ya habían pasado once días desde que le dieron el alta y aún no había sido capaz de dar ni un solo paso en su dirección.

—¿Estás seguro de esto, Oliver?

—No, pero no sé qué otra cosa hacer. Necesito verla.

—Lo sé.

—Gracias por ayudarme.

—Para eso está la familia.

Me miró de reojo y sonrió. Yo noté un nudo en la garganta.

Familia. Qué poco les costaba a algunas personas formar lazos. Y yo me sentía arropado por ellos, era cierto que éramos familia, pero había fracasado en el intento de encontrar la mía propia.

Julia también había encontrado la suya. Y era preciosa.

Y yo... ¿dónde me ubicaba yo?

Cuando vi el cartel que dividía el camino en dos, empecé a tensarme. Tomamos el de la derecha y no pude evitar pensar en Nora, en su madre e incluso en Leandro, al dejar sus nombres a la izquierda. ¿Qué pensarían ellos de mí? ¿Me echaría la pequeña Nora de menos? ¿Querría Leandro darme una paliza?

Estaba cada vez más inquieto.

A mi lado, Bruno no dejaba de mover la pierna en un tic enfermizo mientras conducía.

Atravesar el sendero empedrado me regaló una sensación más familiar que la de entrar en mi propio piso. Era extraño. ¿Cómo un lugar en el que apenas había pasado un mes podía aportarme emociones que el que consideraba mi hogar no me proporcionaba?

Al ver la casa al fondo, Bruno apagó el motor y se quedó unos segundos quieto, ambos en silencio, y observando aquel refugio que Julia había construido no para los demás, sino para sí misma. Eso había descubierto.

Dorian salió a recibirnos con ladridos y con esa euforia desmedida que también había acabado por echar en falta. La puerta de la casa estaba entreabierta y no se la veía por ninguna parte. Me la imaginé en el huerto, agachada frente alguna de las plantas. O paseando por el bosque, con una de

sus faldas moviéndose por el viento. Quizá dándose un baño como el de la última vez.

Bruno suspiró y se giró para mirarme.

—Vale, ¿preparado?

—No.

—Bien. En eso consiste, Oliver. —Palmeó mi espalda—. En eso consiste.

Creo que repitió aquellas palabras como un modo de que pareciesen tener más sentido, pero yo no lo encontraba por ninguna parte.

Bajamos del coche y él llamó dando un par de golpes con los nudillos a la puerta abierta. Nadie contestó. Dio la vuelta a la casa, buscando a Julia. Yo no pensé. Me dejé guiar por mis pies, subí esos escalones en los que tantas noches habíamos conversado y entré.

Todo seguía igual. Un par de zapatillas de ella estaban en la puerta. Las frases pintadas en los peldaños que guiaban al piso de arriba. La primera vez que las había visto me habían parecido algo tonto e infantil, pero ya no; de pronto me resultaban bonitas, porque aquellas frases también eran parte de Julia y ella lo era por sí misma. El olor de alguna comida cocinándose en el horno me envolvió. Ese junto al aroma de las flores, siempre presente en aquel lugar.

Respiré profundamente y me sentí mejor.

Wendy se deslizó entre mis piernas y ronroneó. Me agaché un poco y le acaricié el lomo. Parecía contenta de verme. Pese a todo, yo también me había acostumbrado a sus ojos felinos vigilándome sin descanso.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Su voz. Su maldita voz llena de decepción, que no tenía nada que ver con esa otra dulce y repleta de vida que recordaba.

Me giré y, entonces, la vi. Estaba como siempre. Preciosa y transmitiendo energía, una energía que había descubierto que era un tanto fingida. Llevaba un vestido rojo, un jersey azul por encima y botas de lluvia llenas de barro, pese a que no llovía.

Sin embargo, había algo diferente en sus ojos. Una sombra. Algo que

deseé que algún día desapareciera. Quise poder arrebatárselo yo mismo.

—Bruno necesitaba ayuda.

Podría haber sonado a una excusa casi divertida, como si solo fuese un tío con picardía que había buscado un modo de verla por el que ella no pudiera echarlo de su casa, pero sonó a mentira. Sonó como todas esas mentiras que ella tanto odiaba y que no nos permitíamos.

—Lárgate.

—Perdona. Te he mentado. Quería verte y no sabía cómo.

—No deberías haber venido.

—También te he traído esto.

Me metí la mano en el bolsillo de los vaqueros y saqué el sobre. Estaba demasiado manoseado, pero ahí seguía sin haberse tocado, el maldito dinero que había alzado aún más ese muro que crecía entre nosotros.

—No lo quiero.

Apartó la mirada y se dirigió a la cocina. Yo la seguí. Estaba nerviosa; aun así, parecía más triste que cualquier otra cosa. Abrió el horno y echó un ojo a lo que estaba cocinando, quizá para evitar mirarme a mí, o para hacer algo con las manos. Los nervios siempre nos hacen actuar de forma extraña.

—Julia... por favor. Lo que ocurrió no evita que yo te costase dinero. Es justo.

Entonces tiró el trapo que tenía en las manos contra la encimera y me fulminó con la mirada antes de desaparecer en el jardín por la puerta lateral.

—No, no lo es. Nada lo es.

Los novios llegaron y la mañana transcurrió igual que lo hubiera hecho con mi ausencia. Yo me comporté según lo que se suponía que iba a hacer allí; ayudé a Bruno e incluso desconecté un poco de todo lo que me nublaba la cabeza y de la presencia de Julia cerca de mí. Me centré en aprender del talento de Bruno. Me di cuenta de que rara vez lo tomaba en serio y pensaba en él como en un adulto, pero allí lo era. Cuando cogía una cámara se transformaba en algo desconocido para mí. Era algo increíble verlo captar

detalles que pasaban desapercibidos para los demás y cómo parecía fusionarse con un objeto que a mí no me decía absolutamente nada.

Julia no me echó de su casa, lo cual ya me pareció todo un logro, pero tampoco volvió a mirarme ni una sola vez. Solo se acercaba de vez en cuando para proponer algo a Bruno, como un nuevo fondo, y tuve que reconocer que se entendían y que sus ideas eran buenas. Llegué a pensar que ellos veían otra realidad que a mí se me escapaba.

En un momento dado, nos llevó una bandeja con comida y después desapareció dos horas sin decirnos adónde. Supongo que no tenía motivos para hacerlo, pero la tentación de seguirla había sido enorme. Tuve que contenerme para no ir a buscarla.

Cuando Bruno dio por finalizada la sesión, recogimos todo y nos despedimos de los novios. Parecían extremadamente felices y su imagen me hizo recordar mi propia sesión de fotos antes de mi boda. No tenía nada que ver con aquello. La hicimos en el centro de la ciudad, porque Patricia creía que era una idea chic o alguna chorrada por el estilo. A mí nunca me pareció algo importante; solo un trámite más por el que había que pasar porque era lo que tocaba. Quizá lo era y no me di cuenta, como tantos otros aspectos de la vida y de las relaciones que de pronto se me mostraban.

Antes de subirnos al coche, entré en el aseo. Me lavé las manos y la cara; después me observé en el espejo. Oí las voces; supuse que Bruno y Julia se estaban despidiendo; también supuse que se me acababa el tiempo y que no había conseguido nada. Un día entero en su casa y nada.

—Joder...

Salí del cuarto de baño y entonces me la encontré. Estaba esperándome, cuando yo ya no la esperaba, con los brazos cruzados y los ojos muy abiertos. Se mordía el labio y caminaba de un lado a otro, nerviosa y enfadada.

—No deberías estar aquí.

Asentí y pensé en irme, en cumplir lo que ella quería, que era perderme de vista. Pero entonces fui consciente de algo. Julia me pedía que me marchase, era cierto, pero a la vez aguantaba mi presencia, como si aguardase que hiciese otra cosa. Como si esperase algo más por mi parte.

Siempre había funcionado así. Cuando la besé la primera vez, había

sucedido lo mismo. Sus palabras decían lo que debían decir, pero su cuerpo y ella misma actuaban de otra manera, siguiendo sus instintos, sus verdaderos deseos. Si Patricia se agarraba a las palabras, Julia lo hacía a los actos. Así que me la jugué.

—Solo quiero un minuto. Después, si tú quieres, me iré.

Tardó en responder dos segundos que se me hicieron eternos.

Sin embargo, a su tercer parpadeo, supe que lo había conseguido y que quizá podía traspasar esa barrera que había alzado para mí.

—Vale. ¿A qué has venido, Oliver? Sé sincero conmigo.

—Tenía que pedirte perdón. Otra vez.

Negó con la cabeza y continuó moviéndose, como un animal enjaulado. Sus botas de agua habían desaparecido y se encontraba descalza; era raro no verla así, pero aquella tarde me fijé más de la cuenta.

Es increíble el poder que poseen los detalles en todo, en cada sensación, en los recuerdos.

—La lástima habla por ti. Y el remordimiento. No los quiero, Oliver.

—Eso no es cierto. Hubiera venido igual. No estuvo bien cómo te traté, pero estaba cabreado y me descolocaste.

—Bueno, pues disculpas aceptadas. Ahora, si no te importa, tengo que volver a mi vida.

Apartó la mirada y la clavó en algún lugar que no supe discernir. Tensó los hombros y me dedicó una postura totalmente a la defensiva, dura, firme, segura de lo que decía.

No obstante, no lo estaba, solo era una fachada. Y me di cuenta. Su rostro, pálido, casi sin vida. Sus ojos, húmedos. Sus labios, fruncidos. Su manera de gritarme a su modo, sin palabras, que no lo hiciera, que no me marchara de nuevo, que necesitaba que alguien la cuidase, que la sujetase, porque no dejaba de caer. Quizá hasta intentaba decirme sin hablar que me necesitaba a mí.

—Si eso fuera verdad, me iría.

—¿Qué estás diciendo?

—Que si hubieras vuelto a tu vida, me marcharía. Pero ni siquiera lo intentas.

—¿Tú qué sabrás?

Se dio la vuelta, dándome la espalda. No quería que le viese el rostro; supongo que era consciente de que, a esas alturas, resultaba demasiado transparente para mí.

—Lo sé. He visto que apenas has probado bocado. Y tus ojeras. Y lo descuidado que tienes tu jardín.

—Ni siquiera me conoces. Ni siquiera te importo.

Apreté los dientes, porque estaba claro que ella me importaba. Cojones si lo hacía... me importaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Sé que estás compadeciéndote. Una vez una chica muy lista me dijo que si un sueño se esfumaba, solo tenía que soñar con otra cosa diferente.

Di dos pasos, acercándome a su cuerpo tenso. Lo percibió, pero no se movió.

—Vete, Oliver.

—Y sí que me importas. Me importas mucho, Julia. No te imaginas cuánto. Lo que pasa es que soy un imbécil. Siempre lo he sido, pero no tuve tiempo de demostrártelo. Solo viste la parte bonita.

Un paso más.

La tenía muy cerca, solo con levantar una mano podía tocarla, pero esperé.

—Quiero que te marches.

Miré a mi alrededor, buscando algo que me ayudara a que ella dejara de resistirse, y vi aquel tablón que colgaba fuera, en el porche. Y se me ocurrió. Leí en mi cabeza aquella lista como pude, ya que no la veía demasiado bien desde mi posición.

En esta casa...

Reímos a carcajadas
Soñamos despiertos
Bailamos bajo la lluvia
No decimos mentiras
Gritamos solo para decir te quiero
Damos segundas oportunidades
Nos levantamos después de caernos
Lloramos sin miedo
Pedimos perdón
Damos besos cuando nos apetece
Amamos la naturaleza
Está permitido ser niño siempre
Somos felices

—No voy a irme hasta verte hacer alguna de esas cosas tontas de tu lista.

Giró la cabeza con confusión y, al darse cuenta de a qué me refería, frunció el ceño. Le molestó. Aun así, sonreí por dentro, porque ya era algo, una reacción, una respuesta.

—Márchate.

—Yo acabo de pedir perdón —insistí—. Tú podrías intentar levantarte. O reírte. ¿Hace cuánto que no te ríes, Julia?

Cerró los ojos con fuerza y levanté una mano muy despacio, hasta tocar la suya. Estaba fría. No la apartó, solo la dejó inerte, pero me valía.

—Por favor... —susurró.

—No. No voy a dejarte así.

—Oliver...

Entrelacé los dedos con los suyos y di otro paso, hasta apoyar los labios en su frente.

Ella tembló.

—Ssshhh...

Le dejé un beso en el comienzo del pelo y cerré los ojos, sintiendo que su emoción se desbordaba y hacía crecer la mía.

—Déjame.

Fue un susurro ronco.

Yo alcé la otra mano y la posé al final de su espalda, apretándola y juntándola más a mí.

—¿No ves que no puedo? Ya lo hice una vez, no voy a volver a hacerlo.

—No...

Se rompió. Julia se dejó caer, permitiendo que sus lágrimas lo hicieran por su rostro y cediendo a mi contacto. La abracé y hundió la cara en mi cuello.

—Hazlo. Lloro. Lloro sin miedo, Julia.

Su llanto partió en dos ese silencio lleno de susurros.

Julia se deshizo entre mis brazos.

Julia

Lloré sin parar, sin importarme nada más que la sensación de vacío que esperaba conseguir al terminar. Volqué todo lo acumulado sobre la piel de Oliver, sobre su ropa, entre sus brazos. En él. Creo que dejé escapar cosas ocultas que ni siquiera sabía que tenía. Y lo hice en el único lugar del mundo en el que sabía que me sentiría reconfortada de verdad, por mucho que su actitud me doliese.

Me deshice dentro de su abrazo.

Él no me soltó ni un segundo. Me meció, me balanceó, me sujetó.

No entendía cómo habíamos llegado a ese punto, pero ni siquiera me importaba. Había tocado fondo; había cedido, porque verlo allí me había hecho tener que ponerme un escudo que me costaba demasiado esfuerzo mantener por mucho tiempo.

Cuando sentí que podía volver a respirar con normalidad, me aparté un poco y lo miré. Sus ojos estaban brillantes. Su sonrisa era pequeña pero sentida, tierna, dulce. Sus manos no se movieron ni un milímetro.

—Bruno.

Fue lo único que fui capaz de decir. Me lo imaginaba fuera, esperando a Oliver, imaginándose mil situaciones que se podían haber desencadenado entre los dos, y me moría de vergüenza. Me sonrió y me secó las mejillas con la mano. No pude evitar apoyarme más sobre su palma. Que me tocara hacía que algunas sensaciones se adormecieran y otras se despertaran.

—No te preocupes por él. Seguro que estará entretenido persiguiendo mariposas o algo así. —Me reí. Y Oliver tenía razón, había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo hacía.

Sin embargo... debía marcharse. Me había desahogado, pero necesitaba estar sola. Seguía molesta con él y tampoco comprendía muy bien qué estaba haciendo allí. Aceptaría sus disculpas, si era eso lo que quería, y después se marcharía, porque sí que había sido sincera en eso de que tenía que seguir con mi vida.

«Todo pasa», me repetía una y otra vez.

No obstante, la sensación de estancamiento me asfixiaba.

—Gracias por esto, Oliver, pero tienes que irte.

Él me estudió el rostro, como asegurándose de la honestidad de mis palabras.

Me perdí un poco en sus ojos. Era fácil hacerlo; igual que lo era sentirlo muy dentro; tan dentro como había sido capaz de tocarme en esas semanas para después marcharse sin despedirse, y de un modo más lejano de lo que implicaba la distancia hasta la ciudad.

—¿Estás segura?

—Sí. Ahora necesito estar sola.

—Me parece bien. Volveré mañana.

—No.

Lo dije rápido y de un modo cortante, pero solo era miedo. Tragué saliva y él me dejó un nuevo beso en la frente. Un beso con el que tuve que cerrar los ojos, porque lo sentí en cada parte de mi piel. Eso hacía Oliver, se materializaba en todas partes al instante, solo con un pequeño roce.

—Hasta mañana, Julia.

Lo intenté, pero no fui capaz de repetir ese *no*, así que me quedé en silencio y lo vi subir al coche de Bruno y desaparecer por el sendero.

Supongo que no tenía sentido decirlo, ya que en esa casa no nos mentíamos.

Sonreí por segunda vez en semanas y me senté en aquel porche, con el *sí* haciéndome cosquillas en la lengua.

Cuando tenía ocho años y cogí al hijo de una vecina en brazos, supe que sería madre. Recuerdo sus manitas regordetas, su piel suave y sonrojada y sus deditos apresando los míos. Siempre fue un ideal fijo en mi vida. Una certeza inamovible.

Siendo adolescente, una compañera de clase se quedó embarazada. Teníamos diecisiete años. Recuerdo su llanto inconsolable encerrada en uno de los cuartos de baño del instituto y el miedo en sus ojos. Un pánico puro

que pocas veces he vuelto a ver. Yo no lo entendía. Era joven y sus padres, seguramente, pondrían el grito en el cielo, pero yo no podía concebir que no sintiera alegría ante la posibilidad de tener algo tan suyo un día en sus brazos.

El primer día que vi a Aarón lo supe. Fui una historia rápida, uno de esos flechazos que ocurren en contadas ocasiones y que rara vez son para siempre. Estuvimos juntos seis años.

Sin embargo, pese a que ambos sabíamos en nuestro interior que nuestra relación no era perfecta, creímos en ella y lo intentamos. Llevábamos solo unos meses cuando hablamos de ese tema que para muchos hubiera sido una excusa para salir corriendo, pero que, en su caso, fue un motivo para quedarse.

—Quiero ser madre.

—¿Con quién?

Me eché a reír. Compartíamos un cigarrillo aliñado desnudos sobre la cama de su piso. Ese piso que poco después se convertiría en nuestro y que fue testigo de las distintas formas en las que puede romperse un sueño.

—Con quien me quiera.

—Yo te quiero.

Me incorporé, boquiabierta, porque nunca nos lo habíamos dicho. Recuerdo lo guapo que estaba, con los ojos somnolientos y vulnerables. Pocas veces se dejaba ver así y aquella fue la más bonita de todas. Después me sonrió y me besó.

—Yo también te quiero —respondí.

Y de ese modo lo decidimos; la primera vez que confesábamos nuestros sentimientos, Aarón y yo decidimos que seríamos padres y que lo haríamos juntos.

El amor es así, voluble, caótico, inesperado.

Nos conocimos, nos enamoramos, nos casamos una mañana solo con la presencia de los testigos necesarios y después nos esforzamos por cumplir un deseo. Nada podía salir mal. O eso creímos. Nosotros nos metimos de lleno en esa aventura, con la energía y la ilusión de dos jóvenes que creen que todo puede cumplirse si los sentimientos son buenos.

Ahora, analizándolo desde fuera, puedo decir que es un proceso que comienza muy arriba, casi en la cumbre, y que puedes vivir de muchas maneras. A veces subes y rozas el cielo, y otras caes un poco para después seguir subiendo, pero los obstáculos no te dejan nunca llegar a la cima.

Nosotros lo vivimos con el anhelo de una pareja que se quiere y que desea formar algo más que ellos mismos. Practicamos mucho; pienso en ello y no puedo evitar sonreír. Lo hacíamos a todas horas y, durante aquellos meses, llegué a creer que nuestro medidor de la felicidad llegaría a su tope y explotaría. A veces pasa. No nos damos cuenta, pero exprimimos tanto algo bueno que acabamos por secarlo. A Aarón y a mí nos pasó. Las circunstancias no ayudaron.

Pasaron dos años y nos acostumbramos el uno al otro. La rutina se asentó.

Yo comencé a obsesionarme con el tema. Días fértiles. Posturas. Rituales y trucos estúpidos que solo servían para que aumentase mi fe y que la caída fuese más fuerte. Hacer el amor pasó a ser un medio para un fin y no un fin en sí mismo.

Me arrepiento de ello y sé que fui culpable de muchas cosas.

Empecé a encerrarme en el baño una vez al mes y a llorar, a cabrearme y volcarlo en él, a compadecerme y pagarlo con nuestra relación. Que me bajara la regla se convirtió en un suplicio. Aarón comenzó a mirarme de un modo diferente; él decía que no, que estaba loca, pero yo lo veía; la decepción en sus ojos, una sombra enorme que empezó a pasarse por nuestra casa cada vez más a menudo.

No obstante, un día ocurrió. Fue como llegar a la cima con solo chasquear los dedos. Ese fue el momento. El instante que cierro los ojos y rememoro en ocasiones para volver a sentirlo de nuevo; nunca fuimos más felices que aquella mañana, recién despiertos antes de irnos a trabajar, con legañas en el rostro que deshicimos con las lágrimas, y un palito con dos líneas en mi mano.

Su sonrisa. La mía. La sensación de que todo era perfecto.

Pero no lo fue.

La felicidad duró exactamente cuarenta y ocho horas. Después sangré. Un leve manchado por el que me dijeron que no me preocupara, que era algo

habitual y más aún en primerizas. Sin embargo, una lo sabe. Es como un sexto sentido, y yo sabía que algo no iba bien. El presentimiento se me clavaba por dentro, pero la esperanza podía más y me esforcé por que ganase.

Aarón me llevó a urgencias horas más tarde, cuando el dolor se extendió en mi bajo vientre. Yo cruzaba los dedos y rezaba; no lo hacía desde los diez años, pero me puse a rezar, por si aún había alguien por ahí arriba que pudiera ayudarme.

Entramos en el hospital de la mano. La mía fría y la suya caliente y firme, como siempre.

Tardaron dos horas en atendernos.

Yo no dejé de sangrar.

Apenas hablamos.

Y ¿sabes qué? No hay nada más triste que la sala de urgencias de ginecología de un hospital. Bueno, quizá sí que lo haya, pero no para una persona que lo único que desea en su vida es ser madre. Se palpa una tensión extraña; un miedo que se acopla encima de todas las parejas que pasan por allí.

Aquel primer día salieron dos embarazadas llorando delante de mí; una, de felicidad; la otra, no. Yo fui la tercera.

Cuando entré, me desnudé y me tumbé en la camilla. No hizo falta que me dijeran nada, porque ya lo sabía. Lo había sentido esa misma mañana y seguía ahí, nublándolo todo. A Aarón tuvieron que explicárselo.

—Se ve el embrión. Es esto. ¿Lo veis? Pero, lamentablemente, la implantación se ha producido en la trompa, no ha llegado al útero. Lo siento, no es viable.

Era precioso. Un punto negro, pero mi punto negro.

Mi primera estrella perdida.

Nadie te dice que ese miedo no desaparece. Aunque lo haga todo lo demás y tu cuerpo en días vuelva a ser el de siempre. Nadie te dice que ese presentimiento se te enquistaba, se pega a ti, se hila a tus venas y va creciendo imparable. Nadie te dice que no solo te rompes tú un poquito por dentro, sino también todo lo demás, lo que te rodea, lo que considerabas que era tu mundo

se agrieta. Nadie te explica que, a veces, no se supera, o lo hace a trozos, dejando otros en el aire, saliendo a la superficie de vez en cuando.

Tuve seis meses para recomponerme. Seis meses en los que me prohibieron intentarlo de nuevo por el tratamiento con metotrexato que me pusieron, y que Aarón y yo usamos para viajar, para redecorar el piso y para ignorarnos a ratos, cuando antes nunca lo habíamos hecho. Supongo que aprendimos que necesitábamos un espacio propio; en mi caso, era un hueco que aquel incidente había dejado y que él no podía cubrir, así que lo sobrellevaba en soledad. También lloraba a escondidas. No quería que me viera hacerlo; fue como si aquel proceso se me antojara íntimo, solo mío, pese a que fuese de los dos.

Eso es algo que nadie tampoco te explica, que el duelo no funciona igual para todos y que no es algo malo. Solo debemos dejar que cada uno recorra ese camino a su modo.

No me di cuenta, pero fue como si una grieta se abriera en el techo, una pequeña a la que no le das importancia, que parece que solo queda mal estéticamente, pero que en realidad no es esencial arreglar porque ¿qué más da? Con taparla con pintura, vale.

Pero no valía. Nunca lo hace.

La vida siguió su curso. Nuestra familia nos decía que lo que nos había pasado no era para tanto, que a muchas parejas les sucedía y que debíamos volver a intentarlo cuanto antes. Confieso que eso no ayudó. Solo sirvió para que yo me sintiera débil por estar tan dolida cuando a otras mujeres apenas les marcaba esa experiencia. O quizá es que sabían ocultarlo mucho mejor que yo.

Después aprendí que el dolor es propio, único y subjetivo, y que nadie tiene derecho a juzgarlo, porque, si duele, ya es importante y merece ser respetado.

Pese a ello, lo hicimos. Ignoramos los vacíos y volvimos a pasar por todo el proceso. El ascender la cima, el sentir que nos queríamos un poquito más que antes y a la vez un poquito menos, las decepciones cada mes cuando mi braguita se manchaba y tocaba empezar de nuevo.

Dieciocho meses más angustiosos. Dieciocho meses en los que Aarón me demostró que estaba a mi lado, incluso cuando yo me sentía sola. Y, peor,

cuando a ratos quería estarlo. Pero pasó. Todo pasa. O eso creía por entonces. Pasa y tú te quedas. Y allí nos vi de nuevo, juntos, sonriéndonos, haciendo planes, deseándonos como el primer día. Con miedo. Porque ya lo he dicho, el miedo no desaparece. Se queda ahí y la segunda vez parece más denso, más enrevesado, más tuyo.

Unos días más tarde de volver a rozar la ilusión, regresamos a aquella sala de hospital.

Llegué sola. Aarón lo hizo dos horas después, al salir de trabajar.

Todo era demasiado parecido a la vez anterior. Parecido pero tan distinto que se me antojaba como una realidad que no podía estar viviendo, sino que lo tenía que estar experimentando otra persona, otra Julia que no era yo.

La imagen de la pantalla también era diferente, pero igual, porque el resultado era el mismo.

—Lo siento, Julia.

Sentí la mano de Aarón soltando la mía. Eso también fue diferente. Nunca se lo dije, pero lo sentí. Lo sentí corriendo muy lejos de mí, a la vez que yo me despedía mentalmente de otra estrella imposible.

En ese momento sí que sufrimos un cambio de rumbo.

Aarón se cerró en sí mismo. Yo, quizá, me abrí. Dejé el trabajo, me tatué, discutí con mis padres, distanciándome de ellos, y me convertí en una nueva Julia que pensaba que mostrándose dura con los demás sería más fuerte, aunque fuera mentira, porque por dentro el miedo lo llenaba todo. Y la desilusión. Y la frustración.

Oh, la frustración... la mayor enemiga para una misma.

Comencé a sentir emociones que nunca había comprendido en otros, y eran imparables. A sentir envidia y rabia cuando mujeres que conocía y apreciaba se quedaban embarazadas. A contestar de forma cortante a cualquier comentario que nos hicieran al respecto a Aarón y a mí. A culparme. Sí, me culpaba, como si fuese un cuerpo defectuoso; como si fuese menos mujer. Después me hacía un ovillo en el sofá y me odiaba por ser así, pero era algo inevitable.

Nadie te dice tampoco lo que supone tener que lidiar con la presión social

que te rodea, mientras estás tan decepcionada contigo misma. Nadie te cuenta que una experiencia tan bonita como ser padres se puede convertir para una pareja en un castigo.

Nadie te explica nada.

Quizá porque nadie sabe nada; porque el dolor de unos y otros es incomparable. Nadie te explica que esto último tampoco lo sabe nadie, y entonces te juzgan, y tú solo quieres hacerte una bola y desaparecer.

Recuerdo que una mañana de domingo estábamos en la cama y Aarón me hizo una pregunta que nunca pensamos que tendría cabida para nosotros.

—¿Qué pasará si no...?

«Si no podemos ser padres. Si no superamos este miedo y este dolor que conviven con nosotros cada vez más a menudo. Qué pasará si nos perdemos dentro de esto y uno no vuelve a encontrar al otro».

—No lo sé.

—Tengo miedo, Julia.

—Yo también.

No supe hasta tiempo después a qué se refería él. Di por hecho que tenía miedo a volver a pasar por lo mismo, a que le doliera, a que aquello determinase nuestra vida.

Me equivoqué. Aarón tenía miedo de hacerme daño.

Yo no lo sabía, pero ya me lo iba haciendo poco a poco, con detalles que antes estaban y que desaparecían, que se iban evaporando con el paso de las semanas, de los meses.

Yo miraba para otro lado. Me obsesioné tanto con aquello que lo convertí en una prioridad bajo la que las demás apenas tenían visibilidad.

Con el tiempo supe que fue otro error que cometí, pero siempre ocurre lo mismo, aprendes a base de quitarte la venda de los ojos de golpe cuando algo en tu vida se rompe y los trozos retumban contra el suelo.

La última vez, no me lo esperaba.

Aarón y yo solo nos habíamos tocado un par de veces ese mes, porque discutir era mucho más fácil que llorar juntos y querernos, así que no pensé

que fuese a suceder.

Sin embargo, me di cuenta rápido. Mi cuerpo estaba diferente.

Me hice la prueba y solo suspiré. Ni siquiera me emocioné.

Era domingo y Aarón veía una película en el sofá.

—Tenemos que ir al médico.

—¿Por qué? ¿Te encuentras mal?

—Es positivo.

Ni siquiera me atreví a decir que estaba embarazada. Aquella palabra para nosotros significaba otra cosa. Nos habíamos hecho a la idea de que un positivo no significaba algo bonito como un modo de protegernos. Así había pasado a funcionar todo, cada paso, cada análisis médico, cada beso.

Esa ocasión éramos tres en aquella sala de urgencias que tan bien conocía. Aarón y yo, y el miedo, que ocupaba mucho más espacio que cualquier otro sentimiento; más del que ocupábamos nosotros, si es que aún existía un *nosotros*... Un miedo que había crecido tanto como para impedir que lo hiciera lo demás. Un miedo que vivía conmigo y al que, a día de hoy, no sé si he sido capaz de decir adiós.

La mano de Aarón ya no me sujetaba.

Él miraba la imagen. Yo lo observaba a él.

Se repetía una situación que habíamos vivido hacía lo que me parecía una eternidad, pero no se asemejaba en nada a la anterior.

En un lado estaba Aarón; en medio un muro invisible; en el otro yo.

Al fondo, un sueño roto.

Aquella vez me eché a llorar allí preguntando: «¿por qué?».

Nadie me contestó.

No había respuesta posible.

Aarón también lloró, aunque sus lágrimas no eran visibles, pero su mirada ausente me decía que el daño era irreparable.

Nos marchamos a casa. Nos tumbamos en el sofá y vimos la tele. Nada

fuera de lo común. Solo que ninguno de los dos veía nada.

Nada.

Esa noche dormimos abrazados. Apenas nos tocábamos, pero no pudimos evitar buscarnos, porque necesitábamos a alguien al lado que nos sujetara.

Cuando me desperté por la mañana, fui al servicio y me sorprendí con un sangrado abundante. Después sentí un dolor tan intenso que me doblé en dos y grité.

Recuerdo a Aarón arrodillado frente a mí con sangre en las manos. Voces amortiguadas. El sonido de una ambulancia. La luz blanca al despertar.

Al día siguiente, mi cuerpo tenía nuevas cicatrices, pesaba un poco menos y mi corazón un poco más.

Aarón se había marchado.

Había otra estrella en el cielo.

Oliver

Volver a hacer tortitas en aquella cocina fue agradable. Como cuando eres niño y hace mucho tiempo que no juegas con tu juguete favorito, algo por el estilo.

Llegué tan pronto que Julia aún estaba en la cama. Me sorprendió encontrarla en el dormitorio de arriba, el que había sido mío, pero no le dije nada. Estaba hecha un ovillo entre las sábanas y fingía estar más dormida de lo que se encontraba. Le reñí por no echar la llave en la puerta por las noches; nunca lo hacía y me daba pánico que alguien más lo supiera y le hiciera daño. Le dejé una flor en la almohada y me marché.

Una hora después, bajó por las escaleras. Llevaba un viejo pijama. Era de color verde, con pequeñas ranas dibujadas. Eché de menos la imagen de verla descender con una de mis camisas puestas, pero, aun así, sonreí. Parecía más joven, casi una versión adolescente de ella misma.

—¿De qué te ríes?

—Me gusta tu pijama.

—Es un pijama, Oliver.

—Es la primera vez que te veo con uno de verdad.

Puso los ojos en blanco y se sentó en la banqueta. Su estómago rugió.

—¿Tienes hambre?

Se encogió de hombros.

—Te dije que no vinieras.

—¿Y?

—Que has venido.

—Creí que aquí no se hacía caso a las mentiras.

Se quedó callada y apartó la mirada. Al menos no defendió aquella mentira de que no quería que volviese. Julia podía ser muchas cosas, pero nunca fingía cuando algo era incontrolable. Y no deseaba seguir estando sola. Y quizá algo incluso mejor, puede que deseara que fuese yo quien se

mantuviera a su lado.

—Come.

—No...

—No tienes hambre. Ya lo sé. Pero tienes que comer.

—¿Por qué?

—¿Te cuento un secreto? —Aquella pregunta captó su atención; siempre lo hacía—. Mi madre dice que hay una conexión directa entre estómago y corazón. Una especie de hilo invisible. Dice que cuando la tripa se llena, se hincha y tira del hilo, haciendo que el corazón lo haga también. —Julia sonrió. Sus ojos brillaron un poco más.

—¿Y tú te lo crees?

Me encogí de hombros. No lo hacía, solo era una de esas teorías que mi madre usaba a menudo para explicar lo que no tenía explicación, pero sí que recordaba que, cuando me lo decía, siempre me sacaba una sonrisa y eso ya era suficiente, como yo había logrado con Julia.

—Siempre que como me siento mejor. ¿Qué hay de malo en probarlo?

Sonrió a medias y después untó un trozo de tortita con la mermelada y se la metió en la boca. Masticó con lentitud y me fijé en que le costaba tragar, como si algo enorme se le atascara en la garganta.

Me senté frente a ella y desayunamos en silencio. Resultó cómodo, pese a que la tristeza de Julia era visible. Siempre había pensado que hay sentimientos que se palpan más que otros, pero aquel día comencé a descubrir que con la tristeza es diferente, porque cuando la tienes cerca ahoga, se intenta colar dentro de ti y contagiarse.

Aproveché para mirarla. Recordé que cuando llegué a aquel lugar apenas lo hacía, solo como un modo de comprender qué estaba haciendo allí, pero no con la curiosidad que me generaba después de conocerla y descubrir sus matices y sus aristas. Incluso eso me gustaba; sus rotos, sus esquinas, como me había enseñado Jimena.

Contuve el aliento, porque me vino a la cabeza una conversación de hacía años con Edgar, ambos sentados en la barra de un bar, tomando cervezas y hablando de toda la vida que teníamos por delante y sobre una decisión que

yo estaba a punto de tomar.

—Vas a casarte con una de las mejores personas que he conocido en mi vida.

—Lo sé. Soy afortunado.

—Y, entonces, ¿por qué estás así?

Sacudí la cabeza, intentando deshacerme de esos pensamientos que a veces se paseaban por mi mente.

—Hemos discutido. Nada fuera de lo normal, pero... odio cuando se pone irascible. Tiene una manía enorme de lanzar la piedra y esconder la mano. De no decirme qué le ocurre, pero demostrármelo con reproches. ¿Sabes a qué me refiero?

—No tengo ni puta idea. Son complicadas, tío, es lo único que sé.

Me palmeó la espalda y dio un trago largo a su cerveza. Yo recordé la discusión y me crispé.

—«No me pasa nada, Oliver» —dije imitando la voz de la que se iba a convertir en mi mujer de forma inminente—. Y lo dice fulminándome con la mirada y decepcionada. No lo soporto. Al día siguiente se le pasa, pero se queda guardado. —Suspiré y me restregué los ojos con los dedos; estaba agotado y me sentía confuso—. ¿Tomamos otra?

Edgar levantó la mano y el camarero asintió.

—Bueno, tío, el amor es así, ¿no? Lo bueno y lo malo. Un equilibrio, supongo.

—Sí. Solo estoy nervioso y un poco cansado. No te preocupes.

No sé por qué recordé aquella conversación mientras miraba a Julia desayunar en silencio. Quizá porque ella no era de las que se escondían, sino todo lo contrario. Aunque no te diera respuestas, se quedaba delante de ti, se enfrentaba. O quizá se trataba de algo más, quizá todo aquello me decía que de Julia hasta las espinas me gustaban; que lo hacían casi más que sus partes bonitas.

Recogí la cocina y ella se dio una ducha. La esperé fuera, en las escaleras

del porche, hasta que salió y se sentó a mi lado. Estaba pálida.

Hacía frío, así que le puse una manta por encima. Y nos quedamos los dos mirando su jardín. Lo habíamos hecho muchas veces, pero aquella vez era distinta, porque se percibían palabras sin decir. Julia se abrazó las piernas y pareció esconderse dentro de la manta.

—¿Y ahora qué? ¿Cuál es tu plan, Oliver?

Mi plan. No tenía ninguno. Por primera vez en mi vida, no sabía cuál era el siguiente paso a dar y no era algo a lo que estuviera acostumbrado.

Sin embargo, eso también había cambiado en mí y en mi modo de ver la vida. Julia había sido el principal motor de ese cambio.

Pensé en cuál era el objetivo de aquello y fui crudamente sincero.

—No tengo ninguno. Solo quiero hacerte sonreír de vez en cuando.

—¿Crees que vale con eso? ¿Crees que es suficiente?

—No, pero por algo se empieza, ¿no?

No contestó. Solo se levantó y echó a andar hacia el bosque. Yo la seguí en silencio. Y mantuvimos ese silencio durante todo el trayecto, pero no fue tenso, ni incómodo. Incluso Julia parecía encontrarse mejor según caminábamos y nos adentrábamos en el espesor de los árboles.

Desde que la conocí lo había pensado, pero verla allí me lo confirmó: Julia, en aquel refugio, respiraba mejor. Y, de algún modo, entendía que lo hubiera dejado todo por ese lugar, porque casi parecía que pertenecía a él, como una parte indispensable de ese paisaje.

Pasamos por el árbol con las iniciales y la vi sonreír, aunque no me miró.

Sin embargo, no pude evitar hablar al observar aquellas dos letras sobre las que nos habíamos inventado tantas historias.

—Es Nora. Se ve a escondidas con un tal Lorenzo —susurré, como si fuera un secreto. Ella se mordió el labio, pero al final no se contuvo y se echó a reír.

Cuántas veces había hecho reír a una mujer y, pese a ello, aquella risa me regaló una emoción nueva. Una satisfacción un tanto egoísta que provocó algo en mí. Quería abrazarla, pero no lo hice. Lo que sí supe fue, si aún me

quedaba la más mínima duda, que iba a volver allí cada día, hasta que las sonrisas de Julia fueran parte de cada segundo y no una excepción.

Regresamos a casa a la hora de comer.

Las horas transcurrieron tranquilas, casi como si volviéramos a ser los que éramos unas semanas antes, pese a que ella apenas hablara, pero la sensación de familiaridad era la misma.

Por la tarde se echó la siesta y yo me dediqué a intentar arreglar la ducha del piso de abajo, que perdía agua. Casi como si estuviera en mi casa, aunque no lo estaba.

Casi. Casi. Todo era un *casi*, un estar cerca pero no llegar a tocarla con los dedos.

Cuando se despertó, yo estaba esperándola ya con la cazadora puesta.

—Tengo que irme. Mañana madrugo y aún tengo que revisar unos correos.

—Vale. Gracias por venir.

Se frotó los ojos, aún algo adormilada, y después me acompañó a la puerta. Yo dudé, pero necesitaba saberlo. Necesitaba que me confirmara que aquello tenía sentido y le hacía bien. Con cualquier gesto me bastaba.

—¿Te ha gustado que lo hiciera?

—Sí. Aunque preferiría que no volvieras.

—Ahí está mi Julia.

Sonreí y le rocé la mejilla. Era inevitable. La echaba de menos.

—¿Qué?

—Nada.

No podía explicárselo, porque no sabía cómo, pero, pese a aquella tristeza que cargaba, ella seguía por ahí, saliendo poco a poco. Como en aquella actitud, con la que me decía que deseaba verme, aunque supiera que eso lo complicaba todo. El querer y el deber; hasta que la conocí, nunca me había

planteado esa cuestión de una manera diferente a como me habían enseñado.

Me prometí que conseguiría hacer volver a aquella Julia que había conocido y que había hecho regresar a un Oliver que estaba perdido. Se lo debía.

Le di un beso en la cabeza y abrí la puerta.

No obstante, su voz me frenó en las escaleras del porche.

—¿Qué hace eso aquí?

Me giré y la vi sostener el sobre blanco que había dejado en un estante de la entrada. Su expresión se había endurecido. Su mano temblaba.

—Es tu dinero. Te dije que te lo devolvería.

—También dijiste que ibas a hacer un ingreso —respondió con sarcasmo.

Tenía razón, pero cuando fui a hacerlo me di cuenta de que entonces ya no tendría una excusa real para ir a verla y discutir sobre el tema, así que decidí guardármelo.

—Prefería dártelo en persona.

Vi que dudaba, que se enfrentaba a ese enfado que comenzaba a crecer en ella. Antes de hablar, tragó saliva, aún con los ojos clavados en el sobre.

—¿En ningún momento has pensado que aceptarlo me resulta... ofensivo?

—¿A qué te refieres?

Entonces alzó la mirada y me arrepentí, porque fue como dar mil pasos hacia atrás. Sus ojos estaban humedecidos, su rostro tenso y sus labios fruncidos. Estaba lejos. Más lejos que nunca.

—Me acostaba contigo, Oliver. Fue lo único que hicimos aquí. No fue profesional ni por asomo, pero me salté todas las reglas y se convirtió en una aventura. ¿No puedes imaginarte por un solo instante lo que me supone aceptar dinero por ello?

—No... no se trata de eso. —Ni siquiera entendía cómo podía llegar a pensar algo así—. Considéralo un pago por la comida y los gastos mínimos.

Se rio. No entendía por qué, pero Julia se echó a reír, y lo hizo de un

modo que me puso los pelos de punta. Después dio dos pasos y me golpeó con el sobre en el pecho.

—¿Sabes? Puedes meterte este sobre por donde te quepa.

—Julia...

Subí y la agarré por el hombro antes de que me cerrara la puerta en la cara, pero se giró con rapidez y me empujó de nuevo con las dos manos. El dinero se cayó. Una lluvia de billetes volaba a nuestro alrededor, pero yo no veía nada, nada que no fueran dos lágrimas deslizándose por su piel. Dos lágrimas que no eran el fruto de su dolor, sino que las había provocado yo.

—¡No! ¿Es que no lo entiendes? ¡No puedo ponerle precio a aquello! ¡No...! No me hagas hacerlo. Déjalo estar.

Asentí. Recogí el dinero, mientras ella me observaba desde arriba. Tan dolida. Tan lejana. Solo nos separaba un paso y parecían kilómetros.

Me lo guardé en el bolsillo y después la miré. Nunca me había parecido tan pequeña.

Quería acogerla entre los brazos. Quería meterla en aquella casa, cerrar con llave y no volver a salir nunca. Quería... quería a Julia en mi vida, no lejos, no rota, no así.

Joder... yo... yo... Yo quería a Julia. La quería. La quería y no podía decírselo, porque ella no necesitaba palabras. Ella necesitaba que alguien se lo demostrara.

—Vale. Y una cosa... no fue lo único que hicimos aquí. El sexo. Hubo más que eso.

—Precisamente por eso deberías entenderlo.

La primera semana no fue fácil. Nunca lo es cuando tus esfuerzos se dirigen hacia una persona que no te echa de su lado, pero tampoco parece muy contenta con tu presencia. Era como si nos meciéramos en un limbo extraño en el que no estábamos cómodos del todo, pero que era el único lugar en el que parecía que teníamos cabida ella y yo.

Trabajaba hasta las seis cada día, pero en cuanto salía cogía el coche y me

dirigía allí. Era una paliza, pero no me importaba. Ni siquiera podía meditar el no hacerlo.

Me pasaba un rato con ella, la ayudaba en cosas de la casa o, simplemente, me esperaba hasta que cenaba algo y después me marchaba. Hablábamos poco, pero cada día parecía escucharme un poco más.

Algunas de esas tardes, ella no quería verme. Lo sabía, porque me evitaba, pero lo sorprendente era que tampoco me pedía que me fuera, sino que, de algún modo, que yo estuviese por allí le agradaba.

No lo sé. Solo sé que la cuidé. Solo sé que comencé a quererla siendo plenamente consciente de que lo hacía. Solo sé que me entregué completamente a ella.

Julia

Mi vida dio un vuelco. Y es que no lo puedo definir como un giro, sino como un vuelco. Se dio la vuelta y yo era incapaz de volver a ponerla en su posición correcta.

Me sentía un poco perdida. Cuando persigues durante años un objetivo y este desaparece, todo se queda un poco en blanco y no sabes cuál es el siguiente paso. Me vi sin objetivos a la vista y eso... eso da un poco de miedo.

Estaba triste. Continuamente. Era incapaz de levantarme por la mañana y no sentir una opresión en el pecho. Un vacío. Una carencia que nunca podría suplir. O quizá sí, pero no del modo para el que siempre me había preparado.

La vida nos da lecciones sin parar y yo recibí una. Lo sabía y la aceptaba, pero eso no evitaba que mis sentimientos lo cubrieran todo cada mañana. Al fin y al cabo, había perdido algo y, como ante cualquier pérdida, necesitaba mi propio duelo.

Nunca pensé que tuviera que superar un duelo por perder un sueño, pero también ocurre y debes afrontarlo.

Oliver se convirtió en un pilar de aquella casa de una forma inesperada. Siempre estaba. Por las mañanas no, porque trabajaba, ni por las noches, pero su presencia no se marchaba. Era como la sensación constante de espera, hasta que aparecía por la puerta, me reñía por no cerrar nunca con llave y se ponía a trastear por la cocina. A veces, paseaba conmigo. Otras, me leía, mientras yo lo observaba sentada a su lado en el sofá bajo una manta. Me cuidaba, como le había pedido antes de que todo ocurriese, y lo hacía muy bien.

Pese a ello, yo dudaba, porque no entendía qué hacía allí. No comprendía cómo una persona podía tener unos remordimientos tan grandes como para pasar las tardes conmigo, cuando no era precisamente una buena compañía.

Sin embargo, verlo me calmaba. Siempre parecía tranquilo, aunque no lo estuviese y aunque se volviera loco intentando que yo no lo hiciera. Parecía imperturbable. Al menos, se le daba bien mostrar ese estado. Esa tranquilidad y firmeza casi contagiosas. Yo intentaba empaparme de ellas.

Uno de aquellos días, Abi y Nora se lo encontraron allí e hicieron como si fuera lo más normal del mundo. Jugó con la niña y compartió miradas cargadas de significado con Abi que yo no entendía. Verlo jugar con la pequeña me rompía el corazón; no comprendía el porqué, pero lo hacía añicos; quizá ante la posibilidad de no ser una mujer que pudiese ofrecerle aquello a alguien.

No hay que culparse de lo que sucede de forma incontrolable o por simple azar, pero yo lo hacía. Cuando entras en ese estado, en un bucle de tristeza, es fácil hacerlo. Y yo me culpaba. Quizá porque había reducido mi futura felicidad a ser madre, dejando todas las demás posibilidades de lado y, de pronto, no se me ocurría ningún modo de alcanzar esa felicidad tan soñada. La había atado a un hecho tan concreto que era incapaz de deshacer ese nudo y buscar un hilo nuevo.

No lo sé... me sentía encerrada en un túnel; mirase donde mirase, solo veía negro, y muros, y una sola salida, en la que me veía sola, porque nadie más volvería a quererme como pensaba que merecía. ¿Cómo iban a hacerlo? Aarón lo había intentado y después se había ido. Me había abandonado.

A ratos miraba a Oliver y pensaba que él no era Aarón, pero al instante me recriminaba por imaginarme compartiendo un futuro a su lado. Cuando eso ocurría, la tomaba con él, mostrándole mi indiferencia y sintiéndome peor aún por hacerlo.

Era una espiral en la que me veía caer por momentos y no tenía ni idea de cómo volver a ser yo.

Otra tarde, fue Leandro el que me visitó. Vio a Oliver moviendo tierra de un lado al otro del huerto y sonrió para sí. Luego me miró a mí y asintió con la cabeza. Nada más.

Me di cuenta pronto de que Oliver era aceptado por mi familia, por mis animales, por mi hogar; era aceptado en un lugar en el que yo no me aceptaba a mí misma. En un refugio que me había construido y que no me había servido de nada.

Tener esa revelación hizo que tocase fondo.

—¿Estás bien?

Llevaba encerrada en el cuarto de baño cerca de una hora. Le había dicho

a Oliver que iba a darme una ducha, pero seguía ahí, frente al espejo, con la toalla anudada y sin poder respirar con normalidad. Él estaba al otro lado de la puerta; me lo imaginaba con una mano apoyada en la madera, con su mirada cálida, con la lástima que no quería que sintiera por mí, con ganas de terminar de una vez con todo eso y volver a su vida, en la que yo no tenía cabida. Una vida en la que se cruzaría con alguna otra mujer que podría darle todo lo que soñara, que se acoplara a su modo de ver las cosas, a sus prioridades, a su forma de vivir.

Me faltaba el aire.

—Sí. Ahora salgo.

—Julia...

Suspiré y cerré los ojos. Nada de mentiras; él no lo merecía después de lo que estaba haciendo por mí.

—Vale, no. No estoy bien. No...

Abrió la puerta sin pedir permiso y lo miré. Ni siquiera podía llorar. No podía hacer nada. Solo mirarlo y esforzarme por que me comprendiese.

Supongo que lo hizo.

—Ven.

Me agarró de la mano y tiró de mí.

—¿Qué estás haciendo, Oliver?

Me cogió en brazos y yo me tensé, pero tampoco se lo impedí. Después me llevó hasta el sofá y se sentó, conmigo sobre su regazo.

—Vamos a hablar.

—Pero... —Tapó mi boca con un dedo.

—No. He tenido mucha paciencia, Julia. La he tenido porque tú ahora necesitas tiempo y lo respeto. No obstante... ya no sé qué hacer. No estás bien y no pasa nada; yo tampoco lo estaba cuando vine aquí. Pero esto no puede durar para siempre. Tienes que poner un poco de tu parte.

Tragué saliva. Empecé a temblar. Quise llorar, gritarle y zarandearlo por obligarme a hacer algo para lo que, en el fondo, me resistía. Quise odiarlo por obligarme a superar aquello, porque hacerlo significaba aceptarlo del todo y

olvidarme de ese sueño.

—¿A qué te refieres?

—A que todo pasa, pero solo si tú lo dejas ir. No... no puedo ni imaginarme lo que sientes. Nunca podré, porque soy un hombre y creo que es incomparable. Además, el dolor siempre lo es y cada uno lo vivimos a nuestro modo, pero me duele verte así y mi dolor sí que lo entiendo. Y me duele que la Julia que conocí ya no esté. ¿Y sabes qué es lo que más daño me hace de todo esto?

—¿El qué?

—Que te culpes por algo que no depende de ti. Que dejes de soñar en nada más por un sueño que no podrás cumplir.

Asentí y me tragué las lágrimas.

—Aarón me quería. Me quería y lo hizo hasta que yo no pude...

Me costaba. Me costaba hablarle de una época de mi vida en la que había sido tan feliz como desgraciada. Me daba miedo que me juzgara, que pensara que era débil, o caprichosa, o una niña. Me daba miedo que dejase de mirarme como él lo hacía. Porque Oliver cuando me miraba me hacía sentir bien y satisfecha con lo que yo era. No podía permitir que aquello cambiara. Y me daba miedo contarle mi mayor miedo de todos: que él tampoco me quisiese por ser como era y por cargar con lo que cargaba.

—Cuéntamelo. Cuéntame vuestra historia.

Me tensé y estuve a punto de negarme. Fue un rechazo instintivo.

Sin embargo, leí en sus ojos que deseaba escucharlo de verdad y lo hice.

Le hablé de la primera vez que lo vi, con su pelo oscuro, muy parecido al de él y a la vez totalmente diferente, de sus ojos negros, de cómo me sonreía y hacía que mis piernas temblaran como si fuera una quinceañera. Le conté que con él descubrí qué era el amor adulto, ese tan distinto al adolescente, y que de su mano aprendí todo eso de lo que había escuchado hablar durante años sin vivirlo, pero que quizá no solo vi una de sus caras, sino también la parte fea. Le hablé de noches de pasión, de risas, de un piso compartido, de cuando teníamos dinero, salud, amigos, éxito y nos creíamos invencibles. Le confesé la raíz de ese sueño y el modo en que lo compartí con el que creí que

era el amor de mi vida. También le describí una sala de hospital, una pantalla blanca y negra y como nuestras manos entraron unidas y salieron de allí sin rozarse, como una metáfora de lo que Aarón y yo estábamos destinados a ser. Le hablé de tres estrellas perdidas, mientras él acariciaba el tatuaje de mi antebrazo con toda la ternura del mundo condesada en sus dedos. Le conté que Aarón se marchó cuando aún estaba tumbada en una cama de hospital.

Recordé aquel día. Acababan de intervenirme y él estaba sentado a mi lado. Tenía los codos apoyados en las rodillas, las manos entrelazadas y la cabeza gacha. Parecía que le pesaba el mundo entero. Yo solo quería consolarlo, así que estiré el brazo y le acaricié el pelo.

Cuando pasas por una experiencia así, la mayoría de la gente se olvida de ellos, de la otra mitad de una pareja que también sufre, aunque no lo haga de forma física. Tendemos a ignorar su impotencia por no poder hacer nada, la sensación de que sobran, la idea preconcebida de que no tienen casi derecho a quejarse o a compadecerse porque no es su cuerpo, pero es mentira. A veces, incluso lo sufren más y se nos olvida. Aarón lo hizo; sufrió tanto que terminó por devolvérmelo.

—Eh, ¿estás bien?

Él negó con la cabeza y pareció encogerse. Después alzó el rostro y lo que vi me destrozó un poco más, cuando pensé que ya era imposible.

—No. Julia, yo...

Fui a tocarlo de nuevo, pero se apartó y sus lágrimas dijeron demasiado.

Si un roce puede doler, la ausencia de él puede matarte.

—No lo digas.

Apreté los dientes, intentando frenar las mías, porque llorar lo convertía en real, en un golpe duro y decisivo en mi vida.

—No puedo, Julia... No puedo seguir con...

—¡¡No se te ocurra decirlo!!

Mi grito terminó siendo un sollozo ronco. Percibí que las pocas fuerzas que me quedaban se esfumaban. Me derrumbé. No obstante, apenas lloré. Lo hice de forma interna, para mí; quizá porque aún me quedaba algo de orgullo y no quería que él fuera testigo del modo en que su decisión me rompía del

todo.

—Lo siento, Julia...

Y no dijo nada más. Solo se levantó y se marchó.

Cuando me dieron el alta y volví al piso, sus cosas ya no estaban.

Sin embargo, con el tiempo me di cuenta de que su abandono no me empequeñeció, sino que, al final y mirándolo con perspectiva, me hizo mucho más fuerte.

Oliver me miraba sin parpadear. El tic de su mandíbula había hecho acto de presencia casi al principio de mi relato. Su mano se apretaba sobre la manta que había cogido para taparme y que no cogiera frío, porque seguía solo con una toalla. Pese a ello, parecía no ser consciente de que me sujetaba con fuerza, trasmitiéndome una rabia que comprendía, pero que no deseaba que sintiera.

—Te dejó en un puto hospital.

—Sí. Lo hizo.

Se pasó la mano por el rostro y soltó un suspiro profundo.

—En un hospital.

—Oliver...

—Qué hijo de puta.

—Es posible. No voy a negarlo.

—¿Que no vas a negarlo? Dios, Julia...

Se removió debajo de mí y cerró el puño hasta que vi sus nudillos blancos.

—No... no pretendo que lo entiendas, ¿vale? Solo te pido que no me juzgues.

—No te juzgo a ti, lo juzgo a él.

Nos quedamos callados. La tensión se palpaba en el ambiente. Yo tenía frío, y no era por el clima, era por él, por cómo sabía que aquello le dolía y

cabreaba, y por sentirme de nuevo una imbécil por haberle permitido tanto a Aarón después de lo que me hizo.

Me abracé las rodillas; mi reacción provocó que Oliver centrara la atención en mí y entrelazó su mano con la mía. Después clavó su mirada en mis ojos y fue directo.

—¿Sigues queriéndolo? ¿Estás enamorada de él?

—No. Lo quiero, porque fue mi vida durante un tiempo y fue bonita. Forma parte de muchos momentos decisivos para mí y no puedo olvidarlo ni tampoco quiero hacerlo. Pero no. No estoy enamorada de él.

—Bien.

—¿No quieres saber por qué dejé que siguiera en mi vida hasta hace poco?

Porque lo había hecho. Durante los siguientes años, Aarón había jugado conmigo y con nuestros sentimientos. Venía al refugio, hablábamos y nos acostábamos. Todas las veces y sin excepción. Era inevitable. Creo que sus visitas siempre acababan en sexo porque era lo único que sabíamos hacer bien y sin estropear nada.

Sabía que no debía hacerle caso, pero siempre caía. Quizá porque, pese a que no lo quería creer, sí me había sentido muy sola. Quizá porque yo era de las que creían que, cuando dos personas comparten tanto, siempre sobrevolarán cenizas entre ellos al reencontrarse; y Aarón y yo éramos una montaña gris que soplábamos una y otra vez.

Miré a Oliver, esperando una respuesta, pero no la encontré. Me di cuenta de que lo había comparado con mi ex en muchas ocasiones, cuando él no era de esa clase de personas.

—No me hace falta.

Tragué saliva, pero el nudo de emociones que él traía consigo no desapareció. Y no estoy hablando de Aarón, sino del hombre que me observaba con detenimiento, mientras me acariciaba la palma de la mano con el pulgar. De ese hombre que me había aportado todo lo que el anterior no supo darme cuando más lo necesité. Del hombre del que me había enamorado en muy poco tiempo. De Oliver.

Me mordí el labio para evitar decirle algo de lo que podía arrepentirme.

No obstante, por mucho que quise ocultar lo que sentía, se pudo entrever en el temblor de mi boca, en el tono un tanto roto de mi voz, en la franqueza de mis ojos.

—Gracias, Oliver. Te mereces todo lo bueno que quieras en la vida. De verdad.

Sonrió y me sujetó por la mejilla con una mano. Yo cerré los ojos.

—Lo sé. Y también sé una cosa que tú no sabes.

—¿Cuál?

Los abrí. Él me estaba esperando con los suyos llenos de todo eso que me daba pánico que me ofreciera, pero que no dejaba de regalarme.

—Que tú también. Tú también lo mereces, Julia.

Me abracé y dejé que él hiciera lo mismo, mientras me acunaba sobre su cuerpo y sus labios tocaban mi pelo.

Lloré. Me parecía algo increíble poder hacerlo con tanta libertad con una persona que hacía apenas dos meses ni siquiera conocía. Pero así funciona la vida. Aparecen personas esenciales en ella al mismo ritmo que desaparecen.

Me cogió en brazos y me subió a la habitación. Nunca nadie me había llevado a ningún sitio en brazos hasta que conocí a Oliver. Y no era una cuestión de que fuera una mujer desvalida, sino que había algo tierno y precioso en ese gesto. Algo que llenaba la situación de una vulnerabilidad especial y le daba un color único.

Hay una belleza innata en el acto de cuidar y ser cuidado.

Cuando entramos en el dormitorio que yo había convertido en mío cuando él se marchó, me dejó sobre la cama y la abrió. Yo tiritaba.

—Espera aquí un segundo.

Desapareció y lo obedecí. Me quedé allí quieta, como una niña, hasta que regresó con un pijama y me lo puso. Cuando retiró la toalla de mi cuerpo, no me miró. Eso también me gustó. Porque allí no éramos amantes, ni dos personas que se atraían, aquella noche solo éramos una persona protegiendo a otra de sus propios miedos por la simple necesidad y el deseo de hacerlo.

Me acosté, Oliver me tapó y dejó una caricia en mi rostro que bajó hasta el comienzo de mi cuello antes de despedirse con una sonrisa.

—Ahora, duerme. Estaré al otro lado de la puerta, ¿vale?

Cumplió su promesa.

No supe hasta mucho después que apenas dormió esa noche, porque se quedó al otro lado de la pared, en el pasillo.

Solo cuando ya amanecía, escuché el motor de su coche marchándose por el sendero.

Oliver

—¿Qué estás haciendo, Oliver? —Jimena me abordó al entrar en su piso con el ceño fruncido. Eran las once de la noche y llegaba del refugio de Julia completamente agotado.

—No lo sé.

Apenas pasaba por casa. Pensándolo bien, ni siquiera tenía casa. Tampoco me importaba demasiado. Tenía que haberme buscado un piso, pero seguía durmiendo en la habitación de Luna. El resto del tiempo lo dividía entre el trabajo y Julia. No había nada más. Incluso la mayor parte de mi jornada laboral se centraba en ella, en pensar en qué podíamos hacer ese día o en qué tal habría pasado la noche sin mí. Mi mundo se cerró tanto que solo la veía a ella. Y, lo mejor de todo, me di cuenta de que eso tampoco me molestaba.

—No puedes seguir así eternamente. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que lo sé.

Lo sabía, pero prefería no pensarlo.

Me tumbé en la cama con la ropa puesta y me tapé la cara. Me escocían los ojos por el cansancio y aún tenía que preparar unos documentos para el día siguiente. Ni siquiera pensaba en el trabajo, cuando antes lo llenaba todo. Me daba igual la reunión con Carballo y los resultados. Todo lo hacía. Julia había ocupado hasta la última parcela de mí mismo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Seguir. —Suspiré.

En ese preciso instante, con la mirada de asombro y miedo de Jimena clavada en mí, fui consciente de que lo había encontrado; había encontrado ya no un objetivo, sino mi propio sueño por cumplir.

Pensé en que la vida debía tratarse de eso, de no apuntar objetivos ni metas en una lista, sino sueños. Puede parecer lo mismo, pero no lo es.

Los objetivos se tachan. Los sueños se viven.

—¿Hasta cuándo piensas continuar con esto, Oliver?

Sonreí.

—Hasta que ella me pida que me quede.

Julia

A partir de ese día, hubo un cambio en mí. Lo notaba en todo, en cada gesto que hacía, en cada experiencia que vivía. En el modo de enfrentarme a los recuerdos que dolían.

También lo hubo con Oliver.

Si la primera semana yo me escondía de él, me encerraba en la habitación cuando me sobrepasaba su presencia y deseaba que se marchase, aunque de hacerlo me hubiera roto más aún, la segunda comencé a esperarlo en el porche al caer la tarde. Dorian movía el rabo y ladraba un par de minutos antes de que apareciese su coche por el sendero, sonriendo y con sorpresas que me traía. Chocolate. Libros. Música que después ponía sonido a esos atardeceres.

Oliver sacaba una manta y nos tapaba a ambos, mientras el sol se ponía y me contaba historias de su vida con la banda sonora de Amélie de fondo.

Así descubrí cómo había sido su matrimonio. Cómo había conocido a su mejor amiga entre las sábanas antes de quererla como a una hermana. Cómo había deseado ser padre desde hacía años. Cómo le había dolido a él también saber que nunca podría serlo conmigo.

—No deberías decirme eso.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—Pero es que lo pienso. No, no lo pienso, Julia. Lo siento. Lo sentí aquí cuando fui al hospital y supe que nunca podría ser.

Cogía mi mano y la ponía sobre su pecho. Yo intentaba digerir esas emociones, esos instantes en los que él se abría conmigo casi como si hubiera algo tan grande entre nosotros que no tuviese cabida silenciarlo. Y lo sentía. Percibía los latidos de su corazón bajo mi palma y, de alguna forma que no llegaba a comprender, sabía que sus palabras eran verdad. Que, aunque Oliver y yo no tuviéramos una relación, dolía saber que las posibilidades no existían antes siquiera de poder plantearlas.

—Tú también lo sientes.

Y yo asentía, cogía su mano entre la mía y la apretaba con fuerza. Porque sí, porque dolía. Y porque compartir el dolor con él no hacía que fuese menos, pero sí un poco más bonito.

Oliver me contó que siempre había sido un buen chico, pero que, en el fondo, no lo eran tanto. Solo le habían enseñado muy bien las formas, y la fachada de chico educado y partidazo siempre le había funcionado. Yo no lo creía. Solo era humano y, como todos, tenía una parte fea que a veces primaba.

También me habló de su trabajo. Lo hizo un día en el que parecía realmente agotado. Le pregunté qué le preocupaba y me confesó que era algo nuevo, porque, por primera vez, no estaba pensando en una reunión o en una campaña que cumplir con la motivación que hacerlo siempre le había proporcionado, sino en lo poco que le apetecía volver a la oficina al día siguiente y enfrentarse a ello.

—¿Cómo se puede empezar a odiar algo que antes te encantaba? —me preguntó.

Yo no supe qué decirle. La vida funciona así. Somos volátiles, cambiantes, incluso, en ocasiones, demasiado impredecibles como para sorprendernos incluso a nosotros mismos.

Después se echó a reír, confesándome que nunca antes había sido capaz de decir en alto que lo odiaba, que lo había amado tanto que eso se había vuelto contra él, como lo hacen las grandes pasiones, y ahora soñaba con dejarlo todo y aprender alpinismo.

Yo lo acompañé. Me reí con él, hasta que a los dos nos dolía el estómago.

Cuando consiguió relajarse, me miró con honestidad y con un brillo casi infantil en sus ojos azules.

—Lo digo en serio, Julia. Quiero hacer cosas que me dan miedo o que admiro en otros. Quiero subir una montaña y poner mi inicial en la cima, como en el árbol del bosque. Pero ¿te cuento un secreto?

—Claro.

—Tengo un vértigo horrible. Incluso lo pasé mal el día de... ya sabes.

Sonreí. Lo recordé enredado en las ramas de aquella encina con el nido en

sus manos, con su apariencia segura de siempre y, de pronto, sabía que en realidad no solo lo había pasado mal por la situación, sino porque no lo pasaba bien tan lejos del suelo.

Sí, Oliver quería escalar montañas, aunque tenía pánico a las alturas.

En aquellos ratos aprendí de él que sus últimos cinco años le pesaban como si hubieran sido quince, sintiéndose más viejo de lo que era y con la sensación de que se había perdido un poco a sí mismo por el camino.

Me confesó cosas que no le había contado a nadie, mientras yo lo escuchaba y me iba dando cuenta poquito a poco de que me enamoraba aún más de él con cada palabra, con cada gesto, con cada mirada perdida en el jardín que nos rodeaba.

Se convirtió en mi bastón, en mi sustento, en mi terapia.

Ni siquiera me di cuenta. O quizá lo hice de cada paso, de cada detalle, pero sucedía tan rápido que apenas me daba tiempo a saborearlo.

El fin de semana era distinto. Aparecía de nuevo casi al amanecer para hacerme tortitas, siguiendo esa costumbre que habíamos hecho nuestra, y después se quedaba todo el día conmigo. A su lado, asumí que me sentía mucho mejor y que cuando se iba lo echaba de menos, pero, a la vez, me obligaba a marcar las distancias, porque él tenía una vida que estaba dejando de lado por mí y aquello debía acabar algún día.

Era sábado y volvíamos de dar un paseo. Me había reído a carcajadas cuando él me había confesado la vergüenza que llegó a pasar subido a aquel árbol para salvar a los pajaritos de Nora. Luego me sacó los colores al confesar que era la primera vez que lo desnudaba y que yo parecía claramente impresionada. No le faltaba razón, pero recordar aquello me hacía rememorar muchos otros momentos con él sin ropa y entre las sábanas.

Por primera vez en semanas, me sentí viva.

Habíamos pasado un día increíble, pero no dejaba de darle vueltas al hecho de que aquel parón en su vida no podía ser permanente y ya lo estaba alargando demasiado. Además, tenía miedo de que su ausencia me hiciera caer de nuevo y no podía consentirlo.

—Es tarde. Deberías irte.

—Había pensado obligarte a ver *Olvídate de mí*.

Se acercó a una mochila que había traído y sacó la película de su interior.

Habíamos estado hablando de cine días atrás y Oliver seguía sin creerse que fuera una especie de ignorante en lo referido al séptimo arte. No es que lo fuera, pero era cierto que desde que vivía allí solo veía películas de ciento en ciento con Nora, así que no estaba muy puesta en el tema. A él le parecía indignante y se había propuesto enmendarlo.

—¿Una de tus películas de la lista de: *Ver antes de morir*?

—¿Para qué crees que he traído el portátil?

Dudé. Lo hice porque era tarde y, si se quedaba, eso suponía cambiar esa rutina que habíamos creado hasta el momento. Oliver lo supo y alzó un par de veces las cejas con picardía. La decisión era mía. De nuevo lo que debía luchando contra lo que deseaba con todas mis fuerzas.

Ni siquiera había elección posible; hacía tiempo que había empezado a vivir de una manera determinada. Así que suspiré y claudiqué.

—Sacaré unas galletas. Las hice ayer.

Su sonrisa fue deslumbrante.

—Que seas una ermitaña hace que sea fácil impresionarte.

—¿Te ha gustado?

—Sí.

—Me alegro.

No sé por qué Oliver eligió aquella película. Lo que sí que sé es que fue la elección perfecta y que provocó otro cambio en mí.

En ella, las personas pueden borrar los recuerdos de una relación cuando sale mal. Sin embargo, ¿qué pasa si ese amor vuelve a surgir? ¿Si esas dos personas se encuentran de nuevo? Me hizo recordar a Aarón y la tormentosa relación que habíamos mantenido. A reflexionar sobre ello y llegar a la conclusión de que, de poder hacerlo, no borraría lo nuestro, porque aquello

también me había hecho llegar hasta allí, a ser quien era y, por consiguiente, hasta Oliver.

Lo miré; él parecía incómodo, como expectante a una reacción mía. Creo que tenía miedo de haberme enviado un mensaje erróneo a través de la historia de otros.

—¿Crees que se puede llegar a ser tan feliz como lo fueron ellos? — susurré.

—Sí.

—¿Y tan infeliz?

—También. Creo que todo es posible, siempre que sea con la persona indicada.

Asentí. Oliver me había dado la clave de algo sin ser muy consciente de ello.

Me giré y me incorporé un poco, lo justo para poder acercarme a él y acariciar su rostro. Hacía demasiado que no lo tocaba así. Hacía tanto tiempo que, una vez que había empezado, no iba a poder dejar de hacerlo.

Pasé los dedos por sus mejillas, por su nariz, por el contorno de sus labios.

Él no se movió. Solo percibí que tragaba saliva con fuerza.

Pasé las yemas por su cuello.

Sentí que todo eso acumulado revivía, la bola de mi estómago se subía por mi garganta y se me escapaba. Sentí mucho, tanto que necesitaba dejar de pensar y seguir haciendo solo eso. Sentir, pero con él.

Las palabras salieron solas.

—Duerme hoy conmigo, Oliver.

—Vale.

Tan fácil, tan natural, tan sentido que sabía que, si no se iba del todo, estaba totalmente perdida.

Oliver

Me desperté con la cabeza sobre el pecho de Julia. Deslicé la mano por encima y ella se estremeció. Acabé por posarla sobre su abdomen, rozando sus cicatrices. Esas dos líneas seguirían siendo visibles para siempre, pero esperaba que las otras, las de dentro, llegasen a pasar desapercibidas en su vida.

Levanté la cabeza y me encontré con sus ojos abiertos de par en par. Sonreí.

—Buenos días.

No le di tiempo a contestar, solo la besé y metí la lengua en su boca, recreándome en todo lo que la había echado de menos y en sentirla conmigo.

Dos minutos después, gemía, con su cuerpo latiendo bajo la yema de mis dedos.

—Oliver...

—¿Sí?

—Yo... Oliver...

Gruñí y entré en ella, rápido y fuerte. Julia se abrió. Arqueó la espalda, se sujetó a la almohada con las dos manos y me dejó una vista preciosa, con sus pechos moviéndose, con sus ojos sin apartarse de los míos, con sus labios jadeando y gritando todo lo que deseaba que le hiciese.

No lo recordaba tan bueno.

Sentirlo siempre sería mejor que pensar en ello; infinitamente mejor.

Empujé en su interior una y otra vez. Bajé el ritmo, intentando retardar todo lo posible esas sensaciones, esa visión que me regalaba, esa manera que tenía de entregarse. Era adictivo. Había sido probarla de nuevo el día anterior y ya quería hacerlo cada día de mi vida al despertarme.

Me paré en seco.

Ella abrió más los ojos y empujó con sus pies. Yo la miré. Apoyé los codos en el colchón y sujeté su cara entre las manos. No podía dejar de

mirarla. No quería hacerlo; nunca. Esa realidad me pegó con fuerza. Ya la conocía, llevaba días acoplada en mi cabeza, pero ¿sabes esa sensación de no atisbar la importancia de algo hasta que lo tienes delante de tus ojos? Supongo que es lo que ocurre cuando te toca la lotería y por fin cambias el boleto y ves de pronto los ceros en tu cuenta corriente. O lo que me imagino que se debe de sentir cuando sabes que vas a ser padre y por fin te ponen un bebé en los brazos. Ni siquiera sabes cómo cogerlo. Crees que, si lo haces muy fuerte, podrías llegar a romperlo. Pues así me sentí de repente, mirando a Julia y pensando que sí, que había ocurrido y que me daba miedo al mismo nivel que me llenaba de una sensación indescriptible.

—¿Estás bien, Oliver?

—Eres tan guapa...

Fue lo único que pude decir, y en otra situación me hubiera parecido ridículo, pero ella se rio y a mí se me olvidó todo. La besé, presionando su boca contra la mía y mordiéndole el labio, y me corrí, susurrando su nombre y ahogando su propio orgasmo con mi lengua.

Después me dejé caer y la abracé. Estábamos sudados. Me sentía vulnerable. Deseaba decirle todo lo que me nublaba la mente, pero no podía. No así. Necesitaba encontrar el momento perfecto en el que ella no echara a correr.

—Oye, ¿pasa algo?

—No. Solo que... te he echado de menos.

—Yo también.

Y eso fue todo. Quizá sería mejor decir que lo fue todo en el concepto más amplio de la palabra, porque aquella confesión simple dijo demasiado.

Bajé las escaleras con la intención de preparar algo de comer, mientras Julia se duchaba. Justo cuando entraba en la cocina, dos nudillos golpearon la puerta y después esta se abrió.

Era la última persona que me esperaba.

Lo reconocí enseguida y, por la expresión de asombro y decepción de su cara, él a mí también.

—¿Querías algo?

—Hola. ¿Dónde está?

—Creo que deberías irte.

Sabía que no era mi decisión, pero no lo pude evitar. No podía dejar que le hiciese daño de nuevo, porque ya lo había hecho demasiado. Julia se merecía ser feliz y estaba claro que él no podía proporcionarle eso. Y no eran celos, juro que no se trataba de eso. Se trataba de algo más interno. El deseo de protegerla, de cuidarla, de impedir que nadie le doliese nunca más.

—¿Y quién eres tú para decidir eso?

—No voy a repetírtelo.

—Entiendo. ¿Y qué vas a hacer?

Sonrió con malicia y se dirigió a las escaleras que llevaban al piso de arriba.

Al pasar por mi lado, su hombro golpeó el mío.

Cerré los ojos.

Conté hasta tres.

No fue suficiente.

Me giré con rapidez y lo agarré por el cuello. Lo sorprendió tanto que tuve que sujetarlo para que no se cayera. Tiré de él y lo estampé contra la pared.

—¿Qué cojones...?

Entonces Aarón se me quedó mirando y vi que sus pupilas se dilataban. Vi algo oscuro en él, algo que no iba a permitir que se acercara a Julia. Y también supe que ya no había vuelta atrás. Para todo. Para lo que estaba a punto de ocurrir y para lo que sentía por ella.

Supe que hasta estaría dispuesto a alejarme de su lado si yo podía dañarla y lo haría con la misma determinación que me llevaba a protegerla de él.

Y ocurrió.

Las imágenes se me agolparon en la cabeza. Julia en el hospital. Julia sufriendo. Julia huyendo. Julia escondiéndose en un refugio. Julia y su sueño

roto. Julia sola.

Hasta ese momento siempre había creído ser un tío íntegro, maduro, incapaz de sobrepasar ciertos límites. En aquel instante, mientras cerraba la mano en torno a su cuello, descubrí que estaba errado. Nunca sabes cuál va a ser tu punto débil. Y yo había descubierto en ella el mío.

Mi puño sonó seco contra su mejilla. Su nariz comenzó a sangrar. Se llevó la mano a la cara y, al ver la sangre, se lanzó contra mí. Caímos sobre la mesa de la sala. A partir de aquel momento, dejé de ver, de discernir, de controlarme.

Lo golpeé una y otra vez, y él respondió, hasta que sentí las manos de ella en la espalda y su tacto me paralizó.

—¿Por qué haces eso? ¡Para!

Julia me pegaba con sus puños en la espalda, pero apenas notaba la presión.

Parpadeé y la miré. Estaba llorando. Después miré a Aarón. Se retorció sobre el suelo y gemía.

—Joder...

—¡Oliver! ¡Por el amor de Dios, que no sois adolescentes!

Me levanté y me alejé de su cuerpo. Me temblaban las manos y supe que tenía el labio abierto, pero no sentía nada. Era como si flotara por la casa. Como si mi mente se hubiera separado del cuerpo.

Ella ayudó a levantarse a aquel cabrón y observó sus golpes.

Verla acariciar su mejilla provocó algo en mí que no me gustó.

—No... No quiero verlo aquí.

—Esta no es tu casa —escupió él.

—No, es la de Julia. Por favor, échalo de aquí.

No podía controlarme. Bufaba y me movía como un loco de un lado a otro con todos los músculos del cuerpo en tensión, y la sangre y la adrenalina fluyéndome a toda velocidad. Me temblaban las manos. La respiración se me atropellaba.

Cuando ella habló fue como si algo enorme me cayera encima. Valía más que cualquier golpe. Dolía más que cualquier cicatriz.

—Oliver, no. Esto está mal. Déjanos un momento.

Clavé los ojos en los suyos. No dejaban de llorar.

—Te hace daño, no...

Pero no era solo eso. Yo también le estaba haciendo daño. Estaba llorando por mi culpa. No éramos lo suficientemente buenos para ella, ninguno de los dos.

—Es mi decisión, ¿por qué haces esto?

La observé sin pestañear y leí en su mirada otra pregunta. Tragué saliva. Fui a hablar, pero él se me adelantó.

—Vamos, Julia. Necesito limpiarme.

Aarón se levantó y se dirigió al lavabo. En aquel momento percibí que él se sentía en su casa, tan seguro, tan cómodo. Pero no. No podía permitirlo. Aquella era mi casa. Ella era mi casa.

—¡Porque te quiero! Te quiero. Joder, te quiero.

—Oliver...

Sus ojos se abrieron y sus palabras se quedaron a medias.

No dijo nada más.

Yo vi de fondo que Aarón se quitaba la camiseta y la metía en el cesto de la colada. Era mi casa y él la estaba ocupando con detalles como ese, uno de lo más insignificante y tonto, pero que se me clavaba dentro.

Julia ni parpadeaba. Solo lloraba en silencio.

Me pasé una mano por el pelo, esperando, dándole tiempo para reaccionar, pero no lo hizo. Así que me di la vuelta, salí de aquella casa y el portazo le puso fin a algo que ni siquiera comprendía.

Julia

Seguí a Aarón. Lo hice casi por inercia. Abrí el botiquín que estaba en uno de los muebles y saqué un bote de agua oxigenada y unas gasas. Me temblaban tanto las manos que se me cayeron dos veces al suelo.

—Espera, ya lo hago yo.

Se agachó y después se sentó en la taza del váter, ofreciéndome el bote a la espera de que lo ayudase a limpiarse. La sangre se le había secado en parte bajo la nariz y ni el agua la había despegado del todo. Solo se trataba de un golpe, pero la sangre siempre hace que parezca mucho más escandaloso de lo que es. Aun así, Oliver le iba a dejar marcas para toda la semana.

No voy a decir que una parte de mí no pensase que las mereciera. Porque lo hice. Llegué a decirme que cada moratón que tuviera nunca compensaría mis heridas internas, pero al menos le escocerían por unos días y, al hacerlo, se acordaría de mí y de todo lo que nos había hecho a ambos.

Abi hubiera estado orgullosa de esos pensamientos, aunque a mí me hacían sentirme aún peor de lo que ya me sentía.

Estaba sobrepasada.

Ni siquiera podía comprender por qué estaba curando a Aarón en el baño de mi refugio. Mucho menos qué había ocurrido para que Oliver se pusiera de ese modo con él.

Oliver.

Se me saltaron las lágrimas de nuevo al pensar en él.

«¡Porque te quiero! Te quiero. Joder, te quiero».

Parpadeé y se deslizaron por mis mejillas hasta mojar mis labios.

Empapé un algodón de agua oxigenada y le limpié la piel con ella.

Aarón solo me miraba, pero no decía nada. Parecía confuso. Casi me daba la sensación de que me observaba como a una extraña, como si de repente tuviera a una Julia nueva delante.

—¿Te duele? —dije, al ver que arrugaba los labios al tocarle la ceja.

—No. ¿A ti?

Me quedé con la mano a medio camino y escruté su mirada. No fue una pregunta cualquiera, fue una pregunta que en su momento no me hizo y que llegaba demasiado tarde. Una pregunta que abarcaba nuestra relación, todo lo vivido, lo perdido e incluso esa misma mañana.

—Nunca ha dejado de hacerlo.

Él asintió.

—Lo siento, Julia.

—Lo sé.

Porque era verdad. Allí, con él sentado y mirándolo desde arriba, lo supe. Aarón por fin había comprendido todo el daño que me había causado. Quizá había tenido que llegar Oliver y abrirle los ojos, aunque lo hiciera de un modo de todo menos apropiado.

Nunca justificaría la escena que había sucedido en mi salón minutos antes, pero, aun así, había supuesto una especie de golpe de realidad para todos. Para Aarón, porque había necesitado que otra persona, que además no conocía, le transmitiera ese dolor que yo sentía con sus manos. Para Oliver, porque la situación lo había llevado a cruzar un límite y parecía totalmente fuera de sí. Para mí, porque me había gritado que me quería. Y no solo lo había gritado, sino que yo lo había sentido con cada palabra, con cada gesto, dentro de toda esa rabia que había desatado en él la visita de Aarón y en cada poro de mi piel.

Oliver me quería.

Me llevé las manos a la cara y me senté en el suelo.

Aarón me dejó mi tiempo. Se mantuvo en silencio hasta que ya no lo soportó más y me lo preguntó, con la voz un poco rota.

—¿Qué es esto, Julia? Venía a ver cómo estabas. Alma me contó lo que ha ocurrido. Y me encuentro contigo así, y con ese tío, que ni siquiera sé aún quién es y qué hace en tu vida.

—Estoy bien.

—No lo parece.

Apoyó una mano en mi rodilla y yo la aparté.

Y no sé por qué, pero me vinieron de pronto todas las ocasiones en las que Oliver había estado a mi lado en una situación parecida, todas aquellas veces en las que me cuidaba o me consolaba. En las que me protegía. Y no se parecía nada a aquello. No se parecía a nada.

—Tienes que irte.

Se pasó la lengua por los labios antes de hablar y comenzó a gesticular de ese modo tan familiar, de nuevo adquiriendo su postura segura y haciéndome a mí sentir más pequeña.

—Sé que esto está roto de todas las formas posibles, pero te sigo queriendo y por eso he venido. Julia, tú y yo teníamos una vida hecha, una vida que nos encantaba.

Yo levanté la cabeza y todo a mi alrededor dio de nuevo un vuelco.

Sin embargo, no fue otro en el que no supiera cómo restablecer su orden, sino que fue uno que hizo encajar todas las piezas.

—¿Sabes? Tú no me quieres.

—¿Qué estás diciendo? Yo te querré toda mi vida.

Sonreí, pero lo hice con pena, con lástima. Sonreí diciéndole adiós sin necesidad de pronunciar esa palabra.

—No, Aarón. Porque a una persona a la que se quiere no se le hace daño. Es simple. He tardado mucho en darme cuenta. A una persona a la que se quiere se la protege de ese dolor. Incluso del que uno mismo puede infligirle.

Lo acompañé al coche. No había rastro de Oliver por ninguna parte.

Quizá Aarón no se merecía que yo le regalase una despedida en condiciones, pero yo sí, y con eso ya bastaba para hacerlo. Era una cuestión puramente egoísta; necesitaba verlo marchar y que lo hiciera porque yo se lo pedía, no porque él me abandonase de nuevo. Necesitaba decir adiós del todo a esa parte de mi vida.

—Supongo que esto es definitivo.

—Sí. Suerte, Aarón.

—Podríamos... dentro de un tiempo...

—No, no me has entendido. No quiero volver a verte. Nunca. Si vuelves por aquí, llamaré a la policía. No es un farol.

—¿Te has vuelto loca?

—No, solo he entrado en razón.

Y lo hizo. Se marchó. Y yo observé el momento, me lo guardé dentro y me giré, buscando con los ojos a la persona que me había hecho comprender que el amor no tiene por qué ser dolor; que el amor es calma, seguridad y equilibrio.

No tardé mucho en encontrarlo.

Estaba sentado bajo el árbol de las iniciales con la espalda apoyada en él. Me fijé en que el cuello de su camiseta estaba roto y uno de sus párpados comenzaba a teñirse de color morado, al igual que su labio. Quise abrazarlo. Quise decirle que yo también lo quería. Quise que supiera que yo estaría ahí para él como él lo había estado para mí cuando lo había necesitado.

No levantó la vista cuando llegué a su altura y me senté. Eso fue lo que hice, quedarme a su lado, muy cerca, con su hombro rozando el mío.

Al fin y al cabo, en eso consistía, en estar; él me lo había enseñado.

—Nunca te lo he dicho, pero me sé la historia. —Oliver me observó de reojo y le señalé las iniciales talladas sobre nuestras cabezas; parecía un poco ido—. La de este árbol. La de verdad. Ella se llamaba Nazaret. Tenía solo dieciséis años cuando las escribió en la corteza. Estaba enamorada del hijo de unos amigos de sus padres, pero él, a su vez, lo estaba de una tal Pilar que había conocido en la universidad. De niños siempre jugaban, eran inseparables, pero cuando fueron creciendo los tres años de diferencia se hicieron notables y pasó a ser solo una niña a ojos del joven. Los veranos se reunían de nuevo a cenar aquí cerca y se encontraban de nuevo. Nazaret sufría, porque él acudía con su novia, que era mayor, experimentada y que no se parecía en nada a ella. Solía venir paseando hasta aquí para estar sola y a veces lloraba. Un día, cuando ya había cumplido los dieciocho y estaban en una de esas veladas de verano con los padres de ambos, él se acercó paseando y la vio. Estaba sentada bajo el árbol y miraba al cielo. Acababa de estar con

ella en la casa, pero cuenta que ni siquiera la reconoció. Que llevaba mucho tiempo viendo a una niña y que, de repente, estaba mirando a una mujer. Y se enamoró. Lo hizo rápido y casi sin tiempo para asimilarlo. Nazaret tenía orgullo, pese a todo, así que le devolvió con creces toda esa espera paseándose con otros chicos y dándole largas. Un año exacto. Trescientos sesenta y cinco días después, se encontraron los dos aquí de nuevo y se besaron por primera vez. Estuvieron juntos cuarenta años, hasta que ella falleció por una enfermedad. Él aún se pasea por aquí a veces y marca con más fuerza las letras, para que nunca se borren.

Lo miré y vi que su expresión tensa se había transformado en una dulce. Sonreía de medio lado y sus ojos me gritaban tantas cosas que me estremecí.

Ahí estaba mi Oliver.

—Nunca me lo hubiera imaginado —susurró, refiriéndose a ese relato que me habían confesado a mí allí mismo no hacía tanto tiempo.

—Él tampoco.

—Esa historia sí me gusta.

—¿Aunque el final sea un tanto triste?

Meditó mis palabras. Parecía otro Oliver distinto al que había salido de mi casa furioso e incontrolable; uno más tranquilo, más relajado, más él. Sus nudillos estaban enrojecidos y uno ligeramente hinchado, pero eso, más algún morado, era lo único que quedaba de ese Oliver que había perdido los papeles por mí. Un Oliver que había reaccionado de un modo excesivo y fuera de lugar, pero que nos había demostrado a ambos de nuevo que no era perfecto, sino real y humano.

Después dijo algo que me humedeció los ojos, porque sus palabras hacían que esa historia fuera más especial aún.

—No creo que tenga un final, en realidad. Al venir de vez en cuando, Leandro hace que no termine.

—Me gusta eso.

—A mí me gustas tú, pero creo que eso ya lo sabes.

Tragué saliva y asentí.

Él pasó los dedos por mi cuello.

Yo cerré los ojos.

Me asusté y el miedo salió a borbotones.

—No puedo hacerlo. No puedo darte lo que quieres. Lo que siempre buscaste, Oliver.

—Eso no es cierto. Ya me lo has dado, ¿no te das cuenta?

—Estoy rota por dentro. Y no hablo aquí, que un poco también —dije, señalándome el pecho—, sino aquí.

Puse las manos sobre mi vientre y él apoyó la suya encima, con una delicadeza que me desarmó. Después su susurro me envolvió, cálido y perfecto. Demasiado perfecto para digerir que estaba destinado a mí.

—Pero yo te quiero. Así, con todo eso que llevas encima. Con tus cicatrices y tu pasado. Sin todo eso, no serías tan fascinante como me pareces.

—No saldrá bien.

—¿Cómo lo sabes si no lo intentamos?

—Somos muy diferentes. —Se rio.

—Sí, y por eso me gustas tanto. Porque a veces no te entiendo. Y porque contigo no todos los días son iguales, sino que voy descubriendo cosas que nunca vería de no estar a tu lado. Porque haces que hasta yo sea distinto. Un Oliver que le da una paliza a un tío que no conoce, aunque eso no esté bien y aunque ahora me odie por ello. Haces que las ataduras desaparezcan, Julia.

Me mordí los labios. Quería darle las gracias por eso que había hecho con Aarón, por defenderme, por protegerme, por muy mal que estuviera, pero solo me salió otra cosa. El miedo hecho palabras. El pánico. Mi parte gris, curva, magullada.

—Nunca tendrás hijos conmigo.

Sonrió. No lo vi porque era incapaz de mirarlo, pero lo sentí.

—Adoptaremos. O no. O tendremos animales. Lo que tú quieras. Has conseguido que me gusten los perros. Con Wendy aún tengo mis roces, pero todo se irá. A veces se pasea entre mis piernas hasta con cariño.

—No sabes lo que dices.

Yo sabía lo que era que un sueño se hiciera pedazos, no quería ser la responsable de provocar lo mismo en los suyos. Porque lo quería. Y el amor es eso. El amor es no querer dañar al otro. El amor es ser capaz de ceder tus deseos para que el otro cumpla los suyos.

Nos quedamos en silencio unos segundos, yo pensando en todas esas incompatibilidades que veía entre ambos; él con una sonrisa en la cara y susurrándome certezas que eran mucho más importantes que unas cuantas diferencias y sueños que nunca se cumplirían, porque eso también podía ser el comienzo de otros muchos que vivir a su lado.

—Sí. Sí lo sé. Quiero cuidarte, Julia. Pero más que eso, quiero que tú me cuides a mí. Que nos cuidemos el uno al otro. Quiero ser tu familia. No me hace falta tener hijos contigo para eso, podemos formar otra cosa. Algo diferente. Especial. Algo nuestro. Tú ya empezaste a hacerlo con este refugio. Un hogar para los dos. Me da la sensación de que solo me estabas esperando.

Sabía lo importante que era eso para él. El concepto de sentirse en casa, de llegar a algún sitio que le perteneciera.

Así que lo hice.

Se lo di.

Trencé mi mano con la suya y las sentí, las raíces creciéndonos entre los dedos.

Antes de levantarnos para volver a casa, Oliver alzó la vista al cielo y se rio.

Yo lo miré. Sus ojos brillantes. Su mirada franca. Su sonrisa sosegada y blanda.

—¿Te cuento un secreto?

—Me encanta que compartas tus secretos conmigo.

Giró el rostro y suspiré al notar el tacto de sus dedos en mi cuello solo un instante.

—Deseé que fueras feliz.

—¿De qué estás hablando?

Se rio más fuerte, como si de pronto fuese consciente de algo que había pasado por alto. Yo me reí con él; era inevitable.

—Cuando me hiciste pedir el deseo a la vela de la magdalena. No sé por qué lo hice, pero no pensé en mí. Pensé en ti. En que fueras feliz, Julia.

Contuve el aliento y después lo solté, sintiendo que ese deseo se estaba cumpliendo en ese mismo momento.

—Gracias.

—No sé cómo no me di cuenta.

—¿De qué?

—Pensé en ti, Julia. Antes que en mí. Si eso no es amor, dime qué lo es.

Oliver

Una mañana, dejé el trabajo. Ni siquiera acudí a la oficina. El despertador sonó y me giré.

Al abrir los ojos, la vi. Estaba dormida boca abajo y sonreía. No quise marcharme. No quise seguir haciendo algo que me hacía perder tiempo de la que consideraba mi nueva vida, de mis prioridades. Y podía hacerlo. Nunca hubiera sido tan irresponsable de no haber tenido la posibilidad, pero lo que sí que me parecía una irresponsabilidad era el no coger la oportunidad teniéndola al alcance.

La besé hasta que ella respondió y abrió los ojos. Al encontrarse con los míos, se asustó.

—¿Qué hora es? ¿Te has dormido?

Fue a incorporarse para mirar el despertador digital negro que había traído con un montón de cajas más y que no pegaba nada en aquel lugar, y tiré de ella para que se tumbara otra vez. Me coloqué sobre su cuerpo y Julia abrió las piernas.

La abracé.

—Voy a hacerlo.

—Vale.

Encajó su cadera con la mía y me reí.

—No, eso después.

—Oh.

—Voy a hacerlo. Voy a dejar el trabajo.

—¿Estás seguro?

—Sí. Montaré un despacho en uno de los cuartos, pero solo si quieres que lo hagamos.

Me abrazó tan fuerte que me dejó sin aire, mientras me besaba como loca y se reía. Solo con oír ese sonido supe que era la decisión correcta.

—Quiero. Pero solo si es lo que de verdad te apetece a ti.

—Lo es. Y ahora... ahora sí que voy a hacerlo.

Julia arqueó la espalda cuando me colé en su interior.

Durante aquellas semanas había descubierto muchas cosas más. De ella. De mí. De lo que surgía cuando estábamos juntos.

Me instalé allí el primer día e hicimos nuestra la misma habitación que un día había sido mía. Ni siquiera lo hablamos y eso también resultó algo nuevo para mí. Cogí mis cosas de casa de Jimena y me mudé al refugio. No más que unas cuantas cajas y un par de maletas con ropa. No necesitaba nada, en realidad, solo a ella, y esa sensación era sorprendente e indescriptible. Era... era como una nueva libertad que nunca antes había probado.

Bruno me animó, pero Jimena me repitió hasta la saciedad que me había vuelto loco. Quizá era verdad, pero entonces sería un loco feliz.

—Estoy rodeada de chalados —dijo. Bruno me abrazó.

Pese a ello, sí que se produjeron cambios.

Julia decidió cerrar el refugio por un tiempo que después se convertiría en indefinido. No se sentía preparada en ese momento para compartir su espacio con nadie que no fuese de confianza, y la casa ya generaba suficientes ingresos por otros lados como para mantenerse. Se centró en su huerto, en el jardín y en su familia. También en mí.

Yo seguí trabajando en mi empresa; iba y venía cada día, pero según pasaban las semanas me fui dando cuenta de que ya no me llenaba. Dedicaba demasiadas horas de mi vida a un trabajo que me aportaba unos ingresos altos, pero que ya no me satisfacía.

Como siempre, ella me abrió los ojos un día frente a esa chimenea encendida.

—Pues déjalo.

—No puedo dejarlo, Julia.

—En realidad... sí puedes.

—No. No...

Pero sí que podía. No era la primera vez que me planteaba crear algo por

mi cuenta. Mi propio nombre. Tenía bastantes contactos y clientes como para arriesgar y empezar desde cero, pero haciéndolo siendo mi propio jefe. Solo necesitaba un despacho y ella me ofrecía una de las otras habitaciones que ya no se usaban. Bruno llevaba años diciéndome que podíamos colaborar en algunos aspectos y que él también podía aportarme clientes.

Parecía tan sencillo que daba miedo. Las cosas fáciles siempre lo dan.

—Lo pensaré.

Ella no me presionó, pero fue una idea que se aparecía por mi mente cada vez que llegaba agotado a casa. Y que lo hizo con una certeza brutal aquella mañana, cuando la vi entre las sábanas y no me levanté de la cama.

Era un hombre afortunado que podía elegir; no hacerlo sí que era una locura.

También tuve que enfrentarme a Leandro, a Abigail y a Nora. Mantuve una conversación seria con cada uno de ellos, incluso con la niña, que me hizo firmar un pacto escupiéndonos en las manos y juntándolas después. Me costó contener la expresión de asco, pero lo hice, y le prometí con ese gesto que nunca nunca volvería a hacer llorar a Julia si no era de risa. Además, le debía una, por aquel trato que hicimos un día mientras grabábamos un vídeo de cumpleaños.

A partir de ahí, todo encajó, y ellos fueron sonrisas y palabras de apoyo; fueron familia. Algo que yo nunca había tenido del todo y que Julia también me regalaba. Una familia que quizá no se parecía a la que yo siempre me había imaginado como perfecta, pero que lo era.

Y mi vida... pues se convirtió en algo que nunca hubiera esperado.

Comencé a trabajar en casa por las mañanas. Me encerraba en mi nuevo despacho y disfrutaba. Salía de vez en cuando para reunirme con clientes, pero lo hacía según mis horarios, y todo fluía de una manera natural.

Julia dedicaba esas horas a preparar los productos que después vendía. Jabones, velas, mermeladas, láminas con flores secas. Dos días a la semana acudían dos floristerías y compraban género, y algunos colegas de Leandro también adquirían frutas y verduras para sus restaurantes. Bruno nos visitaba de vez en cuando para sesiones de fotos.

Era fácil, la vida. Nunca me lo había parecido tanto.

Las tardes eran nuestras. Dormíamos la siesta. Paseábamos. Cocinábamos. Leíamos frente a la chimenea. Charlábamos. Follábamos como locos en cualquier sitio. Nos queríamos.

Algunas íbamos a casa de Abigail o Nora se escapaba y aparecía con su bici por allí. Eso sirvió para que Julia, por fin, comenzara a cerrar la puerta de la casa con llave.

Los domingos cenábamos todos juntos en la finca de Leandro. Lo hacíamos alrededor de una gran mesa a rebosar, bajo luces que le daban al entorno un aspecto mágico y compartiendo conversaciones tranquilas y risas. Me enganché muy rápido a esos encuentros.

Las noches éramos nosotros, bajo una manta en el sofá, desnudos frente al calor de la chimenea, entre las sábanas.

Nunca me había parecido algo tan especial observar a una persona hacer cosas cotidianas, como dormir. Nunca le había leído a nadie. Nunca había mirado a alguien con los ojos con los que miraba a Julia. Nunca nadie me había parecido albergar un mundo entero en su interior; incluso un jardín.

Porque sí. Había tardado en comprenderlo, pero, al fin, lo hice.

Eran las flores las que olían a Julia y no al revés.

Julia

Es difícil imaginar que el peor dolor que puedas sentir pueda regalarte, a su vez, el mejor amor que nunca vivirás.

Eso me había ocurrido.

Había tenido que asimilar que nunca sería madre de forma biológica. Era el único deseo de mi lista que de verdad me importaba y nunca se realizaría. En eso consiste la vida, en enfrentarse a retos que no se superan y a otros inalcanzables.

Sin embargo, durante un tiempo, me olvidé de que la vida no solo consiste en eso, sino también en otros muchos que se alcanzan y se quedan a tu lado.

Tuve que aprenderlo de la mano de Oliver. Tuve que aprender a base de ser feliz que la felicidad no está atada a nada en particular, que ponerle nudos es un error, porque la felicidad radica en esas pequeñas cosas que hacen que tu mundo tiemble de risa, de asombro, de alegría, de amor. Yo no he dejado de temblar desde que aquel hombre apagado se coló en mi refugio un día y fui testigo de cómo iba despertando a mi lado. Y, sin saberlo, me despertaba a mí también.

A veces todavía me ocurre. Hay días en los que las cicatrices laten y pesan en cuanto abro los ojos, pero entonces giro la cabeza y las veo. Amarillas, rosas, azules. Cada día me encuentro una pequeña flor en la almohada que me recuerda que aún existen un montón de motivos para sonreír. Tantos como flores tiene mi jardín.

En una vieja caravana, la raíz de algo nuevo

Bajo las escaleras con el pijama ya puesto y lo busco. Es Navidad. Nuestra primera Navidad juntos. No hace ni un mes que Oliver se ha mudado a casa y da igual, porque el miedo se ha evaporado como por arte de magia y parece que lleve a mi lado meses; años; toda una vida. Me cuesta hasta recordar que en algún momento no formara parte de la mía.

Pese a lo que los dos cargábamos, hemos pasado a vivir cada segundo con una intensidad que nos hace felices de un modo abrumador. No creo que nadie pueda entenderlo, pero somos como dos niños que han descubierto un mundo nuevo, como un tesoro escondido con el que no pueden dejar de jugar.

Esta noche hemos cenado con sus padres y su hermana por primera vez y, pese a la sorpresa por mi repentina existencia, se lo han tomado bastante bien. Después hemos tomado una copa con Bruno y Jimena. Al llegar a casa estaba tan cansada que me he acostado directamente.

No obstante, Oliver no aparece, así que la preocupación hace que me levante y vaya en su busca.

Al salir al porche, me abraza. Hace frío y solo llevo puesta una de sus camisas. Le encanta que lo haga y a mí también. El gorrito de Papá Noel ya es cosecha propia para darle una sorpresa; igual que la ropa interior roja.

Me giro y la conmoción hace que me olvide del frío que se cuela entre mis piernas.

Me muerdo el labio para contener la risa al ver la vieja caravana que un día fue mi espacio personal adornada con un montón de luces de colores, como si fuese un árbol gigante de Navidad.

—¿Oliver?

Debería sentirme enfadada porque hemos dicho que nada de regalos, ya que yo no entiendo la necesidad materialista de estas fechas y él accedió a pasar las primeras juntos a mi manera. Pese a ello, no puedo hacerlo, porque desde que se ha mudado aquí no ha dejado de sorprenderme con detalles que me recuerdan lo que me merezco esto.

Abro la puerta con dedos temblorosos y contengo la respiración.

Enseguida siento sus brazos rodeándome por la espalda.

—Feliz Navidad, cariño.

Me giro y le sonrío, antes de deshacerme de su abrazo y saltar dentro como una niña emocionada.

Toda la caravana está iluminada por pequeñas luces; no sé si es algo precioso o una horterada, solo sé que no puedo ocultar que me encanta. De ellas cuelgan paquetes de regalo, como si fueran adornos, pero en realidad son de verdad.

—Pero... ¿Tú estás loco? Aquí hay un montón de regalos... Oliver, dijimos que no... —Me tapa la boca y niega con la cabeza.

—Dijimos que no gastaríamos nada, que es lo que he hecho. Aquí solo hay momentos que nos hemos regalado o que nos vamos a regalar. Nada más. Solo quería darte las gracias de alguna manera. —No puedo evitarlo, los ojos se me humedecen y él arruga el rostro—. No llores o Nora me matará.

Lo miro fijamente, hasta que mi expresión de asombro se convierte en una sonrisa inmensa y me echo a reír.

Es increíble lo rápido que puede una persona acostumbrarse a lo bueno, a lo bonito. Yo lo he hecho, por eso las lágrimas se me escapan con tanta facilidad.

—Lloro porque soy muy feliz, Oliver.

—Entonces llora todo lo que quieras.

Y lo hago, mientras también me río como una niña y abro cada uno de esos paquetes sentada en el suelo, con él a mi lado, sin parar de sonreír al ver mi reacción.

Vale por todos los festivales de tortitas que quieras.

Algunos son eso, promesas o regalos por cumplir cuando yo se lo pida, como si no me hubiese hecho ya bastantes. También veo una de sus camisas, un puñado de flores, unas piedras pintadas por Nora y por él, el comienzo de una manta fatal bordada que sé que Abi le habrá intentado enseñar a coser, un viejo libro de poemas, la receta de una tarta.

Instantes. Momentos que tienen significado. La vida que estamos

empezando a vivir. Las raíces de lo que ya somos.

Felicidad.

Pienso en lo bonito que sería encerrar todo esto para siempre en esta caravana y después esconder la llave, como si así pudiéramos protegerlo.

—Gracias, Oliver.

—No me des las gracias. Te mereces todo lo que alguien pueda darte, Julia.

—No es solo por esto. Es por todo lo demás.

—¿Y qué es lo demás? —pregunta, meloso y deseando recibir algún que otro halago a cambio.

Yo no me hago de rogar. Empiezo a hablar, según desabrocho los botones de la camisa que llevo y le muestro lo que hay debajo.

—Gracias por cocinar para mí, por leerme en alto, por estar a mi lado, aunque sea en silencio, por pisar charcos conmigo y con Nora, por todo eso. Gracias por hacer de los sueños rotos algo tan bonito.

Y lo beso. Lo hago despacio, intentando devolverle todo lo que provoca en mí con un roce, con mis manos en su cuello, con suspiros que se cuelan dentro de su boca.

—Te quiero, Oliver.

—Te quiero, girasol.

Sonríó y abro el único regalo que me queda.

Él.

Lo desnudo con mimo y le rozo el corazón.

Fin

Próximamente...

Luna

El tío Oliver la mira y sonrío. Está sentado en el suelo, sobre la tierra húmeda, y no le importa mancharse. Ya no. Julia está atrapada entre sus piernas y le explica con seriedad algo sobre los tomates que están recogiendo y guardando en un cestillo. Los dos están descalzos y parecen felices. Bueno, no solo lo parecen, sino que de verdad lo son, como debería suceder siempre.

La observa como si lo que le estuviese contando fuera lo más fascinante que ha escuchado en toda su vida, aunque creo que solo es porque es ella y ya puede hablar de flores, o de esa tontería suya de los velociraptors que nadie entiende, que para Oliver es algo fuera de lo normal.

Cuando Julia termina y se calla, lo mira y espera una respuesta, pero no llega. Él solo la coge por la nuca con firmeza y la besa. Un beso profundo, sentido, dulce; un beso de esos que son sentimiento puro.

Yo suspiro. Nora, a mi lado, finge arcadas.

—Ya están otra vez. Se pasan todo el día besándose. Es asqueroso.

—No lo es.

—Para mí, sí.

—Algún día, desearás que te besen así.

—¿De verdad? No lo creo. ¿Tú lo deseas?

Su inocencia infantil es adorable.

—Claro.

No me engaño. Pienso en él, aunque no debería. Ni siquiera lo conozco y sé que no es más que una fantasía. Quizá por eso no soy capaz de borrar de mi cabeza aquella noche. Aquel beso que no lo fue. Y el deseo crece dentro de mí, pidiendo paso.

Nora sale corriendo y Jimena, al verme sola y pensativa, se acerca y se

sienta a mi lado.

Estamos sobre una manta en la hierba del jardín de mis tíos, con las piernas cruzadas y alrededor de una mesa a rebosar de comida. En realidad, se trata de un tablero alargado de madera colocado sobre un par de troncos. Encima de él nos alumbran velas y unas pequeñas bombillas enredadas en los árboles. Es una imagen de cuento.

—Solo falta el hada madrina. Puto Oliver... ¿no podía invitarnos a cenar a un restaurante como la gente normal?

Me río. Es bonito, y a Jimena también se lo parece, pero ella no encaja muy bien en esta imagen tan bucólica. Claro que mi tío tampoco lo hacía y ahora parece que ha nacido entre flores silvestres y con una azada en la mano. Con mi padre, en cambio, da la sensación de que se ha criado entre animales salvajes.

Sonrío al verlo y Jimena sigue mi mirada.

—¿Qué hace?

Las dos observamos a Bruno, que está arrodillado frente a Nora con dos ramas llenas de hojas que han cogido del suelo. La niña lo mira boquiabierta y lo escucha con excesiva concentración. Siento un nudo en la garganta; me recuerda demasiado a nosotros cuando yo era pequeña.

—Enseña a Nora a trenzar ramas.

—¿Y para qué quiere una niña de nueve años hacer eso?

—A mí también me enseñó. Si un día mi avión se estrella en una isla, ten por seguro que podría sobrevivir perfectamente gracias a él.

—Así que vivo con Robinson Crusoe.

—En versión guapa.

—Eso es verdad.

Nos reímos y Jimena nos sirve algo verdoso de una jarra de zumo. Ni siquiera sabemos lo que es, pero desde que Oliver está con Julia nos hemos acostumbrado a beber sin preguntar.

—¿Cuándo te vas?

—En un par de semanas.

—Tu padre va a llorar.

Sonríe y sacude la cabeza. Yo me siento culpable porque sé todo lo que me echan de menos, pero también sé que no puedo hacer otra cosa.

—Lo sé, pero...

—No me des explicaciones, Luna. Sé que eres así. Nadie intenta frenarte, todo lo contrario. Nos gusta saber que eres feliz.

—Lo soy.

Al menos, lo creo. O lo intento. Aunque no sea lo mismo. Lo que tengo claro es que amo mi forma de vida y que es el momento de coger un nuevo avión.

Julia y Oliver se acercan entre risas. No dejan de tocarse. Jimena suele poner los ojos en blanco cuando lo hacen. Yo aprovecho para recordarle que ella y mi padre eran iguales cuando se encontraron de nuevo, pero me ignora de ese modo tan suyo.

La familia de Julia se acerca y se acomoda también frente a la cena; Leandro se queja por tener que sentarse en el suelo.

—No somos *hippies*, Julia —le dice, pero creo que finge y que, en el fondo, le encanta formar parte de esto.

Nora y su madre charlan con Edgar y su nueva novia, Lía. Papá se acerca y me deja un beso en el pelo antes de tirarse encima y abrirse un hueco entre Jimena y yo. Siempre tiene que estar en el medio, es como un niño al que consentimos demasiado.

—Mira que eres burro —le riñe ella, pero se ríe.

—¿Vas a decirnos de una vez qué celebramos? —le pregunto, tan muerta de curiosidad como los demás.

Mi tío suspira y se aprieta los ojos con las yemas de los dedos. Parece nervioso.

—Esto...

—Vamos, valiente. ¿Te ha comido la lengua el gato o no te encuentras las pelotas?

Ese que habla es Edgar. Está un poco colgado, pero a mí me cae bien. Y

adora a Oliver, lo mira como si lo admirase. Creo que lo hace.

—Vale. Vale.

Oliver se levanta y el silencio se hace solo, nos envuelve, mientras, a su lado, una Julia confundida se frota las manos en la tela de la falda y contiene el aliento.

—No os he reunido aquí para hacer ninguna de esas cosas que hace la gente en un momento así, como anunciar que he aceptado un trabajo en Pekín o pedirle a Julia que se case conmigo. Puedes respirar, cariño. —Todos nos reímos y ella lo hace, se relaja y lo mira embelesada—. Os he hecho venir porque hoy hace un año que aparecí por ese camino de la entrada. Estaba jodido, y perdido, y llevaba mucho tiempo buscando algo sin saber que lo tenía delante. Llevaba años esforzándome por conseguir la familia que siempre me habían inculcado que debía tener, esa de sangre que es más fuerte que cualquier otro sentimiento, pero me equivoqué. Os he invitado hoy a la que se ha convertido en mi casa, porque vosotros sois mi familia. Y no quiero otra. Tengo la suerte de tener unos padres y una hermana increíbles a los que adoro, pero de lo que no me daba cuenta era de que yo ya había ido formando mi propio camino. Ese en el que estabais vosotros. —Entonces nos mira uno a uno y se dirige a nosotros; la primera es Jimena, que parece enfadada, pero solo es su modo de contener una emoción que no sabe controlar—. Gracias por quererme como a un hermano. Como a un tío —nos dice a Nora y a mí—. Como a un amigo. —Bruno y Edgar levantan sus vasos—. Por reñirme como a un hijo. —Leandro asiente con orgullo—. Y gracias a ti, Julia. Por ver más allá de esto que era y quererme sin condiciones. Gracias por ser hogar y por darme uno.

Ella sonrío y se seca los ojos húmedos, antes de tirar de él para obligarlo a sentarse de nuevo y esconder el rostro en su cuello. Los demás brindamos, nos reímos, gritamos y hacemos eso que hacen todas las familias. Nos aceptamos y nos queremos; no consiste en mucho más.

Despedirse nunca es fácil. Más aun en mi caso, que sé que tardaré una buena temporada en volver a verlos. Abrazo a todos y dejo a Oliver y a Julia para el final.

—¿Cuándo te marchas?

—Pronto.

Él asiente y me guiña un ojo antes de atraerme y apoyarme en su pecho. Me encanta que haga eso; me siento pequeña y protegida.

—Te quiero. Ten cuidado y llama a tu padre a menudo.

Me río y pongo los ojos en blanco, pero creo que lo hago para no romper a llorar.

Julia me da dos besos y me abraza también. Huele a flores frescas y a mi tío. Me transmite paz.

—Gracias por venir, Luna. Ha sido un placer conocerte. Esta es tu casa, si algún día lo necesitas.

Asiento y me despido con la mano. Después me subo al coche.

Mi padre comienza a parlotear. Parece eufórico.

—Me encanta este sitio. Es como si no existiera en los mapas. Y Oliver parece otro, ¿no creéis? Joder, cuánto me alegro por ellos. Julia es un ángel. ¿Habéis visto la camiseta que llevaba él? —Se echa a reír al recordar a Oliver con una ropa tan informal—. Ojalá tuviéramos una máquina del tiempo. Le sacaría una foto y se la plantaría en las narices a su yo trajeado y estirado de hace un año. Moriría de un infarto. ¿Qué os pasa?

Nos mira a las dos. Llevamos en silencio desde que ha arrancado el coche y no es muy propio en nosotras.

Entonces ocurre algo increíble, Jimena se echa a llorar.

—Eh, ¿qué pasa, tortuga?

Bruno le coge la mano y le deja un beso en la muñeca.

—Nada. Nada.

Pero sí pasa. Yo sonrío. Es su manera de expresarnos todo lo que quiere a Oliver.

Y es que Jimena no será madre, pero es la mejor de todas. Supongo que, como también le ocurre a Julia, no hace falta tener hijos para ser o sentirse mamá.

Mientras mi padre consuela y se ríe un poco de Jimena, yo me doy la

vuelta y observo esa casa que dejamos atrás a través del cristal.

Veo a Julia corriendo. Nora la persigue sin parar de reír y Oliver las moja con la manguera. Dorian salta a su alrededor. Leandro y Abigail los miran como si estuvieran locos. Al instante, la niña y ella se ponen a bailar y a pisar el charco que se forma bajo sus pies. Sonríó cuando Oliver suelta la manguera y agarra a cada una por la cintura hasta que acaban los tres en el suelo y con la ropa llena de barro.

Entonces recuerdo el cuadro de normas que colgaba del porche y que Nora me ha leído unas horas antes.

En esta casa...

Reímos a carcajadas

Soñamos despiertos

Bailamos bajo la lluvia

No decimos mentiras

Gritamos solo para decir te quiero

Damos segundas oportunidades

Nos levantamos después de caernos

Lloramos sin miedo

Pedimos perdón

Damos besos cuando nos apetece

Amamos la naturaleza

Está permitido ser niño siempre

Somos felices

Pienso que lo han logrado, que Julia y Oliver han conseguido crear un refugio propio, un hogar a su medida.

¿Encontraré yo algún día un mundo a la mía?

Lo deseo con fuerza, pero siento que se me escapó hace unos meses en una noche en la que nevaba y en la que yo echaba de menos mi casa. Solo sé que, al igual que con Bruno y Jimena aprendí que el amor es un álbum de recuerdos que rellenar, en aquel refugio me han enseñado también que el amor es como un gran jardín que hay que regar cada día si queremos que crezca y llenarlo de flores.

—¿Qué te preocupa, Luna?

—Nada. —Bostezo—. Solo estoy cansada.

Pero no es cierto. Estoy inquieta. Siempre lo estoy.

Pego la frente a la ventanilla y miro al cielo, mientras pienso en el siguiente avión que cogeré y en todo ese mundo que me espera ahí fuera y que me muero por descubrir.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a todas esas personas que me animaron a contar esta historia. Que me dijeron que podía hacerlo y que, además, lo creyeron de verdad.

Gracias también a todas las que le habéis dado una oportunidad y, sobre todo, a las que la habéis vivido en vuestra propia piel. A vosotras os digo: seguid soñando. La felicidad tiene múltiples formas.

A Saray, Alice y Abril, por creerme capaz y valiente.

A Cherry Chic, por su ánimo, por el dolor compartido y por su propia valentía.

A Alejandra Beneyto, por leerme con tanto cariño, por sentir la historia y por sus bonitos consejos.

A mi familia, pendiente de cada paso superado, de cada piedra del camino, de cada cicatriz, de cada lágrima que no se ve pero que se siente.

A H, el otro lado de la moneda, gracias por hacer de los sueños rotos algo tan bonito.

Y a mis dos estrellas perdidas. Os llevo dentro.

Nota de la autora

Antes de conocer a Jimena tenía la certeza de que nunca escribiría una serie. Y, sin embargo, aquí estoy, poniendo el punto y final a la historia de Oliver y Julia.

No sé qué cambió en mí. Supongo que, en realidad, no cambió nada, sino que fueron ellos. Me enamoré de Jimena y de Bruno, de Oliver y de Luna, y supe que aún era pronto para decirles adiós. De momento, me despido del chico correcto y de la chica de las flores, pero aún falta el broche final.

La pequeña Luna sigue buscando su sitio... y yo disfrutando con ella.

No obstante, el proceso de *Flores para Julia* no ha sido siempre fácil.

Cuando me senté delante del archivo en blanco no tenía ni idea de cómo iba a ser la historia de Oliver. Sí que quería contar algo muy concreto, pero no sabía cómo hacerlo.

Las primeras 30000 palabras salieron solas. Fue sencillo. Y, al hacer la primera relectura, me di cuenta de que era una historia más y que no se parecía a lo que yo deseaba transmitir con ella. La aparté. No me apetecía continuar, y me decía que era porque me había confundido al creer que este proyecto podía dar continuación a una serie que quizá era mejor que se quedara solo en Bruno y Jimena.

¿Sabes qué pasa? Que a veces resulta demasiado cómodo autoengañarse y yo lo hice. Me dije que no merecía la pena, pero lo hacía solo porque me daba miedo.

Julia ya te lo ha contado, el miedo se agarra y cada día es un poco mayor, y el mío estaba ahí, sobrevolando mi despacho como una nube gris sin intención de marcharse.

Pasaron semanas malas, días en los que saltaba de una historia empezada a otra sin centrarme, hasta que una mañana paré, respiré y abrí de nuevo esa carpeta en la que no solo ocultaba la vida de Julia y de Oliver, sino también un poquito de mí.

Escribí otra tanda de palabras, me enganché, disfruté y viví en aquel

refugio junto a los dos. Pese a ello, la vida es una sucesión de sorpresas, de estados emocionales, de etapas. Y la mía dio un nuevo giro. Volví a pisar el freno. Creo que es fácil intuir que lo hice cuando llegó el momento de contar un conflicto que me costaba, que tenía enredado por dentro y que me dolía, porque también era un poco mío.

No te voy a contar mi vida, no creo que sea nada del otro mundo y es algo demasiado íntimo como para no hablarlo contigo con un té y algún pastel en las manos. O con un vino.

Sin embargo, sí que te puedo decir que quizá no sea la historia más compleja que he escrito en algunos aspectos, pero sí que ha sido un proceso que yo necesitaba pasar, expresar, gritar y dejar ir. Sí que ha sido una historia compleja interiormente para mí.

Nunca se va del todo, Julia me lo ha enseñado, pero compartirlo con alguien es el primer paso para que duela y pese menos. Ella lo hizo con Oliver, yo lo hago cada día con la gente que me quiere y ahora también un poquito contigo.

Cuando lo comprendí, me senté de nuevo frente al teclado y las palabras comenzaron a salir solas. Sencillas. Calmadas. Tranquilas. Quizá, incluso bonitas. También lo hicieron las lágrimas. Y las sonrisas.

Sí, sonrisas, porque todo pasa. Porque quiero que sepas que, como Julia, eres lo suficientemente fuerte como para alcanzar tus sueños. Y, si son imposibles, para vivir con ello.

Yo tengo dos estrellas perdidas que me lo han enseñado.

Así que, si el miedo te mantiene estancada, coge una magdalena o cualquier cosa que sirva, clávale una vela y sopla. Pide un deseo. Puede que se cumpla o no, pero, si es uno inalcanzable, siempre puedes clavar otra vela y empezar de nuevo.

Sobre la autora

Me llamo Andrea Longarela, pero escribo y me muevo por las redes bajo el seudónimo de Neïra. Es la imagen tras la que me escondo y dejo salir a mi parte más lunática, caótica y emocional, aunque detrás de ese disfraz no soy más que una chica normal con un exceso de imaginación que tiendo a tener ataques de verborrea incontenible en mi zona de confort y que me pongo del color de los tomates maduros y titubeo cuando me sacan de ella.

Disfruté de la vida universitaria de Salamanca mientras estudiaba psicología, y actualmente resido en Valladolid, ciudad donde nací, con mi pareja H y mis perros Neo y Lola. Somos una manada la mar de feliz.

Llevo toda la vida escribiendo palabras sin sentido en cualquier superficie apta para ello, desde servilletas hasta en puertas de lavabos públicos, pero a finales del 2014 terminé una novela y, gracias a la confianza de los míos, decidí aventurarme en la selva de la autopublicación.

Me estrené con *La lista de Oliva* en abril del 2015 y le siguieron *La lista de Mario*, *Fuimos un invierno*, *Fuiste mi verano*, *Valiente Vera*, *pequeña Sara*, *Caótica Jimena*, *Amor se escribe con H* y otras maneras de decirte que te quiero y *Carlota y el cactus de color rojo*.

Años después, sigo viva y con más ganas que nunca de crear nuevas historias.

Además de pintarrapear letras por el mundo, me apasiona el cine, poner banda sonora a los momentos, el chocolate y, por supuesto, leer. Soy vegetariana, adicta a los tatuajes y a las cañas con los amigos. No obstante, mi mayor pasión es perder el tiempo imaginando que vivo otras vidas, historias a las que ahora les doy forma y voz.

Puedes contactar conmigo en:

neira.alg@gmail.com

www.neiracondieresis.blogspot.com.es

O búscame en Facebook, Twitter, Instagram o Pinterest como Neïra.